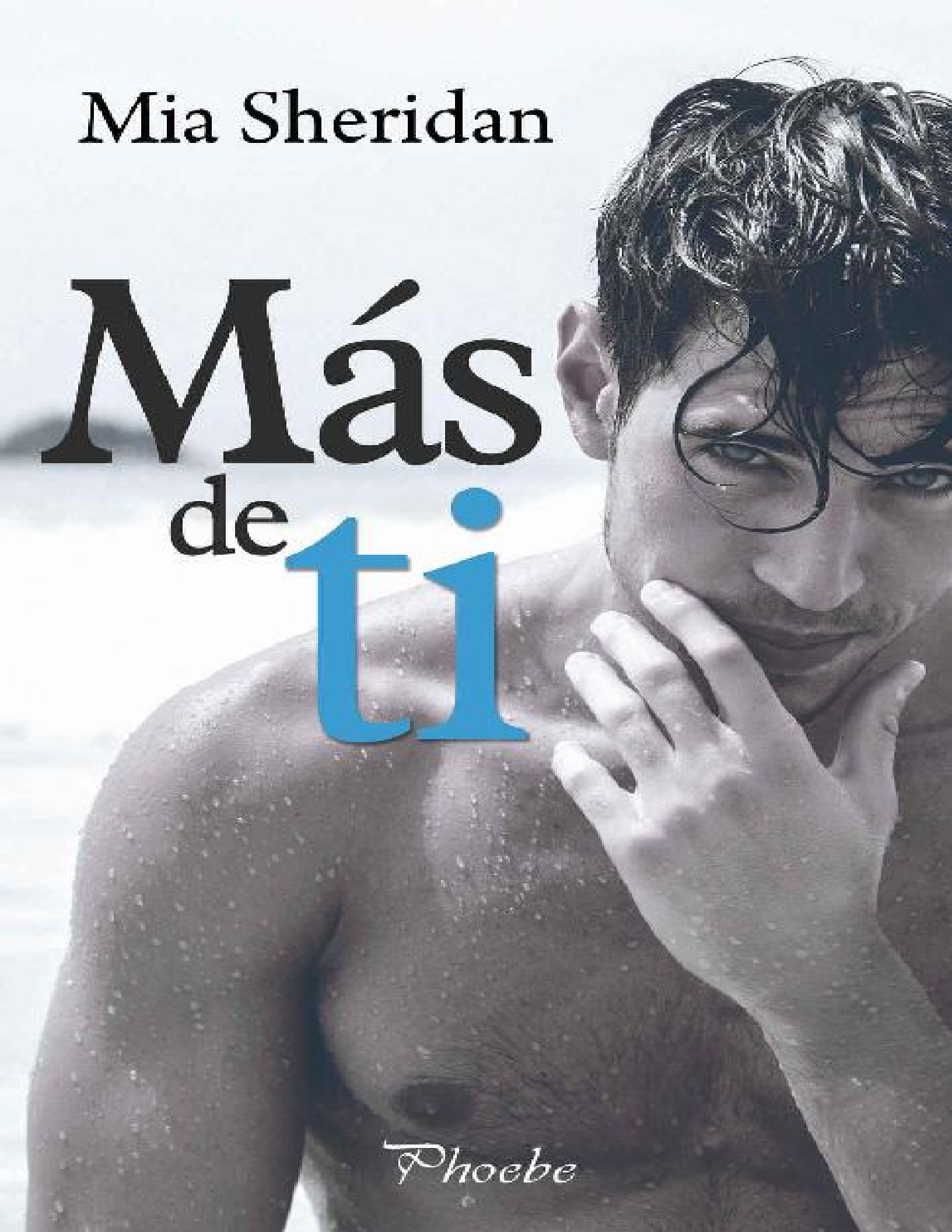


Mia Sheridan

Más  
de  
ti

*Phoebe*



Mia Sheridan

Más  
de  
ti

Traducción de María José Losada



*Phoebe*

Título original: *Most of all you*

Primera edición: noviembre de 2018

Copyright © 2017 by Mia Sheridan

© de la traducción: M<sup>a</sup> José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoche@phoche.es

ISBN: 978-84-17683-22-1

BIC: FRD

Diseño de portada: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*Este libro está dedicado a Danita, que tiene su propio ángel Gabriel.  
Y a los que en todas partes han perdido las esperanzas.*

## PRÓLOGO

ELLIE

No quería ir.

—Por favor, mamá, ¿podemos ir mañana?

Mi madre no respondió al momento; se apartó el pelo rubio de la cara y se secó el sudor que le salpicaba la frente y el labio superior. Tenía las mejillas rojas y relucientes por la fiebre, y sus ojos verdes parecían opacos y brillantes a la vez, como la superficie de los charcos en el aparcamiento de nuestro bloque de apartamentos después de la lluvia.

—Tenemos que ir, Ellie. Hoy me siento bastante bien, y no sé si mañana podré.

No me parecía que mamá se sintiera bien. De hecho, tenía peor aspecto que unas semanas antes. Incluso peor que el día que había encontrado el papel pegado a la puerta, el que la hizo gritar antes de volver a la cama durante tres días. Me daba miedo lo enferma que parecía, y no sabía qué hacer.

Solía llamar a la puerta de la señora Hollyfield y pedirle ayuda cuando todavía vivía en el edificio. Venía con sopa de pollo y, a veces, con una caja de polos, y luego se ponía a hablar con mi madre en voz baja y tranquila mientras yo veía los dibujos animados. Siempre me sentía mejor después de que la señora Hollyfield se fuera, y me parecía que mi madre también. Pero la señora Hollyfield ya no vivía en el mismo bloque de apartamentos. Había tenido algo que llamaban coágulo de sangre, y se la habían llevado en una camilla blanca.

Después de eso, vinieron unos jóvenes que no había visto nunca y limpiaron su apartamento de cabo a rabo. Cuando los oí discutir sobre quién iba a pagar los gastos del funeral, supe que había muerto. Mi madre había llorado sin parar, diciendo «¿Qué voy a hacer ahora? ¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer?». Yo no lloré, aunque quería hacerlo, porque una vez, cuando mi madre estaba en el médico, la señora Hollyfield me había dicho que cuando uno muere vuela hacia el cielo como un pájaro. Y que el cielo era el lugar más precioso que cualquiera pudiera imaginar, con las calles pavimentadas en oro y flores de colores que ni siquiera existían en la Tierra. Así que traté de sentirme feliz por la señora Hollyfield, a pesar de que echaría de menos sus abrazos, su risa, los polos rojos (mis favoritos) y la forma en que hacía sonreír a mi madre.

—Anda bien, Ellie, no puedo arrastrarte. —Me apresuré, tratando de mantener el paso de mi madre. Andaba tan rápido que casi tenía que correr para no perderla—. Casi hemos llegado a casa de tu padre.

Tragué con dificultad, medio mareada. No estaba segura de si quería conocer a mi padre o no, pero tenía curiosidad. Me preguntaba qué aspecto tendría, si sería tan guapo como los actores de las telenovelas que veía mi madre. Parecía que le gustaban mucho, así que sabía que debía de haber elegido a un tipo así para ser mi padre. Me lo imaginaba de traje, con espeso cabello ondulado y dientes rectos. Tenía la esperanza de que me vería bien a pesar de los harapos que me cubrían; tenía la esperanza de que le gustaría verme a pesar de que nos había dejado antes de que yo naciera.

Llegamos a una pequeña casa con la pintura desgastada y un surtidor que goteaba, y mi madre me apretó la mano cuando se detuvo delante.

—Dios, por favor, dame fuerzas. No tengo otra opción..., no tengo otra opción... —murmuró mi madre antes de girarse y arrodillarse hacia mí para quedar a mi altura—. Aquí estamos, cielo. —Tenía los ojos llenos de lágrimas, le temblaban los labios. Yo me sentía alarmada por lo enferma que estaba. Pero me sonrió con ternura y me miró a los ojos directamente—. Ellie, cielo, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, mamá.

Ella asintió.

—No he hecho demasiadas cosas bien en el mundo, nenita. Pero ha habido algo que me salió perfecto: tú. Eres una niña buena e inteligente, Ellie. No lo olvides nunca, ¿vale? No importa lo que ocurra, no lo olvides.

—De acuerdo, mamá —dije bajito. Sentí todavía más miedo, y no sabía por qué. Mi madre se incorporó y se alisó el jersey y la falda, a pesar de los botones que le faltaban y del dobladillo descosido. Frunció el ceño al mirar mis zapatos, clavando los ojos en el agujero que tenía uno a la altura del dedo gordo antes de cogerme de la mano y guiarme hasta la puerta de aquella casa tan fea.

Mi madre llamó a la puerta y oí un grito al otro lado de la puerta. Era de un hombre, y parecía tan enfadado que su voz me dio miedo. Me apreté contra mi madre. Ella me puso un brazo sobre los hombros y esperamos. Sentía que su cuerpo estaba muy caliente y que temblaba. Se inclinó, apoyándose en mí, y me preocupó que las dos pudiéramos caernos. Sabía que necesitaba acudir al médico, pero había dejado de ir a revisión hacía meses, a pesar de que cada vez parecía estar peor.

«Cuando vas al médico te pones bien, ¿verdad?».

Un minuto después, se abrió la puerta, y apareció ante nosotras un hombre alto que llevaba un cigarrillo entre los labios. Mi madre contuvo el aliento. Levanté la vista al tiempo que él bajaba la mirada hacia nosotras.

—¿Qué?

Mi madre se pasó la mano por el pelo.

—Hola, Brad.

El hombre se mantuvo en silencio un rato, mientras chupaba el cigarrillo, y luego abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Cynthia? —dijo al reconocerla.

Noté que mi madre se relajaba, y la miré. Tenía una sonrisa enorme. La que usaba cuando estaba intentando convencer a la señora Gadero de que ya pagaríamos el alquiler más tarde. Eché otro vistazo a Brad, mi padre. Era alto, como los actores de las telenovelas que le gustaban a mi madre, pero no tenía nada más en común con aquellos. Él llevaba el pelo largo y parecía sucio, y los dientes eran amarillentos y estaban torcidos. Sin embargo, tenía los ojos azules como yo, y el mismo color de pelo; mi madre decía que era castaño dorado.

—Bueno, que me jodan... ¿Qué haces aquí?

—¿Podemos entrar?

Cuando pasamos, miré los muebles viejos; no eran mejores que los que teníamos en casa. Oí que mi madre respiraba hondo.

—¿Podemos hablar en privado en algún lugar?

Brad entrecerró los ojos y nos miró alternativamente.

—Claro, vamos al dormitorio —dijo finalmente.

—El, cariño, siéntate en el sofá. Ahora vuelvo —me indicó mi madre, que parecía un poco más enferma que antes. Tenía las mejillas todavía más rojas y brillantes.

Me senté y me puse a ver la tele, que tenía delante. Había un partido de fútbol americano, pero habían quitado el sonido, por lo que podía oír la conversación de mis padres.

—Es tuya, Brad.

—¿Qué cojones quieres decir con que es mía? Me aseguraste que ibas a abortar.

—Bueno..., pues no lo hice. No pude. Sabía que no lo querías, pero no pude deshacerme de mi bebé.

Oí la maldición de mi padre con un nudo en la garganta. Mi padre no me había querido. Nunca. Ni siquiera había sabido de mi existencia hasta ese momento. Mi



madre no me había dicho nada diferente, pero en mi mente albergaba la esperanza de que hubiera una buena razón para que mi padre nos hubiera dejado, tenía la esperanza de que, cuando me viera, me cogería entre sus brazos y me diría que todo iba a ir bien, y que estaba orgulloso de que fuera su hija.

«Igual que me dice mamá todo el tiempo».

Luego encontraríamos a un médico que podría conseguir que mi madre se pusiera bien.

—Es una niña muy buena, Brad. ¿Y no ves lo guapa que es? Es lista también. Y muy dulce, y está bien educa...

—¿Qué es lo que quieres, Cynthia? ¿Dinero? No tengo dinero. No puedo darte nada.

—No quiero dinero. Quiero que te encargues de ella. Estoy... muriéndome, Brad. —Bajó tanto la voz que casi no podía oírla—. Un cáncer de cuarto grado. Me quedan unas semanas, quizá solo unos días. Nos han echado del apartamento. Estaba segura de que una vecina se quedaría con Ellie..., pero ha muerto y no tengo a nadie más. Ahora mismo eres todo lo que Ellie tiene en el mundo. —Se me encogió el corazón como si me lo estuvieran estrujando. Se me cayó una lágrima.

«No, mamá, no...».

No quería escuchar nada de eso. No quería que fuera cierto. No podría soportar que mi madre volara hacia el cielo como un pájaro.

«Quiero que se quede aquí. Conmigo».

—Bueno, lo lamento mucho, pero ¿encargarme de ella? ¡Joder! No la quería hace siete años y no la quiero ahora. —Hice una mueca mientras me mordisqueaba la piel que rodeaba la uña, sintiéndome pequeña y fea, como aquel gatito escuálido al que mi madre no me dejaba dar de comer.

—Por favor, Brad... Es que.... —Oí el sonido de unos pies que se arrastraban y el chirrido de una cama, como si mi madre se hubiera sentado. Le pidió a mi padre un vaso de agua, y él salió de la habitación a toda prisa. Al pasar frente a la puerta, me miró con irritación, haciendo que me hundiera en el sofá. Me pareció oír que se abría y se cerraba una puerta en la parte de atrás de la casa, pero no hubiera podido asegurarlo. Luego, mi padre salió de lo que debía de ser la cocina con un vaso de agua y volvió al dormitorio.

Le oí maldecir. Le oí gritar el nombre de mi madre, y luego vino corriendo al salón y estampó el vaso contra la pared. Grité antes de hacerme un ovillo en el sofá.

—Bueno, ¿qué te parece? Esa zorra se ha largado. Por la puta puerta trasera. ¡Qué perra!

Parpadeé, con el corazón acelerado.

«¿Mamá? No, mamá, no me dejes aquí. ¡Por favor, no me dejes!».

Salté del sofá y corrí por el pasillo hasta la puerta trasera. La abrí para salir al callejón que había detrás de la casa. No vi a nadie.

Mi madre se había ido.

Sin despedirse.

«No se ha despedido de mí».

Me había dejado allí.

Me dejé caer de rodillas y lloré.

«¡Mamá, mamá, mamá!».

Brad me levantó y luego me propinó una bofetada en la cara que me hizo dejar de llorar de golpe.

—¡Silencio, niña! Tu madre se ha largado. —Me arrastró hasta el interior, donde me lanzó al sofá de nuevo. Apreté los ojos con fuerza, tan llena de miedo que notaba pinchazos por todo el cuerpo, como cuando estaba sentada sobre un pie demasiado tiempo. Cuando abrí los ojos, Brad estaba mirándome. La expresión que vi en su cara me asustó todavía más. Le oí hacer un sonido de disgusto y luego se dio la vuelta para desaparecer durante lo que me parecieron horas. Me quedé encogida en el sofá, meciéndome despacio, mientras se hacía de noche.

«Mamá no me abandonará para siempre. Soy buena y hago lo que me dice, y no se irá tanto tiempo. No me gusta cómo huele este sitio. No me gusta el sonido de ese goteo. No me gusta cómo rasca el sofá. Estoy asustada. ¡Mamá, estoy muy asustada! Mamá, por favor, vuelve».

Cuando Brad regresó por fin, encendió la luz, lo que hizo que entrecerrara los ojos ante el brillo repentino. Todavía parecía más enfadado que antes. Se sentó y encendió un cigarrillo, dio una larga calada y luego soltó lentamente el humo, lo que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Qué voy a hacer contigo, niña? ¿Qué coño haré?

Aparté la vista, tratando de tragarme el sollozo que pugnaba por salir de mi garganta.

La señora Hollyfield me había dicho que el corazón está destinado a superarlo todo para mantenernos vivos. También me dijo que cuando deja de latir y uno va al cielo, no se siente dolor. El corazón de la señora Hollyfield había dejado de

latir, y parecía que también iba a detenerse el de mi madre. Mi corazón seguía latiendo, a pesar de que parecía que se me encogía en el pecho. No quería volver a sufrir nunca más. Quería que se me parara el corazón para poder volar por el cielo y estar con la señora Hollyfield.

«Y con mamá».

# 1

*«Ven conmigo, yo te ayudaré. Parece que necesitas un amigo».*  
*Bala, el caballero de los gorriones*

CRYSTAL

EN LA ACTUALIDAD

No era de aquí. No supe por qué me vino esa idea a la cabeza en el momento en el que puse los ojos sobre él. Pero así fue. No fue por su aspecto, ya había visto antes chicos guapos, limpios y aparentemente sanos por allí. Solo tendría que beber algo de alcohol o darle unas caladas a un porro y actuaría igual que todos los demás borrachos dispuestos a desprenderse de su dinero y de cualquier otra cosa que tuvieran. Y no era tampoco que estuviera fuera de lugar porque pareciera asustado. Había visto muchas miradas tan huidizas, nerviosas y excitadas como la suya mientras se fijaba en todo lo que lo rodeaba. No, el tipo que estaba sentado a solas en una mesa en el fondo del local, bebiendo una Miller Lite, no parecía tener miedo, solo curiosidad. Movía la cabeza lentamente, observando el lugar en general, y no pude evitar que mi mirada siguiera el recorrido de la suya, preguntándome qué vería él.

Me molestó y confundió mi propia curiosidad. Era muy raro que me hiciera preguntas sobre cualquiera de los hombres que aparecían por allí, y no podía encontrar una explicación al respecto. Cerré los ojos y alejé esos pensamientos a medida que la música me llenaba la cabeza. Cuando terminé de actuar, estallaron los aplausos y forcé una sonrisa.

Anthony se paseaba por detrás de la multitud, asegurándose de que nadie se tomaba libertades y apartando a los que lo hacían, con las consiguientes protestas. Cinco minutos después, cuando me di la vuelta para salir, mis ojos se encontraron con los del hombre del fondo, que seguía sentado en la misma mesa, mirándome. Enderecé la espalda mientras pensaba que me resultaba familiar. Sabía que no lo había visto aquí... ¿De qué lo conocía? ¿Era por eso por lo que

había captado mi atención?

Una vez en la parte de atrás del escenario, saqué el dinero que me habían metido en la ropa interior, alisando los billetes hasta que pude doblar el fajo de forma más ordenada.

—Buen trabajo, cielo —me dijo Cherry al cruzarse conmigo camino del escenario.

—Gracias. —Esbocé una sonrisa al tiempo que le apretaba el brazo cuando pasó por mi lado.

Abrí mi taquilla, en el pasillo, y dejé aquella propina dentro del bolso antes de dirigirme al camerino que compartía con otras dos chicas. No trabajaban esta noche, así que por una vez tenía aquel espacio —normalmente lleno— para mí sola. Me hundí en la silla que había enfrente del tocador donde me maquillaba. Estaba repleto de cajas, tubos y maquillajes compactos, tarros de crema y frascos de loción y perfume. Los sonidos que habían hecho los hombres del público mientras estaba en el escenario resonaban en mi cabeza, los chillidos, gritos y silbidos con los que describían cada morboso detalle que querían que hiciera. Todavía tenía en la nariz el aroma a cerveza, colonia y olor corporal que me había abrumado cuando me inclinaba ante esos gritos para que me alcanzaran con las manos.

Por un momento, me imaginé deslizando el brazo sobre la mesa que tenía delante para tirarlo todo al suelo y ver cómo se rompía y derramaba, mezclándose todo en una amalgama de brillo, polvo y aroma. Sacudí la cabeza y me miré en el espejo, superada por el repentino impulso de coger una toallita húmeda y comenzar a pasármela por la cara para quitarme el apelmazado maquillaje.

«¡Dios! ¿Qué me pasa?».

Se me puso un nudo en la garganta, y me levanté con demasiada rapidez, haciendo que la silla se inclinara hacia atrás y acabara en el suelo.

—¿Crystal?

Me volví al oír la voz de Anthony, que frunció el ceño al ver el estado de mi cara.

—¿Te encuentras bien, chica?

Asentí moviendo la cabeza espasmódicamente de arriba abajo.

—Sí, estoy bien. Solo tengo sed. —Me acerqué al dispensador de agua y cogí un vaso de papel, que llené y vacié con rapidez antes de volver a mirar a Anthony —. ¿Qué ocurre?

—Tienes dos solicitudes para bailes privados.

Llené de nuevo el vaso y tomé un sorbo.

—Vale.

—Un poco de dinero extra no está mal, ¿verdad? —comentó curvando la comisura de los labios.

—No, no está mal —murmuré.

Anthony permaneció inmóvil, apretando los labios mientras me estudiaba con solemnidad.

—Puedo decirles que te encuentras mal.

«Y es cierto. Me encuentro mal. Estoy harta de esto. De la vida».

Negué con la cabeza, tratando de alejar aquellos estúpidos pensamientos que habían inundado mi cerebro.

—No, dame un minuto y ya voy.

Anthony inclinó la cabeza a un lado y cerró la puerta.

Respiré hondo y volví a mirarme en el espejo para intentar recomponerme el maquillaje. Cuando lo conseguí, me levanté sonriendo a mi reflejo.

—Llegó la hora del *show* —susurré, abriendo la puerta para recorrer el largo pasillo, donde me esperaba un tipo delgado con el pelo largo y rubio y la cara seria. Se movió cuando me acerqué, y noté cómo le subía y bajaba la nuez al tragar saliva. Se me revolvió el estómago y casi vomité, pero esboqué una sonrisa sensual.

—Hola, cariño, ¿estás listo para mí?

Se acercaba la hora de cierre cuando bailé por última vez, y volví al camerino, moviendo el cuello de un lado a otro con un suspiro de alivio y cansancio. Cuando no estábamos bailando, ya fuera en el escenario o en salas privadas, las chicas servíamos bebidas. Al gerente, Rodney, le gustaba vernos por la sala, quería que nos inclináramos para servir las copas y nos pasearemos entre todos aquellos hombres excitados, animándolos a seguir gastando dinero. Era algo muy desagradable, pues siempre lo hacían bajo las miradas lascivas de sus amigos. Resultaba nauseabundo, tedioso, pero también servía para estimular su generosidad después, cuando estaba en el escenario, así que lo hacía sin rubor. Un sutil guiño cuando pasaba junto a una mesa, y cada uno de aquellos idiotas pensaba que mi próximo baile era solo para él.

Quería cambiarme lo más rápido posible el uniforme —pantalones blancos

muy cortos, una blusa a rayas blancas y negras que me anudaba entre los pechos y unos *stilettos* rojos—, y abrí la puerta para la última ronda por el local. Me sorprendió ver a un hombre fuera, apoyado en la pared opuesta.

«¿Qué coño...?».

¿Dónde estaba Anthony? Recorrí el pasillo vacío con la vista sin verlo en las cercanías. Era el tipo que me había llamado la atención al principio de la noche. Vi que se pasaba la mano por el pelo castaño; parecía algo inseguro mientras se enderezaba en toda su altura.

—No se puede estar aquí —le dije, cruzando los brazos sobre los pechos, sin saber muy bien por qué estaba tratando de cubrirme algo que probablemente había visto antes.

—Lo siento. No estaba seguro del protocolo que debía seguir.

—¿Protocolo? —pregunté arqueando una ceja.

Él negó con la cabeza.

—Er... El procedimiento para estar contigo.

Incliné la cabeza a un lado. Vale, este individuo parecía estar loco.

—El procedimiento es que tienes que hablar con Anthony. ¿No has visto a un negro muy grande? Se enfada mucho con los tipos que se meten con alguna de sus chicas. —Volví a echar un vistazo al pasillo.

—Ah... Sí, está ocupado con una pelea ahí fuera.

Lo miré de nuevo.

—Ajá... ¿Y por eso has aprovechado la ocasión? —Di un paso atrás, dispuesta a volver a entrar en el camerino y cerrarle la puerta en las narices si trataba de acercarse.

Él parpadeó y se quedó inmóvil un segundo antes de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta. Cogió algo y me lo tendió. El instinto hizo que lo aceptara. Se trataba de un juego de llaves. Lo miré de nuevo, con el ceño fruncido por la confusión.

—Si hago algo que te ponga nerviosa, puedes sacarme los ojos.

—¿Sacarte los ojos? Sí, me encantaría hacerlo.

—No te voy a dar ninguna razón para ello. No quiero hacerte daño.

Anthony apareció en ese momento al final del pasillo, sacudiendo la mano como si se hubiera hecho daño en ella.

—¡Eh, tú! No puedes estar aquí.

«¡Oh, gracias a Dios!».

—Lo sé. Lo siento. No conocía las reglas.

—La ignorancia no exime de su cumplimiento, tío. Lárgate antes de que te eche. ¿Estás bien, Crys?

Asentí.

—Solo quiero diez minutos —pidió el hombre con rapidez, levantando las manos. No estuve segura de si quería decir que estaba desarmado con aquel gesto o de si los diez dedos extendidos eran una señal de que no iba a excederse de ese tiempo.

—Lo siento, mi carnet de baile está lleno esta noche, cielo.

—No quiero que bailes para mí, solo quiero hablar.

Ah, era uno de esos... Casi puse los ojos en blanco, pero algo me impidió hacerlo. No supe qué era. Se trataba de un hombre atractivo, estaba claro. De hecho, era muy guapo, con aquel espeso cabello castaño que se rizaba a la altura del cuello y una buena estructura ósea. Pero había conocido ya a un par de hombres guapos, y todos tenían alguna rareza. Habría apostado cualquier cosa a que ese no era diferente. De hecho, a veces resultaban peores. Dada mi experiencia, los más guapos pensaban que eran un regalo de Dios para el sexo femenino, y que era el deber moral de las mujeres entregarse a él por completo.

Pero no, no se trataba de que fuera guapo. Era algo más: sus ojos. En su mirada brillaba una especie de inocencia que no había visto antes. Una gentileza a la que no estaba acostumbrada. Su expresión rezumaba esperanza, pero no desesperación, y tampoco detectaba lujuria en su expresión. Parecía... sincero. Quizá fuera cierto que solo quería hablar.

—De acuerdo, Anthony. —Este bajó la mano con la que estaba a punto de tomar medidas drásticas agarrando el brazo del hombre y dio un paso atrás.

—¿Estás segura?

—Sí. —Eché un vistazo al extraño—. Solo diez minutos. —Seguía con las llaves en la mano, incluso tenía una atrapada entre los dedos—. Y no me hace falta esta defensa, no las quiero. Pero como fuerces el tema, cielo, saldrás a gatas de aquí.

—Gabriel —me dijo con una sonrisa—. Me llamo Gabriel.

«¿Como el ángel?».

No era de extrañar que pensara que no era de por aquí.

—De acuerdo. —Me eché a un lado y entró conmigo en una de las salas. Le hice una seña con la cabeza a Anthony, que entornó la puerta; eso significaba que se quedaría cerca.

—Bien, ¿qué es lo que trae a un buen hombre como tú a este antro de pecado,



cielo?

—Gabriel. ¿Te llamas Crystal?

—Me llamo así aquí.

Me miró de una forma tan intensa que me resultó desconcertante. Un momento después asintió, como si hubiera comprendido algo que yo no entendía.

—Ya veo.

Al oír sus palabras, al ver su mirada de complicidad, un leve escalofrío de irritación nerviosa rebotó por mi vientre como la bolita en un *pinball*. Sonreí de forma sugestiva y me senté en el sofá —pequeño, sucio, dorado y reclinable— cruzando las piernas. Moví las manos para jugar con la tela que tenía anudada entre los pechos. Noté que seguía mis dedos con los ojos, y que apartaba la vista al poco rato. Pero yo había visto antes un leve brillo; ahí estaba la lujuria. Igual que todos los demás. Eso ya era familiar. Respiré hondo, y el aire me llenó de calma y satisfacción.

—Dime, ¿de qué quieres hablar?

Se aclaró la garganta y se metió las manos en los bolsillos al tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado, lo que hizo que el cabello le cayera sobre la frente. Su postura, la forma en la que entrecerró los ojos mientras me miraba, produjo que algo hiciera clic en mi mente y, de repente, supe de qué lo conocía. Era el «niño perdido». Las palabras parpadearon en mi mente como si alguien las hubiera escrito allí. Se llamaba Gabriel Dalton, y había desaparecido cuando era un niño. Había sido un bombazo en las noticias cuando se escapó de su secuestrador y regresó a casa. Yo solo había sido una preadolescente en ese momento, pero había oído cosas aquí y allá. Por supuesto, justo cuando Gabriel regresó a casa, mi mundo estaba rompiéndose en pedazos una vez más.

Hacía un tiempo que había visto su foto por última vez en las noticias, pero sabía con certeza que se trataba de él.

—No deberías venir a un lugar como este. Si te reconoce alguien, imagino que te hará una foto.

Se quedó paralizado una milésima de segundo antes de relajarse de nuevo. Se sentó en la silla metálica, enfrente de mí, y me miró con la misma expectación que cualquiera de los hombres que querían que bailara para ellos. Solo que..., de alguna manera, era diferente. Deseé poder precisar qué era lo que no encajaba en el hecho de que él estuviera sentado allí. Quizá que parecía un hombre agradable, y no podía recordar la última vez que pensé eso de un cliente del club. Le vi

soltar el aire lentamente mientras se pasaba una mano por el pelo, retirándoselo de la frente.

—Creo que es mejor que me hayas reconocido. Podría hacer las cosas más fáciles. —Parecía hablar casi más para sí mismo que otra cosa, así que no le respondí. Me miró directamente a los ojos—. Quizá debería haberme pensado un poco más este punto en vez de presentarme sin más. —Se frotó las palmas de las manos contra los muslos, como si le estuvieran sudando.

—¿Vas a soltar de una vez lo que quieres o tengo que adivinarlo?

Negó con la cabeza.

—No, no, lo siento. No quiero perder el tiempo. —Se interrumpió de nuevo—. La cosa es, Cry... —Se aclaró la garganta—. La cuestión es que, debido a mi historia, y me parece que sabes algo sobre mí, me resulta difícil... er... tolerar la cercanía. —Le aparecieron en los pómulos dos manchas rosadas. ¿Estaba sonrojándose? ¡Dios...! Ni siquiera sabía que los hombres podían ruborizarse. Era casi como si lo que yo opinara de él pudiera importarle. Me atravesó una sensación cálida, algo que no sabía muy bien cómo definir.

—¿La cercanía? —Fruncí el ceño, incómoda al notar la suavidad con la que lo decía.

Él apretó los labios, cada vez con más rubor en las mejillas.

—Me resulta muy difícil soportar estar cerca de la gente. O, mejor dicho, me provoca cierta angustia emocional. Mmm... —Se rio por lo bajo, incómodo—. ¡Dios! Esto no sonaba tan lamentable en mi cabeza. —Miró a algún sitio detrás de mí—. O quizá sí, y solo es peor oírlo en voz alta.

—¿Qué es lo que quieres que haga por ti exactamente, cielo? —Mi voz seguía sonando suave. Sin poder evitarlo, se me encogió el corazón, y sentí que me atravesaba un escalofrío de compasión al notar la forma en la que Gabriel se esforzaba delante de mí. Aquella emoción desconocida me desequilibró, y eso hizo que me enderezara.

—Gabriel —me corrigió en voz baja.

—Vale, ¿qué es lo que puedo hacer por ti, Gabe? —No curvó los labios, pero me dio la impresión de que había risa en sus ojos. Pero luego noté que se suavizaban las arruguitas que tenía en las esquinas de los ojos y me pregunté si eso habría sido en realidad una especie de sonrisa o solo una fantasía de mi imaginación.

—Tú me puedes enseñar a reaccionar adecuadamente cuando me toca una mujer. A conseguir que esté cómodo cuando alguien invade mi espacio personal.

Parpadeé y me miré las manos, que tenía en el regazo.

—¿Quieres que yo te ayude con eso?

Su mirada se encontró con la mía, y vi de nuevo allí aquella tierna esperanza; aquella expresión dirigida directamente a mí me hizo sentir bien..., necesaria. Durante un instante, fue como si entendiera que él me veía como algo más que el pedazo de carne que veía el resto de los hombres que acudían al club.

—Evidentemente, te pagaré. Sería solo después de las horas de trabajo. Ni siquiera tendrías que quitarte la ropa.

*«Ni siquiera tendrías que quitarte la ropa...».*

Sus palabras fueron un jarro de agua fría, y me trajeron de vuelta a la realidad, recordándome que me veía exactamente igual que los demás hombres; de hecho, justo lo que era. Con las defensas en alto de nuevo, cogí las llaves que había dejado a mi lado en el sofá, me puse en pie y se las lancé. Él las cogió al vuelo.

—Mira, a pesar de que odio rechazar un dinero fácil, no soy psicóloga, ¿vale? Si quieres que te toque alguien, búscate una novia. Eres un tipo guapo: estoy segura de que hay un montón de chicas cariñosas y educadas a las que no les importaría que practicas con ellas de forma gratuita.

Él se levantó también.

—Te he insultado.

Me reí.

—Cielo, eso no es posible.

—Todo el mundo puede sentirse insultado. —Había un tono de arrepentimiento en su voz. Se metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza a un lado como hacía con frecuencia; el pelo le cayó de nuevo sobre la frente. Me hormiguearon los dedos, como si quisieran retirárselo.

*«¿Qué me pasa?».*

Me estremecí de inquietud. Había algo en Gabriel que me hacía sentir incómoda. Tenía que salir de allí.

—Gabe, tú no me conoces. Gracias por ofrecerme ese trabajo, pero voy a rechazarlo. Deseo que tengas suerte con tu problema. Los diez minutos han pasado ya.

Suspiró sin moverse.

—Lo siento de verdad. ¡Dios!, no era así como quería decírtelo.

—Estoy segura de ello. —Abrí la puerta del todo.

En el exterior, Anthony estaba sentado en una silla, envolviéndose la mano lesionada con una venda.

—¿Ya está?

Asentí con la cabeza bruscamente mientras Gabriel se movía más allá. Se detuvo en el umbral y se volvió hacia mí.

—Lo siento mucho —repitió.

Crucé los brazos sobre los pechos cuando nuestros ojos se encontraron. De pie, tan cerca el uno del otro, noté que sus iris eran color avellana con rayitas color cobre. Tenía unas pestañas espesas y largas, con una leve curva que haría que cualquier chica matara por ellas.

Di un paso atrás, poniendo más distancia entre nosotros, y vi que suspiraba.

—Vale. En serio, te deseo buena suerte.

Empezó a alejarse, pero luego, de repente, se volvió a mirarme otra vez.

—¿Puedo hacerte una pregunta más?

Me moví con inquietud.

—Claro.

—¿Qué has pensado cuando me has mirado desde el escenario? ¿Cuando nuestros ojos se han encontrado?

Fruncí el ceño un poco, a punto de decir que no había pensado nada, pero luego decidí que en realidad no me importaba. No iba a volver a verlo.

—Se me pasó por la cabeza que no encajabas aquí. —Y tenía razón.

Se quedó quieto, con una expresión de incertidumbre mientras clavaba los ojos en mi cara.

—Mmm... Es curioso —murmuró finalmente—. Eso es justo lo que yo he pensado de ti.

Me reí, o más bien fue un resoplido.

—Bueno, pues te equivocas, cielo. Este es el único lugar en el que encajo.

—Gabriel... —me corrigió una vez más mientras curvaba un poco los labios. Me observó con intensidad durante un tiempo muy largo. Después se dio la vuelta y se alejó.

## 2

*«Céntrate en las cosas buenas, incluso aunque sean simples.  
Luego entiérralas profundamente de forma que solo tú sepas  
dónde están».*

*Sombra, el barón de la espoleta*

GABRIEL

Lo había jodido todo.

*«Tú me puedes enseñar a reaccionar adecuadamente cuando me toca una mujer».*

¡Por el amor de Dios! No era de extrañar que me hubiera dicho que me fuera. Seguro que le había parecido que era una especie de psicópata. Fui al aparcamiento, hacia la *pickup*, pero me detuve un momento en el camino.

*«¿En qué demonios estaba pensando?»*

No solo lo había jodido todo, además había parecido totalmente patético. La había insultado.

*«Crystal. ¿Cuál será su nombre real?».*

Me preguntaba quién era, porque se me había acelerado el corazón en el pecho cuando se subió al escenario, como si estuviera tratando de llamar mi atención con aquella mirada distante y vacía en sus hermosos ojos.

*«Como si fuera de piedra».*

Y, sin embargo, había bailado con fluidez, con gracia. Me había dejado fascinado. Yo solo había ido allí para buscar a una mujer dispuesta a aceptar un pequeño trabajo, mucho más liviano —por así decirlo— que lo que se solía conseguir en las salas privadas de un lugar como *La perla de platino*. Pero ella me había intrigado; había llamado mi atención y no había podido pensar en otra. Algo en ella... me atraía. Algo que no tenía nada que ver con su escasa vestimenta o su abierta sexualidad. Algo que ni siquiera tenía que ver con lo que me había llevado allí. Solté una risita carente de humor que acabó convirtiéndose en un gemido mientras me pasaba las manos por el pelo.

Sería una tontería negar que me sentía atraído por ella, pero ni siquiera yo, con

mi falta de experiencia, era tan estúpido como para pensar que mantener una relación con una *stripper* era una buena idea.

Si lo pensaba bien, había sido una mala idea desde el principio. Lo supe en el momento en el que había expresado mis razones para estar allí con ella, y observé que la expresión de su rostro cambiaba de interés a sorpresa y... dolor. Sí, supe que la había herido, y luego sus rasgos se volvieron duros otra vez. Si los ojos son las ventanas del alma, había presenciado cómo se cerraban a él con un solo parpadeo.

«¿Cuánto tiempo había tardado ella en dominar eso?».

Yo le había dicho que no tendría que quitarse la ropa, como si ella tuviera que mostrarse agradecida por la oportunidad que le brindaba de no denigrarse. Y, sin embargo, ¿no era esa la finalidad de mi plan? ¿Usarla? No había pensado demasiado en esa mujer sin nombre una vez que se me ocurrió la idea, solo en mí. ¡Dios!, me había comportado como un idiota. Era una idea terrible. Agravada todavía más por el hecho de que ella me había reconocido, que había recordado mi historia, que conocía mi nombre completo.

No había previsto eso. La mayoría de la gente que no me había visto regularmente en los doce últimos años no me reconocía. Me había mantenido alejado de los focos de atención, sin conceder ninguna entrevista. Había crecido. No me había preocupado gran cosa por si los habitantes de una ciudad distante —y que no visitaba desde niño— sabían quien era yo. Pero ella sí me había conocido. Me pregunté si eso formaría parte de la razón por la que había rechazado mi solicitud.

Negué con la cabeza en un intento de escapar de mis pensamientos, y salí de la *pickup*, cerrando la puerta lo más silenciosamente que pude. Me quedé durante un momento bajo la pálida luz de la luna, inspirando lentamente mientras cerraba los ojos. La noche estaba llena de estrellas y yo, muerto de remordimientos, pero me tomé un momento para agradecer la frescura del aire nocturno, llenando mis pulmones, y la abierta extensión que me rodeaba.

Noté que mi casa estaba a oscuras, salvo por el resplandor parpadeante del televisor del salón. Sin duda mi hermano estaba inconsciente en el sillón reclinable, como casi todas las noches. Si iba derecho al dormitorio, ni siquiera sabría lo tarde que había llegado. Y no tenía ganas de responder a ninguna pregunta.

«En especial esta noche».

—¿Dónde has estado?

Resoplé sorprendido mientras dejaba caer las llaves en la cesta que había junto a la puerta.

—He ido a tomar unas copas a la ciudad.

—¿A la ciudad? —Pareció sorprendido. ¿Y por qué no lo iba a estar? Sabía que evitaba ir por allí.

—A Havenfield.

Dominic tomó un sorbo de la botella de cerveza y se rascó el vientre desnudo.

—Ah... La ciudad que está a cuarenta y cinco minutos. —Hizo una pausa—. Te habría acompañado.

—Quería estar solo.

Arqueó lentamente una ceja mientras tomaba otro trago.

—¿Estás saliendo con una mujer, hermanito? —Su voz era burlona, pero también había un tono de esperanza que me hizo volver a sentirme patético. A su espalda, una mujer gimió en voz alta, y mi mirada cayó en la peli porno que se veía en el televisor. Él siguió la dirección de mis ojos y luego se volvió hacia mí, sonriente.

—¿No puedes verlas en tu habitación?

—¿Qué más da? No estabas en casa.

—Porque también me siento en ese sofá, y ahora me voy a pasar un rato intentando adivinar si...

Asintió mientras me lanzaba una mirada pícara.

—Sí, seguramente es una buena idea.

—Genial, Dominic... —murmuré antes de irme a mi habitación.

—Eh, Gabe, te has dejado esto en el salón.

Me di la vuelta, pero me quedé petrificado al ver el enorme sobre que sostenía, el que llevaba el emblema de la universidad de Vermont en una esquina, y que estaba dirigido a mí. Me acerqué con rapidez y se lo arranqué de las manos.

—No lo he dejado en el salón. Estaba en mi habitación, al lado del ordenador. —Lo miré.

Se encogió de hombros y me soltó un gruñido cuando me di la vuelta otra vez para irme al dormitorio.

—Te ha escrito una carta preciosa. ¿Lo vas a hacer? —preguntó.

Me detuve en la puerta, sin girar la cabeza.

—No lo sé. Todavía no lo he decidido.

—Podría ser una buena idea.

—Podría...

—Está muy buena. Le he echado un buen vistazo —dijo—. Desde luego, era fácil. Veo que tú también lo has hecho... Lo encontré en el historial. Por lo que veo, has revisado su *bío* un par de veces. ¿Es la chica con la que has estado hablando por teléfono últimamente?

«¡Dios!».

—Ocúpate de tus asuntos de vez en cuando. —Cerré la puerta a mi espalda con la risa de Dominic en los oídos.

—¡Gabriel Dalton! —le oí gritar—. ¡Tú eres asunto mío!

Apreté los dientes y cerré los puños, reprimiendo la irritación que me provocaba mi entrometido hermano pequeño. Adoraba a Dominic, pero odiaba la sensación de constante agobio que me provocaba.

Bajé la vista al sobre que sostenía entre las manos. La carta de Chloe Bryant asomaba por la parte superior, por donde era evidente que Dominic la había sacado. La lancé al escritorio y me acerqué a la ventana para abrirla de par en par. Necesitaba que fluyera el aire de la noche. Oí el sonido del susurro de los árboles y a una rana croar muy cerca.

«Paz. Calma».

Me recosté en la cama, y una imagen de Chloe inundó mi mente, la de la foto que había publicado en su biografía, junto con un artículo que había escrito y que me sugería que leyera como parte de su vida. Chloe, con sus rizos castaños y sus grandes ojos verdes. Chloe y su sonrisa de oreja a oreja, sin malicia.

Algunos meses antes, Chloe se había puesto en contacto conmigo para estudiar la posibilidad de que me hiciera una entrevista para su proyecto de fin de grado sobre los efectos que sufren a largo plazo los niños que han sido secuestrados y que luego obtienen la libertad, ya sea porque escapan o porque sus captores los sueltan. No había muchos casos en Estados Unidos, pero yo era uno de ellos, y daba la casualidad de que vivía en el mismo estado que Chloe.

Hubo algo de Chloe, quizá lo amistosa que parecía o su personalidad extrovertida, que había llamado mi atención. Y la idea de ser entrevistado para la tesis de una graduada universitaria, en lugar de para un programa de entrevistas o una revista, me hacía sentir cómodo. No me convertiría en una sensación, ni en un titular, no me convertiría de nuevo en una figura pública.

Respondí a su correo electrónico y nos intercambiamos información básica, incluso llegué a pensar que quizá estaba coqueteando un poco conmigo por teléfono, aunque mi experiencia en ese tema era lamentablemente escasa. Notar que me sentía atraído por Chloe me había llenado de esperanzas. Era guapa e



inteligente, e iba a tener que pasar bastante tiempo con ella si accedía a su petición. Me había permitido pensar que si había cierta química entre nosotros podría ser capaz de dejar que los acontecimientos siguieran su ritmo.

Pensé en Chloe un poco más, sopesando si iba a aceptar o no la entrevista. Una vez más, traté de equilibrar los pros y los contras para conseguir manejar la oleada de nerviosismo que me recorría al pensar en las posibilidades. Pero en lugar de recrearme en los esperanzadores quizás, la imagen de otra chica invadió mi mente. Una joven que, por lo que había podido ver, era justo lo opuesto de Chloe Bryant. Crystal, con su largo pelo color miel y aquella mirada solitaria y precavida. Crystal, con su risa renuente.

Crystal, la chica a la que no iba a volver a ver.

Una parte de mis pensamientos me perturbó, y me senté, pasándome la mano por el pelo. Me sentía vacío. Quizá lo que tenía que hacer era obligarme a mí mismo a salir de mi zona de confort. Me había mantenido en las sombras durante demasiado tiempo, disfrutando muchos años de la naturaleza predecible de mi existencia, día a día: trabajo, hogar, viajes ocasionales a la ciudad para socializar... Me gustaba la comodidad que me ofrecía la compañía segura, la que encontraba en los libros, y todavía seguía encontrando alegría en mi propia libertad, pero tampoco podía negar que llevaba una vida solitaria.

Me puse de pie delante de la ventana abierta, y contemplé el paisaje como si así pudiera comenzar a expandir las paredes que había erigido a mi alrededor. Si debía hacerlo... o no. Eran de mi propia creación y, sin embargo, aun así, ¿acaso no me había construido una especie de prisión alrededor? ¿Y no había llegado el momento de hacer algo para cambiar eso?

Antes de que pudiera seguir hablando conmigo mismo, me senté frente al ordenador y abrí la aplicación del correo electrónico para leer el último mensaje de Chloe. Escribí un respuesta corta:

*Chloe:*

*La respuesta es sí. Me vale cualquier fecha. Solo necesito saberlo de antemano. Tengo muchas ganas de conocerte.*

*Gabriel*

Luego le di a «enviar» antes de cambiar de opinión.

### 3

*«Algunas personas son malas hasta la médula. Si no puedes con ellas, tienes que llevarles la corriente. Jugar la mano que te ha tocado hasta que te salga una mejor».*

*Gambito, el duque de los ladrones*

CRYSTAL

Mi coche lanzó un último estertor sibilante antes de detenerse de golpe y morir junto a la carretera, adonde me las había arreglado para dirigirlo en el último minuto. Se me escapó un grito de irritación y golpeé el volante con las manos.

—No, no, no... —repetí, sentada en el asiento mientras la derrota me hacía sentir una bola en la boca del estómago—. Dios, por favor, dame un respiro. —Dejé caer la cabeza contra el respaldo y hundí los hombros.

El resplandor del sol era tan fuerte que guiñé los ojos para mirar por la ventanilla abierta; no había nada a la vista, solo rocas y árboles. Estaba al menos a seis kilómetros de Glendale, el pequeño pueblo donde vivía, y no había ninguna gasolinera entre el lugar en el que me encontraba y mi casa. Saqué el móvil del bolso y marqué el número del mecánico del pueblo, y pregunté por Ricky. Cuando me dijeron que no estaba allí, suspiré y colgué. Era el único que me habría facilitado una grúa gratis. A continuación marqué el número de Kayla, y me salió directamente el buzón de voz.

—Hola, Kay, soy yo. El estúpido de mi coche acaba de morir junto a la carretera. Si oyes el mensaje y no estás trabajando, llámame.

Lancé el móvil al bolso, subí las ventanillas y salí del vehículo. Por un momento, me quedé mirando las cinco bolsas con la compra que llevaba en el asiento trasero, y por fin solté un suspiro. Las dejé allí y me puse a andar. Iría al pueblo y regresaría con alguien. Por lo menos los productos no percederos se salvarían. ¡Maldición! Me acababa de gastar hasta el último centavo de las propinas de la noche anterior en la compra.

El sol me calentaba la espalda, y, después de unos minutos, sentí que el sudor se

me acumulaba entre los omóplatos. Para intentar que me resultara más fácil andar, me subí la falda lo más arriba que pude. Unas sandalias de tacón no eran el calzado ideal para andar seis kilómetros, así que me agaché para quitármelas, pero el asfalto estaba tan caliente que quemaba.

«¡Joder!».

Parecía que la ampolla que posiblemente tendría al llegar a casa sería el menor de mis males, así que volví a ponérmelas, cruzando los dedos.

Pasaron junto a mí algunos coches, pero tratándose de un pueblo con menos de seiscientos habitantes, no esperaba que la carretera estuviera muy transitada.

Llevaba casi dos kilómetros cuando oí el rugido del motor de una camioneta, y me di la vuelta hacia la hierba seca que había junto al arcén mientras miraba el vehículo blanco que se acercaba. El conductor redujo la velocidad al pasar a mi lado y se detuvo, con el motor al ralentí. Bajé el ritmo mientras notaba un revoloteo nervioso en el vientre al ver que Tommy Hull se asomaba por la ventanilla y me miraba con los ojos entrecerrados.

—Hola, guapa, ¿quieres que te lleve?

Solté un suspiro y me acerqué con rapidez. Luego abrí la puerta del pasajero para subir. Hacía tiempo que no veía a Tommy, pero había sido cliente habitual de *La perla de platino* hasta que se casó con una chica del pueblo, unos meses antes.

—Hola, Tommy, te lo agradecería mucho. Te aseguro que hace un calor infernal.

El aire acondicionado del interior de la cabina era una maravilla, y suspiré, apoyando la espalda en el asiento. Tommy puso el coche en marcha mientras me miraba, deslizando los ojos por mis muslos desnudos con persistente descaro.

—Seguro. —Comenzó a desviarse ligeramente a un lado de la carretera por no apartar la vista, y tuvo que corregir la dirección antes de mirarme de nuevo—. ¿Se te ha parado el coche?

—Sí. —Me reí sin ganas—. Es una puta mierda. —Parecía que tenía otra vez los ojos clavados en mis muslos, así que me estiré la falda, pero el movimiento solo consiguió llamar su atención. Alzó la mirada y me sonrió.

—Estás muy guapa hoy, chica. ¿Quieres ir a algún sitio?

Negué con la cabeza al tiempo que reprimía el impulso de encogerme.

—No. Gracias de todas formas, Tommy. —De repente, recordé la compra que había dejado en el asiento trasero del coche, pero decidí no pedirle a Tommy que me llevara a por ella. Solo quería llegar a casa. A la mierda la compra. A la mierda el coche y mi vida. Solo quería meterme en la cama y poner en la tele

algún programa sin sentido que me hiciera olvidarme de todo.

—Oh, venga. —Me puso la mano en el muslo y me lo acarició—. ¡Eres jodidamente suave! Había olvidado lo suave que eres, nena. Echo de menos aquellos bailes que hacías en mi regazo. —Quitó la mano de mi pierna para ponerla en el volante y girar hacia un camino de tierra.

—Tommy...

—Creo que me debes algo por haberte recogido, ¿no? Podía haberte dejado allí, paseando el culo bajo el puto sol para volver al pueblo. Todavía podría hacerlo... —«Ahí estaba». Hundí los hombros al detectar su tono burlón. El paisaje que nos rodeaba, la cabina de la camioneta y mis manos parecieron adquirir una cualidad plana, como si nada de eso fuera real. Y me hubiera gustado que no lo fuera.

Miré a Tommy fijamente mientras me invadía una sensación familiar de futilidad. ¿Qué más daba que dejara que me metiera mano en la camioneta? Allí, sola en un camino de tierra, ni siquiera tenía la leve protección que me ofrecían en *La perla de platino*. Y a juzgar por la expresión que veía en los ojos de Tommy, sabía que me iba a costar disuadirlo.

Resultaba evidente que estar casado no significaba nada para Tommy. Su mujer era una chica con suerte.

Me obligué a sonreír un poco.

—Si eso es lo que quieres, cielo... —Fue imposible que transmitiera algo que no fuera cansancio y repugnancia en la voz.

«Tampoco me importa».

Detuvo la camioneta y me lanzó una sonrisa triunfante.

—Esa es mi chica. —Estaba encima de mí antes de que pudiera parpadear. Sentí sus manos por todas partes, su boca en la mía hundiendo la lengua entre mis labios como si estuviera buscando un tesoro perdido. Me puse rígida; si me obligaba a pensar en otra cosa y llevaba a mi mente a otro lugar que no tuviera su sabor —a tabaco y algo salado que había comido recientemente—, me resultaba más soportable. Dejé caer la cabeza hacia atrás, hasta que tropecé con el cristal de la ventanilla, y miré al cielo. Había un pájaro negro trazando círculos en el aire. Lo observé hasta que no fue más que un puntito negro, y luego desapareció en la nada.

Tommy se impulsaba contra mí, jadeante, tratando de meter la mano dentro de mis bragas mientras me lamía la mandíbula.

—¡Ay, Dios! Quiero hacerlo contigo, nena. Eres jodidamente preciosa. ¡Oh,

joder! —Se bajó la cremallera y trató de desabrocharse el cinturón sin dejar de frotarse contra mí. De repente, soltó un fuerte grito que terminó en un gemido, y se quedó quieto mientras yo sentía una humedad caliente contra la cadera desnuda—. ¡Joder! —maldijo una vez más, alejándose al instante.

Me incorporé con rapidez, medio aturdida, al tiempo que me estiraba la falda hacia abajo. Luego me limpié el agrio olor de su saliva de la barbilla.

Se subió la cremallera antes de acomodarse en su asiento y se pasó los dedos por el pelo.

—¡Joder! ¿Cómo cojones voy a volver a casa así? ¿Qué va a decir mi mujer? — Señaló la gran mancha de humedad que tenía en la parte delantera de los vaqueros.

La miré con intensidad durante un instante, reprimiendo la hilaridad.

«Buen trabajo, francotirador».

El pecho me subía y me bajaba con rapidez por el esfuerzo que me suponía no reírme, pues una vaga sensación de histeria mezclada con risa me hervía en el pecho, pidiendo una vía de salida. Cuando Tommy trató de secar el lugar con el borde de la camisa para terminar haciendo más grande la mancha, no pude aguantar más. Un estallido de risa me subió por la garganta, haciendo que me doblara. Me reí con tanta fuerza que las lágrimas me corrían por las mejillas.

Levanté la vista justo a tiempo para ver la furia que deformaba el rostro de Tommy, pero no para evitar el golpe que hizo que mi cabeza diera contra la ventana. Eso detuvo mi risa. Me llevé la mano a la cara, con la risa convertida ya en leves ráfagas siseantes.

—Ya no te ríes, ¿verdad, putilla? ¡Sal de la camioneta! —Rodeó el vehículo y abrió la puerta del copiloto. Como yo estaba apoyada en ella, me caí hacia atrás, rebotando en el suelo con tanta fuerza que me quedé sin aire. El bolso aterrizó en la hierba seca, a mi izquierda, y me arrastré hacia atrás por la tierra cuando el motor rugió. Lo miré mientras daba la vuelta y regresaba a la carretera.

Me quedé allí sentada un minuto, respirando hondo, ya sin risa. Pasado un rato, me obligué a levantarme; gemí por lo bajo al sentir un dolor punzante en la espalda. Anduve hacia la carretera frotándome con cuidado el lugar en el que me había golpeado Tommy. Por lo menos estaba un poco más cerca de casa que antes. Ya era algo.

Cuarenta y cinco minutos después, cubierta de sudor y con los pies doloridos y

llenos de ampollas, entré en mi apartamento. Solté el bolso en el suelo antes de empezar a quitarme la ropa dejando un rastro mientras me dirigía a la ducha. Permanecí de pie debajo del agua fría, intentando borrar la última hora y media de mi cuerpo. Quería que se fuera por el desagüe como el agua llena de espuma. Quería verme limpia. Cuando salí, me sentía un poco mejor; al menos estaba más fresca. Abrí la ventana del apartamento, aunque no corría ni pizca de brisa, por lo que encendí el ventilador del techo. Luego cogí el teléfono del bolso y me dejé caer en la cama.

No tenía ninguna llamada. Kayla debía de estar trabajando. Pensé en mi coche, que seguía averiado a un lado de la carretera con las bolsas de la compra en el asiento trasero, y se me puso un nudo en la garganta. Necesitaba el coche para ir a trabajar. Lo necesitaba para sobrevivir. Lo necesitaba para no tener que subirme a camionetas de hombres a los que les gustaba tomarse libertades con mi cuerpo en un camino de tierra. Me recorrió una sensación de malestar cuando pensé de nuevo en Tommy, pero la ignoré como pude.

Ahondar en todo eso me agotó hasta el punto de que casi decidí acurrucarme justo donde estaba y dormir todo el día.

*«¿Qué voy a hacer ahora? Oh, Dios...».*

Meforcé a sentarme y marqué de nuevo el número del taller. Ricky siempre se había portado bien conmigo cuando se me estropeaba el coche, incluso me permitía pagarle a plazos si no tenía dinero para abonar el importe de una vez.

La persona que me respondió dejó el teléfono en el mostrador. Oí cómo llamaba a Ricky a gritos, y, a continuación, lo imaginé deslizándose desde debajo de un coche, con una llave inglesa en la mano y la cara manchada de grasa. Cuando respondió al aparato, me obligué a poner un tono alegre para explicarle por qué necesitaba su ayuda.

—Ay, escucha, nena, puedo ir a buscar tu coche y te diré lo que le pasa, pero todavía me debes la reparación del alternador. No puedo hacerte más arreglos si no me pagas. El viejo me arrancaría el pellejo.

Perdí toda esperanza. No tenía dinero para una grúa, y mucho menos para cubrir mi deuda y pagar la nueva reparación. Sin duda, se trataría de algo caro.

—Muy bien, Ricky. Precio que vayas a buscar el coche. Es muy amable por tu parte, gracias.

—Claro, nena.

Le expliqué detalladamente dónde estaba mi coche, y añadí que iría más tarde a recoger la compra. Quizá pudiera subirla a casa de Kayla. Tal vez no se hubiera

estropeado toda la comida.

Permanecí allí sentada durante un rato, con una sensación de soledad inundándome desde dentro. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a poder resolver esto?

*«Evidentemente, te pagaré. Sería solo después de las horas de trabajo».*

Las palabras de Gabriel Dalton atravesaron mi mente. Cogí el teléfono de nuevo, pensativamente, y me di unos golpecitos contra la barbilla antes de escribir su nombre en el navegador. Había mucha información sobre él. Hice clic en uno de los primeros enlaces que aparecieron, donde relataban la noticia doce años antes.

*El departamento de policía de Morlea convocó el jueves, 29 de junio, una rueda de prensa para facilitar más detalles sobre el caso de Gabriel Dalton. Con nueve años de edad, en 1998, Gabriel fue secuestrado cerca de su casa, mientras jugaba en un solar vacío con su hermano, Dominic, de ocho años. Este fue quien dio el aviso a los habitantes de Vermont, así como al resto de la nación.*

*Hace una semana apareció un adolescente cubierto de sangre en la puerta de la casa de una mujer y se identificó como Gabriel Dalton; tras eso, pidió ayuda. Después de investigar, la policía descubrió que Gabriel había salido del sótano de la casa vecina a la de la mujer, que llamó al 911, y que llevaba allí los seis últimos años. Gabriel pudo escapar después de apuñalar a su secuestrador, identificado como Gary Lee Dewey, con una piedra afilada. Gary Lee Dewey había fallecido cuando llegó la policía. Gabriel Dalton, que ahora tiene quince años, se ha reunido con su hermano, y los dos están en la actualidad bajo la tutela del socio de su padre en la cantera Dalton Morgan. Los padres de Gabriel y Dominic, Jason y Melissa Dalton, fallecieron en un accidente de coche en 2003.*

Solo un año antes de que su hijo regresara. ¡Dios!

Leí algunos artículos más, pero la información era similar. Me quedé hipnotizada por la cara de Gabriel Dalton a los nueve años. Era muy dulce; tenía una sonrisa muy americana y los mismos ojos inocentes que había visto desde el escenario. Solo había un par de fotos de él con quince años. En la primera, llevaba el pelo largo, tenía los ojos muy abiertos y parecía angustiado por el *flash* de la cámara. En la segunda, estaba de pie en la misma pose que había despertado mi memoria: manos en los bolsillos, cabeza gacha y el pelo cayéndole sobre la frente mientras entrecerraba un poco los ojos a la cámara. Era la que habían usado todas las cadenas de televisión durante meses, mientras informaban sobre su historia.

Dejé el teléfono a un lado mientras me mordisqueaba los labios, apoyándome en las almohadas. Me pregunté cómo demonios había soportado Gabriel seis

años encerrado en un sótano con un depredador.

*«Tú me puedes enseñar a reaccionar adecuadamente cuando me toca una mujer».*

Tragué el nudo que tenía en la garganta. No quería pensar en lo que le hacía ser tan reacio a que lo tocaran. Ya me lo imaginaba.

No había querido formar parte de la terapia que Gabriel se había impuesto, pero allí sentada, ni siquiera podía recordar por qué le había dicho que no. Estaba claro que me veía como a un trozo de carne, y, por lo que parecía, eso era todo lo que él necesitaba. Me necesitaba, y yo precisaba dinero extra. Podría habérselo pedido a cualquiera de las otras chicas, pero me había elegido a mí, y yo lo había rechazado como si fuera demasiado buena para el trabajo, cuando no era cierto.

Podía ayudar a Gabriel a sentirse cómodo cuando alguien invadiera su espacio, cuando alguien lo tocara, y él me podía dar el dinero que necesitaba para arreglar el coche. Los dos ganábamos. ¿Tan malo sería? Sin embargo, ¿por qué me recorrió la espalda un escalofrío de ansiedad? Me incorporé, colocándome la toalla con firmeza, y cogí de nuevo el móvil para buscar el teléfono de la cantera Dalton Morgan. Estaba en la cercana ciudad de Morlea, y aunque no sabía si Gabriel trabajaba allí o no, decidí intentarlo, así que marqué el número. Si no lo podía encontrar de esta manera, optaría por el plan B, fuera el que fuera. El corazón se me aceleró mientras esperaba que me respondiera alguien.

—Cantera Dalton Morgan.

Vacilé, sintiéndome nerviosa, insegura.

—¿Hola?

—Er... —respondí finalmente—. Er, sí... Mmm, ¿podría hablar con Gabriel? ¿Gabriel Dalton?

Hubo una breve pausa.

—Por supuesto. —Me pareció que era un hombre, un hombre joven, y que estaba riéndose—. ¿Podría decirme quién lo llama? —Sí, sin duda, había una nota burlona en su voz.

—Crystal —me aclaré la garganta—. Mmm..., Crystal a secas.

Hubo una breve pausa antes de que respondiera.

—Oh... —Parecía decepcionado. ¿Por qué? Fruncí el ceño al tiempo que abría la boca para decir algo, pero él se me adelantó—: Claro. Espere un segundo. —Comenzó a sonar una música en la línea y me levanté, mientras sostenía la toalla con una mano y el móvil con la otra y me paseaba por delante de la cama.

Después de lo que me pareció una eternidad, respondió otra voz.



—¿Hola?

Parecía la voz de Gabriel por lo que recordaba, y me dejé llevar.

—Hola, Gabriel. Mmm..., soy Crystal. Puede que no me recuerdes, pero...

—Claro que te recuerdo. Hola. —Oí pasos y el sonido de una puerta cerrándose, como si se hubiera ido a otra estancia.

—Hola —dije, sintiendo un repentino alivio, notando que la voz me sonaba entrecortada.

—Dios, estoy muy...

—Te llamaba para...

Los dos hablamos al unísono y nos detuvimos a la vez. Me llegó su risa a través de la línea, lo que hizo que sonriera a pesar de los nervios.

—Tú primero —me dijo en voz baja.

—Oh, vale. Bueno, es que he estado pensando en lo que hablamos, y espero que no te importe que te haya llamado, pero quería decirte que si todavía necesitas... Er... Si todavía quieres... Me encantaría ayudarte.

Hubo una pausa y empecé a pasearme de nuevo, esperando a que él hablara.

—En realidad, Crystal, te debo una disculpa por habértelo preguntado. No es una buena idea. Lo lamento. Sé que te hice sentir..., ya sabes..., barata.

—Barata —murmuré, hundiéndome en la cama sin dejar de agarrar la toalla para que no se me cayera.

Oí una risita que terminó en un suspiro de algo que parecía vergüenza.

—Sí, barata. —¿Qué más podía sentirme que «barata»? Ese parecía ser el estilo de vida que me había tocado.

Sacudí la cabeza, volviendo al presente.

—No es necesario que te disculpes. Estoy bien. Y bueno, si has pensado otra cosa, nada, pero, si no, estoy disponible. —Esperé a que hablara, pero al ver que no lo hacía, llené el silencio—. Puedes practicar conmigo. Es decir, si todavía quieres.

Hubo un silencio en el otro extremo de la línea, y esta vez esperé hasta el final.

Cuando Gabriel habló, lo hizo en voz todavía más baja.

—¿Y cómo sería eso exactamente?

Solté una risita.

—Vas a tener que decírmelo tú. Imagino que puedes venir al club, como anoche. Me aseguraré previamente de que Anthony sepa que has seguido el procedimiento.

Oí que soltaba el aire con lo que, esperaba, fuera una sonrisa, y luego volvió a

guardar silencio.

—¿Estás segura? ¿Te parece bien?

—Sí.

—Vale... —Todavía sonaba vacilante—. ¿Cuándo trabajas?

—Mañana por la noche.

—Bien, estaré allí mañana. Y si cambias de idea...

—No voy a cambiar de opinión. Hasta luego, Gabe.

—¿Ya no me vas a llamar «cielo»? —Había una sonrisa en su voz que me hizo curvar los labios a mí también.

—Si quieres que te llame «cielo», te llamaré así.

—«Gabe» está bien. Muy bien, de hecho.

—Nos vemos mañana por la noche, cielo.

Otra risa.

—Hasta luego.

Colgué y solté un suspiro, sintiéndome más llena de energía. Bien, había arreglado mi situación. Un poco de dinerito extra —ya hablaríamos de las condiciones mañana por la noche—, pero necesitaba al menos el doble del sueldo como bailarina para poder pagarlo todo. Sintíendome un poco mejor, dejé caer la toalla y me puse ropa limpia. Cuando me miré en el espejo, me sorprendió ver una leve sonrisa en mi cara; no me había dado cuenta de que sonreía. Parpadeé observando mis labios. Tenía también una gran marca roja en la mejilla, allí donde Tommy me había abofeteado, y una pequeña roncha en el pómulo, seguramente provocada por su anillo de boda. Cogí el cepillo con idea de desenredarme el pelo, y me peleé con los nudos hasta que los tirones en el cuero cabelludo me hicieron poner una mueca de dolor.

## 4

*«Puedes encontrar esperanza en los lugares más extraños, en la esquina más oscura. Agárrala y no la sueltes, querido. Es tuya y de nadie más».*

*Limonada, la reina del merengue*

GABRIEL

*La perla de platino* estaba muy concurrida los jueves por la noche. Me senté en la misma mesa que dos noches antes y le pedí una cerveza a la camarera.

—¿Sabes cuándo actúa Crystal? —le pregunté. La joven morena que me trajo la Miller Lite se inclinó más de lo necesario cuando la dejó sobre la mesa. Pareció sorprenderle que mantuviera los ojos clavados en los suyos en lugar de mirarle los pechos que me había puesto delante de la cara, en esa posición incómoda más tiempo que con la espalda recta.

—Creo que es la próxima.

El corazón me latió con rapidez cuando miré hacia el escenario, esperando que comenzara el siguiente número. Me había sentido muy sorprendido cuando ella me llamó para comunicarme que había cambiado de idea. Sorprendido y un poco desconcertado. Me preguntaba qué le había hecho cambiar de opinión. Me preguntaba qué la había obligado a buscarme y llamarme. Casi le había dicho que se olvidara por completo de todo, pues había comprendido que era una idea horrible. Pero cuando oí su voz a través del teléfono, no había podido rechazarla. La verdad, resultaba a la vez temible y excitante, y era una sensación estimulante que no había experimentado antes. Quería... más. Y pensé que eso era algo positivo para mí: desear algo. Pero ¿qué pasaba con ella? No podía dejar de preguntármelo.

Se apagaron las luces y luego comenzó la música, un constante ritmo de graves que hacía que mi corazón bombeara con la cadencia de las notas. Fruncí el ceño mientras miraba a mi alrededor. Había un grupo de tíos celebrando una despedida de soltero, cerca del escenario, y casi todos ellos estaban tan borrachos

que apenas se mantenían encima de las sillas.

Cuando las luces volvieron a encenderse, Crystal estaba en el escenario, sentada en una silla. Llevaba un diminuto bikini plateado con flecos en ambas partes y unas botas de *comboy* con altos tacones a juego. Estaba tan concentrado en ella que me sorprendieron los aplausos que resonaron en la estancia. Tomé un sorbo de cerveza mientras miraba cómo empezaba a bailar.

Su larga melena ondulaba alrededor de su cuerpo, delgado y curvilíneo, mientras se movía, capturando la luz. Tenía el pelo de un color que no recordaba haber visto antes, una especie de combinación de rubio, rojizo y castaño. Me hacía pensar en un rayo de luna incidiendo en un bote de miel. Y era muy espeso. Me imaginaba lo que sentiría si hundiera los dedos en él. Crystal se movía al ritmo de la música con los ojos cerrados y aquella expresión fría y distante, como si fuera una armadura.

«De cristal».

No, no era de cristal. El cristal era perfectamente claro, transparente. Cualquiera podía ver a través del cristal. Y no se podía leer a aquella chica, era totalmente opaca.

«¿Cuál es tu nombre, tu nombre de verdad? Dios, quiero saberlo...».

—Te follaría el coño como un martillo percutor —dijo uno de los borrachos de la despedida de soltero para deleite de sus amigos, que se carcajearon y levantaron las copas entre aplausos. Aquella lasciva declaración me arrancó de mis pensamientos. El tipo se puso en pie y empezó a impulsar la ingle contra la silla en una sucia imitación del acto que acababa de describir.

Toda aquella escena me hizo sentir vacío, irritado y triste a la vez, así que me levanté, lancé un billete sobre la mesa y me fui detrás del escenario, a esperarla. Cuando doblé la esquina del pasillo donde había esperado a Crystal la primera vez, vi que el guardaespaldas, Anthony, estaba sentado en un taburete.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con una profunda voz de barítono.

—He venido para estar con Crystal después del número.

—¿Eres Gabe?

—Sí. —Estaba sorprendido. No esperaba que ella le hubiera dado mi nombre a Anthony.

—Ven conmigo.

Seguí al guardaespaldas a una sala distinta a aquella en la que había hablado con Crystal el primer día. Esta estaba más oscura, y tenía cortinas de terciopelo color púrpura cubriendo las paredes. Había también un sofá de cuero negro

contra una pared, unas otomanas de terciopelo aquí y allá, un aparato de sonido en una esquina y un pantalla plana enorme colgada en la pared enfrente del sofá.

—Ponte cómodo y espera aquí —me invitó Anthony—. Crystal vendrá después de la actuación.

Cuando oí el chasquido de la puerta al cerrarse, pegué un brinco. Me senté en el borde del sofá luchando contra la ansiedad.

«Lugar sombrío. Puerta cerrada. Silencio».

Esta sala era como una cueva o un sótano húmedo. Mantuve la mirada en la puerta mientras me recordaba a mí mismo que podía salir de allí cuando quisiera. No era el mismo sitio. Ni siquiera se parecía.

Me preguntaba si este sería el sótano húmedo y cerrado de Crystal.

No estaba muy seguro de por qué me lo preguntaba, pero la idea de estar allí sentado como una piedra era un peso en mi conciencia.

Unos minutos después, Crystal abrió la puerta y me arrancó de mis pensamientos. Me empecé a levantar, pero ella me indicó que permaneciera sentado, y así lo hice. Se había puesto una camiseta larga que le llegaba hasta la mitad de los muslos y le quedaba caída en los hombros, pero todavía llevaba las botas plateadas. Sonreí ante la imagen que presentaba. Se sentó en el sofá y se volvió hacia mí. Noté que se me retorcían las entrañas; era preciosa. Demasiado guapa para estar en esa sala. Demasiado guapa para ese lugar.

Se había recogido el pelo de cualquier forma en una coleta. Con esta luz, parecía que lo tenía más oscuro, más castaño que dorado. Llevaba muy maquillados los ojos —almendrados y algo rasgados, lo que le daba un aire exótico—, con un delineador negro y grueso, y se había puesto pestañas postizas.

—No estaba segura de que fueras a venir. —Sonrió, aunque solo con los labios.

Me froté la nuca cuando me invadió una emoción extraña, una oleada de timidez, que me hacía sentir fuera de mi elemento, así como una punzada de culpa.

—No sé si he hecho bien... —Su expresión cambió de golpe, y me apresuré a explicarme—. Es que creo que... Que tengo remordimientos de conciencia.

Abrió más los ojos durante un momento antes de arquear una ceja, levantarse y acercarse con una cadencia seductora al aparato de sonido.

—Bueno, cielo —me dijo al volverse hacia mí—, suena doloroso. No es contagioso, ¿verdad? —Se puso la mano en la cadera y esbozó una sonrisa inocente.

Me reí. Una explosión de humor mezclado con sorpresa llenó mi pecho. Era

agradable.

—No, no creo.

—Muy bien. —Puso música a volumen bajo y regresó junto a mí para sentarse de nuevo en el sofá—. ¿Qué te parece si intentamos tener una sesión y, si no te gusta, si te hace sentir... barato lo dejamos y listo? —Esbozó una sonrisa burlona, y sentí como si tuviera un montón de aves aleteando entre las costillas.

«Una sesión».

Ella lo consideraba una especie de terapia. Y supuse que era precisamente eso. Me mordisqueé el labio inferior, inseguro, pero no quería marcharme.

Ella me gustaba. Me gustaba cómo me miraba, cómo bromeaba conmigo, la aguda inteligencia que se adivinaba detrás de sus ojos, su rápido ingenio, la forma en la que parecía dura y, sin embargo, tierna a la vez. Era oficial: me gustaba.

«¡Oh, Gabriel! No seas idiota».

—Antes de nada tenemos que acordar una cuota.

—Eres tú la que has sacado el tema —dije—. Me parece bien lo que consideres justo.

—Bueno... —murmuró—. El club tiene que recibir el porcentaje de un baile privado, ya que estamos aquí, por lo que, para que me quede algo, tendría que duplicar ese precio. Así que cincuenta. —La incertidumbre que atravesó su expresión, como si estuviera nerviosa, me dijo que pensaba que había pedido demasiado.

—¿Cincuenta dólares? —repetí, tratando de no hacer una mueca al ser consciente de lo poco que le pagaban por lo que hacía.

«¡El club se lleva su parte si ella hace un baile erótico! ¡Dios!».

—Si te parece demasiado, podría hacerlo por cuarenta y cinco —se apresuró a decir con cierta desesperación en su voz.

«Ah..., eso lo explica todo».

Ella necesitaba el dinero, a pesar de lo poco que era. Por eso había decidido aceptar mi oferta. Sentí una vez más aquella punzada, ahora más intensa, en el estómago. Me moví en el sofá.

—Cuando era adolescente, iba a un psicólogo en Middlebury que cobraba ciento cincuenta dólares por sesión. No pensaba pagarte menos.

Abrió un poco los ojos por la sorpresa, pero enseguida volvió a poner aquella expresión de indiferencia en la cara.

—Oh, vale... De hecho, me parece muy bien. ¿Tenemos que empezar con los besos?

Parpadeé y luego me reí con suavidad. Después hice una mueca mientras me frotaba de nuevo la nuca, avergonzado.

—Es posible que no haya sido demasiado claro sobre el alcance de lo incómodo que me resulta tener gente a mi alrededor. Si estuviera preparado para besar, no estaría aquí.

Vi que fruncía un poco el ceño, inclinando la cabeza a un lado mientras me estudiaba. Asintió con la cabeza como si estuviera asimilando la idea, pero sin creérselo del todo. Solté un suspiro, agradeciendo que fuera así.

—Te puedo enseñar lo que hago cuando alguien se acerca a mí. Me anulo por completo a mí misma, es lo único que hace que sea soportable. —Se mordió el labio al tiempo que fruncía el ceño un poco más, como si estuviera considerando algo—. Creo que te puedo decir cómo lo consigo.

Me quedé inmóvil mientras la miraba. Sus palabras hicieron que me doliera el corazón.

«¡Oh, Dios!».

—Sin embargo, no es eso lo que quiero. Sé cómo anularme: lo que quiero es estar presente. Necesito que me ayudes en eso. *A estar.*

Con las mejillas encendidas, me estudió y bajó la vista.

—Oh. —Se mordisqueó una uña antes de mirarme de nuevo a los ojos. En su expresión había algo que me costaba interpretar.

«¿Es miedo?».

Se movió para rodearse la cintura con los brazos, y luego se enderezó, poniendo las manos en el regazo. Sonrió, una sonrisa de oreja a oreja en la que estaban implicados todos los músculos de la boca y las mejillas, pero no los ojos.

—Vale... Empecemos entonces. ¿Puedo...? —Utilizó un dedo para preguntarme sin palabras si podía acercarse más. Nuestras miradas se encontraron y se sostuvieron durante un instante, mientras asentía. La ansiedad me aceleraba el corazón.

Se aproximó, deslizándose por el asiento, mientras mi ritmo cardíaco se desbocaba. Sentí que me ponía tenso, incómodo, que me hormigueaba la piel cuando se acercó más y nuestros muslos casi se tocaron. Le vi una marca roja en el pómulo que el maquillaje no lograba disimular cuando la mirabas de cerca. Quise preguntarle al respecto, pero no logré formar las palabras. La adrenalina que atravesaba mi cuerpo en reacción a su cercanía me hacía sentir mareado, y quise salir huyendo. Respiré hondo, todavía mirándola a los ojos.

—Te voy a tocar la mano —susurró—, ¿te parece bien? —Tenía los ojos muy

abiertos y los labios separados. Noté que su pecho subía y bajaba cada vez que cogía aire. Noté su nerviosismo, su incertidumbre, y percibí que estaba esforzándose por mí a pesar de todo, y, por un instante, me tranquilicé.

Solté un sonido extraño que fue mitad palabra mitad suspiro. Ella vaciló, pero mantuvo el contacto visual.

—Gabriel —murmuró. Sentí el calor de su aliento mientras decía mi nombre. Olí su aroma, fresco y delicado, que me recordaba a la lluvia de primavera y a la hierba recién cortada, algo que me parecía una enorme contradicción con su grueso maquillaje y la audacia que implicaba su escasa ropa.

«¿Quién eres, Crystal? ¿Quién eres de verdad?».

Clavé los ojos en el pulso que le latía uniformemente en la base de la garganta y, por un salvaje momento, me pregunté qué sentiría si ponía allí los labios, si pasaba la lengua por ese lugar. ¿Me lo permitiría? Y, todavía más importante, ¿querría que lo hiciera?

Su mano tocó la mía, de una forma suave y vacilante, y me tensé al sentir el contacto de otra piel.

«¡Huye!».

Se me tensaron los músculos de los muslos, como si me prepararan para correr, pero me quedé allí por pura fuerza de voluntad, cerrando los ojos con fuerza. Las palabras, frases y sonidos eran como azotes en mi mente, me agredían, me alejaban del presente para llevarme de vuelta allí.

«*Buen chico*».

«*Relájate*».

«*Esto te gusta, ¿verdad?*».

«*¡No!*».

Agarré la mano de Crystal con fuerza. Ella soltó un gemido de angustia que me hizo abrir los ojos y soltarla antes de ponerme en pie con rapidez. Estaba sudando; el corazón me latía tan fuerte que estaba seguro de que ella lo podía oír desde el punto donde estaba, sentada en el sofá. En su rostro se podía leer una mezcla de alivio y decepción al ver que ponía distancia entre nosotros. Esperaba alivio, pero la decepción era algo nuevo.

—Lo siento —me disculpé cuando pude hablar—. Lo siento.

—No lo sientas. ¿Quieres intentarlo de nuevo? —Lo dijo con rapidez, pero su voz era suave.

Negué con la cabeza.

—No, no... Esta noche no. Ha sido suficiente. —Solté una risa, avergonzado



—. ¿Seguro que estás preparada para esto?

Ella seguía sentada en la misma posición que estaba cuando me levanté, con la mano en el sofá, en el lugar que había ocupado yo. Tenía la cabeza gacha y las mejillas rojas, aunque no sabría decir por qué. Parecía un poco confusa, y se mordisqueaba el labio inferior. En ese momento, esbozó de nuevo aquella sonrisa práctica y se puso en pie, aunque no respondió a mi pregunta.

Se rodeó la cintura con los brazos y, en esta ocasión, los dejó allí mientras me miraba.

«Está tan asustada como yo. No sabe qué pensar sobre esto».

Aquel pensamiento me hizo fruncir el ceño. No sabía de dónde había llegado ni por qué lo había tenido. Durante un segundo, nos miramos con torpeza.

—Er... —Metí la mano en la cartera, conté el dinero y se lo entregué. Ella lo cogió con una sonrisa y se lo guardó en el sujetador.

—Mañana no trabajo, pero pasado sí...

—Eso estaría genial.

Asintió.

—¿A la misma hora?

—Sí, a la misma hora.

—De acuerdo, Crys... —Me interrumpí—. ¿Puedo usar tu nombre de verdad? Ya sabes..., ahora que nos hemos hecho íntimos. Después de hacer manitas y todo eso.

Ella se rio.

—Ya te lo he dicho, cielo: aquí, ese es mi nombre de verdad.

Fruncí el ceño decepcionado.

—Vale. Hasta pronto.

Ella abrió la puerta y salí, con las manos en los bolsillos. La miré por encima del hombro cuando ya estaba en el pasillo. Todavía seguía en el umbral, observándome mientras me alejaba, con una expresión un tanto confusa.

## 5

*«Cógeme la mano y sígueme a los campos de narcisos. Su dulce perfume nos hace invisibles, lo sabes. Nos esconderemos juntos tú y yo, nunca te dejaré solo».*

*Lady Eloise, de los campos de narcisos*

GABRIEL

Me detuve delante de la oficina de correos y bajé de la *pickup* para enfrentarme al calor del verano. Los quince últimos días había hecho un calor inusual para Vermont en esa época del año, y esperaba con ansiedad la lluvia que habían anunciado para finales de semana.

En la oficina de correos hacía frío y reinaba el silencio. Estaba casi vacía, como cualquier día laboral a las diez de la mañana. Aspiré el olor familiar a papel viejo. Bridgett Dyson estaba en el mostrador, limándose las uñas. Levantó la vista hacia mí cuando me puse delante de ella, entonces abrió los ojos y dejó caer la lima en el cajón abierto que tenía delante y lo cerró con rapidez.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Hola, Bridgett.

Hizo un globo con el chicle y miró a su alrededor.

—Hola.

Forcé una sonrisa, avergonzado por su actitud distante. Habíamos ido juntos a la escuela. La había ayudado una vez, en segundo curso, después de que un matón hiciera que se le cayeran los libros de las manos y se pusiera a llorar. Pero eso había sido tiempo atrás. Supuse que cuando lo recordaba, si se acordaba, también era eso lo que pensaba.

Efectué una pausa mientras me miraba y, por fin, vi los paquetes que había puesto en el mostrador. Empujé las dos cajas hacia delante, haciendo que la de arriba resbalara y casi cayera al suelo.

—Mierda... —La cogí y la puse al lado de la otra—. Me gustaría enviarlas.

—Claro. —Las pesó y selló, y luego me cobró con una sonrisa forzada. Se

pusieron detrás de mí un par de personas, así que les di los buenos días después de darle las gracias a Bridgett. La primera mujer de la fila —estaba seguro de que se llamaba Penny— llevaba con ella a un niño pequeño que apretó contra su costado al tiempo que le ponía la mano en el pelo. Me lanzó una sonrisa que contenía esa tristeza a la que ya estaba acostumbrado.

Me golpeó una ráfaga de aire caliente cuando empujé la puerta de cristal.

—¿Te has enterado de que...? —escuché que susurraba Penny a Bridgett. Pero la puerta se cerró antes de que pudiera oír el resto del cotilleo.

Encendí el aire acondicionado en cuanto me metí en la *pickup*, pero me quedé allí sentado durante unos minutos, con la espalda apoyada en el asiento, esperando a que se disolviera mi malestar. Sabía por qué algunos vecinos del pueblo me trataban así, entendía la enorme variedad de reacciones que tenían. Debería estar ya acostumbrado a ello. De hecho, me había acostumbrado. Pero odiaba sentir que era un espectáculo cada vez que bajaba al centro del pueblo.

Arranqué, y casi decidí no hacer el otro recado que tenía pendiente, pero en el último momento giré hacia la ferretería. Si quería llevar una vida normal, debía obligarme a salir de la zona de confort que me había creado. Además, la tienda de Sal era uno de los pocos lugares del pueblo donde no me sentía como un insecto bajo la lente del microscopio. Un insecto capaz de hacer algo extraño e inesperado en cualquier momento, un insecto que todavía suscitaba constante simpatía y que era un recordatorio del peor temor de cualquier madre.

Entré en el aparcamiento que había detrás de la tienda y fui andando a la entrada. Hice sonar una campanilla al empujar la puerta para entrar en el local, oscuro y mal ventilado.

—Hola, Gabriel —me saludó Sal.

—Hola, Sal —repuse sonriente—. ¿Qué tal va todo?

—¿Qué demonios...? Estaría trabajando sin camisa si no me lo hubieran prohibido hace años —bromeó, dándose una palmadita en su enorme barriga.

Me reí.

—¿No crees que deberías invertir un poco de dinero en instalar aire acondicionado?

Suspiró.

—Eso dice Gina, pero yo creo que si mi abuelo y mi padre no lo necesitaban, yo tampoco. El calor hace a los hombres fuertes. Tú deberías saberlo, trabajas en la cantera todo el día.

—Sobre todo trabajo en el interior, pero no pienso llevarte la contraria.

George es tan fuerte como el que más.

Sal asintió.

—Y también lo era tu padre. Espera, tengo que añadir los guantes a las demás cosas que apuntó George en la lista. —Sal entró en la trastienda mientras yo me quedaba esperando. Podría haber hecho un pedido *online*, pero prefería comprárselo todo a Sal, incluso los pedidos más pequeños. Además de que eso me obligaba a ir al pueblo con cierta regularidad, lo que estaba bien. O eso me decían...

Sal regresó con una caja y la dejó en el mostrador.

—Con esto tienes para un tiempo.

—Sí...

—Lo pondré en tu cuenta.

—Muy bien. Gracias, Sal —dije mientras cogía la caja. Al darme la vuelta para irme, Sal me llamó. Cuando me giré, tenía una expresión de preocupación en la cara.

—Mira, no sé si lo has oído, pero ayer desapareció un niño. Aún no lo han encontrado.

Se me heló la sangre en las venas.

—¿Un niño pequeño? —Me salió la voz ronca.

Sal asintió con el ceño fruncido.

—Sí. Tiene diez años, iba en bicicleta a la piscina del pueblo y desapareció. Sin más. Se llama Wyatt Geller. ¿No lo sabías?

Tragué saliva mientras me ponía la caja debajo del brazo; luego me pasé la mano por el pelo. Sentía como si la tienda se cerrara a mi alrededor.

—No. Gracias por avisarme, Sal.

Él asintió.

—De nada. Que te vaya bien, Gabriel.

—Igualmente. —Cuando salí, entrecerré los ojos para protegerme de la brillante luz del sol y respiré hondo mientras iba hacia el coche.

«...desapareció. Sin más».

¡Dios!

Ni siquiera me acuerdo de cómo regresé al coche ni de cómo salí del aparcamiento de la ferretería. De repente estaba conduciendo por la carretera con la mente centrada en ese día, en un solar vacío cerca de mi casa. Hacía ya dieciocho años, pero todavía podía recordar de forma muy vívida cómo olía el aire ese día, a las malvas que crecían a lo largo de la valla de tela metálica.

Todavía recordaba lo azul que estaba el cielo, con algunas algodonosas nubes blancas. Pacífico. Todo había estado muy tranquilo. Y luego, me lo había robado todo... Había desaparecido, sin más.

Sin hacer una elección consciente, conduje hacia allí. Por supuesto, el solar ya no estaba vacío. Ahora había una pequeña casa blanca con un porche y una cerca. Me pregunté si la gente que vivía allí lo sabía. Me pregunté si alguna vez pensaban en mí, si se sentarían en ese porche cualquier noche de verano para beber té helado y se preguntarían por el día en el que el demonio me arrebató la vida. En ese mismo punto. Si lo hacían, seguramente moverían la cabeza chasqueando la lengua mientras murmuraban: «¡Qué horror! Pobres padres... No lo quiero pensar siquiera».

Y se olvidarían de todo.

Pero yo no podía permitirme ese lujo.

Y, sin embargo, allí estaba, sentado detrás del volante de la *pickup*, con el motor al ralentí, en una tranquila calle de las afueras. Una especie de paz me atravesó. Sí, estaba allí. Había sobrevivido a ese día, y a los seis años de días horribles que siguieron. Y no solo había sobrevivido, sino que además había prosperado en casi todos los aspectos importantes de la vida.

Gary Lee Dewey me había robado mucho, pero no todo.

—No conseguiste lo mejor de mí —murmuré—. Ni te acercaste.

A pesar de todo lo que lo intentó, yo había salido de aquel húmedo sótano con el alma intacta.

«Wyatt Geller».

«Dios mío, por favor, que ese niño esté bien».

Recorrí la corta distancia que me separaba de la casa de mi infancia. Una vez allí, aparqué la *pickup* y miré hacia la vivienda desde el otro lado de la calle. Los nuevos propietarios habían pintado la casa de un tono gris pálido, con las persianas color verde oscuro. La valla blanca presentaba, sin embargo, el mismo aspecto que en mi niñez, igual que el columpio; lo había colgado mi padre de la rama de un árbol en el patio de delante. Sentí que se me curvaban los labios en una sonrisa cuando oí en mi mente la voz de mi madre, la risa de mi padre y el ladrido de mi perro, Sombra. Cerré los ojos...; hubiera jurado que podía oler la tarta de merengue de limón que hacía mi madre para las ocasiones especiales, porque era mi favorita. Me gustaría probarla de nuevo. Tener una familia propia, alguien que me amara, alguien capaz de amarme.

Allí sentado, observando aquella casa que tantos recuerdos tenía para mí, la

cara que me pasó por la mente fue la de Crystal. La dura y hermosa Crystal, tan distante de todo el mundo. ¿Por qué?

«¿Qué te ha pasado, Crystal, para terminar en esa sala con las cortinas de terciopelo, en esa prisión de paredes de cortinas púrpura?».

Crystal... No le quedaba bien ese nombre, ni siquiera en mis pensamientos. ¡Dios!, quería saber cuál era el de verdad. Quién era ella en realidad.

«Y luego, ¿qué, Gabriel? ¿Qué? ¿Te arrodillarás ante ella para vivir felices para siempre?».

Me pasé la mano por el pelo mientras soltaba el aire. Crystal estaba trabajando, y, por lo que yo sabía, no era nada más. Sin embargo, había sentido cómo luchaba consigo misma mientras me miraba, mientras se acercaba a mí deslizándose por el sofá, ¿Era cierto que luchaba contra algo...? ¡Dios!, tenía tan poca experiencia con las mujeres... Y me daba la sensación de que Crystal era más complicada que la mayoría.

Sintiéndome confuso y derrotado por mis propios pensamientos, puse el coche en marcha para ir a la cantera. Cuando llegué, llevé la caja a las oficinas y la dejé sobre el mostrador. Dominic estaba con unos clientes en una de las *showrooms*, así que le guiñé un ojo. Él me saludó con la mano antes de concentrarse en la mujer que tenía delante, con un dedo en la barbilla, intentando decidir entre dos muestras de mármol.

Me di la vuelta y cogí el camino que llevaba al borde de la zona de extracción. George se acababa de bajar de uno de los camiones de carga y se quedó un minuto hablando con el conductor. Recorrí con la vista aquel gigantesco cañón con agua en el fondo, sintiéndome tan impactado como siempre por aquella inmensidad, por el milagro que ofrecía la naturaleza y la certeza de que las cosas más bellas procedían de la tierra. Cuando George me vio, se quitó el casco y se acercó a mi encuentro.

—Hola, me han dicho que ibas al pueblo.

Sonreí.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—No ha estado mal. —George me observó durante un momento y luego asintió, al parecer satisfecho con lo que leía en mi cara.

—Bien, me alegro. —Lo seguí cuando empezó a andar—. ¿Cómo va lo de la chimenea?

—Listo. La he terminado esta mañana, antes de ir al pueblo.

—¿En serio? Bueno, déjame verla.

Me reí mientras nos dirigiáramos a la colina en la que estaba mi taller. El frescor del espacio, gracias al aire acondicionado, me hizo suspirar después de haber sufrido el calor seco del exterior. La enorme chimenea estaba contra la pared del fondo, cubierta por una sábana, que quité con cuidado antes de volverme hacia George. Por un momento solo la miró, y luego se acercó, inclinándose para admirar los detalles. Lo observé mientras examinaba los diseños florales y las hojas de la enredadera que subía por el mármol dorado. Siguió el tallo de una rosa con un dedo, con una expresión de admiración reverente en la cara.

Una pareja de Newport, Rhode Island, nos había encargado una chimenea para una mansión de la Edad de Oro, y había querido que la pieza recuperara el mayor número posible de elementos de la época. A fin de cuentas, presidiría la sala principal de la casa.

George se levantó moviendo la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas. Sonreí al notar su emoción. Siempre mostraba la misma profundidad de sentimientos cuando veía por primera vez una de mis obras.

—Eres un maestro. No es de extrañar que tengamos una lista de espera de un kilómetro. Tu padre se sentiría orgulloso. —Dejó caer los brazos. Sabía que quería darme una palmadita en la espalda, o un apretón en el hombro como hacía con Dominic, cuando este hacía algo de lo que se sentía orgulloso, pero sabía que a mí no me gustaba. Por eso nunca se acercaba demasiado. Yo siempre me sentía aliviado y un poco avergonzado por ello—. Es exquisita.

—Gracias. Les he enviado una foto esta mañana. Creo que les ha gustado mucho.

George sonrió.

—«... que les ha gustado mucho...». Estoy seguro de que eso es un eufemismo y de que tú eres demasiado modesto para decirlo. Pero me alegro de que estén satisfechos. —Me guiñó un ojo, lo que me hizo soltar una risita—. ¿Tienes el envío listo?

—Todavía no, pero me encargaré hoy mismo.

George asintió moviendo la cabeza.

—Genial. ¿Qué es lo siguiente?

—Tengo las barandillas de esa terraza de Chicago. No creo que me lleve mucho tiempo. Luego empezaré el proyecto francés.

—De acuerdo. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme. —Se rio mientras iba hacia la puerta. Los dos éramos conscientes de que él no sabía tallar,

y esa era una broma frecuente entre nosotros. Se volvió al llegar al umbral—. Gabriel, estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, George. —Y se lo agradecía muchísimo. Todo. Había perdido a mi padre por primera vez cuando me secuestraron. Pero incluso a los nueve años, sabía que quería ser como él. Había recordado su amor por mí, su fuerza pacífica, con la certeza de que si alguna vez salía de aquel sótano, me estaría esperando de nuevo la seguridad de sus brazos. Y luego lo había perdido de nuevo cuando salí de ahí y descubrí que había muerto. Pensar que nunca había llegado a saber que me escapé era una carga constante en mi corazón. Sin embargo, George, el hombre que había sido el mejor amigo y socio de mi padre, me recordaba a menudo que él habría estado orgulloso de mí. Y me ayudaba. Me había impulsado cada día durante doce años.

Me dediqué a cubrir la pieza con calma, a limpiar el estudio y a rellenar los formularios necesarios para el envío de la chimenea. Cuando estaba ordenando el material, vi las pequeñas figuras que guardaba en la parte de atrás de un armario: las figuras que me habían salvado la vida en otro tiempo. Las que habían sido mis únicos amigos. Verlas ya no me provocaba una sensación de pesada melancolía, sino una punzada de felicidad. Eran otra razón, quizá incluso la razón principal, de que estuviera justo donde quería.

—Hola, chicos —las saludé, señalando cada una de ellas mientras me reía de mí mismo—. Me alegro de veros. —Me dije por enésima vez que debería deshacerme de ellas. ¿Por qué razón seguía aferrándome a ellas? Eran el último recordatorio físico del dolor que había soportado durante años. Sin embargo, todavía no me atrevía a hacerlo. No estaba seguro de por qué detuve los ojos en la figura del final, una chica tallada en piedra con una flor entre las manos.

—Eloise. Lady Eloise de los campos de narcisos.



## 6

*«Todo va a ir bien. Quizá no hoy, pero sí con el tiempo.  
¿Verdad?».*  
*Bala, el caballero de los gorriones*

CRYSTAL

Salí del escenario, pero no empecé a cojear hasta que estuve fuera de la vista.

—¡Maldita ampolla! —murmuré. Había tenido que ir a todas partes andando durante los dos últimos días, y la ampolla que me había salido el día que el coche se detuvo todavía no había podido curarse. Supuse que mi trabajo como bailarina no requería de demasiadas filigranas: a fin de cuentas los cerdos que venían a *La perla de platino* se contentaban con unos cuantos movimientos bruscos de caderas. Sin embargo, me gustaba el desafío que suponía innovar una nueva coreografía de vez en cuando. No por ellos, sino por mí.

Acababa de dejar el dinero de las propinas en mi taquilla cuando oí unos gritos procedentes del despacho de Rodney que retumbaban en el pasillo. La puerta estaba abierta, y Kayla estaba dentro, de pie delante del escritorio, mientras él andaba a su alrededor.

—A mí me parece que has ganado mucho más de cinco kilos —decía él, mirándola de arriba abajo con expresión de disgusto. Alargó la mano y le apretó el culo. Debió de hacerlo con fuerza, porque Kayla pegó un brinco y soltó un gritito. Tenía una expresión de vergüenza y el cuello rojo.

—Estoy pasando por un mal momento, Rodney —se disculpó ella—. Mi novio me ha dejado y...

—No me extraña, puta. —Levantó las manos en el aire—. ¿Quién quiere una novia con el culo gordo?

Kayla hizo una mueca mientras se miraba los pies.

—¿De verdad piensas que puedes ponerte a dar consejos a alguien sobre dietas? —pregunté cruzando los brazos mientras miraba fijamente su enorme barriga.

Rodney sonrió.

—No soy yo quien mueve el culo ahí dentro para los clientes. Ninguna de vosotras sois más que tetas y culos, así que manteneos en forma. —Se volvió hacia Kayla—. Tienes un mes para perder ese peso de más o tendrás que buscarte otro club. Si es que te contratan en otro sitio. Y, por cierto, Crystal, a ver si dejas de comportarte como una puta bruja con los clientes. A los hombres nos gustan las mujeres cálidas y amables, no las reinas de hielo. Fuera las dos.

Kayla se acercó a mí, abatida, y mientras la veía llegar me sentí enferma y llena de rabia impotente.

*«A los hombres nos gustan las mujeres cálidas y amables, no las reinas de hielo».*

Pero Rodney se equivocaba: a los hombres les importaba una mierda que una mujer fuera amable siempre y cuando dejara que tocaran su cuerpo. Su corazón no les importaba. Kayla me miró y me hizo una seña con la cabeza. Supe que mi expresión debía de indicar que estaba considerando volver a responder a Rodney.

«Capullo desagradable».

La idea era tentadora, pero sabía que todo lo que dijera solo serviría para empeorar las cosas para Kayla y para mí. Necesitábamos ese trabajo de mierda. Así que apreté los labios y seguí a mi compañera al camerino. Cuando cerré la puerta, solté un gruñido, cogí la papelera que había junto a la puerta y la lancé contra la pared. El plástico no hizo el ruido suficiente para satisfacerme cuando cayó al suelo, boca arriba, como si la hubiera colocado allí. Lo único que había logrado era reubicarla.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó Kayla con sarcasmo mientras se hundía en el sofá.

—Es un puto idiota —murmuré—. ¿Estás bien?

Suspiró.

—Sí. Pero de todas formas, él tiene razón. He ganado peso. Me parece que ahora que Wayne se ha marchado no puedo mantenerme alejada de la comida basura. Ayer me quedé en la cama con una bolsa de Doritos y una caja de Donuts viendo películas antiguas hasta las tres de la tarde. —Se miró las manos entrelazadas—. Estaba segura de que era el elegido. Pensaba que iba a casarme con él, y ser madre algún día. —Se interrumpió con lágrimas en los ojos—. Y ahora estoy sola..., condenadamente sola.

Se me encogió el corazón.

—¡Oh, Kayla! —suspiré—. Si tienes otro día así, llámame, e iré a comer Doritos contigo.

—No, no comparto los Doritos con nadie.

Me reí, y ella esbozó una temblorosa sonrisa.

—Bueno, si todavía podemos reírnos, debemos de estar mejor, ¿verdad?

La sonrisa se desvaneció.

—Un poco, sí. ¿Acaso hay algo más?

El silencio se extendió entre nosotras durante un minuto. La cara de Kayla reflejaba tal expresión de derrota que se me rompió el corazón. Era una de las únicas chicas que se había portado como una amiga conmigo desde que había conseguido ese trabajo. No era mezquina, superficial o competitiva como las demás. Quería decirle que había algo más. Quería compartir mis esperanzas con ella, que la vida podía estar llena de felicidad para las chicas como nosotras. Pero había renunciado a la esperanza hacía mucho tiempo. Había descubierto que tenerla no era más que un asunto cruel y peligroso.

—No lo sé, Kayla... —respondí con sinceridad—. Pero me conformo con «un poco». Es mejor que sentirse fatal o medio muerta. Y he pasado por ello. —Esbocé una sonrisa, y ella me la devolvió con tristeza. Cogí el cepillo para peinarme con movimientos largos.

—Sí —convino con un suspiro—. Es posible que Rodney tenga razón, ¿sabes? ¿Qué tenemos aparte de tetas y culos? ¿Qué haremos una vez que comiencen a caerse por la gravedad? ¿Quién nos querrá entonces?

«Nadie. Nadie nos querrá».

—Y... —continuó Kayla— ¿si nos ponemos enfermas? ¿Quién cuidará de nosotras? ¿Qué vamos a hacer?

«¿Qué voy a hacer ahora? ¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer?».

Eran las palabras de mi madre. Fruto de la experiencia de mi madre. ¿Era ese también mi destino? Una sensación desagradable me recorrió la espina dorsal. Solté el cepillo, y cayó al suelo. Me agaché para recogerlo con las manos temblorosas y me puse a peinarme de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Kayla. La miré en el espejo; tenía una expresión de preocupación.

—Sí —repose apresuradamente, con un jadeo ahogado—. Sí —repetí con mayor claridad. Dejé el cepillo a un lado y la miré.

Suspiró de nuevo.

—Me quedé embarazada hace tiempo. ¿Te lo había contado alguna vez? —Negué brevemente con la cabeza, y se miró las manos—. Wayne me dijo que me deshiciera del bebé. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Yo no quería, pero

me dijo que todavía no estaba preparado para tener hijos, y que no se quedaría si seguía adelante. Así que aborté. —Me dio un vuelco el corazón, como si estuviera enferma.

—¡Oh, Kay, lo siento mucho!

*«Me aseguraste que ibas a abortar... No la quería hace siete años y no la quiero ahora».*

Se le deslizó una lágrima por la mejilla.

—Fue culpa mía. Hice lo que él quería. Lo elegí a él en vez de a mi bebé. Y mira lo que ha pasado al final..., él me ha dejado de todas formas. Me odio por lo que hice, jamás me lo perdonaré. Ahora ese bebé tendría cinco años.

Me senté a su lado en el sofá y le sostuve una mano entre las mías.

—Kayla, eres una buena persona. —No se me ocurrió qué más decirle, así que permanecí en silencio.

Le apreté las manos, dándole más énfasis a mis palabras. Era una buena persona. Me hubiera gustado decirle que se perdonara a sí misma, pero si supiera hacer eso, seguramente me encontraría mucho mejor. Suspiré antes de darle un último apretón.

—Kay, vamos a dejar de sentirnos culpables en este momento. Eso es lo que pretende Rodney, que nos avergoncemos de nosotras mismas. Pero no vamos a darle ese poder sobre nosotras. Olvídate de los Doritos y llámame si necesitas tener a alguien cerca, ¿vale? Y en cuanto a la fuerza de la gravedad, creo que todavía nos queda un poco de tiempo antes de que actúe. —Me puse las manos sobre los pechos y me los alcé, haciendo que rebosaran por encima del borde del bikini mientras le guiñaba un ojo, fingiendo una indiferencia que no sentía. Quería animarla, aunque solo fuera un poco, pero en realidad me sentía frágil, como si pudiera romperme en el momento en el que alguien me viera en el camino equivocado.

Kayla sonrió.

—Vale. ¿Tienes una cita con tu novio esta noche?

Arqueé una ceja.

—¿Mi novio? Lo dudo. No es más que otro cliente que paga.

—Oh..., no sé... He notado algo especial en tu voz cuando me has hablado de él en el coche al venir hacia aquí.

Puse los ojos en blanco al tiempo que me acercaba al espejo, donde me limpié una mancha del pómulo.

—Me paga bien... —Y después de esta noche, podría abonar al taller una cantidad suficiente como para que empezaran a arreglar mi coche.

—Mmm... Quizá te quiera conquistar. ¿No te gustaría eso? ¿Que alguien se preocupe por ti?

—Oh, Kay, la vida no funciona así. Y, de todas formas, ya me cuido bien sola. —Me volví hacia ella, sintiendo un extraño dolor a la altura del corazón. Lo cierto era que me ponía a pensar en Gabriel Dalton más a menudo de lo que quería desde que la última vez que lo había visto. Me había afectado ver tanta dulzura en sus ojos, la curva de su sonrisa y la expresión de pánico que apareció en su cara cuando me acerqué. La cara que puso cuando me moví hacia él me recordó el momento en el que pinchas un hematoma viejo con una aguja. Me dolía verlo así. No era que sintiera simpatía por él, a pesar de en parte sí lo hacía, sobre todo me dolía a mí, y no sabía exactamente por qué. Me ponía nerviosa, me hacía sentir inquieta. Él me hacía eso.

*«Necesito que me ayudes en eso. A estar».*

Quería borrar esas palabras. Me había sentido avergonzada y expuesta cuando las dijo después de que me ofreciera a ayudarlo a anularse a sí mismo mentalmente durante un encuentro físico. Me había revelado ante él, y no era eso lo que quería, pues ahora él sabía más de mí de lo que yo deseaba.

Sonó un golpe en la puerta antes de que Anthony asomara la cabeza.

—Gabe está aquí, Crystal.

—Hablando del diablo... —dijo Kayla, riéndose. «¿Diablo?». No, un ángel, como había pensado desde el principio. Y los ángeles no pertenecen al infierno. ¿Qué me había dicho? «Es curioso... Eso es justo lo que he pensado de ti». ¿Por qué había pensado eso? Este era mi sitio. Y, en cualquier caso, no tenía ningún otro sitio en el que estar. Ninguno.

Sentí ganas de gritar. ¡Dios!, tenía que acabar con estas... tonterías.

—Gracias, Anthony, iré dentro de un segundo. —Él asintió con la cabeza y cerró la puerta a su espalda.

Kayla se levantó.

—Bueno, a mí me toca bailar dentro de quince minutos. Tengo que prepararme. —Me abrazó—. Gracias por la conversación.

—Cuando necesites, ya sabes... —murmuré.

Kayla se marchó, pero yo me quedé allí un rato, tratando de encontrar cierto equilibrio y formar esa capa protectora a mi alrededor. Haberme acordado de mi madre, así como percibir los confusos sentimientos que Gabriel provocaba en mí me hacía sentir sensible, como si me hubieran dado la vuelta a la piel y tuviera un breve e intenso deseo de llorar. «Llorar». La sensación me impactó. ¿Cuándo fue

la última vez que había llorado? No lograba recordarlo. No era una llorona. ¿Para qué llorar si hacerlo no resolvía nada? ¿Por qué ser como ella? Mi madre había sido una llorona. Se pasaba el rato llorando, y ¿qué había conseguido al final? Nada. Absolutamente nada.

Cogí una sudadera y me la puse sobre el bikini. Respiré hondo para soltar el aire lentamente y salí del camerino. Fui a la sala de bailes privados. Gabriel estaba de pie junto al sofá cuando abrí la puerta. Llevaba una camiseta en lugar de una camisa —como las otras veces que había estado aquí—. De un vistazo me fijé en sus brazos, bronceados y musculosos, y en sus hombros anchos. No eran producto de un gimnasio; era el cuerpo delgado y fibroso de un hombre que trabajaba con las manos. Me sorprendió notarlo. En algún momento de mi vida, los cuerpos de los hombres habían empezado a ser iguales para mí: gordos, flacos, con buena constitución..., ¿qué más daba? Todos los utilizaban igual: para infligir dolor a otros y para buscar su propio placer.

Gabriel pareció sorprendido por mi brusca aparición, pero luego sonrió, esa sonrisa cálida y acogedora que tanto me conmovía. Aunque dejó de sonreír al verme.

—Eh..., ¿va todo bien?

Me di cuenta de que tenía el ceño fruncido yforcé una sonrisa.

—Por supuesto.

Levantó la mano y me enseñó un ramo de flores blancas, que me tendió.

—Te he traído esto.

Me quedé mirándolas durante un momento.

—No es necesario que me traigas flores, cielo. Solo tienes que llevar dinero en el bolsillo. —Su sonrisa desapareció, y se llevó una mano a la nuca, que se frotó mientras hacía una mueca—. Ya imaginé que sería una idea estúpida. Pero las vi cuando iba hacia la *pickup* y pensé en ti.

—¿Pensaste en mí al ver las flores? —dije con un leve tono burlón—. Bueno, esto sí que no me había pasado antes.

Noté que sus pómulos habían adquirido un intenso tono rosado. Sabía que le estaba haciendo daño, y una parte pequeña y mezquina de mí se sintió satisfecha. Traté de aferrarme a esa emoción, pero el remordimiento de lo que había hecho me abrumó, y giré la cara un instante para que no pudiera leer el pesar en mis ojos. Cuando me di la vuelta, había dejado las flores en el brazo del sofá. Un regalo rechazado.

—¿Preparado para empezar? —Mi voz sonaba hueca y vacía.

Frunció el ceño pensativamente.

—Sí. Pero ¿te parece bien si nos limitamos a hablar por el momento?

Suspiré. Estaba acostumbrada a conversar de cualquier cosa.

—Está bien. ¿De qué quieres hablar? —Me senté en el sofá, y él me imitó. Estábamos en las mismas posiciones que la última vez. Cuando se volvió hacia mí, sonriendo, se puso las manos en las rodillas. Durante un instante, estudié sus manos, y no pude evitar pensar en lo bonitas que eran para ser de un hombre; los dedos largos y elegantes, la piel suave y bronceada.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—De color rosa. —Crucé las piernas, y él siguió el movimiento con los ojos. Le vi tragar saliva, con los pómulos de nuevo rojos—. ¿Y a ti, cielo? ¿Qué tal te ha ido?

Se me quedó mirando por un momento de esa forma intensa, como si quisiera conocer mis secretos más profundos. Noté una especie de desesperación en el vientre.

—No ha estado mal —murmuró por fin—. Ahora va mejor. Me alegro de verte.

Me reí por lo bajo.

—Bueno, si soy la mejor parte de tu día, no debe de haber sido muy bueno, cielo.

Frunció el ceño antes de inclinar la cabeza a un lado.

—¿Por qué dices eso?

Me encogí de hombros, mirándome una uña.

—¿Quieres empezar o no? No me gusta perder el tiempo de la terapia.

—¿Qué te pasa? Por favor, dímelo.

—No pasa nada —dije, pero mi voz sonó demasiado aguda. Afectada y extrañamente lejana—. Por favor, Gabe, ¿podemos empezar ya? Quiero ayudarte.

Me estudió otra vez con una expresión tan llena de compasión que me hizo sentir desnuda y vulnerable de nuevo. Necesitada. ¿Por qué tenía que mirarme de esa manera? No sabía cómo reaccionar a esa mirada. Me daban ganas de huir, de levantarme y salir de allí.

—Yo también quiero ayudarte a ti —susurró.

Me reí; fue una risa fría y amarga incluso para mí.

—Pero no te he pedido ayuda, Gabe.

—No, no lo has hecho. Pero podemos ser amigos. Podemos ir a tomar un café y hablar, en otro sitio que no sea aquí.

Negué con la cabeza.

—No eres mi amigo, eres mi cliente. Y me estás pagando. —Noté que me temblaban las manos y las puse en el sofá, a ambos lados de los muslos.

Bajó la vista a mis manos antes de esbozar una sonrisa.

—Entonces puedes pagarme el café. Incluso podrías invitarme a un trozo de tarta. Lo que prefieras. —Inclinó la cabeza a un lado mientras me lanzaba una mirada suplicante, tan dulce como coqueta. Contuve el aliento al notar un aleteo en el estómago, sabiendo de alguna forma que él ni siquiera era consciente de lo atractivo que era.

—¿Un café? La mayoría de los hombres me piden un trío. La última vez que salí con un chico al que conocí aquí, se presentó en el restaurante con un amigo y me preguntaron si podía hacerlo con ellos por turnos en el baño. Era una fantasía que habían tenido, ¿sabes?

Pareció sorprendido por un momento, pero luego su expresión denotó tristeza. Mi intención era repelerlo, disgustarlo, no hacer que sintiera lástima. Aparté la vista.

—Imagino que no soy como la mayoría de los chicos —musitó.

No, sin duda no lo era. Ni siquiera podía sostenerme la mano sin tener un ataque de pánico. Quizá era el hombre más seguro del planeta. Así que ¿por qué me hacía sentir tan insegura? Me mordisqueé las cutículas. Cuando lo volví a mirar, me estaba estudiando con intensidad, con la misma mirada triste en la cara.

—Gabe, creo que te estás haciendo una idea equivocada.

Él apretó los labios.

—¿Cómo te has hecho ese moratón? —me preguntó, señalándome el pómulo. Había tratado de ocultarlo con maquillaje, pero había adquirido un color púrpura oscuro durante los dos últimos días y, al parecer, no lo había conseguido. Me lo toqué con la punta de los dedos.

—Gajes del oficio. Me di un golpe en la mejilla con la barra.

Asintió muy despacio, pero no parecía muy convencido.

—Por favor, ¿podemos empezar?

—De acuerdo —convino en voz baja.

Asentí con la cabeza, un movimiento brusco que hizo que la barbilla me chocara con el pecho, y me acerqué más. Él se quedó quieto, y su expresión cambió un poco, pero no retrocedió. Mantuvo los ojos clavados en los míos mientras me acercaba. La única reacción que tuvo cuando nuestros muslos se tocaron fue contener la respiración. No me gustó. Hice que mi mente se alejara,



bajando los ojos hasta su barbilla, centrándome en el hoyuelo que tenía en el centro, en el ángulo de su mandíbula, la barba incipiente, que le oscurecía las mejillas con algún destello dorado aquí y allí. Si alguna vez se dejaba crecer la barba, la tendría más clara que el pelo...

—No me dejes —susurró.

Subí la vista a su boca justo cuando terminó de hablar.

—No iba a ninguna parte —murmuré algo desorientada. «¿Por qué había dicho eso?».

—No. —Levantó una mano temblorosa y me rozó la mejilla—. Quédate aquí conmigo. —Me miró fijamente a los ojos—. Te necesito.

Parpadeé una vez y luego busqué sus pupilas. La fuerza de la conexión que había entre nosotros me sorprendió, como si él hubiera conseguido llegar a mí y tocarme de una manera que no comprendía, algo que, sin duda, no había experimentado nunca. Sus ojos no me soltaban. Gabe sabía que mi mente había estado en otro lugar. «Lo ha percibido». Esa sensación desesperada que había notado en el vientre me subió al pecho, a la garganta, y me dejó sin aliento. Por fin, logré romper ese contacto visual.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en voz baja. «Quédate aquí conmigo». Me levanté para alejarme. Cuando me di la vuelta, también él se había puesto en pie. Tuve miedo. Me había pedido que le dijera mi nombre, pero me sentía como si quisiera mi alma. No..., no...

Ese hombre me estaba pidiendo demasiado, y yo tenía muy poco que dar. No podía hacerlo. No podía.

—No creo que esto esté funcionando. —Me erguí, tratando de quitarme de encima aquella sensación de que me había superado, mientras una inexplicable desesperación inundaba mis venas—. No... Creo que no soy la chica adecuada. Lo siento. Ya sé que he aceptado el trabajo, pero...

Dio un paso hacia mí, pero no siguió avanzando.

—No quiero a otra chica. Solo a ti. Eres la adecuada. Por favor. —Trató de mirarme de nuevo a los ojos, pero evité el contacto visual. «No puedo... No puedo soportarlo. Sea lo que sea. Es demasiado». La tensión era casi palpable, el silencio resultaba incómodo y clamoroso. Quería meterme los dedos en las orejas para bloquearlo. «¡Dios! ¿Qué me pasa? ¿Por qué me siento así?».

Negué con la cabeza.

—No, lo siento. No puedo.

—Vamos a intentarlo una vez más. Podemos ir más despacio...

No, era demasiado. Todo esto... y él. Y era inútil porque yo no podía ayudarlo. Gabe necesitaba a alguien cálido y atento, alguien que lo ayudara a juntar sus partes rotas, alguien que lo mirara a los ojos y calmara su espíritu. Yo no era esa chica. Ni siquiera era capaz de unir mis propias piezas rotas, porque había perdido la mayoría hacía mucho tiempo. Negué con la cabeza.

—No.

Su decepción fue... tangible. Y yo no quería sentir nada. Por fin, suspiró y se metió la mano en el bolsillo para sacar la billetera. Contó el dinero antes de tendérmelo. Casi lo rechacé... Consideraba que apenas me lo había ganado, pero él debió de sentir mi reticencia, porque extendió la mano hacia delante.

—Insisto.

Lo cogí y me lo metí en el sujetador. Forcé una sonrisa, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Lamento que no haya funcionado. No es... No es correcto que te haga perder el tiempo ni el dinero. Te puedo recomendar a alguna otra chica para que lo intentes con ella...

—No, gracias.

Me aclaré la garganta.

—Vale, de acuerdo. Buena suerte.

Él asintió con la cabeza para, a continuación, alejarse más de mí. Oí el clic de la puerta cuando se cerró a su espalda, y algo en ello me hizo pensar en una celda cerrándose.

*«No te des por vencido. Todo es posible si se tienen los amigos adecuados».*

*Sombra, el barón de la espoleta*

GABRIEL

—Joder —mascullé al tirar una pequeña ave de piedra que había a mi lado. Me acababa de cargar el pico accidentalmente. Recogí una segunda pieza de mármol y la miré durante un momento antes de suspirar. Entonces agarré el martillo y el cincel y durante unos minutos me perdí en el trabajo que suponía esbozar la forma. Pero al cabo de un rato, la cara de Crystal apareció de nuevo en mi mente. Entonces, dejé las herramientas a un lado y me quité los guantes.

Estaba demasiado distraído para prestar atención a lo que estaba haciendo. Y tallar la piedra requería atención. Cogí un botellín de agua de la nevera del estudio y me bebí de un tirón la mitad.

«No... Creo que no soy la chica adecuada».

¿Por qué había pensado eso? ¿Y por qué yo no podía dejar de pensar en ella? ¿Por qué no podía conseguir olvidarme de su mirada huidiza? Me había perseguido en sueños dos noches seguidas. «El pánico». No podía desprenderme de la sensación de que ella me necesitaba más que yo a ella. Me aparté de la boca la botella de agua y me pasé las manos por el pelo. «Crystal... Crystal...». No hacía más que recordar la forma en la que nuestros ojos se habían encontrado esa última vez, la vulnerabilidad pura de su mirada, lo perdida, asustada y desesperadamente sola que parecía. Por un momento, había permitido que sus defensas desaparecieran, y la tierna belleza de su alma me había sorprendido. Me había sentido como aquella vez que George me había traído una geoda, cuando era solo un niño. Por fuera, parecía una roca normal y corriente, pero cuando la rompió para abrirla, estaba llena de preciosos y brillantes cristales de color púrpura. Me había sorprendido y encantado que hubiera aquella inesperada belleza contenida en algo que no destacaba por nada.

Seguía viendo una geoda cada vez que pensaba en Crystal. En ese sentido, el

nombre sí le pegaba. Pero tampoco podía evitar preguntarme si no sería un tonto encandilado por la primera mujer hermosa que me había tocado. ¡Dios!, si a eso se lo podía definir como «tocar». Me había dolido que se despidiera de mí, aunque, sin duda, ella no había vuelto a pensar en mí ni una vez desde entonces. Y aquí estaba yo, sintiendo una fría incertidumbre cuando consideraba que era muy probable que no volviera a verla. Que no tendría ninguna oportunidad de saber algo más sobre ella.

«Gabriel, no quiere tener nada que ver contigo».

Sin embargo, ¿qué era lo que había cambiado para que reaccionara así? En el momento en el que conectamos —y no cabía duda de que lo habíamos hecho— me alejó. ¿Por qué? Me había dicho que me podía enseñar a anularme cuando me sintiera incómodo, así que quizá ella no había aprendido nunca a conectar. «*A estar*». Quizá éramos más parecidos de lo que yo mismo imaginaba. Teniendo en cuenta aquello en lo que trabajaba, era comprensible que estableciera unos límites. Límites que yo trataba de hacer desaparecer. Quizá me había equivocado al pedirselo, incluso aunque le pagara. Pero eso no significaba que no pudiéramos ser amigos. Me froté la nuca mientras me paseaba por el estudio.

«Sé sincero contigo mismo: lo que sientes hacia ella va más allá de la amistad».

Una *stripper*. Dios, ¿dónde tenía la cabeza?

«¿Y tú, Gabriel? ¿Cómo te describiría la gente si supiera algo más sobre ti? Si se encontraran contigo después de leer lo que pone la prensa, ¿qué dirían de ti?».

«Está hecho polvo».

«Está destrozado».

«Es una víctima».

A veces llevamos etiquetas que nos limitan de forma dolorosa, ya nos las hayamos colgado nosotros mismos o los demás. Yo me había sentido hecho polvo y destrozado una vez, pero ya no. Todavía tenía mucho que en lo que trabajar, pero no era una víctima. Era un superviviente.

Y Crystal era más que una *stripper*. Más que una chica que bailaba desnuda delante de los hombres. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos. Aunque eso no significaba que quisiera tener algo que ver conmigo.

Me sentía confuso y frustrado, y mis propios pensamientos daban vueltas en mi mente, haciéndome dudar de mí mismo. Recordé algo que solía decir mi padre: «Cuando no sepas qué hacer, Bala, sigue a tu instinto. Es posible que no sea la opción correcta en todo momento, pero nunca te arrepentirás de seguir a tu corazón, en especial cuando es tan puro como el tuyo». Me detuve y sentí que la

determinación se apoderaba de mí. Mi instinto me decía que tenía que volver allí e intentarlo de nuevo. Si me equivocaba, me equivocaba, pero de alguna forma sabía que nadie se había esforzado demasiado en nada relacionado con Crystal. Quizá ni siquiera ella misma.

Apagué las luces del estudio y cerré la puerta antes de salir a la noche, donde me envolvió el aire caliente.

La cantera ya había cerrado, y todos los trabajadores se habían ido, por lo que me tomé un momento para apreciar el silencio que me rodeaba. En el cañón resonó el grito de un halcón, y se oía el zumbido de los insectos a mi alrededor. Un momento después, noté una brisa más fresca y alcé la cara hacia ella. Dios, qué gusto después del calor de los últimos días. El viento traía consigo olor a pino y a tierra.

—Hola, tío, ¿te vas para casa?

Me volví hacia Dominic, que se acercaba desde las oficinas.

—Oh, hola, pensaba que ya te habías marchado.

—Tenía una cita tarde. Una pareja muy indecisa que no es capaz de ponerse de acuerdo en nada. Ver cómo discuten sus ideas es como presenciar una partida de *ping-pong*. Necesito una cerveza. ¿Te vienes a tomar una conmigo? —Me miró mientras andábamos hacia los coches.

—En realidad voy a salir.

—Te acompaño.

Carraspeé.

—Gracias, Dom, pero he quedado con una chica.

Nos detuvimos delante de la *pickup*, y arqueó las cejas antes de esbozar una sonrisa lenta.

—¿Quién es?

—Solo una chica que he conocido hace poco. —Me recorrió un pinchazo de culpa. Me sentía como si lo estuviera engañando.

—Bueno, joder... ¿Por qué no me lo has dicho? ¿No se supone que los hermanos tenemos que hablar de esa clase de cosas? Ya sabía yo que te traías algo entre manos...

—No. —Me reí mientras abría la puerta de la *pickup*—. En realidad no es nada serio..., pero imagino que... Espero que llegue a serlo.

Dominic sonrió.

—Si necesitas algún consejo, llámame.

Arqueé una ceja mientras me sentaba detrás del volante.

—Oye, ¿y qué pasa con Chloe? —me preguntó mientras mantenía la puerta abierta.

«Chloe». Casi me había olvidado de que había recibido un correo electrónico de ella, donde me agradecía que hubiera accedido a concederle la entrevista, y tenía que responderle.

—Chloe es un tema de negocios, Dom. Ni siquiera la he visto en persona.

—Ya. Pero pensaba que esperabas...

—No esperaba nada. —Otra mentira, aunque no sabía ya cuál era la verdad.

Levantó las manos en alto como si se rindiera.

—Vale, vale. Ya veo que tienes la mente en otro sitio. —Sonrió con sinceridad —. Bien por ti, hermanito. Diviértete. No hagas nada que yo no haría.

Como si hubiera la más remota posibilidad de que hiciera lo que hacía él...

—Buenas noches, Dom. —Me reí y cerré la puerta para poner rumbo a la ciudad. Hacia *La perla de platino*. Hacia Crystal.

Estuve presenciando un par de números de baile en *La perla de platino*, pero al ver que Crystal no aparecía en el escenario, le pregunté a la camarera si trabajaba esa noche. La chica me confirmó que sí, pero que ya había bailado y que pronto vendría por la sala. Pedí otra cerveza, a pesar de que no me había terminado la primera, además de unas patatas fritas con queso, solo para que la chica que se ocupaba de mi mesa no se enfadara.

Quince minutos después, me dio un vuelco el corazón cuando vi que Crystal atravesaba las puertas con una bandeja en la mano. Llevaba el mismo uniforme que había usado el día que había hablado con ella por primera vez; unos pantalones muy cortos y un top de rayas que se anudaba entre los pechos. Me tomé un instante para observarla sin que ella se diera cuenta. Se movía con fluidez mientras iba de mesa en mesa. Era evidente que se sentía cómoda con su cuerpo; probablemente le habrían dicho más de una vez lo hermosa que era. Sin embargo, incluso desde donde estaba pude percibir esa mirada distante en sus ojos y aquella curva cínica en sus labios.

Se inclinó para dejar una cerveza delante de un chico en una mesa de la sección que tenía que atender, y él le puso una mano en el muslo. Durante un segundo, pasó por su cara una expresión de puro disgusto, pero al instante compuso una sonrisa y dijo algo que hizo reír a todos los hombres de la mesa. «Los odia. Odia todo esto». La idea me asaltó con firmeza y rapidez. ¡Dios!, seguramente me

odiaría a mí también. Otro hombre más que quería utilizarla de alguna manera. La misma ola de culpa que me atravesó cuando la conocí me recorrió de pies a cabeza. Tomé un sorbo de cerveza, dudando de nuevo de mí mismo. Fue entonces cuando ella me vio. Pareció quedarse congelada durante un segundo, luego abrió mucho los ojos y se dio la vuelta para acercarse a las puertas batientes que había junto a la barra, y que supuse que eran la entrada a la cocina. Solté el aire que retenía.

Volvió a salir unos minutos después y fue directa a mi mesa. Dejó las patatas fritas con queso sobre la superficie mientras me sonreía educadamente.

—¿Quieres algo más?

—Sí. —Le devolví la sonrisa, aunque seguía sintiéndome inseguro, y noté que me ruborizaba—. Una taza de café. Pero no de uno cualquiera, quiero un café de *diner*. Nunca lo he tomado, llevo toda la vida soñando con probarlo. Esperaba que tú me invitaras a una taza.

Ella suspiró.

—Tú y tus sueños.

Sonreí.

—Tengo algunos, sí, y apuesto lo que quieras a que tú también.

—Esto es mi sueño, cielo. —Hizo un gesto con la mano señalando el resto del club—. ¿Qué más puede desear una chica?

—Crystal...

Se inclinó sobre la mesa apoyando una mano en ella, con la bandeja en la otra.

—Deja de venir por aquí, Gabriel. No es lugar para ti. No encajas.

—Tú tampoco.

—¡Ya basta! Lamento no haber podido ayudarte. Siento no haber sido la chica correcta. Pero no sé por qué crees que no encajo aquí, porque no es cierto.

—Lo odias.

—¿Y qué? ¿Es que te consideras el salvador de las *strippers* del mundo que odian su trabajo? Gabe, tengo que ganarme la vida.

Cerré los ojos, frustrado con ella, pero sobre todo conmigo mismo. Lo estaba liando todo.

—Solo un café, es todo lo que quiero. —«Quiero verte sonreír».

—No es eso todo lo que quieres. Deseas salvarme de la vida de intolerable desdicha y dolor que llevo. —Se puso la mano en el pecho en un gesto exagerado de drama—. No soy un proyecto, y no quiero tu ayuda.

—No estoy aquí para salvarte, Crystal. Solo quiero...

—¿Qué? ¿Qué quieres?

Solté un suspiro al tiempo que me pasaba la mano por el pelo.

—Solo quiero hablar. Me caes bien. —«Dios, no podría salirme peor». Quise hacer una mueca ante aquel débil intento de influir en ella.

Me miró un instante. Noté que había cierta vacilación en sus ojos, pero no estaba seguro de cómo interpretarla. Fuera lo que fuera, Crystal luchaba contra ello. Se volvió a dibujar en sus labios aquella sonrisa cínica, pero me pareció algo más inestable.

—¿No es lo que quieren todos? —Se enderezó y dejó salir un suspiro de cansancio—. Se trata solo de atracción sexual, Gabe. Lo superarás. —Sin embargo, no lo dijo con malicia. Parecía que estuviera compartiendo un hecho que había aprendido hacía mucho tiempo. Fue algo que me hizo sentir triste.

—No voy a renunciar a ti —le dije mientras comenzaba a alejarse—. Volveré. Se encogió de hombros con delicadeza.

—Es un país libre. Cada cual hace lo que quiere. Pero te sugiero que salgas de aquí y te pongas a buscar a la chica adecuada.

—¿Y si sigo pensando que la chica adecuada eres tú?

—Entonces estás equivocado. —Se dio la vuelta y se marchó.

«¡Joder!».

Me pasé veinte minutos tomando la cerveza, mientras pensaba en lo que me había dicho. ¿Estaba allí con intención de salvarla? ¿Eso era todavía peor que pedirle que me ayudara a solucionar lo mío?

No volvió por mi mesa. Su sección la mantenía lo suficientemente ocupada, pero yo sabía que estaba evitándome. Tampoco podía decir que se lo reprochara. La vi marcharse a la trastienda y, al ver que no salía diez minutos después, pagué con la tarjeta de crédito para escapar de la camarera que me había atendido un poco antes.

Un impulso repentino hizo que me diera la vuelta y que usara el bolígrafo para escribir el número de mi móvil en una servilleta, que después doblé por la mitad para poner el nombre de Crystal en la parte de delante. Estuve a punto de arrugarla y formar una bola con ella, seguro de que si aquella nota llegaba a ella, sería lo que haría. Con un suspiro, la dejé allí de toda formas y fui hacia la puerta.

Durante el camino de vuelta, me juré que no volvería de nuevo. Que era inútil.

«Sigue adelante, Gabriel. Déjala en paz y haz lo que te ha dicho. Busca a otra».



Al día siguiente, ayudé a George en la cantera, dirigiendo las máquinas que cortaban la piedra y los camiones que la transportaban. El trabajo físico que implicaba subir la roca desde la parte de abajo de la cantera hasta arriba, combinado con la constante actividad, me mantuvo lo suficientemente distraído como para no volverme loco con mis pensamientos. El equipo no necesitaba que los ayudara, pero siempre venía bien una mano más, y a mí me gustaba hacer ese extenuante trabajo al menos un par de veces a la semana. Por lo general, me ayudaba a ser más creativo al día siguiente, como si fuera una especie de metáfora en la que el trabajo físico vaciaba mi cerebro para comenzar de nuevo. Una especie de terapia, suponía. Por otra parte, lógica.

Mientras subía a la colina, George se puso a mi lado.

—Gracias por la ayuda. ¿Tienes algo en mente? —preguntó con una sonrisa.

George no era un metomentodo, y era hombre de pocas palabras. No solía discutir con él asuntos personales, y jamás me había preguntado sobre lo que había experimentado en ese sótano durante todos esos años. Así que cuando me volví hacia él para preguntarle: «George, ¿cómo sabes cuándo debes rendirte con alguien?», pareció muy sorprendido.

Se detuvo y miró alrededor antes de clavar sus ojos sagaces en los míos.

—¿Estamos hablando de alguien del sexo femenino?

Me reí por lo bajo.

—Quizá.

—Quizá... —Esbozó una sonrisa de medio lado—. Bueno, ¿te da alguna razón para ser persistente?

Suspiré.

—No. Pero es que tengo un presentimiento y... —Mis palabras se apagaron lentamente. No sabía cómo terminar la frase. ¿Un presentimiento de qué? «De que ella es para mí». Las palabras surgieron en mi interior con tanta fuerza que casi tropecé—. Es una sensación... —murmuré. Era como si perdiera el equilibrio y, de alguna forma, estuviera rebosante de energía a la vez.

George me miró con preocupación.

—Mmm... —Se detuvo de nuevo, como si estuviera sopesando sus palabras—. Mira, chico, creo que nadie tiene una respuesta para eso. Yo creo que hay que hacer siempre lo que te dicte el instinto.

Sonreí.

—Eso es lo que decía mi padre.

—Sí, suena muy a él —convino, devolviéndome la sonrisa. Pasó una expresión

de afecto por su cara al recordar a mi padre, su mejor amigo—. Gabriel, creo que deberías confiar en ti mismo. Las respuestas están aquí. —Se golpeó en el pecho con una mano, a la altura del corazón—. Confío que lo que decidas será lo correcto. —Se interrumpió como si estuviera buscando las siguientes palabras—. Lo que no se hace con amor y buenas intenciones se acaba lamentando. Es el tipo de cosa que si no haces te arrepientes. Sé sincero contigo mismo sobre tus intenciones, Gabriel, y luego sigue a tu corazón. Sea cual sea el resultado, nunca te preguntarás qué habría pasado.

Solté un suspiro.

—Gracias, George. Creo que necesitaba ese voto de confianza.

—Gabriel, en lo que a ti respecta, siempre estoy seguro. —Me guiñó un ojo y se alejó en dirección a las oficinas.

Fui a casa y me di una ducha rápida. Las palabras de mi padre, que me había repetido George, resonaban en mi cabeza.

«*Sigue a tu intuición*».

Mis entrañas me impulsaban a intentarlo de nuevo con Crystal.

Antes de que pudiera pensármelo dos veces, estaba en la *pickup* conduciendo hacia *La perla de platino*. Le había dicho a Crystal que no pensaba renunciar. ¡Se lo había dicho! Quizá no debería haberlo hecho, pero así estaba la situación. Y debía seguir adelante por mí mismo. Si ella no respondía nunca a mi esfuerzo, a la larga no me quedaría más remedio que rendirme, pero no me importaba olvidarme de mi orgullo de nuevo para demostrarle a Crystal que mis palabras no estaban vacías. Me daba la impresión de que de eso ella sabía mucho.

Esta vez me senté en una mesa diferente, pero seguía estando lejos del escenario. Había muchos hombres agolpándose delante, ansiosos por ver de cerca a las bailarinas, y el personal se ocupaba principalmente de esa parte de la sala. En mi interior floreció una llamarada de calor al pensar en todos los tíos que babearían por Crystal, pero hice lo posible por apagarla. Si no podía conseguir que tomara una taza de café conmigo, no tenía derecho a estar celoso.

Tenía la esperanza de haber llegado después de su actuación, pero a tiempo de sentarme antes de que ella saliera a servir las bebidas, y la suerte estuvo de mi parte. Veinte minutos después de llegar, salió con el uniforme de camarera. Se detuvo en la puerta, con la bandeja vacía en la mano. Me dio un vuelco el corazón al verla; llevaba el pelo recogido en un trenza floja, que colgaba sobre su hombro, aunque se le habían escapado algunos mechones y flotaban alrededor de su cara; iba muy maquillada. Parecía inocente y astuta al mismo tiempo. Una

completa paradoja.

Me sentí un tanto anónimo mientras la observaba en esa sala llena de gente, sentado en un lugar en el que ella no esperaba verme. No era mi intención observarla sin que ella me viera, pero, dada la situación, no me quedaba más remedio. Parecía que ella no quería mirar a la mesa en la que me solía poner, pero noté que mientras entraba en la sala sus ojos se fijaban con rapidez en esa zona, y que luego volvía a mirar a los chicos que había allí. Pasó una sombra por su rostro, una especie de certeza apática, como si hubiera pensado que yo no estaría allí y se hubieran cumplido sus expectativas.

«¿No estás leyendo demasiado en una expresión fugaz?».

«*Confía en ti mismo. Sigue a tu intuición.*».

Se volvió hacia mí, y cuando nuestros ojos se encontraron, noté su sorpresa. Muy leve, pero la vi. Entrecerró los ojos antes de acercarse a la mesa y detenerse delante de mí. Me quería poner de pie, pero no tenía ninguna razón para ello, por lo que me limité a mirarla, incómodo —sabiendo que, solo por verme allí, iba a hacerme daño, y sin embargo no era capaz de evitar regresar. Volver allí era algo irracional e ilógico, tonto y correcto a la vez.

—Has vuelto —comentó con firmeza.

Intenté sonreír, pero tuve la ligera sospecha de que fue más una mueca inconsciente.

—Sí.

—Sigo sin ser la chica adecuada.

—Sigo sin estar de acuerdo.

Suspiró mientras levantaba la mano y se estudiaba las uñas durante un momento, como si yo fuera la persona más aburrida con la que hubiera tratado jamás.

—Las chicas me han preguntado por ti, ¿sabes? Les gustaría tener la oportunidad de estar a solas contigo en una de las salas. —Señaló a su alrededor con el brazo—. Puedes elegir a la que quieras, en serio.

Fruncí el ceño.

—Ya he elegido. Tú.

Sus labios formaron una línea muy fina.

—No ha funcionado.

—Sí, ha funcionado. Y eso es lo que te da miedo, ¿por qué?

Entrecerró los ojos.

—Necesitaba dinero para pagar las reparaciones del coche. Conseguí lo que

necesitaba y ya he terminado. Te encontré... desagradable.

Noté una irregular punzada de dolor en la espalda, que hizo que me estremeciera. Ella siguió mirándome, y aunque su expresión no pareció afectada, palideció ligeramente.

—Ahora vete, por favor —añadió, aunque se le quebró la voz en la última palabra antes de darse la vuelta para alejarse.

Respiré hondo al tiempo que me pasaba los dedos por el pelo: Me sentía triste e idiota.

«Crystal...».

La observé mientras servía las demás mesas; su sonrisa parecía todavía más vacilante de lo habitual, su risa más forzada.

«Eres idiota, Gabriel. Te ha dicho que te vayas. Vete».

Terminé la cerveza y pagué la cuenta. Por fin me dirigí al pasillo, donde Anthony estaba sentado en un taburete. Iba a ofrecerle una última oportunidad, y punto. Me saludó con la cabeza.

—¿Puedes decirle a Crystal que estoy aquí?

—No me ha mencionado que quisiera verte esta noche, tío.

—¿Puedes preguntarle de todas formas?

Anthony me miró y asintió lentamente. Me sorprendió la simpatía que apareció en sus ojos. Como si hubiera estado en situaciones como esta un centenar de veces, con pobres diablos que venían a este club y se enamoraban de una de las chicas, para ser rechazados. «Típico —decía su mirada—. Triste, pero típico».

—Claro, tío —repuso antes de alejarse por el pasillo.

Me metí las manos en los bolsillos y esperé.

Cuando regresó, dos minutos después, me hizo una seña.

—Vamos. —Me sorprendí, conmocionado. Estaba esperando solo para darle las gracias y marcharme. Mi pecho se inundó de esperanza mientras lo seguía a la misma sala con las cortinas color púrpura donde habíamos estado la otra vez. Cuando Anthony me abrió la puerta, sonreí, y él me hizo una seña antes de cerrarla de nuevo.

Me froté las manos cuando la esperanza se mezcló con cierto nerviosismo. Crystal me estaba dando otra oportunidad, y no quería cagarla. No quería desperdiciarla, porque estaba seguro de que sería la última. No podría regresar otra vez: ya estaba patinando por la delgada línea entre la persistencia y el acoso. De hecho, cualquier persona diría que ya la había traspasado.

«¡Dios!».

Gemí en voz alta, porque era cierto, con lo que rompí el silencio de la estancia. Oí un ligero golpe en la puerta que me hizo fruncir el ceño; Crystal nunca había llamado antes de entrar.

—Adelante —invité.

La puerta se abrió y apareció una mujer con el pelo corto y teñido de color escarlata, vestida con un *body* de cuero negro y unas medias de red.

—Hola, guapo. —Sonrió. Los brillantes labios rojos dejaron a la vista unos dientes blancos, pero algo torcidos.

—Hola. Lo siento...er..., estoy esperando a Crystal.

Ella se acercó al aparato de sonido, donde pulsó algunos botones antes de girarse hacia mí. Una voz alta y seductora inundó la estancia.

—Crystal no está disponible. Me envía ella. Me llamo Rita.

—¿Te ha enviado ella? —pregunté. Mi voz apenas se oía por encima de la música.

«¿Por qué ha hecho eso?».

Crystal sabía que no quería a otra chica, que no sería capaz de tolerar a otra persona. ¡Oh, Dios! Precisamente por eso lo había hecho. Me dije que no era normal que me sintiera tan dolido, y sin embargo, así era. Era el malestar que provocaba la traición.

—Sí. —Se acercó con rapidez a mí y me empujó hacia el sofá. Me quedé sentado mientras respiraba sorprendido, y antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, estaba encima de mí, a horcajadas sobre mi regazo. Se me nubló la mente, y comencé a ver rojo. Entonces, ella se inclinó hacia delante y me frotó los pechos contra la cara, impregnándome con el olor a perfume mezclado con el del almizcle de la piel sin lavar. Olía a... sucio.

«Ya he olido antes la suciedad».

«No puedo respirar».

El ritmo cardíaco se me aceleró de forma errática, y volví la cara. Una oleada de pánico paralizante me atravesó ante ese contacto que no deseaba.

«¡Corre!».

«¡Huye!».

La empujé, y ella soltó un grito de sorpresa cuando cayó a un lado y aterrizó en el sofá con torpeza. Me levanté, jadeando con aspereza.

—Dios, lo siento —dije con la respiración entrecortada—. Lo siento mucho. Me miró.

—¿Qué coño te pasa? ¿No te gustan las chicas o qué?

Me pasé la mano por el pelo, tratando de coger aire.

—No es por ti, no es que... —Tenía que marcharme. Estaba sudando y temblando, y sentía náuseas—. Lo siento —repetí, corriendo prácticamente hacia la puerta. La abrí para salir al pasillo. Anthony levantó la vista al ver que me acercaba y frunció el ceño. Aparté la mirada. No me dijo nada, solo se echó hacia atrás mientras pasaba a su lado.

Cuando me dirigía a la puerta de salida, apareció Crystal a la derecha, todavía vestida de camarera, con una bandeja de bebidas que, evidentemente, provenían de la barra. Se detuvo en seco y abrió mucho los ojos al verme. La vergüenza de su expresión resultó de poco consuelo para mí en ese momento. Giró la cabeza antes de mirar al suelo.

Aparté la vista, la sobrepasé, empujé la puerta y salí al aparcamiento.

«Aire».

«Espacio».

«Libertad».

## 8

*«Bueno, ahora estás en un aprieto. No puedes hacerlo peor. ¿Vas a intentar mejorar o prefieres hundirte más en la mierda?».*

*Gambito, el duque de los ladrones*

CRYSTAL

No había creído que me pudiera odiar a mí misma más de lo que ya lo hacía. Pero ver que Gabriel huía de *La perla de platino* con una mirada de horror en la cara me sacó de mi error. Yo había provocado esa expresión. Yo lo había obligado a enfrentarse a su peor pesadilla. Después de todo lo que había sufrido ese chico... Era una zorra cruel y egoísta, una perra sin corazón. Si alguien merecía sufrir, era yo.

Era solo que... Que él no iba a dejar de regresar, no pensaba parar de acosarme...

«Deja de intentar justificarte. ¡Déjalo!».

Lo cierto era que su presencia me había hecho sentir una implacable esperanza por cosas a las que había renunciado hacía mucho, y el recuerdo de mis propios sueños olvidados me había herido como nada en mucho tiempo. Los manoseos, la lascivia, el sentirme utilizada, los despidos..., nada de eso me había dolido tanto como que Gabriel Dalton me pidiera que tomara un café con él.

«¿Por qué?».

Era como si me hubiera puesto una deliciosa comida delante de la nariz pero fuera de mi alcance y yo tuviera mucha hambre. ¡Dios, como si estuviera hambrienta! Él me había llevado a esto, y me resultaba una lenta tortura, el desmoronamiento final del último pedazo intacto de mi corazón. Conocía ese tipo de hambre, y la había reprimido durante muchos años. Pero ahora, de repente, anhelaba cosas que no podía tener. Y estaba cansada, ¡Dios!, muy cansada de la vida vacía que llevaba.

Me senté en la parte superior de las escaleras esperando a que llegara Kayla.

Todavía tenía el coche en el taller, aunque, ahora que ya había pagado la factura que debía, por fin lo estaban arreglando. Por suerte, la nueva reparación no era demasiado cara: doscientos cincuenta dólares que no tenía. Sin embargo, podría arreglármelas si me retrasaba un poco en el pago del alquiler. La visión de una nota pegada en la puerta brilló en mi mente haciendo que se me revolviera el estómago.

*«¿Qué voy a hacer ahora? Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?».*

Una sensación sombría cayó sobre mí como si aquel recuerdo fuera una pesada y húmeda manta. Traté de encogerme de hombros, pero no pude. Hoy, con la atormentada expresión de Gabriel grabada en la mente, no me resultaba posible.

Mi apartamento se encontraba situado en el piso de arriba de una casa de tres plantas con una escalera exterior. Lo que antes había sido una vivienda unifamiliar se había convertido ahora en tres apartamentos. Al mío se llegaba subiendo una serie de escalones gastados de madera que había en la parte trasera. Bajé la vista a la zona de hormigón que había abajo, el pequeño aparcamiento que una vez fue un área con césped donde jugaban los niños. Había pequeños charcos, fruto de la lluvia que había caído la noche pasada, y eso trajo otro recuerdo a mi mente de la señora Hollyfield sosteniéndome la mano mientras me reía al saltar de un charco a otro, salpicando a mi alrededor con agua sucia. Cerré los ojos durante un momento, tratando de bloquear la emoción. Dios, ¿por qué me inundaban la mente todos esos recuerdos, todas esas palabras? Los había mantenido alejados durante mucho tiempo, y ahora, por alguna razón inexplicable, era como si todos hubieran decidido aparecer a la vez exigiendo que les hiciera caso; que los mirara aunque no quisiera hacerlo.

Aun así, los charcos de lluvia persistían en mi cabeza. Hubiera jurado que todavía podía sentir el agua fría que se me filtraba por los agujeros que había en la suela de las botas de agua de segunda mano que llevaba. Sentí la distante punzada de alegría cuando la señora Hollyfield me regañaba entre risas, porque luego me ponía el brazo sobre los hombros para atraerme a su lado y besarme la cabeza. Recordaba abrir la boca al ver arcoíris flotando sobre los charcos, como si fuera magia, y la señora Hollyfield diciéndome que había magia en todas partes si uno estaba dispuesto a verla. Había sabido más tarde que esos arcoíris solo eran el aceite sucio que flotaba en la superficie del agua, y me había sentido engañada. Lo que parecía magia había resultado ser, en realidad, suciedad. Lo cierto era que eso podía llegar a ser una metáfora sobre la dirección que había tomado mi vida, pero estaba demasiado cansada para tratar de averiguarlo.



Allí sentada, sentí la tristeza que aún vivía en mi interior por haber perdido hacía tantos años a la señora Hollyfield. Me pregunté lo diferente que habría sido mi vida si ella no hubiera muerto; pero lo había hecho. Porque eso era lo que hacía la gente: moría. Te dejaba sin un último adiós. Al final todos se iban. Si esperabas que siguieran contigo, si esperabas amor, sería culpa tuya, y te merecías las consecuencias.

El coche de Kayla entrando en el aparcamiento me arrancó de aquellos pensamientos sombríos, y me levanté para bajar los escalones.

—Hola —la saludé al tiempo que me sentaba en el asiento del copiloto de su oxidado Chevy blanco. Su coche se encontraba todavía en peores condiciones que el mío, lo que resultaba una verdadera proeza. Apoyé el codo en el marco de la ventanilla abierta mientras el coche trastabillaba para salir del aparcamiento.

—Gracias a Dios hace más fresco —comentó Kayla, al sentir la brisa que provocaban las ventanillas abiertas cuando aceleró. Me limité a asentir con la cabeza—. ¿Estás bien? —me preguntó después de unos minutos de silencio.

Sonreí.

—Sí, estoy bien. Creo que necesito un descanso. Por suerte, este es el último turno y luego tengo dos días libres. Estoy..., no sé..., quemada.

—¿No lo estamos todas? —suspiró Kayla.

—Sí, supongo que sí.

Cuando llegamos a *La perla de platino*, nos fuimos al camerino para cambiarnos y maquillarnos. Me sentía medio insensible, como si solo me moviera por instinto, lo que no era precisamente nuevo. Pero también me notaba a la vez estremecida y muy cansada.

—Hola, Crystal —me saludó Rita mientras entraba en el camerino unos minutos después de que Kayla se hubiera marchado. Odiaba las noches como esta, cuando las tres teníamos que utilizar aquel espacio a la vez. Me sentía como si no pudiera estar sola en ningún lugar ni siquiera un par de minutos. Algunas noches, esos minutos suponían la diferencia entre tener la sonrisa grabada en mi cara o ser la zorra insensible que Rodney decía que era.

—Hola, Rita. —Volví a concentrarme en aplicarme los polvos sobre la base de maquillaje que acababa de extenderme por la cara.

—¿Crees que mi novio volverá esta noche para darme otra oportunidad? —preguntó sonriente.

Me atravesó una oleada de ira, pero mantuve una expresión plácida. Además, aquella furia no estaba dirigida a Rita, sino a mí misma.

—Lo dudo.

—¿Qué le pasa a ese tío? ¿Lo sabes? ¿Es otro tipo guapo al que no le gustan las chicas? Qué pena..., ¿verdad?

—¿Quién ha dicho que no le gustan las chicas?

—Actuó como si estuviera muerto de miedo incluso antes de que lo tocara. Empezó a respirar muy fuerte. Al principio no sabía si estaba asustado o excitado. —Una enorme vergüenza me atravesó lentamente. Fingí estar concentrada en ponerme las pestañas postizas, así que me acerqué al espejo con la mirada clavada en mi reflejo, pero empezaron a temblarme las manos, y tuve que bajarlas. Era inútil. La tira de pestañas permanecía encima del tocador, con el aspecto de una triste araña muerta.

—Creo que no le gustaste —repuse con indiferencia.

Rita me miró mientras se ponía un bikini. Se dio la vuelta y se inspeccionó el culo en el espejo. Miré hacia otro lado al ver que empezaba a ajustarse el tanga. Luego se dio una palmada en su perfecta nalga y se rio.

—No. Eso es imposible. —Se volvió a reír—. Pero estoy dispuesta a darle otra oportunidad de disfrutar de mis dones si tiene el valor de volver. Un tipo tan varonil bien lo merece. Es tan alto y está tan bien dotado... Con grandes... manos y pies. Mmm... —Me guiñó un ojo, haciendo que quisiera echarla del camerino de una patada.

—Ya basta, Rita. —Sabía que mi voz sonaba demasiado hostil. O quizá solo transmitía con exactitud lo que yo sentía.

Ella me miró de forma airada.

—¿Qué? —protestó—. ¿No me lo has *dado*?

—No te lo he *dado* —espeté, cogiendo de nuevo la pestaña postiza—. No es mío, así que no puedo *darlo*.

—Mmm... —dijo pensativamente mientras miraba cómo volvía a intentar ponerme las pestañas, esta vez con más éxito—. Pareces irritada, Crystal. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Ese tipo era un incordio. Me alegra saber que no va a volver.

Soltó una breve risa.

—Vale. Lo que tú digas. Pero si no lo quieres, lo atraparé otra en un abrir y cerrar de ojos.

Sí. Eso era así. Y era lo que yo quería. Lo que él necesitaba, ya que él era demasiado estúpido para darse cuenta de ello. Me sentí un poco mejor al terminar de ponerme las pestañas del otro ojo, y me enderecé para terminar de

vestirme.

Rita se sentó en el sofá para ponerse los *stilettos*.

—¿Sabes? Me resulta familiar —dijo—. Creo que es posible que haya ido al instituto con mi hermana mayor. De hecho, creo que salieron juntos.

«No. Estaba encerrado en un sótano cuando debería haber asistido al instituto».

Aquel pensamiento me puso un nudo en la garganta, pero no quise que Rita se diera cuenta.

—¿Ves por algún lado mis zapatos blancos? —Cambié de tema, mirando a mi alrededor. No quería hablar de Gabriel. No quería pensar en él. No quería volver a pensar en Gabriel Dalton en mi vida.

—Sí, al lado de la puerta.

—Gracias. —Cogí los zapatos y nos pusimos a hablar de la música que íbamos a bailar esa noche. Cinco minutos después, Rita fue hacia la puerta para realizar su primera actuación. Tenía quince minutos para tratar de mentalizarme. Traté de pensar en algo que no fuera Gabriel, ni la vergüenza que seguía sintiendo, ni sus tímidas sonrisas ni el aspecto final de conmocionada traición que vi en su rostro. Pero no funcionó. No funcionó en absoluto.

Me faltaba una hora para que terminara mi turno cuando me acerqué a una mesa donde había tres jóvenes de aspecto universitario, de esos a los que las mujeres suelen encontrar atractivos. Era evidente que cultivaban su cuerpo y que, por las apretadas camisetas con las mangas enrolladas para mostrar bíceps que llevaban, querían asegurarse de que todo el mundo se daba cuenta. Lancé las servilletas de papel sobre la mesa.

—¿Qué queréis, chicos?

—A ti —repuso uno con el pelo castaño y la mandíbula cuadrada que me comía con los ojos.

«Vete al infierno».

—Lo mismo digo —intervino otro con el pelo rubio y la barba recortada, mirándome los pechos—. Y yo quiero una gran porción. —Tenía los ojos vidriosos, por lo que, evidentemente, ya había servido bebido mucho.

Sonreí.

—Bueno, soy suficiente para todos, chicos. Volved dentro de tres noches y sacaré un rato para haceros un baile privado solo a vosotros dos. —Les guiñé un ojo.

El tercero en discordia, que tenía el pelo negro, estaba reclinado de forma indolente en la silla, y se rio, inclinándose hacia delante.

—Yo también voy a estar presente. —Me lanzó lo que estoy segura que él imaginaba que era una sonrisa encantadora.

—¿Y si no queremos esperar? ¿Y si queremos que sea esta noche? —lo interrumpió el primero, alargando la mano para pellizcarme el culo con fuerza. Apreté los dientes.

«¡Dios, qué cruz!».

—Lo siento, cielo, el club cierra dentro de una hora, pero tenéis tiempo para que os traiga otra ronda de bebidas. ¿Qué queréis tomar? —Los miré, tratando de controlar la irritación en mi voz.

—Supongo que tendremos que tomar lo que queremos —dijo el rubio, tirando de mí para que me sentara en su regazo y poniéndome las manos en los pechos—. ¿Te gusta esto, nena? —susurró mientras hundía la cara en mi cuello—. Yo creo que sí... —Sentí su aliento húmedo contra la piel.

Solté un chillido de sorpresa e intenté levantarme.

«¿Dónde demonios se ha metido Anthony?».

El tipo me retuvo con fuerza, haciéndome notar su erección contra el culo mientras se impulsaba hacia arriba. Se frotó contra mí, rozándose, apretándose, manoseándose, aprisionándome... Como cualquier otro hombre antes que él. Como todos..., salvo Gabriel Dalton. ¿Por qué me vino a la mente su sonrisa sincera y sencilla, su vacilante contacto, el respetuoso tono de su voz? No lo sabía. Estaba acostumbrada a esto. Conocía el juego. Sin embargo, el contraste entre este hombre y Gabriel me hizo sentir una rabia muy intensa y casi irracional.

Eché un vistazo a mi alrededor; sus amigos estaban riéndose cuando los miré de reojo, mientras el que me había sentado en su regazo se tomaba todas las libertades que quería. Me invadió de repente una oleada de odio sin límites, sin fin, y levanté la mano para darle una bofetada tan fuerte que la cabeza se le fue disparada hacia atrás. Él me soltó, y me puse de pie de un salto, sorprendida por mi propio comportamiento. Nunca había golpeado a nadie en mi vida. Sus amigos comenzaron a reírse a carcajadas, señalándolo con el dedo.

—¡Putá zorra! —me insultó con los dientes apretados, cubriéndose la mejilla con la mano.

—¿Qué pasa aquí, señores?

«Anthony».

Me giré hacia él.

—¿Dónde estabas? —pregunté con un tono de pánico evidente.

—Fui a mear. Lo siento, chica. —Se volvió hacia los hombres—. Largo —les dijo—, que no tenga que echaros.

El chico del pelo castaño me señaló con los ojos brillantes por la humillación recibida.

—¡Esa puta me ha dado un bofetón!

—Hasta aquí hemos llegado —concluyó Anthony, cogiéndolo por el cuello de la camiseta.

—Vale, vale... —intervino el rubio, que se puso en pie, tambaleándose un poco—. Ya nos íbamos, de todas formas. Tranquilo...

Me alejé de la escena y fui hacia la parte de atrás, donde lancé la bandeja contra un mostrador para doblarme por la cintura durante unos minutos tratando de recuperar el aliento y controlar aquella rabia inestable.

—¿Estás bien, Crys? —me preguntó Janet, acercándose para darme unas palmadas en el hombro—. Son unos capullos integrales.

Me reí por lo bajo.

—Sí, estoy bien, y sí, lo son.

—Cuando vuelvas ya no estarán, nena. Solo es otra noche más. Y siempre es lo mismo.

—Vale. Gracias, Janet. —Respiré hondo. Me sentía tan agotada que estaba a punto de caerme al suelo allí mismo. La sensación que me pellizcaba el corazón estaba otra vez de vuelta, y solo quería irme a casa.

—Oh, de nada —dijo Janet, volviéndose hacia mí—. Por cierto, casi me olvido..., te dejaron esto el otro día en una de las mesas. Iba a tirarlo a la basura para no molestarte, pero me acuerdo del chico que lo escribió; era muy guapo y parecía buena gente. —Sonrió, me guiñó un ojo y me entregó una servilleta doblada.

La cogí con una débil sonrisa y me alejé. Cuando la abrí, vi el nombre de Gabriel y lo que supuse que era su número de teléfono. Fue como un doloroso disparo al corazón, una sensación de anhelo que incluía la misma cantidad de remordimientos. Se me formó una bola en el estómago que se me subió a la garganta mientras me la guardaba en el bolsillo del delantal del uniforme, donde llevaba el dinero para dar el cambio.

En el momento en el que volví a la sala, los chicos que me habían estado acosando habían desaparecido; sin duda habían regresado a casa, con sus novias.

Janet tenía razón: siempre era lo mismo.

Durante la última media hora serví un par de copas más a hombres que se portaron bien. Al terminar, hice cuentas de inmediato. Vacilé al ver la servilleta doblada; hice una bola con ella y la mantuve en el puño, con intención de tirarla a la basura cuando fui en busca de Kayla, que acababa de bajar del escenario.

—¿Estás lista? —Cogí la sudadera y me la puse encima del uniforme. Ni siquiera me molesté en cambiarme de ropa. Quería darme una larga ducha caliente e intentar deshacerme de la desesperación que tenía pegada a la piel igual que las marcas grasientas de los pellizcos y palmadas que me habían dado.

Kayla estaba desvistiéndose.

—Sí —dijo, volviéndose hacia mí—. Dame cinco minutos. Me han dicho lo que te ha ocurrido. ¿Estás bien?

—Sí. —Hice un gesto en el aire con la mano, como si no hubiera sido nada. Y en realidad así era. Ese tipo de cosas me habían sucedido cientos de veces antes y seguramente volverían a ocurrirme cien veces más—. Estoy bien. Te espero en la puerta.

—Vale. De camino le diré dos cosas a Anthony.

Asentí con la cabeza y cerré la puerta del camerino a mi espalda. Cogí el bolso de la taquilla y me fui a la puerta. Oí una conmoción en la pista, y eché un vistazo para ver cómo Anthony intervenía en otra pelea, esta vez entre dos chicas.

«¡Santo Dios! ¿Es que esta noche no iba a acabar nunca?».

La política del club era que los guardaespaldas acompañaran a las chicas a sus coches, y, en circunstancias normales, habría esperado a que Anthony terminara de poner orden. Pero esa noche... estaba demasiado cansada para quedarme allí más tiempo. Fui hacia la puerta de entrada y la empujé para recibir con agrado el aire de la noche veraniega. Mientras me acercaba al coche de Kayla, olía a asfalto y a lluvia. No hubiera podido quedarme dentro de *La perla de platino* ni un segundo más.

—Hola, putilla.

Me volví hacia la voz con el corazón encogido. El hombre que me había sentado en su regazo salió de las sombras de los árboles que crecían a lo largo del lateral del aparcamiento. Sus amigos lo seguían; ambos parecían nerviosos, pero estaban excitados y todavía borrachos. Aspiré una bocanada de aire para coger fuerzas, pues el miedo me había debilitado de repente. Miré el coche de Kayla y luego la puerta del club. El coche de Kayla estaba más cerca, pero no

tenía las llaves.

«¡Oh, mierda!».

—No eres tan valiente ahora, ¿verdad?

Me volví hacia él, apreté los puños a los costados, notando el pequeño trozo de servilleta que todavía llevaba en la mano. Mientras estaba allí, mirando al hombre que me había hablado, sentí como si la última parte de mi voluntad se disolviera en la nada, se evaporara en el aire de la noche del aparcamiento de *La perla de platino*. No me importaba lo que me hiciera ese hombre. Dios, no me importaba siquiera. Apreté la servilleta en el puño con más fuerza: el chico de los ojos de ángel pasó por mi mente otra vez; no me provocó vergüenza, sino que me trajo paz. Me merecía lo que esos chicos estaban a punto de hacerme. Me lo merecía. Pero antes de soportar lo que fuera, iba a hacerles saber lo que pensaba de ellos en realidad. Sonreí, me sentía tranquila. Al ver mi expresión, pasó un destello de confusión por la cara del líder.

—¿Sabes lo que pienso de ti?

—Me importa una mierda lo que piensas de mí.

—Ya sé que no te importa. Lo sé. Lo que te pregunto es si sabes lo que es. Si te lo imaginas.

Se echó a reír en un tono burlón.

—Lo único que me importa es que me pidas perdón y me chupes la polla.

Me limité a sonreír de nuevo. Me sentía irreal, como si solo fuera la caricatura bidimensional de una mujer. Recibí con agrado el entumecimiento que me inundó, como si fuera un sedante. No me importaba. No me importaba nada. Iban a hacerme lo que quisieran y no podía evitarlo de ninguna manera. Y si no era ahora, sería la próxima semana, o la siguiente. En cualquier esquina, en una camioneta en un camino de tierra, en una cama o detrás de un contenedor de basura. Nunca dejarían de utilizarme.

«Nunca».

—Eres malo —dije en tono uniforme—. Los tres sois repugnantes. La única razón por la que dejo que me miréis es porque pagáis por el placer que os da. Sois feos, sois unos animales repulsivos a los que no se puede considerar hombres, y vuestro olor hace que quiera vomitar. —Escupí al suelo y luego les dirigí la misma sonrisa indiferente de siempre.

—Puta —dijo el rubio lentamente, con una nota de incredulidad en la voz, como si no pudiera comprender que los insultara alguien como yo—. Puta.

—Ni siquiera sois listos —añadí—. Sois el colmo. Feos y estúpidos.

El chico que tenía el pelo negro se rio por lo bajo.

—Venga, tíos. Esta zorra no vale la pena.

Por un segundo, albergué la esperanza de que me dejarían en paz. Relajé los hombros una décima de segundo y luego el del pelo castaño soltó un gruñido de furia. Lo vi avanzar tan rápido hacia mí que ni siquiera tuve tiempo de reaccionar. Me agarró y me puso la mano sobre la boca al tiempo que me arrastraba hacia atrás.

—A la mierda con esta zorra. Va a tener lo que se merece —gruñó.

«*Lo que se merece... Lo que se merece...*».

El instinto me hizo intentar morderlo, pero la posición de su mano contra mi cara no me lo permitió. Traté de darle una patada, pero el rubio me cogió de los pies. Me llevaron a toda prisa detrás del contenedor de basura y me obligaron ponerme de rodillas, empujándome la cara contra la entrepierna del rubio. Segura de que podía dar allí un buen mordisco, abrí la boca y la cerré con toda la fuerza que pude. Tenía la boca llena de tela, pero debí de llegar también a la carne, porque el tipo soltó un chillido de dolor justo antes de empujarme hacia atrás y estrellarme el puño en la cara.

—¡Jodida zorra! —gritó. Sentí un impacto en el costado, me lo había dado con un pie o quizá con la rodilla, y solté un gemido cuando el asfalto pareció venir hacia mí.

—Eh, chicos..., esperad, esto no... —Oí que decía el chico del pelo negro, pero sus amigos estaban demasiado bebidos y su orgullo estaba demasiado dolido para escuchar la voz de la razón. Me di la vuelta, y antes de que se me despejara la visión, me cogió por sorpresa otro golpe. El mundo nadaba, los colores estallaban ante mis ojos. Todo parecía ocurrir muy rápido. Estaban por todas partes, sujetándome, atacándome. Uno se inclinó sobre mí y el otro me separó las piernas mientras yo trataba de darle una patada.

El que me sujetaba los tobillos me los soltó, y noté que me tiraban de la sudadera hacia arriba. Aproveché la oportunidad para mover las piernas con frenesí, y alcancé a alguien. Quien fuera gritó y maldijo con dureza antes de volver a inmovilizarme, y un horrible dolor me explotó en la parte delantera de la pierna derecha. Intenté gritar, pero me metieron una tela en la boca. Amordazada, traté de propinar más golpes al sentir que me bajaban los pantalones. Luché, pero eran dos, y mucho más fuertes que yo. No sabía qué hacía el tercer tipo, pero sin duda no me estaba ayudando. Por lo que podía intuir, esperaba su turno. La oscuridad se cerró de nuevo, y esta vez dejé que me



alcanzara, floté lejos, muy lejos, donde no había más dolor. Donde no había sufrimiento, sino paz.

Cuando recuperé la consciencia, oí sirenas a lo lejos, voces gritando llenas de pánico. Muchas. Un coro entero. Las estrellas brillaban por encima de mí, y solo notaba movimientos, luces y un suave silbido en los oídos.

De repente, noté que me trasladaban. Pensé que estaba de viaje, y aunque no sabía a dónde, tampoco me importaba. Había muchos lamentos a mi alrededor, y me dejé ir flotando una vez más.

Cuando volví a abrir los ojos, los cerré para protegerme de unas luces demasiado brillantes, como si me hubiera acercado más a las estrellas. Había gente de blanco a mi alrededor, brumosa y poco clara. Luego, alguien se acercó a mí y me sostuvo la mano a medida que avanzábamos. Su respiración era rápida y fuerte contra mi mejilla. ¿Estaba flotando de verdad? Miré lentamente hacia la persona que estaba a mi lado y vi esos ojos angelicales.

«Gabriel».

Contuve la respiración.

«Sus ojos son preciosos...».

Solo que ahora también contenían algo que parecía dolor.

«¿Por qué?».

Todo iba bien, estaba en el cielo, donde las calles estaban pavimentadas con oro. Me pasó la mano por el pelo.

—Oh, cariño, lo... —Se interrumpió, como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta—. Vas a ponerte bien. No te muevas... No te muevas...

Las luces y el aire brillaron a la vez. Había un halo dorado alrededor de su cabeza. Era tan hermoso... El hombre más guapo que hubiera visto nunca. Intenté sonreír, pero la cara no me respondía.

—Sabía que eras un ángel —susurré—. Lo sabía... —Levanté la mano y la ahuequé sobre su mejilla, secándole una lágrima con el pulgar—. No llores, mi ángel. No llores por mí.

«Nunca llores por mí».

Hablar me resultaba muy cansado, así que cerré los ojos y dejé que la oscuridad me llevara de nuevo.

## 9

*«Shhh..., cariño. Ya sé que duele, pero tu cuerpo sabe sanar. Ya tu corazón le pasa lo mismo».*  
*Limonada, la reina del merengue*

GABRIEL

La sala de espera del hospital estaba tranquila, con una iluminación tenue, y estaba vacía; solo estaba yo. Me senté en una incómoda silla de vinilo y apoyé la cabeza en la pared, con la mirada clavada en el techo. El televisor que había montado en la pared emitía una serie de dibujos animados, con el sonido tan bajo que apenas era un ruido de fondo.

Oí que se abría la puerta al final del pasillo y enderecé la cabeza, mirando a la entrada de la sala de espera. Primero percibí el repiqueteo de unos tacones en el suelo y, unos segundos después, la mujer a la que había conocido en *La perla de platino*, la que ahora sabía que se llamaba Kayla, irrumpió en la sala. Tenía sus ojos clavados en mí.

—Lamento haber tardado tanto. ¿Hay alguna noticia?

Negué con la cabeza.

—No, todavía no. Creo que todavía están examinándole las heridas. —Se me encogió de nuevo el corazón, y me froté el pecho. Como si eso pudiera ayudarme... No podía quitarme de la cabeza la imagen de su rostro golpeado cuando la llevaban por el pasillo hacia la sala de rayos X, ni la pequeña sonrisa que había curvado sus labios, ensangrentados e hinchados, cuando me vio. Me había tocado la cara, y casi no me había dado cuenta por lo afectado que estaba por lo que le habían hecho.

«Me considera un ángel».

El horror de haberla visto así todavía inundaba mis venas, y me hacía sentir enfermo y lleno de ira. Cuando Kayla me llamó, me dijo que los hombres que la habían atacado habían huido cuando Anthony salió. Aunque él había querido seguirlos, se quedó para ayudar a Crystal. Debió de haber sido una decisión

difícil para él, pero me alegraba de que lo hubiera hecho, porque quizá haberla atendido en vez de salir tras ellos había supuesto la diferencia entre la vida y la muerte. Solté la respiración que estaba conteniendo.

—Kayla, muchas gracias por llamarme.

Asintió, mordiéndose el labio, lo que hizo que se le mancharan los dientes de lápiz de labios.

—No sabía si era lo mejor, pero estuve sentada a su lado mientras esperábamos la ambulancia. A pesar de que estaba inconsciente, todavía apretaba tu número en el puño. —Negó con la cabeza—. A pesar de todo lo que le hicieron esos hombres, nunca soltó la servilleta. Se aferró a ella. Así que pensé que debía de significar algo para ella. Y, bueno..., Crystal no tiene muchos amigos. Así que si no te quiere aquí, ya te lo dirá ella. Puede ser muy borde cuando quiere.

Logré esbozar una sonrisa.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Kayla se hundió en una silla. Yo había ido directamente al hospital después de recibir la llamada de Kayla, y llegué media hora después de que trajeran a Crystal. No me habían facilitado ningún detalle del ataque. Solo lo que Kayla me había dicho por teléfono. La vi sacudir la cabeza con lágrimas en los ojos.

—Esto es horrible, sencillamente horrible. —Hipó—. Pobre Crystal. Oh, pobrecita...

La miré, intrigado por saber si ella, esa mujer que parecía ser su amiga, conocería su nombre real. No le pregunté.

—¿Alguna persona en el club conoce a los tipos que le han hecho esto?

Negó con la cabeza.

—No saben sus nombres, pero algunas chicas han podido dar información suficiente para buscarlos. Y Anthony hizo una descripción del vehículo en el que huyeron, aunque no pudo ver la matrícula. —Asentí—. Menos mal que Anthony salió en ese momento.

De repente entró en la sala el médico que acompañaba la camilla en la que iba Crystal cuando la vi, así que me levanté con rapidez. Kayla me imitó mientras el doctor se acercaba.

—Hola, soy el doctor Beckstrom —oí que decía, con el corazón en un puño.

—Doctor..., soy Gabriel Dalton. —Me miró durante un instante, como si me reconociera, o quizá solo le sonaba mi nombre, porque se limitó a asentir antes de volverse hacia Kayla.

—¿Alguno de ustedes es familiar suyo?

Negué con la cabeza.

—Somos amigos. —Ni siquiera estaba seguro de eso.

—Ya veo... ¿Saben si tiene familia?

Miré a Kayla, que hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Crystal no tiene familia, al menos nunca me ha hablado de ella.

El médico apretó los labios en lo que parecía un gesto de simpatía.

—¿Crystal?

—No la conozco por otro nombre.

Él asintió.

—Vale, les daré alguna información sobre su estado. Si son capaces de ponerse en contacto con algún miembro de su familia, pueden comunicárselo.

El miedo me subió a la garganta. No estaba seguro de querer oír lo que estaba a punto de decirnos.

—¿Se encuentra bien? —espeté impaciente.

Clavó los ojos en mí.

—Ahora mismo no, pero lo estará. —Solté un suspiro y me pasé la mano por el pelo mientras él continuaba—: Tiene varias costillas rotas y una fractura en la pierna. Acabamos de inmovilizársela. Esas son las lesiones más graves. La mejor noticia es que no hay ninguna hemorragia interna y que las heridas que tiene en la cara no le dejarán un daño permanente. Experimentará dolor durante unos días, y no podrá andar durante un tiempo. Le han dado una buena paliza.

Kayla soltó un gemido.

—Doctor, estaba... Quiero decir que le habían quitado los pantalones... —Hice una mueca ante esa información mientras un intenso temor se me deslizaba desde la espalda hasta la boca del estómago.

«¡Oh, Dios!».

—No, no parece que llegaran a agredirla sexualmente. Le habían bajado los pantalones, pero por suerte los interrumpieron antes de que consiguieran hacerle nada. —Tenía una mirada de cansancio y simpatía a la vez, esa clase de expresión que los hombres utilizan para dar noticias que no gusta oír. Solté un fuerte suspiro de alivio al saber que, por lo menos, no la habían violado; *solo* la habían golpeado—. Si quieren, pueden pasar a verla. Sin embargo, está durmiendo, que es lo que debe hacer por ahora, así que no la alteren: necesita tranquilidad.

—Sí, nos gustaría verla, doctor, gracias —repuso Kayla, mirándome. Respiré hondo una vez más. Me parecía que no era capaz de coger oxígeno suficiente desde que había recibido la llamada de Kayla.

Recorrimos los pasillos en silencio. Recordaba estar en un hospital similar a este hacía tiempo; me acordaba de las miradas de las enfermeras, de los susurros, de los médicos que me miraban con los ojos muy abiertos, de cómo me habían examinado de pies a cabeza, haciéndome infinitas preguntas cuando yo solo quería ver a mis padres. Cerré mi mente a todo eso de inmediato. No necesitaba pensar en ello en ese momento.

El médico nos dejó en un habitación a oscuras, donde el único sonido que se oía era el de la cadencia de un corazón en un monitor. Cuando nos acercamos más, me dio un vuelco el corazón. Tenía mejor aspecto que cuando la vi en el pasillo, pero seguía estando muy magullada, terriblemente hecha polvo.

Kayla sollozó por lo bajo mientras le pasaba un dedo por el dorso de la mano, la única parte de ella que parecía intacta. Nos quedamos mirándola durante unos minutos, y luego me di la vuelta. Necesitaba recobrar la calma, y Crystal debía sanar, reposar. ¿Cómo podían haberle hecho eso? Tres hombres contra una mujer... ¡Dios!

Salí de la habitación en silencio, y Kayla me siguió un momento después.

—Tengo que irme a casa y dormir un poco. Vendré por la mañana. ¿Estarás aquí cuando vuelva? —me preguntó.

—Sí. Estaré. —Kayla asintió antes de brindarme una triste sonrisa. Luego se fue hacia los ascensores. La miré alejarse, y luego me di la vuelta para sentarme en la silla de plástico que había junto a la puerta de la habitación de Crystal. Quizá mañana me dijera que me largara, pero cabía la posibilidad de que Crystal se despertara antes de que amaneciera, o de que Kayla regresara, y no quería que estuviera sola. Sabía lo que suponía despertarse asustado, herido y solo, y no quería que le ocurriera eso a nadie si yo podía evitarlo.

Me recorrió la espalda un escalofrío de pesar al pensar lo a punto que había estado de subirme a la *pickup* para ir a *La perla de platino*. Aquel sueño... No había logrado quitármelo de la cabeza. Me había ido pronto a la cama, sin intención de regresar a Havenfield en un futuro cercano. Había hecho un gran esfuerzo con Crystal y había fallado. Cuando me quedé dormido, soñé con mis padres, el mismo sueño que había tenido hacía tiempo, y había sido muy vívido: era el que me había impulsado para seguir adelante con mi plan para salir de aquel sótano, solo que esta vez, en lugar de transmitirme ánimo, mi madre me había entregado una geoda. Los cristales del interior eran luminosos, brillaban intensamente y dibujaban arcoíris en el aire a su alrededor. Me había despertado sobresaltado, con la única idea en la cabeza de llegar hasta Crystal. Pero me había quedado

quieto, sin moverme, y cuanto más se aclaraba mi mente, más ridículo me había sentido. ¿Qué le iba a decir a ella cuando llegara? ¿Que tenía que intentarlo una última vez a pesar de su evidente rechazo? ¿Que era un último y desesperado intento de hacerla cambiar de opinión? ¿Por un sueño? ¡Por el amor de Dios! Iba a pensar que estaba loco. Así que me había obligado a volver a dormirme. Pero si me hubiera dejado llevar por mi intuición...

Mi mente revivió el momento en el que me había despertado de nuevo, esta vez por el timbre del teléfono.

A lo lejos aullaba una sirena. Parpadeé somnoliento y me apoyé en el codo mientras me recorría una intensa sensación de temor, a pesar de la confusión.

—¿Hola? —Al oír solo silencio, repetí lo mismo llevándome el teléfono al oído.

Hubo un crujido en el otro extremo de la línea y luego una voz bañada en lágrimas.

—Me llamo Kayla, y ya sé que no me conoces. Han atacado a Crystal... Está malherida, y creo que te necesita.

*«Creo que te necesita».*

—¿Quiere una almohada, señor? Al menos podría reclinar la cabeza un poco.

Abrí los ojos, arrancado del recuerdo de la noche anterior por la pregunta de una amable enfermera.

Sonreí.

—Sí, eso estaría bien.

—De acuerdo. La hora de visita ha terminado, ¿sabe?, pero no creo que ninguna lo echemos. —Me guiñó un ojo—. Ahora vuelvo.

Esbocé una sonrisa de agradecimiento y, cuando ella se fue, saqué el móvil del bolsillo y escribí un mensaje de texto a mi hermano, diciéndole a Dom que estaría en casa todo el día y que no se preocupara. Ya le explicaría todo. Envié el SMS sin esperar respuesta. De todas formas, supuse que estaría durmiendo.

Se oía de fondo el sonido de la tele encendida en la enfermería, y flotaba por el pasillo hasta donde yo estaba sentado. Agudicé el oído al oír el nombre de Wyatt Geller en la voz profunda y monótona de un presentador de noticias, pero me dio un vuelco el corazón cuando dijo las palabras: «Todavía no se sabe nada nuevo» después del nombre. Me hundí más en la silla.

*«¡Dios!».*

Me metí las manos en los bolsillos y estiré las piernas mientras me recostaba contra la pared. Detrás de mí, dormía una chica hecha polvo, y, en algún lugar, un

niño estaba experimentando lo que casi nadie podía imaginar... Salvo yo mismo.

Me desperté sobresaltado con el sonido fuerte de voces y de pasos. Me senté, frotándome los ojos mientras intentaba orientarme. Ya era por la mañana, y las enfermeras acababan de cambiar de turno. Me puse de pie para estirar mis músculos doloridos. Una enfermera entró en la habitación de Crystal y la seguí para echar un vistazo. Crystal seguía durmiendo, con las manos en la misma posición que la noche anterior. No había movido ni un músculo. Di un paso atrás, para ir al cuarto de baño, donde traté de asearme un poco.

Cuando regresé a la habitación de Crystal, la enfermera se había marchado, así que me senté en la silla que había junto a la cama y me puse a hojear las revistas que encontré en un estante en la pared, aunque sabía que no sería capaz de concentrarme en la lectura.

La luz de la mañana entró en la habitación y, por un instante, solo fue un creciente resplandor oblicuo a través de las persianas.

«Luz, esperanza».

Cuando volví a mirar a Crystal, vi que tenía los ojos abiertos. Parpadeó al tiempo que respiraba más rápido. Me levanté para ir de inmediato a su lado. Ella me miró con una expresión confusa y nublada. Logré esbozar una sonrisa, aunque contemplar su cara magullada e hinchada hizo que me doliera el corazón.

—Buenos días —susurré.

Ella sacudió un poco la cabeza, como si pensara que estaba soñando y tratara de despertar. Era obvio que todavía estaba un poco drogada, somnolienta.

—¿Dónde...?

—Estás en el hospital. ¿Recuerdas lo que...?

Por la forma en la que abrió los ojos, supe que estaba recordando. Vi cómo iba desde la confusión al recuerdo, y finalmente al miedo. Clavó los ojos en mi cara, parpadeando con rapidez.

—Te vas a poner bien. No tienes ninguna lesión permanente.

El miedo de su expresión desapareció poco a poco.

Cogí la jarra de agua que había en la mesilla de noche y le serví un vaso para que bebiera un poco. Jadeó, pero asintió, así que acerqué la pajita a sus labios. Tomó varios sorbos antes de apartarse.

Volví a dejar el vaso en la mesilla, y ella me estaba mirando cuando me di la vuelta. Sus ojos seguían teniendo una mirada desconfiada, pero ahora era menos

agresiva.

—Has vuelto —susurró con la voz entrecortada y ronca a la vez.

Solté una risita con un suspiro, agradeciendo sus palabras.

—Sí.

—Sigo sin ser la chica adecuada —me recordó mirándome a la cara.

—Y yo sigo sin estar de acuerdo.

Su expresión se hizo todavía más tierna, y en las esquinas de sus ojos, algo hinchados, aparecieron algunas arruguitas, como si estuviera sonriendo. Me dio un vuelco el corazón.

—¿Cómo estás...?

—Me ha llamado Kayla.

Parecía confusa, pero no enfadada. Estaba a punto de explicarle la situación cuando la puerta se abrió de repente y miré por encima del hombro. Era el mismo médico que la noche anterior; aunque ahora no podía recordar su nombre.

—Buenos días —me saludó con una sonrisa. Luego miró a Crystal—. Me alegro de verla despierta. —Una enfermera apareció detrás de él, y nos saludó a los dos, sonriente.

El médico se aproximó a la cabecera de la cama de Crystal y pulsó un botón para levantarle un poco la cabeza.

—Ahora la examinaré y veré qué tal se encuentra. Mientras, Alison revisará los vendajes.

Crystal me miró y se aclaró la garganta.

—Esperaré fuera —comenté, y le dirigí una sonrisa antes de salir y cerrar la puerta. Al oír un repiqueteo de tacones en el linóleo, levanté la mirada y vi a Kayla, que se acercaba a mí.

—¿Está despierta?

—Sí, se ha despertado hace unos minutos. Está examinándola el médico.

Kayla asintió antes de abrir un poco la puerta y asomar la cabeza.

—¿Puedo pasar? —No oí la respuesta, pero debió de ser afirmativa, porque se volvió hacia mí—. Te avisaré cuando esté lista.

Asentí con la cabeza y me senté en la misma silla en la que había dormido la noche anterior. Al encender el móvil, vi que Dominic había respondido a mi mensaje hacía una hora; me decía que lo llamara tan pronto como pudiera. Sin embargo, en lugar de llamar a Dom, me puse en pie y empecé a recorrer el pasillo mientras llamaba a George. Cuando me respondió, oí el ruido de la maquinaria;



estaba en la cantera.

—¿Gabriel?

—Hola, George.

—Hola, amigo, ¿va todo bien?

Suspiré, pasándome la mano por el pelo despeinado mientras miraba a través de la ventana que había al final del pasillo.

—Sí, todo bien. Ya te contaré esta noche. Pero quiero tomarme el día libre por enfermedad.

Hizo una pausa.

—Teniendo en cuenta que es el primer día que te coges libre, debes de tener un problema de la leche. ¿Estás seguro de que todo va bien? —Su tono transmitía preocupación.

—Sí, todo va bien. Te prometo que te lo explicaré todo.

—Vale. Si necesitas algo, llámame.

—Gracias. Oye, llama a Dom, ¿vale? Si lo llamo yo, me abrasará a preguntas, y no estoy en condiciones de responder en este momento.

—Claro.

—Muchas gracias.

—De nada, Gabriel. Como te he dicho, llámame si necesitas algo.

—Lo haré.

Nos despedimos y colgué. Me sentía muy cansado, y como envuelto en una miriada de emociones. Sufría por Crystal. Dios... ¡Dios!

Seguí en la ventana durante un rato más, mirando al patio casi vacío que había abajo. Solo pasaban algunos miembros del personal médico, ya fuera para cambiar de guardia o para responder a alguna llamada. Me di la vuelta para volver a la silla que había delante de la puerta de Crystal. La puerta no cerraba bien, y me llegaban fragmentos de la conversación que mantenían en el interior.

El médico le estaba comunicando a Crystal lo mismo que nos había dicho sobre su pierna la noche pasada, aunque le daba más detalles sobre cuánto tiempo tendría que tenerla inmovilizada.

—Ya me he roto algún hueso antes —dijo ella—, y conozco el protocolo.

El médico hizo una pausa antes de responder.

—Una fractura en una pierna es muy incapacitante, por razones obvias.

—¿Me voy a quedar coja, doctor?

—No existe ninguna razón para pensar que le quedará una cojera permanente, pero puede tardar varios meses en recuperarse del todo cuando retiremos la

escayola.

—Entiendo... —Apreté los ojos con fuerza ante el tono de derrota de su voz. Evidentemente, pensaba que iba a perder su trabajo en *La perla de platino*.

—Cariño, no te preocupes —intervino Kayla—. Rodney te dejará que pongas copas o algo así durante un tiempo.

Crystal no dijo nada. Yo no sabía quién era Rodney —seguramente su jefe—, pero me pregunté si Kayla se creía sus palabras o si solo las decía para que Crystal se sintiera mejor. Era posible que finalmente pudiera servir mesas, pero durante un tiempo, al menos, no podría realizar ningún trabajo. Francamente, no estaba en condiciones de servir a nadie.

—¿Vive con alguien? —Era la voz del médico.

—No, vivo sola.

Hubo una pausa antes de que el médico respondiera.

—Eso podría ser un problema. Va a necesitar ayuda. ¿No puede quedarse con usted un familiar de forma temporal?

—No —repuso Crystal al instante, con la voz aún más neutra.

«Parece resignada».

—Oh..., cielo —intervino Kayla—, ¿cómo vas a subir las escaleras de tu casa? Tres pisos... Te va a ser imposible. Ya sabes que te invitaría a la mía, pero desde que vivo en casa de Marcia, no tengo sitio para compartir piso con nadie.

—No pasa nada, Kayla. Ya me las arreglaré.

Hablaron un poco más sobre sus lesiones y los resultados del examen médico, y luego el doctor le aseguró a Crystal que volvería a verla al día siguiente. Si seguía progresando tan bien como hasta ese momento, le daría el alta.

Cuando el médico y la enfermera salieron, llamé con suavidad a la puerta.

—Adelante —dijo Kayla.

Al entrar en la habitación, miré a Crystal, que seguía tumbada en la cama; parecía más despierta y menos aturdida. Kayla estaba sentada en la silla, junto a su cabecera.

—He oído que puede que el médico te dé el alta mañana. —Crystal asintió al tiempo que giraba la cabeza hacia la ventana. Ya había amanecido del todo y el sol brillaba.

—Estábamos comentando cómo se las iba a arreglar Crystal cuando saliera del hospital —intervino Kayla.

Crystal volvió la cabeza y la miró.

—Kayla... —le advirtió.

—Bueno, cariño, tienes que subir todos esos escalones, y durante unas semanas, ni siquiera vas a poder ir al cuarto de baño sin ayuda, y...

—Vendrá conmigo a casa —dije yo. Me sorprendió la firmeza de mi voz, teniendo en cuenta que ni siquiera tenía pensado decirlo. Pero, de repente, supe más allá de cualquier duda que quería cuidar de ella. De repente, sentí que era mi destino. No estaba seguro de por qué tenía esa certeza, solo que así era.

—No —dijo—. No puede ser. Kayla no debería haberte llamado. —Le lanzó a Kayla una mirada severa—. Ni siquiera deberías estar aquí.

—Bueno, estoy, y puedo. Vivo en un rancho. No hay escaleras y tengo un dormitorio libre. Mi hermano vive conmigo, pero hay espacio más que suficiente. Será algo temporal hasta que seas capaz de arreglártelas por tu cuenta. Yo trabajaré desde casa, por si necesitas ayuda durante el día. Es la solución perfecta.

—Ni siquiera te conozco.

—Me conoces lo suficiente como para saber que no te haré daño.

Tenía el ceño fruncido y se miraba las uñas.

—Yo podría ayudarte a instalarte allí, y te visitaría todo lo que pudiera —dijo Kayla, claramente a favor de la idea.

—Yo... —Crystal dejó que las palabras se desvanecieran sin levantar la vista, con el ceño todavía más fruncido.

—A menos que tengas familia en alguna parte y que pueda venir a atenderte, quizá yo sea tu única opción aquí. Por favor, acepta mi ayuda. Te la ofrezco sin ninguna clase de compromiso.

Me miró a los ojos.

—Siempre hay compromisos.

Negué con la cabeza.

—Conmigo no.

Miró por la ventana de nuevo.

—Vale —susurró, casi como para sí misma. La declaración pareció agotarla. Noté que hundía los hombros y que se apoyaba en la almohada, para volver la cabeza hacia mí—. Muy bien. —Cerró los ojos, y fue como si se durmiera en ese mismo instante, como si estar de acuerdo en venir a mi casa la hubiera agotado por completo y no pudiera permanecer despierta ni un segundo más. Era la reacción de una mujer que había estado luchando sola durante mucho, mucho tiempo y por fin se hubiera rendido.

—¿Dom? —llamé al tiempo que cerraba la puerta a mi espalda. Dejé caer las llaves en la cesta, junto a la puerta.

Mi hermano llegó desde la cocina con una cerveza en la mano.

—Hola, me tenías preocupado. ¿Qué pasa? ¿Dónde has estado?

Se volvió para seguirme cuando me fui a la cocina.

—Voy a coger una para mí y luego te lo digo —murmuré. Abrí la nevera para coger una cerveza, y me tomé un buen trago.

—Debe de ser bueno si Gabriel Dalton está bebiendo antes de la cena. Venga, suéltalo ya, hombre.

Tomé otro trago antes de dejar la cerveza y apoyarme en la isla de la cocina.

—He conocido a una chica.

Dominic sonrió.

—Sí, eso me has dicho. ¿Has dormido con ella? ¿Es ahí donde has pasado la noche?

Fruncí el ceño al darme cuenta de que Dominic esperaba que compartiera con él ese tipo de información. Sin embargo, hubiera preferido que supiera que jamás mantendría ese tipo de conversación sobre una mujer, incluso aunque fuera el caso.

—No. La he conocido en un lugar llamado *La perla de platino*.

Dominic pareció quedarse pasmado, y simplemente me miró durante un rato.

—¿El club de *striptease* de Havenfield?

—Sí. Trabaja allí.

—¿Trabaja allí? ¿De camarera o de qué? ¿Qué coño hacías en un lugar como ese, Gabe? Dios, si quieres ver tetas, tengo una colección de DVD.

—No he ido allí para ver tetas, Dom. —Tomé otro sorbo de cerveza y tragué antes de continuar—. Fui a contratar a una mujer para aprender a acercarme a alguien.

Dominic palideció y cerró los ojos durante un segundo antes de abrirlos con una leve mueca.

—¡Dios, Gabriel!

Levanté la mano, pues sabía que, probablemente, aquella información le molestara. Nunca había entrado en detalles sobre por qué no salía. Dom era mi hermano, no mi psicólogo, y le había dejado creer que la timidez y un limitado deseo de socializar eran mi mayor impedimento para alternar con mujeres.

—No estoy buscando dar lástima. La única razón por la que te lo digo es porque quiero que entiendas por qué fui allí y lo que estaba buscando.

Dominic suspiró, todavía dolido.

—Vale, lo que tú digas. ¿Para qué me lo cuentas?

—Porque va a venir a vivir aquí.

Dominic abrió los ojos como platos.

—¿Vas a traer a vivir aquí a esa chica? ¿Qué coño...? ¿Es una estafadora? ¡Dios! Gabriel, tenemos que hablar de eso. No puedes traer a... a una puta *stripper* a casa y esperar que...

—No es una puta *stripper* —dije con los dientes apretados—. Está herida y se encuentra completamente sola. Quiero pedirte que tengas la mente abierta y que confíes en mí. Le han dado una paliza y necesita ayuda. Requiere atención, y se la voy a dar.

Dom se tiró del pelo mientras se daba la vuelta, como si tratara de tranquilizarse. Pero cuando se giró hacia mí de nuevo, tenía los dientes apretados.

—No lo hagas.

—Ya está hecho. Y lamento que no te guste, pero esta es mi casa y quiero que se quede aquí. —Lancé la botella vacía a la basura y rodeé la isla de la cocina con intención de ir a mi habitación.

Dominic maldijo de nuevo por lo bajo y me siguió.

—¡Esto es una locura! Escucha, sé que no tienes experiencia con las mujeres, y que eso hace que no te des cuenta de cuándo te están estafando, pero quiero que te fíes de mí: eso es lo que está haciendo esa chica. Seguramente también será una drogadicta. La mayoría lo son, ¿sabes?

—Ni siquiera la conoces —espeté sin mirarlo.

—La conozco lo suficiente como para saber que no quiero vivir con ella. Y la conozco lo suficiente como para darme cuenta de que te ha clavado las uñas de alguna forma. Y también la conozco lo suficiente para saber que te mereces algo mejor. ¿En serio, Gabriel? ¿Una puta *stripper*?

Me volví hacia él en el pasillo. Sabía lo que quería decir Dominic. Era fácil que la gente —quizá incluso yo— hiciera suposiciones sobre las mujeres que bailaban desnudas.

«Drogadictas».

«Superficiales».

«Sin educación».

No tenía ningún indicio de que Crystal tomara drogas, ni de que no tuviera estudios o fuera indecente, y aunque no sabía qué tipo de educación tenía, sabía que no era estúpida. De hecho, tenía una mirada inteligente, y pensé en lo bien

que hablaba. Era parte de su atractivo, una de esas cosas que la hacían atractiva.

—Crystal es una *stripper*, Dom, pero espero que la veas como algo más que eso.

—¿Crystal? ¿Es su nombre artístico? —Negó con la cabeza al tiempo que apretaba los labios, dejando salir todo el aire que contenía por la nariz—. Me llega con saber que es una *stripper*. No quiero esa clase de basura por aquí.

La estaba juzgando sin conocerla en absoluto.

—¡Maldita sea, Dom! Confía un poco en mí. —Apreté los dientes y respiré hondo, tratando de reprimir mi frustración—. Mira, si no te gusta, puedes largarte. Aunque espero que no lo hagas. Quiero que respetes mi decisión sobre esto y que mantengas la mente abierta.

—No pienso permitirte que lo hagas, Gabriel.

—No te estoy pidiendo permiso. —Me fui a mi habitación y cerré la puerta, dejando fuera la mirada hostil de mi hermano.

# 10

*«¡Mira! Están abriéndose las flores. Son preciosas, ¿verdad?  
¿Las ves? Míralas con el corazón. ¿Puedes verlas?».  
Lady Eloise, de los campos de narcisos*

CRYSTAL

Después de que Gabriel se fuera, dormí durante la mayor parte del día, tanto por el cansancio como por el dolor; de hecho, parecía que era lo único que era capaz de hacer.

Cuando a la mañana siguiente llegó un detective para interrogarme sobre mis atacantes, le conté todo lo que recordaba y los describí lo mejor que pude. Me sentía entumecida al recordar el ataque, como si le hubiera ocurrido a otra persona.

Y, sin embargo, como me demostraba la realidad, no podía negar la gravedad de mi estado: mi cuerpo magullado y sin ánimo, mi espíritu quebrado por completo. ¿Cómo había llegado a este punto? ¿Cómo había llegado a estar tan destrozada y perdida que había aceptado ir a casa con un hombre al que apenas conocía, un hombre del que no podía decir que lo comprendiera, un hombre que me tranquilizaba con sus gestos suaves, aunque me daba miedo su mirada intuitiva? Pero allí estaba, admitiendo ante mí misma que era la única persona en la que confiaba de una manera innata, algo que no había hecho con nadie. Nunca. Todo era demasiado... agotador. No quería pensar. Solo quería dormir.

El médico me examinó a las dos y, poco después, firmó los papeles del alta. Yo no tenía ningún seguro, y sabía que esta deuda acabaría enterrada debajo de otras tantas, algo que me resultaría imposible asumir. Ojalá lo hubiera pensado antes de provocar a los tres bestias que me habían hecho esto... ¿Cómo se me había ocurrido? ¿En qué estaba pensando? Había sido demasiado valiente y, a la vez, ridículamente estúpida. No podía comprenderme a mí misma. Me sentía como si solo fuera una mera sombra de mi verdadero yo.

Kayla me había visitado por la mañana, y luego me había enviado un mensaje

cuando estaba dejando la habitación en el que me decía que tenía que irse a trabajar temprano, pero que Gabriel vendría a recogerme.

Gabriel...

¿Por qué hacía esto? ¿Por qué había aceptado su ofrecimiento a pesar de lo mal que me había portado con él? Recordaba el momento en el que había despertado para ver su cara sobre mí, mientras me llevaban por el pasillo del hospital. Por un instante había pensado que estaba en el cielo y que él era un ángel. Pero incluso bajo la luz del día, había algo... firme en él, algo seguro y sólido, a pesar de la debilidad que decía poseer. Era un hombre lleno de contrastes. Muy guapo... Gabriel, el de la sonrisa tímida, el que no soportaba el contacto con otras personas... El hombre que me había ofrecido vacilantemente un ramo de flores y se había sonrojado cuando se lo había rechazado, pero que luego me había dicho con firme confianza que me iba a ir a su casa mientras me curaba. ¿Quién era? ¿Qué quería de mí? Quizá era mejor no saber la respuesta a esa pregunta. Quizá él hubiera cambiado de opinión y no se presentara a recogerme. Y no podría quejarme, ¿verdad? ¿Qué haría en ese caso?

«Podrías llamar a tu padre».

¡No! ¡Ni hablar! Nunca... De todas formas, por las noticias que tenía de él, podría hasta estar muerto.

—¿Preparada? —me preguntó la enfermera, girando la silla de ruedas para llevarme hacia el ascensor.

—Sí —murmuré.

—¿Quién va a venir a buscarla? —se interesó con amabilidad.

—Un amigo..., creo.

—Bueno, pues ya lo esperamos junto a los ascensores. ¿Desea llamarlo por si lo ha retenido algo?

¡Dios!, ni siquiera tenía el número de su móvil. Tendría que ponerme en contacto con Kayla para conseguirlo. Y luego, ¿qué haría? ¿Llamarlo y preguntarle dónde estaba? ¿Obligarlo a decirme que había cambiado de opinión?

—No.

—Oh, vale, de acuerdo. —Me empujó hasta los ascensores y nos quedamos allí, esperando en silencio. Había un reloj en la pared, y el tictac resonaba con fuerza en mi cabeza, como si los minutos fueran una potencial cuenta atrás hacia el momento en el que me vería obligada a reconocer que estaba sola. Sin embargo, una parte de mí quería eso. Ojalá no me hubiera sentido tan indefensa; comenzaba a pasármelo el efecto de las pastillas contra el dolor, por lo que



necesitaba otra dosis. Me moví inquieta. El reloj siguió avanzando, y, al parecer, el ritmo de mi corazón coincidía con el constante tictac.

—Quizá debería... —comenzó a decir la enfermera mientras se abría la puerta del ascensor. Gabriel salió apresuradamente de la cabina; tenía el pelo mojado como si acabara de salir de la ducha, y se pasó la mano para retirárselo de la frente.

Su rostro se iluminó con una sonrisa cuando me vio.

—Lamento llegar tarde.

—Oh, no llega tarde —intervino la enfermera—. Ha aparecido justo a tiempo.

«*Ha aparecido justo a tiempo*».

«¿Justo a tiempo?».

Las palabras resonaron en mi cabeza por alguna razón.

—Bien —comentó Gabriel, sonriéndome—. ¿Preparada?

Supe que lo fulminé con la mirada, pero no fui capaz de sonreír. Me sentía destrozada, avergonzada, confusa e indefensa. Y tampoco me ayudaba saber que ni siquiera mi imagen era tolerable. Era algo que siempre había tenido: mi apariencia. Ahora no me quedaba nada en absoluto.

—Sí.

La enfermera se quedó con nosotros mientras bajábamos en el ascensor y nos acompañó hasta las puertas del hospital, donde estaba aparcada la *pickup* de Gabriel, en la zona de recogida de pacientes. La joven empujó el asiento del copiloto hasta el fondo para dejar sitio al yeso, y me ayudó a sentarme mientras Gabriel llevaba la silla de ruedas a la zona marcada. Cinco minutos después, salíamos del aparcamiento.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Gabriel al tiempo que me lanzaba una mirada preocupada.

—Casi igual que mi aspecto —murmuré.

Compuso una mueca.

—Muy mal, ¿eh?

No pude contener la risa, aunque el movimiento hizo que me dolieran las costillas.

—Creo que se supone que debes mentirme y decirme que mi aspecto es bueno.

—Si te dijera ahora que te veo bien, no me creerías más adelante, cuando te lo diga en serio.

Lancé un gemido y puse una mueca cuando intenté acomodarme y me subió el dolor por la pierna.

—¿Cuándo te has tomado por última vez algo para el dolor?

—Hace mucho rato —murmuré—, necesito otra dosis.

Gabriel asintió.

—Nos quedan veinticinco minutos, ¿puedes esperar?

—Sí. —Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo. Me sentía muy cansada—. ¿Dónde vives?

—A unos cinco kilómetros de la cantera en la que trabajo.

—¿Y qué se hace exactamente en una cantera?

—Vendemos losas de granito para diversos usos: encimeras, monumentos, escaleras..., esa clase de cosas. Pero yo me dedico a esculpir la piedra. Uso sobre todo mármol para crear lo que me piden mis clientes.

Lo miré, sorprendida, aunque no sabía por qué. ¿Era un artista? Bueno, sí, le pegaba: tranquilo, intenso y constante. Supuse que tenía que tener esas facultades para moldear la roca durante todo el día, aunque no tenía ni idea de cómo se creaba nada a partir del mármol u otra piedra.

—Interesante...

No respondió, pero vi con el rabillo del ojo que sonreía. Completamos el resto del trayecto en silencio. Miré el paisaje cuando salimos de Havenfield, camino de Morlea, donde se encontraban la cantera y la casa de Gabriel.

Recorrimos la carretera y atravesamos en coche la pequeña población para dirigirnos a la zona boscosa de las afueras. Los árboles todavía estaban verdes y exuberantes, y los poblados bosques mostraban una frondosa vegetación. Sin embargo, pronto llegaría el otoño, y traería un tiempo más fresco y la caída de las hojas... ¿Y qué más? ¿Qué traería para mí? ¿Qué me esperaría?

Gabriel cogió una carretera secundaria y luego un camino de tierra que terminaba delante de una elegante casa rústica de madera y piedra. El porche ocupaba toda la longitud de la fachada, y había un balancín que se movía con la brisa.

Tragué saliva. Era la casa más bonita que hubiera visto en mi vida.

—Por lo que veo, los escultores también trabajan en sus casas... —comenté sin apartar la vista de la edificación.

—Me alegro de que te guste —repuso Gabriel, apagando el motor para bajarse y rodear la *pickup* hacia mi lado. Abrió la puerta y luego se quedó quieto, con una leve expresión de angustia en la cara.

«Oh...».

—Puedo... salir sola si me das la mano —dije—. O...

—No —respondió de inmediato en tono firme—. Yo te llevo. —Me tendió la mano y me apoyé en ella para salir del vehículo. Me mareé al sentir un intenso dolor en las costillas rotas, y tuve que quedarme inmóvil para recuperar el aliento.

Gabriel me rodeó con los brazos, sosteniéndome, y aunque sentí lo rígido que estaba, me sostuvo de forma sólida. Mostraba una expresión de determinación y firmeza que me hizo sentir cómoda. Sus ojos avellana buscaron los míos, muy abiertos, mientras apretaba los dientes. Noté el evidente esfuerzo que hacía para estar tan cerca de mí.

«¿Está conteniendo la respiración?».

Aquel gesto me llegó al corazón y atravesó mi propio dolor.

«Me está sosteniendo porque lo necesito. Me está ofreciendo lo más difícil para él».

Luego metió la otra mano detrás del asiento y cogió las muletas que nos habían entregado en el hospital. Me apoyé en ellas para caminar la corta distancia que nos separaba de la puerta.

Él anduvo lentamente a mi lado y me ayudó a subir los anchos escalones del porche, luego abrió la puerta y me invitó a entrar.

Me detuve en el vestíbulo, para darme tiempo para mirar a mi alrededor. El espacio era abierto, con techos altos y enormes vigas de madera oscura. Justo delante había un salón presidido por una chimenea de piedra que ocupaba la altura del suelo al techo y que separaba lo que parecía una cocina en la parte de atrás. Unas puertas de cristal diferenciaban aquel ambiente del comedor, a la derecha, y conseguían que el espacio fuera luminoso y fresco.

No había estado nunca dentro de una casa tan bonita. Todo mi apartamento podría caber en el salón o en el comedor. Traté de admirarlo como merecía, captando todos los detalles, pero todo el cuerpo me dolía más a cada segundo que pasaba. Solo quería hundirme en algo blando.

—¿Y tu hermano?

—Se ha ido de pesca. —Había algo extraño en su tono, pero no intenté analizarlo.

Me guió a través del salón por un pasillo corto, a la izquierda, y abrió una puerta entrecerrada con el pie. Lo seguí cojeando, y, cuando se dio la vuelta, mi expresión de dolor por el corto trayecto desde el coche a la habitación debió de indicarle que estaba totalmente agotada. Fuimos hasta la cama, individual, decorada con una colcha artesanal, y me ayudó a sentarme en ella. Gemí con el

movimiento, por el dolor que sentí en las costillas. Era como si mis pulmones no tuvieran espacio suficiente para expandirse.

—¿Dónde tienes los medicamentos? —me preguntó.

—En el bolso —murmuré, cerrando los ojos con una mueca—. Lo he dejado en el coche. —¡Mierda!

Él salió de la estancia, lo que me dio la oportunidad de mirar a mi alrededor con los ojos entornados. Además de la cama, había un aparador azul, que posiblemente hubiera estado en una habitación infantil en algún momento si me fiaba de la pegatina de un superhéroe que había en el cajón inferior, una mesilla de noche con una lámpara de lectura y un reloj, y una mecedora en la esquina. También vi una puerta al lado de la silla; asumí que conducía al cuarto de baño.

Con la cortina bajada, la habitación resultaba fresca, cómoda y oscura; el único sonido que se oía era el suave zumbido del ventilador del techo, que giraba sobre la cama proporcionando una ligera brisa. La ropa de cama olía a suavizante, como si estuviera recién lavada.

«¿Ha puesto la lavadora por mí?».

Un gesto pequeño, pero no recordaba que lo hubiera hecho nadie más que mi madre, y de eso hacía mucho tiempo. No sabía que eso me pudiera hacer sentir confortada y desesperada a la vez.

Gabriel regresó unos minutos después con un vaso de agua y las píldoras en la mano. Se sentó en el borde de la cama, a mi lado, y apuré el agua con las pastillas echando la cabeza hacia atrás, rezando para que los medicamentos surtieran efecto con rapidez. De repente, me sentí triste de nuevo, dolorida, ansiosa y asustada; dependía de otra persona otra vez. Y eso era algo que me había prometido a mí misma que no volvería a ocurrir. En cierto modo, mi alma se rebelaba contra ello.

—Bueno, pues aquí estoy —murmuré—, bajo tu control, como querías. — Cuando solo obtuve silencio en respuesta, abrí los ojos y miré a Gabriel con los párpados entrecerrados. La expresión de su cara fue como un puñetazo en el estómago.

«Profundo dolor...».

—Nunca se me ocurriría controlarte, Crystal.

«Oh, Dios, su voz...».

Noté su dolor en ella. Quería ignorar ese hecho, pero no pude. Hizo una pausa en la que su expresión reflejó todavía más tormento.

—Alguien me hizo eso una vez, y jamás se lo haría a nadie. Solo quiero

ayudarte. Si prefieres estar en otro lugar, y allí puedes estar a salvo y cuidada, dímelo y te llevaré. Me aseguraré de que llegues hasta allá, no importa lo lejos que esté. No quiero que vuelvas a sentir que trato de quitarte tu voluntad. No podría soportarlo.

«*Crystal*».

Era la primera vez que me llamaba por ese nombre, y no me gustaba. En especial ahora que estaba siendo tan amable conmigo, y yo, en lugar de darle el beneficio de la duda cuando solo me ofrecía amabilidad y una generosidad que yo no merecía, había vuelto a ser cruel con él una vez más. Apreté los ojos con fuerza, avergonzada.

Sentí el movimiento del colchón cuando se puso de pie y abrí los ojos.

—Eloise —murmuré.

Él se quedó inmóvil, con la mano en el picaporte, sin dar un paso. Luego se volvió hacia mí con una expresión confusa.

—¿Qué?

—Me llamo Eloise.

Me siguió mirando con evidente confusión, que luego se vio reemplazada por... sorpresa. ¿Sería porque por fin le había dicho mi nombre?

—Eloise... —susurró, inclinando la cabeza a un lado, lo que hizo que el pelo le cayera sobre la frente.

Suspiré, cerrando de nuevo los ojos. La medicación estaba empezando a hacerme efecto, y solo quería dormir.

—Ya sé que es un nombre anticuado, que no te lo esperabas... Me lo pusieron por mi abuela. La gente me llama Ellie. —«Eso fue hace mucho tiempo»—. Si quieres, puedes llamarme Ellie.

Solo hubo silencio como respuesta, y ya estaba casi dormida cuando oí por fin el clic de la puerta cuando Gabriel la cerró. Me había dado mucho, había hecho un gran sacrificio por cuidar de mí, y yo no le había dado nada a cambio.

Así que le había ofrecido mi nombre.

La única cosa del mundo que había dejado de entregar.

# 11

*«Haz lo que puedas con lo que tienes, incluso aunque no sea suficiente del todo».*

*Bala, el caballero de los gorriones*

ELLIE

Los siete días siguientes pasaron en un borrón. Dormía entre dolores y extraños y vívidos sueños que me hacían despertar jadeante y empapada en sudor. Soñaba que corría por un callejón oscuro que giraba y giraba sobre sí mismo y se hacía más largo y estrecho hasta que me vi obligada a frenar y a separar las paredes con los brazos antes de seguir cautelosamente hacia las negras profundidades que se extendían delante de mí. Lloré de miedo al ver que las paredes se cerraban todavía más, como si me fueran a aplastar. Cuando miré por encima del hombro, en la dirección por la que había llegado, la oscuridad era igual de insondable que hacia delante. Me detuve y me hundí en el suelo, donde me rodeé las rodillas con los brazos mientras sollozaba de miedo en aquella soledad.

—Vas por el camino equivocado. Debes regresar, cielito. Él te está esperando.  
«¿Mamá?».

—¿Quién está esperándome, mamá?

Abrí los ojos de golpe, desesperada por que fuera ella la que me respondiera.

—Shhh... Es la fiebre, Ellie.

«Ellie».

Dejé que los ojos se me acostumbraran a la luz para disipar el sueño nebuloso y dejar que la realidad ocupara su lugar.

«Es un sueño. Solo un sueño».

Gabriel me secaba la frente con un paño húmedo y frío. Era una sensación muy agradable.

«Gabriel».

Como el ángel. Noté que tenía el labio inferior agrietado, y me di cuenta de que estaba sonriéndole.

—Ten, bebe esto —me dijo, sosteniendo un vaso frío contra mis labios. Levanté la cabeza todo lo que pude para sorber el agua helada. Se me deslizó por la barbilla, y Gabriel me la limpió una vez que retiró el vaso y lo dejó en la mesilla—. Duerme, amor —añadió—. Estás recuperándote.

Curándome, sí.

«*Duerme, amor*».

Cerré los ojos de nuevo, y esta vez caí en un profundo sueño, sin pesadillas.

Me desperté con una importante tensión a la altura de las costillas. Miré hacia abajo y vi unas grandes manos masculinas sobre un fondo blanco, como si fueran una obra de arte en un lienzo perfecto. Todo lo demás estaba envuelto en una neblina, y lo único que podía enfocar eran esos dedos.

«Las manos de Gabriel».

Eran preciosas, y, aunque yo estaba muy cansada, no podía dejar de tocarlas para trazar las elegantes líneas de sus dedos, para sentir las uñas, lisas y duras, para rozar el vello dorado del dorso, sobre la piel bronceada, y dibujar cada vena, cada nudillo. Las mantenía inmóviles mientras yo las exploraba, demasiado quietas, y me di cuenta de que no debían de ser reales. Gabriel no quería que lo tocara de esa manera. No, solo recordaba sus manos... Solo eso... Cerré de nuevo los ojos y me dejé llevar por la oscuridad otra vez.

La fiebre, que Gabriel me aseguraba que según el médico era normal —siempre y cuando no fuera demasiado alta—, se detuvo a mitad de semana, pero uno de los medicamentos me dio reacción; cuando vomité varias veces, sintiendo como si me hubieran sometido las costillas a una tortura medieval, pensé que iba a morir.

Y en cada momento Gabriel estuvo allí, firme, tranquilo y aparentemente imperturbable, aunque se ponía tenso cada vez que se acercaba a mí. Se obligaba a mí mismo a ayudarme, al menos físicamente, y a pesar de que me esforzaba por no verme afectada, me hacía sentir hacia él una ternura desconocida.

Me hizo la comida y me la dio en la cama; me obligó a comer un par de veces cuando lo único que yo quería era dormir en lugar de sentarme y comer. Se mantuvo en contacto con mi médico y fue a la farmacia. Se ocupó por las noches de que tomara las pastillas que alejaban el dolor, mientras yo estaba medio dormida. Cuando pasó lo peor, me ayudó a llegar a la ducha, aunque cerró la puerta antes de que me desvistiera y dejó que fuera yo la que me pusiera el protector de plástico para que no se mojara la escayola. Debió de pedir al hospital algunos suministros, porque me encontré un taburete con asas en la

ducha, lo que me hizo sentir como si tuviera noventa años. Aunque, claro, ya me sentía como si tuviera noventa años, con o sin aquel banquito. Tenía el alma tan cansada como la de una anciana, y ahora mi cuerpo estaba a la par, ¡genial!

Kayla me trajo una maleta con ropa y complementos del apartamento a principios de semana, pero fue el día que peor me encontraba, y no se quedó demasiado tiempo, para dejarme descansar.

A mediados de semana, Gabriel llamó a la puerta del dormitorio para informarme de que había venido un detective de la policía para hablar conmigo. Un leve escalofrío de temor me bajó por la espalda, pero cogí las muletas y seguí a Gabriel al salón, donde me esperaba un hombre. Era el mismo que me había tomado declaración en el hospital.

—Detective Blair —lo saludé vacilante mientras le daba la mano.

—Hola, Eloise. Parece que está recuperándose bien.

Hice un sonido evasivo. No se me ocurrió que tenía un aspecto muy diferente que la última vez que me vio, a pesar de que yo me sentía fatal. Al menos ahora no estaba tumbada en una cama de hospital. Era una pequeña mejora.

—¿Te gustaría sentarte? —preguntó Gabriel, acercándose a los sofás mientras me miraba con preocupación.

Esbocé una sonrisa temblorosa antes de que nos sentáramos los tres. El detective Blair entrelazó los dedos en su regazo.

—Hemos detenido a los tres hombres que la atacaron.

Parpadeé sorprendida, al tiempo que me recorría un intenso alivio. Miré a Gabriel, que parecía muy tenso y no apartaba la vista del detective, como si la noticia lo pillara tan de sorpresa como a mí.

—¿Cómo...? —pregunté con la voz ronca, así que me aclaré la garganta.

—Uno de los hombres se entregó y nos dijo quiénes eran los otros.

—Ah... —musité, recordando que el hombre moreno había vacilado y tratado de detener a los otros dos, aunque con poca firmeza. Imaginé que había sido él quien se había entregado.

—El oficial Sherman ha venido conmigo, y le gustaría mostrarle una serie de fotos. ¿Le parece bien?

Asentí con la cabeza, tragando saliva al sentirme mareada.

—Bueno, tardo un segundo. Señor Dalton, voy a tener que pedirle que abandone la habitación mientras la señorita Cates ve las fotos.

Gabriel me lanzó una mirada inquisitiva, y acompañó al detective a la puerta cuando yo asentí con la cabeza. El detective Blair dejó pasar a un oficial de



policía uniformado que debía de haber estado esperando fuera. Tras un rápido saludo, el oficial cogió una caja con fotos y las colocó delante de mí una a una. Respiré hondo antes de bajar la mirada, deslizando los ojos de una cara a la siguiente.

«*Supongo que tendremos que tomar lo que queremos*».

«*Hola, putilla*».

—Esos tres —jadeé, identificando con el dedo a cada uno de ellos. Me estremecí y me rodeé el cuerpo con los brazos. Me sorprendía haber sido capaz de reconocerlos con tanta facilidad. Siempre se me había dado bien olvidar los rostros de los hombres de *La perla de platino*. Y, sin embargo, todavía los recordaba con claridad. Quizá fuera porque la ira que me provocaban —la más intensa que hubiera sentido nunca— había grabado sus caras en mi cerebro para siempre. O quizá porque el recuerdo de lo que me habían hecho me había golpeado, literalmente, en lo más profundo.

El oficial asintió antes de recoger las imágenes.

—Gracias —dijo en voz baja.

Después de que los policías se fueran, Gabriel me ayudó a regresar a la cama.

—Estás a salvo. —Me di cuenta de que estaba temblando un poco, pero hice un esfuerzo para asentir y sonreír. Aunque me sentía segura en casa de Gabriel, debía recordar que no iba a estar aquí siempre.

Ya a finales de semana, me desperté pronto porque la noche anterior me había olvidado de cerrar las persianas. El sol acababa de aparecer por el horizonte, e inundaba la habitación de un tono dorado pálido. Me estiré con cuidado, aunque me di cuenta de que, a pesar de que seguía muy dolorida, era la primera mañana que no me sentía demasiado mal. Me incorporé con cuidado en la cama, cogí las muletas y fui cojeando al cuarto de baño.

Después, me lavé los dientes y me recogí el pelo en un moño despeinado en lo alto de la cabeza. El término «moño despeinado» siempre había sido una elección estilosa cuando lo usaba antes. Ahora era una realidad: mi pelo parecía un nido de ratas.

Noté que me había bajado la hinchazón de la cara, a pesar de que seguía luciendo varias contusiones de colores diferentes. Me las toqué con cautela, evaluando los daños, y, por fin, suspiré alejándome del espejo. Abrí la puerta de mi dormitorio lo más silenciosamente que pude para no despertar a Gabriel.

Cuando recorría el corto pasillo que llevaba al salón, me envolvió el delicioso aroma a café recién hecho. Respiré hondo; llevaba una semana sin tomar café. Lo

cierto era que no había tenido ganas de nada en concreto, solo de que desapareciera el dolor, pero en ese momento, el olor me hizo la boca agua.

La cafetera estaba en la encimera, medio llena. Abrí la alacena que había encima y encontré algunas tazas, incluyendo una de viaje, con tapa. Después de añadir una generosa cantidad de azúcar, puse la tapa y tomé un sorbo. El fuerte sabor dulzón me hizo suspirar.

Salí cojeando de la cocina con la taza en una mano, y vi movimiento al otro lado de las puertas de cristal, así que me incliné para mirar. Gabriel estaba sentado fuera, detrás de una mesa en la terraza, reclinado en la silla, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza y una taza de café delante.

Vacilé brevemente, pero luego salí apoyándome en las muletas. Al oír que se abría la puerta, Gabriel se volvió hacia mí, mostrando su sorpresa antes de sonreírme. Se levantó y me cogió el café.

—Hola, buenos días. Ya te has levantado, ¿qué tal te encuentras?

Dejé las muletas a un lado para sentarme con cuidado en la silla a su lado. Gabriel dejó el café delante de mí antes de ayudarme, moviendo la silla. Suspiré cuando estuve sentada y volví la cabeza hacia él. Su cara estaba a pocos centímetros de la mía cuando nuestros ojos se encontraron. Noté que abría más los suyos y que su respiración se aceleraba. Respiré hondo, lo que provocó que me inundara su olor, ya familiar: jabón con un sutil aroma masculino que me hacía pensar en el bosque en invierno, en pino fresco. Tuve la súbita certeza de que siempre que percibía ese olor me sentía protegida..., me tranquilizaba y consolaba a pesar del dolor.

La idea me sorprendió y me hizo sentir expuesta, aunque él no podía leerme la mente, y aparté la mirada de aquellos ojos color avellana que me hacían contener el aliento. Que yo me moviera pareció traer a Gabriel de vuelta al presente, así que se acomodó en su silla.

Clavé la vista en el horizonte, donde el sol brillaba mientras se elevaba entre los árboles. No moví los ojos de allí durante un rato, luego respondí a la pregunta que me había hecho un minuto antes.

—Me siento algo mejor esta mañana —confesé, rompiendo la extraña tensión que se había desarrollado entre nosotros de repente.

—Bien —repuso sonriendo—. Tienes mejor aspecto.

Solté un resoplido antes de tomar un sorbo de café.

—Oh, sí, estoy preciosa. —Cuando lo miré, me estaba contemplando con una sonrisa en los labios—. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Siempre me levanto temprano. Trabajo mejor por la mañana.

—¿Y tu trabajo...?

—He estado haciéndolo en el garaje esta semana.

—Oh. —Claro, casi me había olvidado de su trabajo. Era escultor, según me había dicho—. ¿Podría...? ¿Podría ver lo que estás haciendo?

Me miró.

—Claro, si quieres...

Asentí con la cabeza y tomé un sorbo de café, suspirando de placer al hacerlo. Era la primera vez que me volvía a sentir humana después de lo que había ocurrido aquella noche en el aparcamiento. Bloqueé aquel pensamiento, pero eso me hizo pensar en lo que había ocurrido antes, la razón de que hubiera estado tan llena de odio hacia mí misma. Había hecho daño a Gabriel, y me aborrecía por ello. Había provocado a esos hombres a propósito, y eso me había llevado... allí. Con Gabriel.

«Menuda ironía —pensé con una mueca—. Un puteo cósmico total».

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel, mirándome brevemente un instante para luego clavar los ojos en el sol naciente.

Estudí su perfil durante un momento, la fuerte línea de su mandíbula, la sombra de la barba incipiente. Llevaba días sin afeitarse, seguramente porque no había salido de casa. Me gustaba.

—¿Por qué fuiste al hospital cuando Kayla te llamó? Después de lo que te hice... —Volvió la cabeza, y yo aparté la vista corriendo, pero cuando volví a estudiarlo, se limitaba a mirarme con curiosidad, sin rastro de ira en su expresión ante la mención de la encerrona que le había organizado con Rita.

Abrió la boca para responder, pero se detuvo, como si sopesara las palabras que iba a decir.

—Me gustaría haber llegado antes. Soñé contigo.

Lo observé y vi que estaba hablando en serio. Suspiré con suavidad y luego tomé un sorbo de café.

—Un sueño... ¿Eres una especie de místico?

Me lanzó una sonrisa que hizo que se le iluminara toda la cara. Era guapo, pero de una forma un poco dolorosa, igual que cuando la luz te hace apartar la vista cuando sales de un cuarto a oscuras. Miré a otro lado, incómoda por la forma en la que me dio un vuelco el corazón, incómoda por el hecho de que su sonrisa siempre parecía llegarme a lo más profundo, como si reaccionaran incluso mis huesos. ¿De qué se trataba? Era un milagro que la sensación no hiciera que me

dolieran las cotillas lesionadas.

—No me considero un místico, no. Pero me gusta pensar que hay algún misterio en la vida. ¿No crees?

*«Vas por el camino equivocado. Debes regresar, cielito».*

Suspiré mientras bloqueaba en mi memoria aquel sueño.

«Es solo eso, un sueño».

—¿Misterio? Claro que hay misterio en la vida. Es un misterio cómo voy a pagar los gastos médicos, es un misterio cómo voy a evitar que me desalojen de mi apartamento si no tengo trabajo. La vida está llena de misterios, Gabriel. Están por todas partes.

Él se rio, y lo miré con los ojos entrecerrados. No era mi intención hacerlo sonreír.

—Es cierto, y algunos misterios son mejores que otros. —La sonrisa de diversión permaneció en sus labios, lo que hizo que me irritara. Tomé un sorbo de café mientras miraba el horizonte como si eso, también, fuera culpa mía.

Gabriel suspiró.

—La verdad es que no lo sé. Quizá fue un sueño místico. O puede que solo me estuviera transmitiendo lo que ya sabía, pero no tenía valor para admitirlo o verlo racionalmente a la luz del día, cuando todo se debería ver más fácilmente. O quizá solo lo utilicé como excusa para acudir cuando Kayla me llamó. O tal vez fue solo una puta carambola que respondiera. O todo lo contrario, tal vez no fue una suerte, sino lo peor que te podía haber pasado, estar aquí en este momento, conmigo. ¿Es así como te sientes?

«No».

La palabra parpadeó en mi mente al instante, pero no la dije en voz alta. Me limité a masajearme las sienes.

—Lo único que siento en este momento es que todo esto me está dando dolor de cabeza.

Él se rio de nuevo con suavidad, mientras yo continuaba frotándome las sienes.

—Sí. Los «quizá» es lo que tienen... A mí también me dan dolor de cabeza. — Parecía contento de que ambos hubiéramos llegado juntos a la conclusión correcta.

Cuando ya se puso más serio, un momento después, me aparté las manos de la cabeza y miré a mi alrededor. La terraza estaba hecha con grandes losas y había una pérgola cargada con rosas blancas. También vi unas enormes macetas con flores de colores, y otras más pequeñas con lo que parecían hierbas en las

esquinas. El mobiliario era sencillo y robusto, incluida la mesa ante la que estábamos sentados. Daba a un patio grande, cubierto de hierba, cerrado por una valla de madera. Más allá, se extendía un prado de flores silvestres junto al límite del bosque, sobre el que ya lucía el sol.

—Esto es precioso —murmuré. Quizá fuera el lugar más tranquilo que hubiera visto nunca. Comprendí de repente por qué había pensado que Gabriel no encajaba en *La perla de platino*. Su sitio era este, rodeado de aire libre y cosas bellas.

Había un gran árbol a varios metros del patio, con un comedero para pájaros colgado que se balanceaba con suavidad en la brisa. Un pájaro voló hasta el bebedero para aves que había en el suelo, justo debajo, y empezó a jugar en el agua. Lo observé durante un minuto, mientras se revolvió con descarada alegría y sacudía las plumas de la cola, piando con jovialidad. Me reí de sus travesuras, de su evidente placer. Cuando miré a Gabriel, me contemplaba con una tierna sonrisa en los labios, como si su felicidad no proviniera de la observación de aquel pájaro, sino de mirarme a mí. Parpadeé y giré los ojos hacia el patio. El pájaro se alejó volando rodeado por una lluvia de gotas de agua y algunos gorgoritos.

Gabriel se echó atrás de nuevo y se puso las manos en la nuca, lo que hizo que la camiseta se le subiera y dejara a la vista una línea de piel bronceada, justo por encima de los vaqueros. Cuando me di cuenta de que tenía los ojos clavados en ese lugar, me puse roja y volví a mirarle el rostro con rapidez. Él seguía estudiando el horizonte; no se había dado cuenta de nada. Solo entonces me relajé.

—Cuando estaba encerrado en ese sótano, había una pequeña ventana en lo alto de la pared. Estaba cerrada, era imposible atravesarla, y el cristal estaba tintado. Sin embargo, había un pequeño rasguño en la superficie; la ventana daba al este. Todas las mañanas, aparecía esta luz dorada por aquel minúsculo rasguño, brillante e intensa. Solo una brizna de esperanza, un recordatorio de que incluso en un lugar como ese quizá también me veía Dios. Me dije que si alguna vez salía de allí, me gustaría pasarme todas las mañanas viendo la salida del sol solo porque podía hacerlo.

Me dio un vuelco el corazón cuando pensé de nuevo en lo que le había dicho sobre tener control sobre mí. Había sido insensible y cruel.

*«Alguien me hizo eso una vez, y jamás se lo haría a nadie».*

No. Él no haría eso. Tragué saliva, y el movimiento me produjo un dolor en el

pecho. Hablar de Dios me hacía sentir incómoda, algo airada..., pero, sin embargo, la expresión pacífica y la firmeza constante en la cara de Gabriel también me llenaban de un anhelo que no sabía cómo definir. Quizá fuera la imagen que había dibujado en mi cabeza sobre ese pequeño rasguño en la ventana de su prisión, y la idea de que a veces solo eso —una delgada franja de luz distante— es esperanza. Me aclaré la garganta.

—Saliste de allí —susurré.

Él me miró y sonrió.

—Sí, lo hice. —Tomó un último sorbo de café y se puso de pie—. Ellie, ¿quieres ver mi estudio temporal?

«Ellie».

*«Eres una niña buena e inteligente, Ellie».*

Me estremecí, una cálida sensación bailó a través de mis venas. Él también me había llamado Ellie mientras me cuidaba, cuando tenía fiebre. Ni siquiera recordaba que le hubiera dicho mi nombre real. No había pensado que quisiera que alguien volviera a llamarme Ellie. Y, sin embargo, me encontré con que mi nombre estaba a salvo en los labios de Gabriel.

«A salvo».

Esboqué una leve sonrisa.

—Claro, me encantaría.

El garaje era grande y estaba casi vacío; el suelo estaba pintado de un oscuro gris moteado, y Gabriel había dejado abiertas las puertas de madera para dejar entrar la luz.

En el lado derecho había una mesa de trabajo de madera, donde vi algunas herramientas y suministros de jardinería. Justo al lado había otra mesa con un enorme trozo de piedra blanca.

Cojeé hacia allí, siguiendo a Gabriel, y me detuve junto a lo que parecía una pieza de mármol compacta. Había pequeñas esquirlas por doquier, pero si tuviera que decir qué estaba tallando específicamente, no hubiera podido hacerlo.

—¿Qué es?

Gabriel se rio.

—Todavía no es nada. Será un querubín. Es para el exterior de un museo que están construyendo en Francia.

Lo miré sorprendida.

—¿Un museo en Francia? ¿En serio? Eso parece importante.

Él chasqueó la lengua al tiempo que giraba la base sobre la que se apoyaba la pieza de piedra. La miró desde todas las perspectivas con el ceño fruncido, de repente distraído y un poco inquieto, como si estuviera mirando con rayos X en los ojos aquel bloque en bruto que supuestamente acabaría siendo un querubín por sí solo.

—¿Tienes que trabajar?

Alzó la mirada y parpadeó, luego sacudió la cabeza ligeramente con una sonrisa en los labios.

—Lo siento. A veces, cuando me pongo con un proyecto, siento casi como si la figura estuviera atrapada en el interior, esperando ser... —Se pasó la mano por el pelo, como si estuviera avergonzado.

—¿Liberada? —sugerí.

Inclinó la cabeza a un lado.

—Sí..., supongo. —Pasó las manos por la roca, demorándose con los dedos en las imperfecciones y aristas. Me llamó de nuevo la atención la belleza de sus manos, lo fuerte y suaves que parecían, la elegante longitud de sus dedos, el contraste de su piel bronceada contra la nivea blancura del mármol. Me hizo recordar el sueño que había tenido cuando me subió la fiebre, en el que se las tocaba, explorando sus líneas... Me estremecí a pesar de la suave temperatura del garaje.

Movió las manos casi de forma amorosa sobre la piedra, casi como si estuviera leyendo en lenguaje Braille y las letras no estuvieran claras..., sino solo insinuadas.

—Tienes unas manos perfectas para crear belleza —murmuré.

Gabriel buscó mis ojos con los suyos, de cálido color avellana y llenos con algún tipo de sabiduría.

—Yo no creo belleza, Eloise, solo revelo la que está encerrada en la piedra.

Lo miré durante un instante, y entre nosotros pareció vibrar una conexión llena de energía. ¿Era eso lo que estaba tratando de hacer conmigo? ¿Revelar algún tipo de belleza que él imaginaba en mí? ¿Redondear las aristas y limar las asperezas hasta llegar a lo que él creía que era mi fondo? ¿Lo que esperaba que yo fuera?

Me di la vuelta. Todo era demasiado abrumador. No quería que tratara de ver en mí algo que no había. Era demasiada presión, y de todas formas se equivocaba. Yo no era más que lo que se veía. No había belleza oculta. Mis

aristas estaban allí por una razón: me gustaban. Me protegían... Y no pensaba permitir que nadie tratara de limarlas.

—Gabriel...

El sonido de un vehículo aproximándose a la casa hizo que me volviera hacia las puertas abiertas del garaje. Había una camioneta roja aparcando al lado de la *pickup* de Gabriel. Miré de nuevo a Gabriel con expresión interrogante, y lo vi sonriendo.

Un hombre mayor con el pelo canoso se bajó del vehículo y se acercó a nosotros.

—Hola, George —lo saludó Gabriel, que avanzó hacia donde yo estaba.

—Hola —dijo, con una cálida sonrisa en la cara—. Iba a la cantera y se me ha ocurrido pasar a ver cómo va todo. —Se volvió hacia mí con expresión de agrado—. Tú debes de ser Eloise. —Me tendió la mano.

Dudé un instante antes de estrechar su mano, grande y llena de callos. Me la apretó un poco antes de soltármela.

—Ellie —murmuré—. Puede llamarme Ellie. —Me pregunté qué le habría contado Gabriel a este hombre sobre mí, y quién sería. Me sentía muy cohibida, con aquellos pantalones cortos y una camiseta, con la cara hinchada, el pelo sucio y apoyada en las muletas.

—Muy bien, entonces te llamaré Ellie. Yo soy George, y cualquier amigo de Gabriel es amigo mío. —Me miró el yeso—. ¿Cómo te encuentras? Me ha dicho Gabriel que tuviste un desagradable encuentro con un grupo de animales salvajes.

Solté una carcajada que interrumpí a la mitad. Me caía bien este hombre.

—Y que lo digas...

—La verdad, Ellie, es que me gustaría decir algo más fuerte, pero prefiero cuidar mi lenguaje en presencia de una dama. —Volvió a sonreír. «Una dama». Eso sí que no lo había oído antes.

George concentró su atención en la piedra que teníamos detrás.

—¿Qué tal vas con esta chica?

Gabriel curvó los labios.

—¿Cómo sabes que es una mujer?

George se rio por lo bajo.

—Imagino que sé lo que es. Supongo que eso es cosa tuya. —Se acercaron a la piedra y la observaron mientras intercambiaban opiniones al respecto.

«George...».



En el reportaje que había leído sobre Gabriel, se mencionaba al socio de su padre, el hombre que se ocupó de Gabe y de su hermano después de que sus padres murieran. Debía de tratarse de ese tipo.

—¿Cuándo piensa volver Dom? —preguntó George. Había una mirada de preocupación en sus ojos, y me pregunté si habría algo oculto bajo sus palabras.

—No lo sé exactamente. Quizá el fin de semana. Ha pedido dos semanas libres en el trabajo, ¿no?

—Sí. Pero no estaba seguro de si iba a utilizar todo ese tiempo.

Gabriel se encogió de hombros con la atención todavía concentrada en el trozo de roca que tenía delante.

—Será mejor que me vaya a trabajar —dijo George con un suspiro.

—Gracias por venir. —Gabriel levantó la vista—. Mañana te llamaré. — George asintió y empezó a alejarse, hasta que Gabe lo detuvo—. Oye, ¿has oído algo en la ciudad sobre ese niño desaparecido, Wyatt Geller?

George frunció el ceño.

—No, ni una palabra.

Una expresión de profunda tristeza, casi de dolor, atravesó los rasgos de Gabriel, que se metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza.

«Esa postura».

Había oído hablar del niño desaparecido en las noticias cuando estaba en el hospital. Apenas lo recordaba, pero la noticia estaba de fondo cuando una enfermera me tomó la tensión. ¿Este nuevo caso de secuestro hacía que Gabriel se viera invadido por los recuerdos de cuando él era el chico que aparecía en los periódicos? Seguro que sí. ¿Cómo no iba a acordarse?

—Veo las noticias locales todas las mañanas —confesó Gabriel—. No han dicho nada, pero se me ha ocurrido que quizá en la ciudad podrían saber algo nuevo...

—Ojalá.

—Sí... —Gabriel suspiró—, ojalá.

George asintió y clavó los ojos en Gabriel un momento antes de dirigirme a mí una cálida sonrisa.

—Pronto estarás bien del todo, Ellie. Hasta luego.

Asentí moviendo la cabeza.

—Adiós. Ha sido un placer conocerlo.

La camioneta de George se alejó, y dejó a su paso una estela de polvo por el camino.

—Me enteré de lo de Wyatt Geller cuando estaba en el hospital —dije. Gabriel asintió; noté que estaba más rígido ahora que antes—. Estoy segura de que... te trae recuerdos. —Me sentía incómoda, no sabía qué decir exactamente.

—Sí... —confirmó, y luego se volvió de nuevo al querubín escondido en los bordes rugosos de la piedra, todavía sin revelar.

# 12

*«Espera, espera. El sol también brilla para ti».  
Sombra, el barón de la espoleta*

GABRIEL

Los acontecimientos de esa mañana se convirtieron en un ritual. Ellie se juntaba conmigo en la terraza, llegaba cojeando a la silla con una taza de café en la mano y veía cómo el sol daba la bienvenida a un nuevo día. La observaba con disimulo mientras sus ojos se concentraban en la pequeña rendija de luz dorada que crecía en el horizonte. Me encantaba la cautelosa expresión de asombro que aparecía en su rostro, como si no estuviera segura de si debía enamorarse de las cosas hermosas, incluso aunque fuera la salida del sol.

A veces me dolía verla, sufría al saber que estaba sola en su interior, segura de que todo el mundo era un lugar peligroso para ella. Tenía ganas de enseñarle que no tenía por qué ser así, pero, por ahora, me conformaba con ofrecerle la salida del sol y un lugar seguro para verla. Recé para que algún día no muy lejano ella aceptara que se merecía esta belleza.

Me asustaba un poco disfrutar tanto de esas mañanas juntos, porque sabía que estaban destinadas a terminar. Ella sanaba día a día y pronto se marcharía. Aunque no podía negar que esperaba con todas mis fuerzas que quisiera regresar.

Durante una semana, había dependido por completo de mí para realizar todo lo que necesitaba. Estaba tan débil que me permitió darle de comer y mantenerla hidratada. Estaba tan enferma que no podía protestar cuando la sujetaba cuando vomitaba la comida. Era tan suave y maleable que llegué a pensar que me había imaginado a la mujer dura y resistente que no precisaba de nadie ni de nada. Y, para mi sorpresa, sentirme necesario fue casi catártico.

Durante doce años me habían tratado con guantes de seda. Nadie me había necesitado a mí. Pero Ellie sí, y me hacía sentir... bien.

«Me sentía bien».

A pesar de la fachada de acero que mostraba a todo el mundo, su alma era tierna y amable, aunque sabía que seguramente odiaría saber lo vulnerable que había estado si llegara a recordar lo que me había dicho mientras estaba bajo los efectos de la fiebre y la medicación.

Y luego, por la mañana, cuando le cambiaba los vendajes de las costillas y me había dibujado las manos, los dedos. Había sentido una especie de angustia incontenible, pero cuanto más tiempo me tocaba, más anhelo sentía en el alma, hasta que llegó a ser tan fuerte que me dejó sin aliento. Era la primera vez que disfrutaba del contacto de otra persona desde que era niño. Y aunque todavía estaba un poco asustado, sin lugar a dudas deseaba más.

«Quiero sentir su piel de nuevo. Quiero que se quede. Cuando se vaya, querré que vuelva. Conmigo. Aunque solo sea para ver juntos el amanecer...».

«No te mientas a ti mismo, Gabriel. Te estás enamorando de ella. Quizá ya la ames».

¿Estaba enamorado de ella? ¿Era eso lo que se sentía cuando se amaba a alguien? ¿Esa especie de alegría agonizante? ¿O era solo que Eloise iba a hacerlo más difícil que la mayoría, que yo lo sabía y que ni siquiera me importaba?

«Eloise».

Dios, cuando me dijo su nombre, había estado a punto de caerme. ¿Cuántas probabilidades existían de que fuera ese?

¿Y esa extraña afinidad que me hacía sentir como si estuviéramos juntos? ¿Me había vuelto tonto? Y si la respuesta era sí, ¿me importaba lo suficiente como para hacer algo al respecto? No. Incluso este desgarramiento interior me recordaba que estaba vivo. No solo eso, sino que estaba viviendo. Tenía posibilidades, y por eso seguía a mi corazón, por eso estaba dispuesto a correr el riesgo de acabar herido por una chica hecha polvo, demasiado aterrada para reclamar nada para ella, en especial a mí.

«Te acabará haciendo daño, Gabriel. Lo sabes, ¿verdad?».

Sí, suponía que lo sabía. Y, sin embargo, me daba igual.

Unos días después de que George pasara a saludar, encontré algo de mi madre en el ático y lo colgué en la habitación de Ellie por la noche. Sabía que no cerraba la persiana para que la despertara el primer rayo de sol. A la mañana siguiente, cuando el astro rey asomó por encima del horizonte, en lugar de ir a la terraza, fui a su habitación y llamé a la puerta.

—Adelante.

La encontré de pie en medio del dormitorio, apoyada en las muletas, con una

mirada de alegre asombro en su rostro mientras miraba a su alrededor, a los arcoíris que colgaban en las paredes. Su mirada se encontró con la mía.

—¿Cómo lo has hecho? —Tenía la voz entrecortada y suave.

Sonreí, señalando el cristal que colgaba en la ventana.

—Es un prisma. Mi madre lo tenía colgado en la cocina. —Me apoyé en el marco de la puerta y crucé los brazos, completamente cautivado por su evidente placer—. Cuando tenías fiebre, mencionaste repetidamente un arcoíris. He pensado que... podría gustarte.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué los provoca?

Sonreí, un poco sorprendido de que no hubiera visto nunca un prisma. Estuve a punto de darle una respuesta sobre la luz refractada, pero decidí que una respuesta sencilla resultaba mucho más mágica.

—La luz del sol.

Me miró como si supiera que estaba simplificando la explicación, pero sonrió igual.

—La luz del sol —repitió, con una nota de melancolía en la voz. Me miró durante un momento y luego miró a su alrededor para ir cojeando hacia la pared, donde apoyó las muletas para tener las manos libres y poder ahuecarlas debajo de uno de los arcoíris. Me miró por encima del hombro y sonrió; una sonrisa más grande y brillante que el arcoíris que sostenía entre los dedos.

¡Oh, Dios! La sonrisa de Ellie... Me estaba dejando sin respiración.

La sonrisa acabó desvaneciéndose, pero en sus ojos siguió asomando aquella ternura mientras se daba la vuelta para volver a coger las muletas.

—Gracias.

—De nada.

Ocupamos los lugares de costumbre en la terraza después de servirnos el café, y ella soltó un suspiro de placer cuando estiró la pierna enyesada para apoyarla en otra silla. Lo tomé como una buena señal de que estaba sanando y no le dolía tanto. Su expresión era más tranquila que otras mañanas. Las lesiones de la cara mejoraban día a día, y ahora era más evidente su belleza que los golpes que había recibido. Solo quedaban una contusión amarilla en la mejilla derecha y una costra a lo largo de la mandíbula, donde todavía estaba curándose un corte. ¡Dios!, adoraba ver su cara sin maquillaje, me encantaba la limpia belleza de su piel, su delicada elegancia, la forma en la que expresaba lo que era realmente y no un producto falso, destinado a exagerar y mejorar una cara que no lo necesitaba.

Eloise era preciosa de una forma que me decía que siempre sería más hermosa a primera hora de la mañana, bañada por el suave resplandor de la madrugada, con la mirada vulnerable y llena de sueño. Mi sangre se calentaba al verla. Pero alejé de la mente esos pensamientos... que no llevarían a nada bueno, ni para mí ni para ella.

—¿No es hora de que te pongas a trabajar? —me dijo.

Me reí.

—¿Te refieres a que es hora de que puedas ver mi trabajo?

Me miró con preocupación.

—Me gustaría ser más útil cuando pueda.

—Lo sé, Ellie. Solo estaba tomándote el pelo. No espero que hagas otra cosa que curarte.

Pareció insegura, y me arrepentí de hacerla sentir de esa manera. En realidad, me gustaba que me hiciera compañía mientras trabajaba. Esculpir era una ocupación solitaria, y aunque era fácil que me perdiera en mi tarea, me gustaba hablar con ella mientras hacía labores que no requerían de demasiada atención. Aunque por el momento nos pasábamos la mayor parte del tiempo hablando de lo que estaba haciendo y de qué herramientas utilizaba, tenía la esperanza de que la intimidad de ese tiempo compartido haría que Ellie se abriera un poco a mí.

Le había llevado una tumbona al garaje, y era ahí donde se sentaba mientras yo trabajaba, con una manta sobre las piernas. Ellie seguía estallando débil, y era consciente de que seguían doliéndole las costillas, aunque no se quejaba por ello. Trataba de que estuviera lo más cómoda posible. Aun así, por lo general, solo aguantaba un par de horas antes de regresar a la cama, donde dormía toda la tarde, y despertar solo para la cena y para ver, quizá, un programa de televisión antes de volver a la cama. Dormir tanto solo significaba que su cuerpo estaba curándose.

Mientras la ayudaba a instalarse en la tumbona, pensé en todo lo que me había dicho cuando tenía fiebre y estaba bajo el efecto de la medicación para el dolor. Había llamado mucho a su madre, y también había hablado de una tal señora Hollyfield, de polos rojos y del arcoíris.

Me pregunté qué significaría todo eso.

«Eloise...».

Estaba llena de misterios, llena de dolor. Lo había notado en su voz aterrada cuando lloraba por la noche, llamando a gente que yo imaginaba que se había ido. Gente a la que había amado, o al menos eso indicaban las lágrimas que le

rodaban por las mejillas cuando soñaba con esas personas.

Le sonreí cuando empecé a trabajar en el querubín.

—Creo que es un chico —le confié, pasando las manos por la piedra, que había tomado forma durante los últimos días.

Ella inclinó la cabeza a un lado, sabiendo de inmediato de quién estaba hablando.

—Sí, yo también lo creo. ¿Qué nombre le ponemos?

Me reí.

—No suelo ponerles nombre.

—¿No? ¿Por qué?

Me encogí de hombros mientras me bajaba un escalofrío por la espalda. Lo que estaba diciéndole no era del todo cierto. Había puesto nombre a mi trabajo en una ocasión... y nunca más desde entonces. Pero eso había sido diferente.

—Nunca se me ha ocurrido. ¿Qué nombre quieres ponerle?

Se mordisqueó el labio inferior, lo que hizo que me estremeciera y que tensara los músculos. Me aclaré la garganta, tratando de alejar el tema de esas cuestiones tan peligrosas.

—William.

Sonreí.

—¿William? ¿Por qué William?

Se encogió de hombros; parecía un poco avergonzada.

—No lo sé. Siempre me ha gustado ese nombre.

—Pues se queda con William. ¿Qué opinas de tu nombre, Will? —Incliné la cabeza hacia un lado, fingiendo que estaba escuchándolo—. Le gusta.

Ellie se rio por lo bajo, e hizo que el corazón me diera un vuelco de alegría.

—Bien.

Charlamos a gusto durante un rato, mientras yo daba forma al cuerpo recordete de William, matizando las redondeces y el estómago. La miré, y me pareció tranquila. Tenía un brazo apoyado detrás de la cabeza, con las piernas asomando por debajo de la manta; estaba de perfil mientras miraba la puerta del garaje abierta, con el hematoma amarillento del pómulos iluminado por el sol. Parecía una diosa vencida, y pensé que si supiera cómo, me gustaría pintarla, para capturar todas sus luces y sus sombras.

—¿Alguna vez has pensado en posar? —le pregunté—. Tienes madera de modelo.

Volvió la cabeza hacia mí y suspiró.

—Respondí una vez a un anuncio para posar, antes de empezar con el *striptease*. —Se mantuvo en silencio un rato, de nuevo, con la mirada perdida en la distancia, antes de continuar—. Fui a ese estudio y el tipo me dijo que si quería trabajar en eso, necesitaba un *book*. Unas cuantas fotos, a mil dólares cada una, pero si no tenía dinero para pagarlas, había otra manera en la que podría abonar las fotografías que me hiciera.

Me miró, con el significado de «otra manera» grabado en la cara. Apreté los dientes.

«Menudo capullo».

—Crees que debería haberlo dejado plantado allí mismo, ¿verdad? —Su mirada era directa y desafiante.

«Oh, Ellie».

Seguí trabajando; mis manos se movían de la misma manera que mil veces antes, buscando los defectos, alisándolos. El dolor de mi interior me llegaba a los huesos.

—Sin embargo, nunca llegué a ver las fotografías. Se las exigí, y me dijo que lo denunciara. —Se rio, un sonido en el que se mezclaban tanto el desprecio como una impotencia que entendía muy bien, aunque me hubiera gustado no hacerlo—. Como si hubiera podido... —Se rodeó con delicadeza las costillas rotas. Abrió la boca para decir algo, casi como si estuviera a punto de ofrecerme una explicación sobre por qué se había quedado, pero luego la cerró con el ceño algo fruncido, sin saber muy bien qué hacer con ese pensamiento. Luego apartó la mirada una vez más.

—Lamento lo que te ocurrió —dije por fin—. Creo que hay un lugar especial en el infierno para las personas que se aprovechan a sabiendas de otras más débiles que ellos.

Suspiró.

—Ya, bueno..., entonces supongo que será mejor que el infierno sea un lugar muy grande.

—Hay mucha más gente buena que mala.

—¿Lo crees de verdad? ¿Entre todas las personas?

—Sí, eso creo.

Me miró mientras una serie de emociones atravesaba su cara: incredulidad, ira, confusión y el brillo más elemental: esperanza. Lo percibí durante un momento, antes de que ella lo hiciera desaparecer y decidiera mantener la expresión final: indiferencia. Se encogió de hombros.



—Supongo que todo el mundo tiene derecho a opinar.

El dolor y la frustración me hicieron sentir un pinchazo en el pecho, pero ella me estaba hablando, y eso era más de lo que había recibido de ella desde que la conocí, por lo que decidí arriesgarme.

«Ábrete a mí, Ellie. Deja salir todo ese dolor. No te haré daño, te lo juro».

Solo que no podía decírselo, porque no me creería. Lo mejor que podía hacer por Ellie era demostrárselo. Le daría arcoíris todos los días si podía ver sonrisas como la que me había ofrecido esa mañana, ver la alegría brillando en sus ojos durante más de un minuto.

A veces, como en ese momento, sentía que estábamos en extremos opuestos de una cuerda floja, avanzando el uno hacia el otro. Un paso en falso y los dos nos caeríamos al fondo.

Le eché un vistazo a su pierna, sin saber en realidad si lo que estaba a punto de preguntar era pisar terreno seguro o no. Pero decidido a tener una oportunidad, a correr el riesgo de caerme.

—Le dijiste al médico que ya te habías roto huesos antes. ¿Fue cuando eras niña?

Entrecerró los ojos un poco y luego suspiró, inclinándose hacia atrás.

—A mi padre le gustaba pegarme. —Otra mirada desafiante—. Cuando se acordaba de que estaba viva, claro. Un par de veces, después de haber bebido, no calculó su propia fuerza. —Se encogió de hombros como si me hubiera informado de que iba a llover dentro de un rato.

«¡Mierda!».

Me invadió otra feroz oleada de ira. Esa mujer había sufrido el infierno en la Tierra. Yo también, pero de modo diferente. De repente, fui consciente de lo similares... y a la vez diferentes que éramos.

Seguí descubriendo el querubín, revelando la pequeña nariz, la boca, las redondeadas mejillas. Ellie se mantuvo tranquila, viéndome trabajar, mientras diferentes expresiones atravesaban su cara. Obviamente estaba reviviendo recuerdos en su cabeza. Una especie de sombría desesperación brilló en sus ojos.

—No me puedes *arreglar*, ¿sabes?

Me había dicho algo parecido en *La perla de platino*, lo que me hizo cuestionarme mis motivos. Pero al mirarla ahora, supe que nunca había sido esa mi intención. Yo quería que sanara, y esperaba formar parte del proceso. Pero nadie podía arreglar a otra persona. Solo nos podíamos salvar nosotros mismos.

—No, tienes razón. No puedo *arreglarte*.

«Solo puedo amarte. Y quiero intentarlo».

Alzó la barbilla de esa forma obstinada que tenía antes de que cayera sobre ella una especie de renuncia resignada, como una pesada red invisible. Se empezó a levantar.

—Hoy estoy muy cansada.

Solté las herramientas y me quité los guantes para ayudarla a levantarse, ofreciéndole las muletas para que pudiera sostenerse por sí misma.

—Ellie, lamento si mis preguntas te han molestado. No era mi intención.

Hizo un gesto de indiferencia, como si lo que hubiéramos hablado no tuviera importancia para ella.

—No pasa nada. Es solo que... —Se frotó la sien—. Me duele la cabeza.

Di un paso atrás.

—Vale —renuncié en voz baja—. Iré a verte más tarde.

Asintió, cojeando. Solté un gemido antes de regresar junto a William y coger los guantes que había dejado sobre la mesa.

«¡Joder!».

«*Crees que debería haberlo dejado plantado allí mismo, ¿verdad?*».

«*A mi padre le gustaba pegarme*».

¡Ay, Dios!

Me sentía vacío cuando volví a ponerme los guantes, pero cogí la herramienta de nuevo y me puse a trabajar. Cuando me sonó el móvil, resoplé y me deshice otra vez de los guantes para sacar el aparato del bolsillo.

—¿Hola?

—¿Gabriel? Soy Chloe. —Su voz era tan suave y femenina que sonreí.

—Hola, Chloe. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. Solo te llamaba para que supieras que iré a Morlea el viernes. Me alojaré en el Maple Tree Inn. Ya he hecho la reserva.

Dios, no era un buen momento, pero, aun así, me había comprometido. Chloe había respondido al correo electrónico: había accedido a la entrevista con entusiasmo y genuino aprecio, y me había dado algunas fechas aproximadas de su visita. Le había asegurado que me ponía a su disposición para lo que necesitara.

No habría podido predecir la situación con Ellie, pero tampoco podía decirle que no a Chloe.

—Oh, bien. Muy bien. He oído hablar muy bien del Maple Tree Inn. Es un *Bea & Breakfast*, ¿verdad?

—Sí. Parece encantador. Sé que esto es un viaje de trabajo, pero admito que

estoy deseando llegar a Morlea, parece un pueblo muy bonito.

Me pasé la mano por el pelo mientras andaba, hasta detenerme delante de la puerta del garaje abierta, donde miré hacia los árboles y la carretera.

—Sí, lo es. Toda la zona es preciosa. Estoy deseando conocerte.

—Y yo, Gabriel. Gracias de nuevo por sacar tiempo para esto. Te lo agradezco mucho.

—Por supuesto. ¿Necesito preparar algo...?

—No. Solo te necesito a ti. —Se rio con suavidad—. Ya sabes a lo que me refiero.

Sonreí.

—Debería ser capaz de resolverlo. ¿Tenemos que acordar un horario?

—Sí. En realidad te llamo por eso. Tengo disponibilidad total, así que te agradecería que me enviaras un correo electrónico con las horas que te van mejor. Eso estaría genial.

—De acuerdo. Te lo enviaré lo antes que pueda. Espero que no te importe, pero estoy cuidando a una amiga en casa, y le resulta difícil moverse en este momento. ¿Te importaría que nos reuniéramos aquí, en mi casa?

—Oh, claro que no. Es perfecto. Me parece bien cualquier lugar en el que te sientas cómodo. Y... me encantará conocer tu casa.

—Gracias, Chloe. Vale, te enviaré un correo con las mejores horas para mí a partir del viernes.

—Genial. Hasta el viernes. Gracias de nuevo, Gabriel.

Nos despedimos y colgué. Seguí mirando los árboles durante unos minutos más, pensando en Chloe y en cuánto habían cambiado las cosas desde que había aceptado que me entrevistara.

«Chloe».

«Ellie».

De alguna forma, las dos eran responsables de los cambios que habían empezado en mi interior. Chloe era la razón por la que me había permitido soñar con posibilidades, con el amor y una familia como la que había tenido. No sabía si podría enamorarme de Chloe cuando la conociera, o si ella se sentiría atraída por mí. Pero había querido presentarme ante ella como un hombre entero, no como un conejo asustado que daba un salto cada vez que alguien invadía su espacio personal. Y por eso había terminado en *La perla de platino*. Había terminado en una habitación... con Ellie. Solté un suspiro. ¿No había un refrán que decía que la vida era lo que pasaba mientras hacíamos otros planes?

Quizá todos nosotros estábamos a punto de descubrirlo.

# 13

*«Tener las manos ocupadas agudiza la mente. No pierdas nunca tu ventaja».*

Gambito, el duque de los ladrones

ELLIE

No sé por qué seguí entregando a Gabriel pequeños trozos de mí misma. Y lo que más me confundía era por qué no me miraba de forma diferente. Yo seguía tratando de mostrarle quién era en realidad, pero él seguía devolviéndome la misma mirada plácida, la amabilidad de sus ojos brillaba como si nada de lo que dijera pudiera sorprenderle. ¿Qué quería de mí? Yo no trataba de fingir ser alguien que no era, como con otros hombres, a pesar de que me habían dejado igual. No, Gabriel todavía seguía preocupándose por mí, día tras día. ¿Por qué? ¿Por qué seguía alojándome allí, en esa hermosa casa donde me mimaba y me consentía, ofreciéndome arcoíris, como si fuera alguien especial?

Evidentemente, no me quería por mi cuerpo. Yo no tenía nada que ofrecer en ese sentido, al menos de momento. Y, de todas formas, se ponía tenso cada vez que se acercaba a mí, aunque había notado que su rigidez disminuía día a día. Aun así, no era por eso. Era por otra cosa, pero ¿qué? No podía comprender los motivos de Gabriel, y me sentía perdida y confundida, casi con miedo de él. Se trataba de un miedo en lo más profundo, porque sentía que amenazaba algo vital, solo que no sabía el qué.

*«Yo no creo belleza, Eloise, solo revelo la que está encerrada en la piedra».*

Después de haberle hablado sobre mi padre, decidí que no iba a volver a sentarme con él en el patio. De todas formas, era condenadamente temprano. Y, sin embargo, a la mañana siguiente, cuando el brillo dorado del sol iluminó mi dormitorio, y aparecieron un centenar de arcoíris, me levanté de la cama. El señuelo resultaba demasiado atractivo. Me dije que me atraían la combinación de café y aire libre, y la paz que sentía cuando veía amanecer, pero sabía que no estaba siendo sincera conmigo misma. Lo cierto era que lo que más me atraía de

ese rato en la terraza era el propio Gabriel. Con su hermoso rostro, con los ojos todavía hinchados por el sueño, los anchos hombros y las hermosas manos de artista. Con la dulzura que irradiaba.

Cuando abrí las puertas de cristal, esperaba que le sorprendiera verme después del intercambio que habíamos tenido el día anterior, pero no fue así. Se limitó a sonreírme y a saludarme como siempre, y tomamos juntos el café mientras los árboles se balanceaban con la brisa y el cielo matutino adquiría un suave color rosa.

Pasamos así los dos días siguientes, y seguí observándolo durante horas cuando trabajaba en William, revelando los pequeños y dulces rasgos del rostro del querubín. El «tap, tap» del cincel era la música de fondo, mientras pequeñas volutas de polvo bailaban a su alrededor y desaparecían en el aire. Me fascinaba ver surgir a William, por lo que estudiaba con asombro y casi sin aliento cómo tomaba forma.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté mientras miraba cómo trabajaba.

—¿Cómo sé qué?

—¿Cómo sabes cómo debe ser?

Gabriel se encogió de hombros.

—No lo sé. Es él quien me dice cómo debo seguir. —Hizo una pausa—. ¿Te parece raro? Es decir, tengo una idea general de la forma, y la uso como esbozo, pero no sé cuáles serán sus rasgos exactos, por ejemplo. —Volvió a trabajar mientras hablaba—. Me imagino que es lo que les pasa a muchos artistas. Escritores... Pintores... Se empieza con una vaga imagen, y los detalles surgen durante el proceso. Cuanto más lo haces, más confías en que tus propias manos te guíen por la dirección correcta. —Sonrió.

Eso me gustó. Me gustaba la confianza con la que trabajaba, la fe que tenía en su propio talento. Y me sentí un poco celosa. ¿Cómo sería poseer un talento así, ser capaz de revelar belleza con tus propias manos? Yo no tenía ninguna habilidad. A menos que bailar en una barra pudiera considerarse un logro. Crucé los brazos sobre las costillas doloridas cuando me recorrió una sensación de inutilidad.

—Will tiene el pelo rizado —comentó Gabriel, arrancándome de la neblina de abatimiento que me envolvía. Lo vi mover el cincel y el martillo para crear una suave onda sobre la frente de la figura. Mi tristeza se vio sustituida por ternura. Me sentía casi irracionalmente unida a William, como si observar su nacimiento me hiciera responsable de él de alguna manera.

Había visto cómo emergía de un bloque cuadrado de piedra, y ahora era un querubín gordito y precioso, con los ojos risueños y una dulce sonrisa. Sentí un ramalazo de amor por él.

«¡Qué estupidez! Soy realmente ridícula. No se puede amar a una estatua».

Casi me reí de mí misma, pero no quería hacer ningún sonido que Gabriel pudiera malinterpretar.

«Sí, no solo estoy hecha polvo y soy inútil, sino que también estoy loca. Hace mucho tiempo que nada me gusta tanto como ese pequeño ángel de piedra que ha creado Gabriel».

—Ellie, me gustaría comentarte una cosa.

Miré a Gabriel al notar la seriedad en su tono.

—Vale.

—Antes de que vinieras, había quedado con una estudiante de la universidad de Vermont para que me entrevistara para su tesis. Llega mañana a Morlea.

Incliné la cabeza a un lado con el ceño fruncido.

—¿Una tesis de fin de grado?

Gabriel asintió.

—Sí, trata sobre niños secuestrados que lograron escapar o fueron rescatados.

—¡Oh! —Tragué saliva—. Bueno, eso parece... duro. ¿Lo será? Me refiero a si te va a resultar difícil. —Me estremecí al pensar en lo que supondría para mí responder preguntas profundas sobre las peores partes de mi propia vida. Siempre había tratado de no pensar en lo que me había hecho daño.

Él se detuvo durante un momento, como si estuviera tomándose unos segundos para considerar mi pregunta.

—No creo, no. No suelo hablar de lo que me pasó, pero no lo encuentro demasiado preocupante.

Fruncí el ceño de nuevo, mientras lo miraba. ¿Cómo había logrado no sentirse angustiado por el recuerdo de estar encerrado en un sótano durante seis años y torturado de formas aberrantes que ni siquiera quería saber? ¿Cómo lo había conseguido?

Su sensible e inteligente mirada se encontró con la mía.

—Solo tengo que luchar contra la cercanía. Ya lo sabes.

—¡Oh, sí! —dije bajito, sintiéndome de repente... honrada al saber que podía ser la única mujer en la Tierra que lo sabía. Me parecía una especie de... secreto, algo personal y privado que solo yo sabía sobre este hombre. Hacía que me considerara necesaria. Recordé entonces cómo yo había abusado de la confianza

que había depositado en mí, cómo había enviado a Rita para encontrarse con él cuando me esperaba a mí. Me atravesó una oleada de vergüenza, que me calentó las mejillas y me hizo sentir débil por el arrepentimiento.

—Gabriel...

Detuvo las manos y me miró preocupado.

—¿Qué pasa?

Me miré las uñas un instante, buscando las palabras que necesitaba decir. Las palabras que tenía encerradas en mi interior.

—Lo siento. —Fue un ronco susurro mientras parpadeaba—. Lo que te hice en el club... Lo siento...

Me recorrió la cara con los ojos, bajó hasta el punto donde seguía retorciéndome las manos y volvió a subir.

—Te perdono.

Incliné la cabeza a un lado, mirando cómo seguía tallando.

—¿Por qué? —susurré.

Su sonrisa fue ligera y algo triste.

—Por lo que me has hecho... Aunque creo que también te hiciste daño a ti misma.

Solté el aire que contenía, aceptando la verdad que encerraban sus palabras. ¡Dios, sí, así era! ¿Cómo lo había sabido él? Sin embargo, no se trataba de mí. Yo le había provocado dolor a propósito, y cualquier sufrimiento que hubiera sido a causa de ello era bien merecido. Negué levemente con la cabeza, incapaz de decidir si me alegraba que me hubiera perdonado o no, con ganas de cambiar de tema de nuevo, de regresar a lo que comentábamos antes. La entrevista. Me aclaré la garganta.

—Bueno, de todas formas, está muy bien que concedas esa entrevista. Me parece una buena causa. Una contribución a... la educación y todo eso.

Se me quedó mirando durante unos instantes antes de sonreír de nuevo levemente mientras miraba a William, moviendo los dedos por los rizos del querubín.

—Te lo he dicho porque lo he dispuesto todo para que me haga la entrevista en casa; así estaré disponible si me necesitas.

—Oh, en serio, no era necesario que...

—Quería hacerlo. Pero también quería que supieras de antemano lo que va a pasar.

—Gracias. —Era su casa, por lo que no me debía ninguna explicación. Sabía



que estaba irrumpiendo en su vida de muchas formas, y, sin embargo, seguía siendo amable y flexible. ¿Por qué? Era la única pregunta que me seguía haciendo y que no quería hacerme, porque no estaba segura de cómo me afectaría la respuesta—. Imagino que dentro de un par de días podré regresar a mi casa.

Gabriel dejó de tallar de nuevo e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Por qué, Ellie? ¿Por qué quieres regresar a un apartamento en un tercer piso sin ascensor, un lugar vacío donde nadie podría ayudarte si lo necesitas? Todavía estás recuperándote. Apenas han pasado dos semanas.

—No quiero depender de ti —murmuré.

Gabriel suspiró.

—¿De verdad es tan malo eso?

Abrí la boca para responder, pero mis palabras se vieron detenidas por el sonido del motor de un coche aproximándose. Gabriel dejó las herramientas en la mesa auxiliar y se quitó los guantes muy despacio. Se tensó de repente, poniendo la espalda rígida, y me pregunté si no me lo estaría imaginando todo. En algún punto al otro lado de la puerta del garaje abierta oí que el motor se apagaba. Gabriel salió para encontrarse con la persona cuyos pasos oí en la grava.

—Dom... —oí que saludaba Gabriel. Su hermano había vuelto a casa.

—Hola, hermanito.

—¿Qué tal se han portado los peces?

—Han picado. He traído una buena pesca. ¿Pescado frito esta noche?

Los dos entraron en mi campo de visión, Gabriel y un hombre que se parecía un poco a él, aunque no tanto como me había imaginado. Tenía el pelo oscuro y no era tan ancho de espaldas. Sin duda era un hombre apuesto, pero definitivamente no resultaba tan guapo como Gabriel. Se detuvo cuando me vio, y me miró con los ojos entornados.

Noté que Gabriel apretaba los dientes.

—Dominic, te presento a Ellie. —Lo miraba fijamente, con una advertencia en los ojos.

Dominic pareció confundido por un momento.

—Pero ¿no se llamaba Crystal?

Desplacé la vista de uno a otro, intentando averiguar lo que estaba pasando. Era obvio que Gabriel le había hablado a su hermano sobre mí. Le había dicho que iba a venir aquí. ¿Era por eso por lo que él se había marchado?

—Crystal es mi nombre artístico. —Mis palabras fueron seguidas por un profundo silencio. Por un lado albergué la esperanza de que Gabriel le hubiera

dicho lo que hacía pero no por qué, y, por otro, que no lo supiera.

La expresión de Dominic era tan desdeñosa que tuve la tentación de mirar hacia otro lado, pero no lo hice. Era evidente que este tipo sabía a qué me dedicaba.

—Ellie... —murmuró por fin, en un tono muy hostil.

Me encogí por dentro al escuchar mi nombre real en ese tono de desaprobación. Forcé una sonrisa de indiferencia, la que había perfeccionado hacía mucho tiempo. Pero, por algún motivo, me resultó difícil. Me sentía tan nerviosa y cohibida como al comienzo de cada año escolar, cuando aparecía con mi ropa vieja y fea y los zapatos con agujeros; algunos años había llegado con un hematoma que había cubierto lo mejor que podía. Mi armadura siempre había sido un frío distanciamiento, y ahora sentía como si de alguna manera hubiera desaparecido. Quería recuperarla.

«La necesito».

—Dominic. Es un placer conocerte. Lamento no levantarme. —Señalé la escayola al tiempo que hacía un pequeño mohín con los labios.

Dominic soltó un gruñido y se volvió hacia Gabriel.

—Voy a deshacer el equipaje. —Se dio la vuelta y se alejó sin añadir nada más hasta desaparecer por la puerta que comunicaba el garaje con la casa.

Gabriel soltó un suspiro entrecortado y se pasó las manos por el pelo. Me miró de nuevo, sin atreverse a hablar.

—No le gusta que esté aquí —adiviné yo para que no tuviera que decirlo él.

—Dom es... —suspiró— es muy protector conmigo. Se cree que sabe lo que es mejor para mí.

—No le gusta que cuides de una *stripper*. —Odié la vergüenza que me envolvió. ¿Es que me había olvidado de lo que era? Qué estúpida...

Gabriel rodeó la tumbona y se sentó en el borde.

«Cerca. Muy cerca».

Respiró hondo y me cogió las manos. Bajé la vista al lugar donde se entrelazaban nuestros dedos con el corazón acelerado. Le temblaban las manos un poco, pero estaba relajado, y en su cara había una expresión determinada.

«¡Oh, Gabriel...!».

—Ellie, él no te conoce. Ya entrará en razón.

Inspiré.

—¿Te refieres a cuando conozca mi encantadora personalidad?

Sonrió, y mi estúpido corazón dio un vuelco. A este paso acabaría con una

arritmia.

—Sí. —Fue solo una palabra, pero la dijo con mucha convicción.

Me sorprendí a mí misma riéndome por lo bajo.

—Eres... ¡Dios! Ni siquiera sé lo que eres. —Apoyé la cabeza en el respaldo—. No es justo que yo esté aquí si él se siente incómodo. Es su casa.

Gabriel me apretó las manos con suavidad.

—Esta casa es mía. Yo soy el dueño. Y he estado pensando últimamente que quizá mi hermano y yo necesitamos un poco de espacio...

—Pero no por mi culpa.

Negó con la cabeza.

—No, en realidad no es por ti. Pero si no da la bienvenida a uno de mis invitados, será una razón más. —Me soltó las manos y se levantó. Eché de menos el calor de su cuerpo junto al mío, su suave sostén. Volvió al trabajo, concentrándose en William, pero su expresión siguió siendo tensa.

Al día siguiente, llegó Chloe Bryant. La noche anterior me había acostado temprano, pensando que sería mejor dar tiempo a solas a los hermanos Dalton. Había llegado a sentirme cómoda en casa de Gabriel, pero ahora volvía a ser la extraña y me resultaba incómodo, como si no encajara allí. Y técnicamente no lo hacía, y nunca lo haría.

A pesar de los esfuerzos de Gabriel para que no fuera así, realmente, estaba de acuerdo con Dominic. No era el tipo de amiga que Gabriel necesitaba. Era una *stripper* y no tenía nada que ofrecerle. Yo, una chica que solo se había aprovechado de él, que no tenía la esperanza de ofrecerle nada a cambio. Yo.

Había pasado la mañana con Gabriel, como de costumbre, ya que, al parecer, Dominic no se despertaba hasta justo antes de ir al trabajo. Salió de casa mientras yo me duchaba, y me sentí feliz de no tener que verlo hasta por la noche. Quizá podría evitarlo por completo hasta que estuviera lo suficientemente bien para marcharme.

Salía cojeando de mi habitación cuando sonó el timbre. Gabriel me lanzó una rápida sonrisa mientras se acercaba a abrir la puerta. Cuando lo hizo, había una joven al otro lado, que sonrió de inmediato.

—¿Gabriel?

—Sí, hola, Chloe. —Cuando él dio un paso atrás para dejarla entrar, ella casi entró a saltitos. Era pequeña y guapa, con una rizada melena castaña y un

hoyuelo en la mejilla.

—Me alegro muchísimo de conocerte en persona. —La sonrisa de la joven se extendió todavía más por su rostro, si es que eso era posible—. ¡Dios! Esta zona es preciosa. Y tu casa... —Levantó la cabeza y miró a su alrededor mientras Gabriel cerraba la puerta— es impresionante.

Cuando continuó su inspección, sus ojos se toparon conmigo, casi escondida detrás de una lámpara.

—Oh, hola... —me saludó con una brillante sonrisa, y se acercó a mí—. Lo siento, no te había visto.

Cojeé hacia delante, tratando de no parecer la lamentable criatura que era en realidad.

—Chloe, esta es Ellie —dijo Gabriel a su espalda.

Cuando se detuvo delante de mí, la sonrisa de Chloe desapareció.

—Oh, Dios mío, ¿has tenido un accidente? Pobrecita. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Esbocé una leve sonrisa. Esa muchacha era como un torbellino.

—Estoy bien, gracias. Sí, he tenido un accidente. —Me aclaré la garganta, esperando no tener que responder a más preguntas.

Frunció el ceño en señal de auxilio.

—Oh, es horrible. Permite que te ayude a llegar a una silla.

—No te preocupes, estoy bien, de verdad. Llevo toda la mañana sentada. Sé que Gabriel y tú tenéis asuntos que atender. Estaba a punto de almorzar algo, no os molestaré.

Gabriel se acercó a Chloe, con una relajada sonrisa.

—¿Estarás bien mientras hablamos?

—Claro que sí. —Hubo otro golpe en la puerta y todos nos volvimos hacia allí. Gabriel frunció el ceño un poco.

—No sé quién podría ser —murmuró—. Disculpadme. —Abrió la puerta, y apareció Kayla. Llevaba unos pantalones muy cortos y ceñidos, así como una camiseta desbocada que dejaba a la vista el sujetador negro que se había puesto debajo. El conjunto se completaba con unos tacones de color rosa chicle. El polo opuesto a la dulce niña «bien» que acababa de entrar hacía unos minutos antes en casa de Gabriel, que lucía un discreto vestido amarillo y unas sandalias planas de color azul marino.

—Hola, Gabe —lo saludó. Cuando yo cojeé hacia delante, Kay me miró—. Hola, Crystal. —Sonrió, pero cuando me acerqué, noté que estaba demacrada, y

percibí que había perdido algo de peso.

—Hola, Kay. —Entró, y Gabriel cerró la puerta—. Vamos a mi habitación, así no os molestaremos —añadí, agarrando el brazo de mi amiga. Él asintió con la cabeza mientras yo sonreía a Chloe. Noté su mirada confusa, pero me devolvió la sonrisa cuando pasé a su lado.

Me llevé a Kayla a mi habitación. Oí que Gabriel le preguntaba a Chloe si quería beber algo antes de cerrar la puerta. Apoyé las muletas en la pared y me senté en la cama. Kayla se sentó enfrente, doblando una pierna debajo del culo.

—Lo siento, no me ha dado el tiempo para más. En el local todo es una locura. Hemos tenido que hacer horas extras por tu baja.

—No pasa nada. Eres una buena amiga, Kayla, y aprecio todo lo que haces. ¿Qué tal te va todo?

Suspiró.

—Oh, bien. Ya sabes, lo de siempre. Se me pinchó una rueda y tuve que cambiarla. —Esa mención a su coche me hizo recordar que el mío seguía en el taller, seguramente ya arreglado, pero con la factura sin pagar, por lo que no podía reclamar nada. Debía llamar a Ricky, pero quería dejar a un lado mi vida real mientras estaba aquí. No había pensado en ello, no había querido acordarme de la miríada de problemas a los que tendría que enfrentarme cuando estuviera bien de nuevo.

—Por lo menos estar ocupada me ha ayudado a perder unos kilos —dijo Kayla.

—Ya me he dado cuenta. Tienes buen aspecto, pero asegúrate de cuidar de ti misma, ¿vale?

Ella asintió.

—Lo haré.

En el salón resonó la carcajada de Chloe, seguida por la risa masculina de Gabriel. Noté un malestar en el estómago mientras me acomodaba en la cama. ¡Santo Dios! ¿Estaba celosa? Sí, lo estaba. Sentía envidia por la fluida conversación que mantenían Gabriel y Chloe en la otra habitación. Oí que él decía algo, con una especie de vibrante entusiasmo en la voz que no había oído antes. Sin duda porque estar cerca de mí era deprimente y le ponía de mal humor. Entre nosotros siempre había un intercambio de monótonas e incómodas confesiones. «¡Santo Dios!».

—¿Estás bien, cariño? —Mis pensamientos debieron de reflejarse en mi rostro, porque Kayla me miró con preocupación.

Solté un ruidoso suspiro.

—Sí, estoy bien. Me duele de vez en cuando..., ya sabes, por aquí... —Me pasé la mano por las costillas como si ese fuera el lugar que me dolía.

Kayla hizo una mueca de simpatía.

—Me sentí muy aliviada al oír que los habían detenido. Llamaron a Rodney y nos lo dijeron. Algunas de las chicas estaban preocupadas, por si volvían.

Negué con la cabeza.

—No, fue algo personal.

Kayla inclinó la cabeza a un lado.

—Sí, supongo. A pesar de todo, he oído que ya están fuera. ¿Te preocupa?

Nuestras miradas se encontraron. El detective me había llamado como gesto de cortesía para decirme que los tres tipos habían pagado la fianza. Yo había recibido la noticia con una especie de insensible aceptación mientras el detective me aseguraba que ellos eran los más interesados en observar un buen comportamiento. También me había dicho que debía declarar en el juicio, cuando fijaran la fecha, pero ahora no quería pensar en eso.

—¿Si me preocupa que intenten encontrarme? —Negué con la cabeza—. No. No he pensado en ello. —Me mordí el labio—. Lo cierto es que aquí... me siento a salvo.

Ella asintió.

—Yo también lo haría, es un lugar precioso. La mejor casa que haya visto nunca. Aquí no hay forma de que puedan encontrarte, incluso aunque te busquen. Algo que, por otro lado, solo empeoraría las cosas para ellos.

—Sí. —Me estudié las uñas mientras oía otra carcajada de Chloe.

—¿Te está tratando bien, Cris?

—Sí. Me trata muy bien. Mejor de lo que merezco, Kay.

Ella me sonrió.

—No, yo creo que te trata justo como mereces. —Sonreí, aunque sabía lo equivocada que estaba.

Kayla se quedó durante una hora más o menos. Me contó lo que había ocurrido estos días en *La perla de platino*, lo que había ocurrido en su vida y otros rumores sobre las demás chicas. Yo tenía un oído pendiente de ella y el otro sintonizado en la otra habitación, desde donde me llegaba el murmullo de la conversación de Gabriel y de Chloe. Me preguntaba de qué estarían hablando, si ella lo estaría entrevistando ya, o si solo estaban llegando a conocerse un poco. Por lo que me pareció adivinar, parecía una simple conversación de tanteo.

Agradecía que Kayla hubiera llegado justo en ese momento. Si no fuera por ella, seguramente estaría con la oreja pegada a la puerta, espiándolos como una acosadora.

Cogí las muletas y anduve —bueno, cojeé— fuera de la habitación, y cuando entramos en el salón, Chloe también estaba de pie, parecía a punto de irse. Esbozaba una brillante sonrisa mientras Gabriel terminaba una frase, con una expresión alegre y cómoda en su rostro. Los celos me invadieron de nuevo, pero los aplasté como pude.

«Gabriel no es mío».

Kayla se despidió con la mano cuando pasamos junto a ellos, y la abracé al llegar a la puerta. Cuando retrocedí, Chloe se encaminaba hacia mí.

—Ellie, ha sido un placer conocerte. Volveré mañana, así que nos veremos de nuevo. Adiós, Gabriel. —Esbozó una sonrisa tierna y llena de afecto innegable. Aparté la mirada, sintiéndome como si estuviera molestándolos en un momento íntimo.

—Adiós, Chloe. Hasta mañana.

Gabriel mantuvo la puerta abierta para que ella saliera, y Chloe me hizo un gesto de despedida antes de que él la cerrara. Nos quedamos los dos mirándonos torpemente durante un segundo antes de que Gabriel esbozara esa sonrisa tímida y tierna suya.

—Parece que la cosa ha ido bien, ¿no? —me interesé.

—Sí, muy bien. —Pero no había alegría en su voz, y eso me hizo sentir una opresión en el pecho.

—Bien —dije, aunque me aclaré la garganta al notar lo ronca que me salió la palabra—. Er..., tengo que tomarme la medicación, y creo que luego me echaré una siesta.

—Vale. ¿Te encuentras bien? ¿La visita de Kayla ha ido bien?

—Sí, ha sido muy agradable. —Me di la vuelta para regresar cojeando al dormitorio, con ganas de estar sola, con ganas de controlar las emociones que crecían en mi interior, porque no las entendía. Gabriel Dalton estaba fuera de mi alcance, y, de todas formas, nunca podría aspirar a alguien como él. Los hombres tiernos, dulces y delicados como él terminaban con chicas guapas y respetables como Chloe Bryant.

«Y las que son como yo acaban solas».

Desperté en una casa en silencio, con las lágrimas deslizándoseme por las mejillas. Miré con frenesí a la habitación oscura, tratando de orientarme.

«*Vas por el camino equivocado. Debes regresar, cielito*».

Las palabras resonaban en mi mente. El recuerdo de la voz de mi madre me provocaba tanto dolor como alegría. Hipé mientras me sentaba en la cama.

¿Por qué seguía escuchando su voz? ¿Por qué seguía teniendo ese sueño? ¡Dios!, me hacía sentir sola y desesperada.

Me levanté de la cama y fui al cuarto de baño; todavía hipaba cuando salí. Necesitaba beber un vaso de agua. El reloj de la mesilla de noche marcaba las diez, así que me acerqué a la puerta lo más silenciosamente que pude y agucé el oído, pero no oí ningún sonido en la casa. ¿Dominic y Gabriel estaban durmiendo? Solo quería ir a la cocina, beber un vaso de agua y regresar de nuevo a la habitación. Había podido evitar a Dominic, y quería que siguiera siendo así.

El agua me dejó un sabor fresco y agradable, y después de beberme un par de vasos, por fin se me relajó el diafragma. Puse el vaso en el lavaplatos para, acto seguido, darme la vuelta para ir a mi dormitorio. Al pasar por el salón, me llamó la atención algo que había en la repisa de la chimenea, y me acerqué a mirar. Junto a una planta, había un pequeño gorrión de mármol. Le pasé un dedo por encima mientras inclinaba la cabeza a un lado; me fijé en los pequeños detalles: las plumas de las alas, los pequeños ojos que lograban transmitir una emoción, el pico abierto, como si estuviera piando...

Oí un crujido a mi espalda y me di la vuelta. Gabriel estaba allí de pie, mirándome. Al verlo, abrí los ojos sorprendida. Solo llevaba puestos unos *baxers*. Tragué saliva con dificultad, pero tenía la boca seca al ver la belleza masculina de su cuerpo, casi desnudo. Era... impresionante. Aunque la palabra que rebotaba en mi mente era «divino».

«Es un ángel».

Deslicé la vista por sus fuertes y anchos hombros, por los fibrosos músculos de su torso, por los marcados abdominales. Como si mis ojos estuvieran atraídos por un imán, se movieron por su tórax hasta los musculosos muslos y las pantorrillas bien formadas, antes de regresar a sus calzoncillos, donde el contorno de su sexo apenas era visible contra la tela.

Noté que mi núcleo se tensaba, que me humedecía entre los muslos. Parpadeé; aquella reacción no era normal en mí ante ningún cuerpo masculino. Quise huir y, a la vez, dar un paso hacia él para poder pasar el dedo por su pecho igual que había hecho por el pequeño pájaro de piedra.



—Lo hizo mi padre.

—¿El qué? —¡Dios!, mi voz sonaba entrecortada, aturdida.

—El gorrión.

Cruzó los brazos sobre el pecho, consciente, obviamente, de su estado de desnudez.

—Lo siento —dijo, moviendo la cabeza—. No sabía que estabas levantada.

Una vez más, deslicé los ojos por su pecho desnudo. Tenía una fina flecha de vello desde el ombligo hasta la cinturilla de los calzoncillos, y la seguí con la vista, tragando saliva de nuevo. Estuve segura de que me había oído cuando lo vi arquear las cejas.

Volví la cabeza, pero el corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo también.

—Supongo que es justo —murmuré.

—¿El qué?

—Ahora ya nos hemos visto los dos medio desnudos.

Gabriel inclinó la cabeza a un lado, mirándome de una forma misteriosa. De pronto, se dio la vuelta y fue a su habitación, mientras yo me quedaba clavada en el suelo, confundida. Regresó tan rápido como se había marchado, poniéndose una camiseta. Se acercó entonces a mí, hasta detenerse justo delante. Su expresión era un poco tímida y avergonzada.

—Espero... que si volvemos a vernos desnudos de nuevo, no sea por trabajo o casualidad. Sino porque los dos queramos y porque signifique algo.

«¿Qué?».

Un montón de imágenes espontáneas se arremolinaron en mi mente, llenas de extremidades enredadas y sábanas retorcidas. Una oleada de calor inundó mis venas haciendo que me latiera el corazón entre las piernas. Era demasiado. Estaba... fuera de mi control, y me dio miedo. No quería pensar de esa manera en Gabriel, no podía pensar de esa manera en Gabriel. Lo cierto era que nunca había pensado en ningún hombre de esa manera.

—¿Porque signifique algo? —susurré bajito.

Asintió con una expresión muy seria y una mirada de repentina gravedad. Llevó la mano lentamente a mi pelo para apartármelo de la cara. Se entretuvo, rozando los nudillos con suavidad contra mi pómulos. Contuve la respiración ante ese sutil contacto. Sus ojos de ángel se movieron sobre mis facciones como si estuviera memorizando el momento con los labios entreabiertos. Me quedé hechizada, atrapada una vez más por su mirada. Nadie me había contemplado

nunca como estaba haciéndolo Gabriel en ese momento; nunca, en toda mi vida.

—Sí. —Se limitó a decir, dejando que captara el significado. Pero, por supuesto, desnudarse siempre significaba algo: un soborno, un pago, un chantaje, era un medio para conseguir un fin... Solo que sabía muy bien que para Gabriel no significaba nada de eso, aunque me resultaba imposible convencerme a mí misma de que podía ser así. Conocía la realidad. Y no quería pensar en lo que estar desnudos significaría para Gabriel, porque la idea me llenaba de terror y me dolía, me hacía sentir un profundo anhelo. Pero, sobre todo, me asustaba.

Me volví hacia el gorrión con un movimiento vacilante, sosteniéndome sobre las muletas.

—Tu padre... ¿también era escultor?

—Eloise...

Cerré los ojos con fuerza, negándome a mirarlo.

—Era muy bueno.

Gabriel soltó un leve suspiro. No supe si me había imaginado o no su decepción.

—Sí. Era muy bueno. —Me rozó el hombro desnudo con la mano cuando la estiró para coger el gorrión. Su contacto dejó una llamarada de calor en esa pequeña porción de piel, y quise frotármela, aunque no lo hice.

«No puedo».

Me di la vuelta y me encontré estudiando el pequeño pájaro. Tenía una sonrisa en los labios.

—Cuando tenía ocho años, fui a un campamento de verano. Estaba nervioso por dormir lejos de mi familia. Había un árbol justo al lado de la ventana del dormitorio; los gorriones se posaban en las ramas y cantaban. Mi padre me hizo este para que pudiera llevarme a uno de esos gorriones. Así tendría un trocito de mi casa, y un pequeño símbolo de seguridad.

Lo observé mientras hablaba; había una felicidad un tanto melancólica en su expresión, y me pregunté cómo sería tener recuerdos que te hicieran sentir así. Recuerdos que te llenaran de felicidad en lugar de miedo, soledad y tristeza. No puede evitar imaginarme la profundidad de la desesperación que habría sentido Gabriel cuando por fin regresó a casa, después de tantos años encerrado en un sótano oscuro, y experimentar de nuevo la pérdida de la felicidad.

—Parece que era un buen hombre —susurré.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Sí, era el mejor. —El amor desnudo que había en su expresión cuando

hablaba de su padre me estremeció por dentro. Y contuve el aliento durante un momento por el temor que sentí por él, por su vulnerabilidad y su corazón puro. Me dio miedo que el mundo le hiciera daño. Pero eso era absurdo; ya lo habían herido de la forma más dura posible. ¿Cómo había podido conservar esa dulzura, esa tímida ternura? ¿Cómo podía exponer el corazón como lo hacía? ¿Por qué quería hacerlo? No lo entendía.

El silencio se extendió entre nosotros, torpe e incómodo, como si los dos estuviéramos esperando que hablara el otro.

Por fin, me despedí con un gesto de cabeza.

—Buenas noches, Gabriel. —Empecé a darme la vuelta.

Dio un paso hacia mí.

—¿No tienes hambre? Te has saltado la cena. Podría hacer algo...

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Estoy... Hoy estoy muy cansada. —Me giré, aunque no estaba cansada de verdad. Lo que me sentía era confusa y asustada y, sobre todo, profundamente preocupada, porque había empezado a enamorarme de Gabriel.

«Oh, Ellie, eres tonta. Una estúpida y una tonta».

Esa noche no soñé con pasillos oscuros que se iban haciendo cada vez más pequeños. Soñé con la luz de la luna sobre la piel desnuda, con unas manos que me acariciaban, una boca que exploraba los lugares secretos de mi cuerpo y unos ojos de ángel que me observaban en la oscuridad. Me desperté caliente y jadeante, con un grito de placer entre los labios, tratando de abrazar a alguien que no estaba allí.

# 14

*«No dejes de soñar. Los sueños son lo que mantienen vivo el corazón».*

*Limonada, la reina del merengue*

ELLIE

A la mañana siguiente, no me desperté. Me había pasado la noche dando vueltas, sin poder dormirme tras aquellos sueños eróticos. Así que no pude levantarme al amanecer, así de simple. Cuando por fin lo hice, atravesé la habitación cojeando después de ducharme, y fui al garaje, donde escuchaba trabajar a Gabriel.

—Buenos días.

Miró por encima del hombro, y sonrió al instante.

—Buenos días.

Me acerqué lentamente a la mesa donde estaba William. Me sentía un poco incómoda. Me preguntaba si Gabriel estaría pensando en lo que había ocurrido la noche anterior y si me notaría en la cara que me había pasado las horas soñando con él. Podría decirse que me sentí muy vulnerable y un poco confusa, que era demasiado consciente de que tenía las mejillas rojas. Y, sin embargo, debajo de esa torpeza, había una especie de extraña ansiedad que no sabía cómo definir.

«¿La percibe él?».

La expresión de Gabriel no decía nada, por lo que clavé los ojos en William.

—Tiene orejas. —Me incliné a un lado y otro de la estatua para apreciar sus perfectas curvas.

Gabriel se rio entre dientes.

—Y cejas. Tengo que ir a buscar algunas herramientas al estudio que tengo en la cantera para acabarlo. ¿Te apetece acompañarme?

—¿A la cantera? Oh... mmm..., vale.

—Espera, que cojo las llaves del coche —repuso con una sonrisa—. Está, literalmente, a tres minutos de aquí. ¿Te parece bien que tomemos el café y

desayunemos al regresar a casa?

Asentí moviendo la cabeza, y cuando Gabriel volvió a entrar, me encontré poniendo una mano sobre la rugosa cabeza de William y curvando los labios levemente mientras pasaba un dedo por una de las nuevas orejas. Me parecía un pequeño milagro. Todavía no podía creermelo que hubiera surgido de la nada. Y, sin embargo, allí estaba.

—Tierno hombrecito —murmuré antes de reírme de mí misma, sintiéndome tonta.

Me enderecé y retiré la mano cuando oí que Gabriel se acercaba al garaje. Unos minutos después, estábamos en la carretera, dirigiéndonos a la cantera.

Cuando Gabriel me ayudó a subir a la cabina, no me había parecido rígido, lo que me hizo recordar de nuevo la primera vez que me ayudó a salir de la *pickup*, hacía dos semanas. Pensé en todos los pequeños detalles que había apreciado en él, y la forma en la que parecía sentirse más cómodo conmigo cada día que pasaba. Quizá estuviera sirviéndole de terapia, aunque no fuera mi intención. Me gustaba esa idea... Me hacía sentir un poco menos inútil, un poco menos en deuda con él.

Un par de minutos más tarde salimos de la autovía y giramos hacia un aparcamiento donde había un cartel enorme en el que se podía leer «CANTERA DALTON MORGAN». Gabriel se detuvo justo delante del edificio de administración. La zona era muy boscosa a la derecha y detrás de la edificación; a la izquierda vi otra construcción más pequeña y, más allá, pude ver un trozo de un gran cañón, presumiblemente la cantera.

Gabriel se acercó y me cogió las muletas del asiento de atrás para entregármelas. Me tendió la mano cuando me bajé. El aire se había vuelto más frío en las últimas semanas, mientras avanzaba el otoño, pero el sol me calentó la piel mientras Gabriel me guiaba lejos de la puerta principal de lo que parecía una sala de exposiciones y oficinas, por un camino lateral. En la distancia solo se oía el zumbido de la maquinaria y los gritos de los hombres que trabajaban en la cantera. Sus voces resonaban en el aire.

Cuando Gabriel abrió una puerta en el lateral, lo seguí hasta un espacio diáfano con varias mesas por el perímetro. En la pared del fondo había una gran ventana, desde donde se podían ver los árboles que había más allá.

Recorrí lentamente el lugar; me detuve a mirar piezas talladas aquí y allá, algunas en estanterías y otras apoyadas en las paredes. Las más grandes tenían su lugar en un mueble para tal fin. Algunas piezas estaban a medias, otras parecían

completas. Me quedé muda mientras las estudiaba, tragando con fuerza mientras pasaba la vista de una a la siguiente. Gabriel era... ¡Dios, no me había dado cuenta del talento que tenía!

Me detuve frente a una pieza plana de roca con la cara en relieve de un niño; tenía los ojos cerrados, como si emergiera desde dentro de la piedra y estuviera empujando la dura barrera, desesperado por revelarse. Se parecía a Gabriel, pero más joven, y me pregunté si sería una especie de autorretrato. Había algo en esa figura que me hizo sentir un nudo en la garganta. Pasé el dedo con delicadeza por la mejilla del chico y luego seguí andando, hasta detenerme en un perrito con una sola oreja y una rosa rota.

—La mayoría de esas figuras las hice cuando era más joven... Cuando todavía estaba aprendiendo —me explicó Gabriel, a mi lado, sorprendiéndome un poco, ya que me había olvidado de que estaba allí. Lo miré: tenía una cadera apoyada en la mesa y las manos en los bolsillos de los vaqueros; me observaba mientras estudiaba todo lo que él había creado.

—Son preciosas. —«Maravillosas, asombrosas, llenas de magia»—. Eres... —Casi le dije que él era igual de hermoso que sus obras, pero me detuve y dejé que las palabras flotaran en el aire. Estaba segura de que sabía perfectamente lo que había estado a punto de decir. Examinar aquellas figuras que hablaban del increíble talento de Gabriel me hacía sentir frágil y algo ridícula. Hacía que pensara de nuevo en qué había visto en mí este hombre y por qué. Él poseía la capacidad de dar vida a la roca, descubrir la belleza de la piedra, y yo... me desnudaba delante de los hombres para que vieran cómo rebotaban mis tetas. Gabriel era un brillante artista, y yo era un desagradable chiste, alguien sin talento.

Me di la vuelta con rapidez, sorprendiendo a Gabriel con mi gesto. Él se alejó de la mesa y se incorporó en toda su altura.

—¿Has cogido lo que necesitabas? —Mi voz sonó tan fría que hice una mueca para mis adentros.

Gabriel inclinó la cabeza a un lado para estudiarme con intensidad, y luego curvó los labios.

—Sí, ya que he terminado de tallar a William, ahora debo empezar el pulido.

—¿El pulido?

—Sí: con el tiempo, acabará teniendo este aspecto. —Cogió el perro, y, a pesar de que le faltaba una oreja, estaba completamente liso, mientras que William tenía una superficie áspera donde se veían las astillas del cincelado, las muescas y

grietas de la creación.

—Oh, vale. ¿Nos vamos?

—Sí. Acompáñame y te enseñaré las instalaciones con rapidez. Te llevaría a la cantera, pero el sendero es demasiado empinado para las muletas. Podríamos ir en coche, pero prefiero enseñártelo cuando puedas llegar hasta el borde. — Sonrió—. Así tendrás una idea mejor de lo macizo que es en realidad.

Gabriel cerró el estudio y cogió una bolsa de lona que debía de haber dejado en la puerta durante el tiempo que yo había estado examinando sus obras. Lo seguí de nuevo hacia la parte de delante. Sonó una campana cuando abrió la puerta, y la mantuvo abierta mientras fui tras él cojeando. El interior de la tienda era más fresco, obviamente estaba en funcionamiento el aire acondicionado. Sonaban unas piezas de música clásica por los altavoces, y había una fuente en la pared, a mi izquierda, donde caía el agua en un panel de vidrio. Todo el conjunto creaba una atmósfera muy relajante.

El interior estaba hecho en piedra desde el suelo al techo, y había unos mostradores y encimeras de granito con muestras y catálogos. Una pareja se había sentado en uno de los bancos y discutían en voz baja sobre las muestras.

Había puertas en la pared, a mi derecha, que debían de conducir a las oficinas. En el mismo momento que lo pensé, se abrió una de las puertas y apareció Dominic con unos pantalones chinos, una camisa y corbata. Su expresión agradable se transformó en otra de disgusto cuando me vio. Me saludó con un gesto rápido con la cabeza que me dejó paralizada sobre las muletas y que me hizo sentir todavía más ridícula de lo que me había sentido en el estudio de Gabriel. Pero sentirme inútil no tenía nada que ver con luchar contra el flagrante rechazo de Dominic.

Sonó el teléfono, y Gabriel se acercó al mostrador para contestar la llamada al tiempo que saludaba a Dominic con una seña.

—Cantera Dalton Morgan. —Escuchó al interlocutor durante un segundo mientras yo trataba de mirar cualquier cosa que no fuera Dominic, y luego respondió que no abrían hasta las cinco y que lo mejor era pedir cita.

Repicó de nuevo la campanilla de la puerta dando paso al hombre al que había conocido a principios de semana. George esbozó una sonrisa de oreja a oreja al vernos a Gabriel y a mí.

—Vale, espere, que lo apunto... —Gabriel se inclinó sobre el escritorio y cogió un bolígrafo, y luego siguió hablando por teléfono mientras yo saludaba a George. Cuando colgó, se acercó a nosotros.

—Ya veo que le estás enseñando a Ellie todo esto.

Gabriel sonrió al tiempo que se apoyaba en el mostrador de esa forma que comenzaba a resultarme familiar a la vez que muy masculina.

—Sí. Necesitaba las herramientas que tengo en el estudio para terminar el querubín para el museo francés. Lo tendré terminado dentro de unos días.

George se rio entre dientes.

—Es un chico...

Se me aceleró el corazón al oír mencionar que William estaba casi terminado; entonces lo mandaría a su destino. Se marcharía.

«Contrólate, Ellie».

Me moví inquieta sobre las muletas una vez más. Noté la mirada de preocupación que aparecía en la cara de Gabriel antes de acercarse a mi lado.

—Creo que ya es suficiente movimiento por hoy...

Dominic hizo un sonido de disgusto y puso los ojos en blanco. Noté que me sonrojaba por la vergüenza, y me alejé de Gabriel.

—Estoy bien —murmuré, intentado ponerme lo más derecha posible sin hacerme daño en las costillas.

Gabriel miró primero a Dominic, luego a mí y otra vez a Dominic. Apretó los labios y frunció el ceño. Sin embargo, sonrió cuando volvió a mirarme.

—De todas formas, tengo que volver a la cantera. Nos vemos después en la cena, ¿verdad?

—¿En la cena? —pregunté como una idiota.

—Sí —intervino Gabriel—. Chloe nos quiere hacer la cena. En realidad, ha insistido mucho en ello. Es muy... entusiasta. —Soltó una risita, pero no había calidez en sus ojos. Aparté la mirada y asentí.

—Entonces sí, nos vemos en la cena. —Dominic me lanzó una última mirada de desaprobación antes de que Gabriel me acompañara desde el edificio hasta el vehículo y me ayudara a subir a la *pickup* para ir a casa.

«A casa».

«No, Ellie. No empieces a considerar la casa de Gabriel como tuya. Eso sería una estupidez muy, muy grande. No lo hagas».

Y, sin embargo, sospechaba que ya lo estaba haciendo.

Chloe y Gabriel pasaron varias horas juntos en el salón mientras yo trataba de mantenerme ocupada en la habitación.



Llamé al taller, donde me informaron de que ya tenía el coche listo y podía pasar a recogerlo en cualquier momento. Ricky había oído que yo estaba en el hospital, y se ofreció a guardármelo hasta que pudiera pasar a pagar el arreglo. Lo que supuso un alivio, teniendo en cuenta que en ese momento no tenía ni un dólar a mi nombre. Tampoco iba a poder conducir por lo menos durante un mes.

Llamé a la casera para explicarle también la situación, y, aunque no pareció contenta, accedió a darme algún tiempo para pagar el alquiler. Un mes más y ya le debería dos. Suspiré pensando que no tenía ni idea de cómo solucionaría ese problema, pero ya cruzaría ese puente cuando llegara a él. Estaba acostumbrada a hacer malabarismos financieros..., llevaba haciéndolo toda mi vida.

Cuando se me ocurrió que todavía no me había puesto en contacto con Rodney para saber qué pasaba con el trabajo, pensé que esa cuestión en concreto podía esperar un día más. Él era muy consciente de mis circunstancias, aunque eso no significaba que me hubiera enviado una tarjeta deseándome una pronta recuperación. Probablemente estaba cabreado porque el hecho de que yo recibiera una paliza en el aparcamiento estaba influyendo de forma negativa en el negocio y consiguiendo que la policía y los medios de comunicación locales pulularan por allí. Si había algo que no les gustaba a los tipos que frecuentaban los clubes de *striptease* era que una cámara apareciera en su camino.

Al pensar en los clientes de *La perla de platino*, me atravesó un escalofrío de ansiedad. Tarde o temprano, tendría que ir a allí para volver a trabajar. Me preguntaba si tendría razón Kayla, y Rodney me dejaría servir las mesas, ya no por una temporada, sino por cambiar de trabajo. Si me preparaba, podía aprender a hacer cócteles, ¿verdad?

Oía el zumbido de la conversación al otro lado de la puerta. Hoy no se reían; sus voces sonaban bajas e íntimas. Me los imaginé con las cabezas inclinadas muy cerca mientras Chloe conocía los secretos más profundos del corazón de Gabriel y mientras él centraba los ojos en los bonitos rasgos de la chica. Me levanté para encender el ventilador del baño y dejé la puerta abierta; no quería escucharlos. Y aun así... me corroía la envidia al saber que era Chloe quien estaba oyendo los pensamientos más íntimos de Gabriel y no yo. Un intenso dolor irradió desde mi pecho.

«Puedes pedírselo, Ellie. Si tuvieras el valor suficiente, podrías pedirle que los compartiera también contigo».

«Ya, pero entonces él querría que le contaras también los tuyos», me susurró una vocecita.

Un poco antes de las cinco, alguien llamó a mi puerta; cuando la abrí, me encontré allí a Chloe con una radiante sonrisa.

—¡Hola!

—Hola, Chloe.

—No sé si Gabriel te ha mencionado que esta noche voy a preparar la cena.

—Sí, me lo dijo. Es muy amable por tu parte.

Ella agitó la mano en el aire.

—Me gusta cocinar. Me apetecía invitaros, pero quería que estuvieras lo más cómoda posible, así que se me ocurrió que hacer la cena aquí nos satisfaría a todos.

—Eres muy amable...

—Me preguntaba si te apetecería acompañarme mientras la hago. No es necesario que me eches una mano, pero me gustaría llegar a conocerte un poco mejor. Te voy a preparar una silla, para que no tengas que quedarte de pie.

—Oh..., mmm...

«¿A mí? ¿Para qué quiere conocerme a mí?».

Me miró con intensidad mientras esperaba mi respuesta.

—¿Por favor?

—Vale.

Su exuberante sonrisa se extendió de nuevo por su cara.

—¡Genial!

Me senté frente a la isla, en uno de los taburetes, mientras Chloe sacaba los ingredientes de la cena de una bolsa y los dejaba por la encimera.

Gabriel entró en la cocina, y nos miramos con intensidad durante un momento antes de que se volviera hacia Chloe.

—¿Estás segura de que esto de la cena te parece bien? Podemos pedir algo...

—¡Por Dios, no! Me encanta tener la oportunidad de hacer la cena. Sinceramente, Gabriel, después de todo lo que estás haciendo por mí, una comida casera es lo mínimo que puedo ofrecer. No puedes rechazar mi agradecimiento, no sería amable por tu parte —explicó ella mientras le lanzaba una sonrisa burlona.

Él se rio entre dientes.

—De acuerdo. Gracias. —Se volvió hacia mí—. ¿Estás bien? —Me estudió con ternura, evaluando la forma en la que estaba sentada y cómo apoyaba la pierna.

Su mirada fue como un cálido rayo de sol.

—Sí, estoy bien.

—Vale. Voy a ocuparme un poco de jardín mientras estáis aquí. Lo he descuidado un poco y las malas hierbas se están haciendo con el control.

—¡La cena estará lista a las seis! —gritó Chloe cuando él salía de la cocina.

—Estaré aquí sin falta —repuso.

Chloe volvió hacia mí su cara sonriente y luego bajó la vista a la labor que hacía.

—En realidad es... ¡Dios! Es simplemente extraordinario, ¿verdad?

«Extraordinario. Oh, sí, eso es...».

Asentí moviendo la cabeza.

—Lo es —murmuré.

Chloe inclinó la cabeza a un lado mientras me estudiaba.

—Tengo que admitir que, cuando hablé con él por teléfono la primera vez, no pude evitar preguntarme si tenía novia. —«Oh...». Una vaga sensación de desilusión me inundó—. Pero ahora, viendo cómo te mira...

Clavé los ojos en los de ella.

—¡Oh, no! Nosotros no somos más que... Me refiero a que solo somos amigos.

«Si volvemos a vernos desnudos...».

Un rubor ardiente me subió desde el cuello al recordar esas palabras. Chloe negó con la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—Oh, no, Ellie. La forma en que te mira puede ser muchas cosas, pero la amistosa no es una de ellas. Siente algo por ti. Y si un hombre así siente algo por ti, tú debes de ser alguien muy especial también. —Sonrió, con amable calidez.

La corriente de alegría que me recorrió la espalda cuando declaró que Gabriel sentía algo por mí fue seguida por otra de inseguridad y derrota. Me reí, aunque mi risa no contenía ni pizca de humor.

—No soy nadie especial, te lo aseguro.

Chloe se dio la vuelta, dejó las verduras que acababa de coger de la nevera encima de la isla y se acercó a mí con una mirada de alarma.

—Oh, Ellie, apenas te conozco y ya sé que eso no es cierto —aseguró, cogiéndome las manos y apretándomelas con fuerza. No pude evitar que aquella muestra de afecto hiciera que se me enrojecieran las mejillas. Las chicas nunca habían sido amables conmigo, y me sentí muy tímida. Esa joven era todo lo que yo no era: amigable y abierta, sonreía con rapidez y facilidad. Era pura y dulce.

—Entonces, ¿a qué te dedicas?

Y ahí estaba la ocasión. Observé a Chloe mientras buscaba algo en una alacena y sacaba una tabla de cortar, que dejó sobre el mostrador.

—Soy *stripper*. —Me quedé inmóvil, esperando su reacción.

Dejó lo que estaba haciendo y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo dices en serio? Dios, siempre he tenido una fantasía secreta sobre eso. Debe de resultar muy liberador sentirse tan a gusto con tu cuerpo. —Cogió una cebolla y se puso a cortarla.

Fruncí el ceño.

—Mmm..., no. En realidad, no. Nunca he pensado eso. No me gusta lo que hago. Es solo una especie de... Es trabajo, supongo. —Suspiré—. No te voy a decir que no fue una opción, porque todos podemos elegir, ¿verdad?

Chloe dejó de picar la cebolla un momento para mirarme.

—Supongo, pero «elegir» es un término un tanto forzado, ¿verdad?

Me guardé esa idea para pensar sobre ella después.

—Imagino que sí.

—De todas formas, si no te gusta tu trabajo, quizá este accidente sea una de esas cosas que hace mirar hacia atrás y puedas considerarlo el catalizador que cambió las cosas para mejor. Ya sabes, lo que te animó a tomar otro camino.

*«Vas por el camino equivocado. Debes regresar, cielito».*

La miré fijamente, pensando que parecía tener mucha confianza en sí misma, que sus argumentos eran ordenados y claros. «Si no eres feliz, cambia. No hay ningún problema para ello. Es pan comido». Esas eran las conclusiones de alguien que, en realidad, nunca había tenido que luchar, que no sabía que no solo te golpeaban y te hacían sangrar, que la vida te hacía daño por sí misma, y que ese era el peor dolor. No entendía la profunda agonía que padecía el alma con la pérdida, que se encogía aterrorizada, añorando. No se daba cuenta de que el corazón podía doler tanto que solo quería acurrucarse en el interior del pecho para no salir nunca más. Y, sin embargo, no sentía resentimiento hacia ella, solo envidia.

—No fue exactamente un accidente. Me atacaron tres hombres.

Chloe dejó caer en la encimera de granito el cuchillo que estaba usando.

—¡Oh, Ellie! Eso es terrible. ¿Los han detenido?

Asentí.

—Sí.

Ella pareció aliviada.

—Oh, gracias a Dios. —Aun así, negó con la cabeza mientras me lanzaba una mirada compasiva y angustiada—. ¡Qué mal lo has pasado! Lo siento mucho.

Cogió el cuchillo y lo empuñó, manejándolo como si tuviera intención de usarlo como arma.

—Me gustaría estar sola en una habitación con esos hombres capaces de atacar a una mujer y este cuchillo. —Atravesó el aire con el filo, lo que me hizo sentir una sorpresa momentánea que me llevó a soltar una risita. Me resultaba extraño ver a esa chica tan dulce y con ese aspecto tan inocente empuñando un cuchillo de chef como si fuera una versión delicada de El Zorro.

Se detuvo y su mirada fiera se convirtió en una sonrisa cuando se rio conmigo. Me incliné hacia delante, sin aire, con las costillas doloridas por el movimiento que provocaba mi hilaridad.

—Ay... —me quejé, riéndome de nuevo.

Después de unos minutos, se puso a cortar de nuevo, aunque de vez en cuando se nos escapaba alguna carcajada.

—¿No hay otra tabla para cortar ahí?

—Sí, espera un segundo. —La vi coger otra tabla, un cuchillo y una cesta con setas, que puso delante de mí para que empezara a laminarlas.

—Me ha dicho Gabriel que estás entrevistando a niños que fueron secuestrados y que luego regresaron a casa —comenté un minuto después.

—Sí, concretamente, trabajo sobre los efectos psicológicos a largo plazo. —Inclinó la cabeza a un lado—. La mayor parte de la investigación la he hecho estudiando casos así, así que he tenido mucha suerte de que Gabriel haya accedido a colaborar. —Negó con la cabeza mientras dejaba el cuchillo a un lado; luego cogió la cebolla picada con las manos y la vertió en una sartén grande que había sobre los fogones. Se volvió de nuevo en busca de un trapo para limpiarse las manos—. He de decir que me esperaba a alguien... diferente. No tan equilibrado, tan...

—Sólido —sugerí.

Nuestros ojos se encontraron, y sonrió.

—Sí. Sólido. Es una buena palabra para describirlo. En él hay algo increíblemente fuerte. Es encomiable, la verdad. —Seguimos trabajando en silencio durante un minuto—. Me siento fascinada por las razones que llevan a una persona a venirse abajo mientras que otra que ha experimentado un trauma similar sobrevive y prospera. La mente es una cosa fascinante, y siempre existen muchas variables. Podría discutir sobre psicología durante todo el día.

—¿Quieres ejercer de psicóloga cuando te gradúes?

Ella se rio.

—Estás pensando lo mismo que mi padre: «¿Esta chica será capaz de permanecer en silencio el tiempo suficiente como para escuchar los problemas de la gente?». —Sonrió al verme negar con la cabeza.

—No, no estaba pensando eso.

Se rio de nuevo.

—Sería lógico que lo pensaras. Me gusta charlar. Pero en realidad también me gusta escuchar. —Esbozó una sonrisa amigable—. Así que si alguna vez necesitas un oído dispuesto a escuchar, estoy disponible, y me gustaría que me consideraras tu amiga.

Sonreí mientras continuaba picando. Charlamos de todo y de nada mientras Chloe cocinaba, y yo hice las pocas diligencias de preparación que podía estando sentada.

Gabriel entró en la cocina justo cuando Chloe estaba de puntillas para llegar a una bandeja en la que servir un pollo a la Marsala que olía de forma divina. Era evidente que acababa de salir de la ducha, pues todavía tenía el pelo húmedo y se había cambiado de ropa. Lo vi acercarse a Chloe, coger la fuente con facilidad y tendérsela con una sonrisa. Ella lo miró con adoración mientras se reía en voz baja.

—Gracias.

Gabriel me miró.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Asentí, y, cuando miré a Chloe, ella nos estaba observando con una sonrisa en la cara.

Gabriel llevó los platos al comedor y puso la mesa para cinco mientras Chloe hacía los preparativos finales de la cena. Cuando estaba colocando los cubiertos sobre las servilletas, se abrió la puerta y entró Dominic, que nos saludó brevemente antes de decir que iba a su habitación a cambiarse. Se alejó después de lanzarme una mirada fría. La burbuja de felicidad en la que estaba disminuyó de tamaño, y por un momento, solo quise esconderme en mi dormitorio y permanecer allí durante el resto de la noche. Pero respiré hondo; no estaba dispuesta a estropear la cena que Chloe había preparado con tanto afán. Así que me obligué a permanecer allí.

Sonó el timbre, y Gabriel le abrió la puerta a George, que nos saludó al entrar con una cálida sonrisa.

Todos nos sentamos a comer y, durante los diez primeros minutos, charlamos a gusto, felicitando a Chloe por los deliciosos manjares que había preparado. Era la primera comida familiar que experimentaba en mi vida, y aunque sabía no era bienvenida por Dominic, me dejé llevar por aquella experiencia, observando cómo todo el mundo se reía y disfrutaba. Eché una mirada de reojo a Gabriel, que estaba sentado a mi lado. Parecía relajado en la silla, con un brazo apoyado de forma casual sobre el respaldo de la mía, participando con fluidez en la conversación. Cuando me atrapó mirándolo, me sonrió. Desvié la mirada al tiempo que me sonrojaba, sintiéndome como si me hubieran pillado haciendo algo prohibido.

*«Siente algo por ti. Y si un hombre así siente algo por ti, tú debes de ser alguien muy especial también».*

Me pregunté de nuevo por qué estaba cuidando de mí, si era porque le gustaba. ¿Sería capaz de aceptar que solo lo hacía por eso? ¿Podría ser tan sencillo? ¿Veía algo en mí que ni siquiera yo sabía que tenía, algo que hacía que yo valiera la pena y fuera digna de ser amada?

*«Eres una niña buena e inteligente, Ellie. No lo olvides nunca, ¿vale? No importa lo que ocurra, no lo olvides».*

La posibilidad me sorprendió, me marcó, abrió un pozo de esperanza en mi interior, y allí dentro hubo un aleteo, algo que creía que llevaba muerto y enterrado toda la vida. Me sentía como si hubieran colgado un señuelo delante de mí, algo brillante y hermoso y como si todo lo que tuviera que hacer fuera extender la mano y agarrarlo.

La conversación siguió a mi alrededor, salpicada por el sonido de la risa ligera de Chloe. Seguí algunos temas, lo que decían, pero sobre todo observé cómo interactuaban, la casual facilidad con la que se relacionaban.

Noté que George y Dominic sonreían ante Chloe, cautivados por su encanto, y me pregunté cómo se sentiría una siendo tan feliz y despreocupada todo el tiempo, como sería ser capaz de reírse con tan poco esfuerzo. ¿Qué se sentiría si te miraban de la forma en la que miraban a Chloe los hombres que estaban sentados a esta mesa? Siempre sonrientes y con cálidas miradas. Yo también me reía por la historia que estaba contando de uno de sus profesores.

Sentí la mano de Gabriel por debajo de la mesa cuando entrelazó los dedos con los míos. Su contacto era tan suave y sólido como él, y se me puso la piel de gallina. «¡Oh!», me pareció que suspiraba mi corazón. Que nuestras manos estuvieran unidas de esa manera me hacía sentir como si nos hubieran forjado

juntos, que cada parte de su cuerpo contenía un lugar solo para mí. Un lugar más apropiado que ningún otro.

«Como si hubiéramos sido esculpidos teniendo al otro en mente».

Era una idea tonta. Incluso fantasiosa... No era propia de mí. Y, sin embargo, no quería descartarla, porque aquel pensamiento me hacía sentir demasiado bien. Me sentía llena de felicidad, y me recorrió una repentina sensación de pertenencia que aceleró la sangre en mis venas. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí como si encajara en alguna parte? Hacía mucho..., mucho tiempo.

Miré a Gabriel y lo pillé observándome con una tierna sonrisa en los labios.

—¿Qué tal va tu pierna, Ellie?

Oír mi nombre me arrancó de mis pensamientos y parpadeé antes de cambiar la mirada de Gabriel a Dominic, quien me había hecho la pregunta. Lo vi levantar la cerveza y tomar un largo trago. Ya había dos botellas vacías en la mesa, delante de él. Noté que le brillaban los ojos y que arrastraba levemente las palabras. Conocía esa expresión... Estaba borracho, o a punto de estarlo.

—Mejor —solté con cautela. Pasó una sombra por sus ojos que reconocí sin dudar: la había visto muchas veces a lo largo de mi vida. La conocía igual que a una barra de *striptease*, que se deslizaba, familiar, entre mis manos, aunque eso no significaba que la deseara. Me preparé para la crueldad que había llegado a esperar de los hombres como él.

Asintió, moviendo la cabeza lentamente.

—Bien. ¿Se puede bailar en el regazo de alguien con solo una pierna sana o no se puede? Quizá algunos hombres disfruten de este tipo de cosas, ¿no?

Se me heló la sangre en las venas y bajé la mirada hacia el plato; de repente, ya no tenía apetito. Cualquier conversación murió a mi alrededor.

—Dominic... —dijo Gabriel en tono de advertencia.

—¿Qué? —preguntó Dominic, tomando otro sorbo de cerveza—. Es una *stripper*, ¿no? Discúlpame, ¿era un secreto? Solo le preguntaba si podía o no realizar su trabajo. Tendrá que volver a trabajar en algún momento, ¿verdad?

—Dominic, ya basta. Estás siendo maleducado y lo sabes —intervino George.

Sabía que George me defendía por bondad, pero eso me daba vergüenza, porque evidenciaba más lo que estaba haciendo Dominic. Hacía como si debiera sentirme humillada por sus palabras. Mientras que unos momentos antes formaba parte del grupo, como si encajara allí, ahora me sentía separada, además: lo diferente que era llevaba a la gente a discutir.

—En serio, no pasa nada, George —dije en voz baja, sin apartar la mirada de



Dominic—. De hecho, él tiene razón. No puedo bailar con una pierna rota.

Solté la mano que Gabriel me estrechaba debajo de la mesa. Chloe se había puesto en pie, y, cuando la miré, me di cuenta de que nos miraba a todos con una expresión consternada, y luego sus labios formaron una delgada línea.

Dominic levantó las manos.

—Perdóname, no quería ofenderte. Ellie, perdóname si te he hecho sentir avergonzada.

Nuestras miradas siguieron en contacto durante una fracción de segundo antes de que él apartara la vista, pero alcancé a ver el brillo de la victoria en sus ojos. Dominic no lamentaba sus palabras. Había conseguido lo que se proponía con ellas: hacerme ser consciente de que no encajaba allí, ni en esta casa ni con Gabriel. Me sentía ridícula como un payaso, como si él hubiera leído mis pensamientos más secretos y conociera las esperanzas que albergaba mi mente y quisiera dejarme claro lo estúpida que era por creer tales cosas. Había bajado la guardia y él había tomado ventaja. ¿Por qué me sorprendía? Solo había ocurrido porque me sentía... segura. Menos sola.

—Espero que hayáis dejado hueco para el postre —dijo Chloe con su tono más firme, tratando, obviamente, de cambiar de tema para que desapareciera aquella incomodidad repentina que flotaba en el aire—. Ellie y yo hemos preparado algo especial.

—No sabía que poseías tantos talentos, Ellie —soltó Dominic. Su sonrisa fue inmediata, y consiguió que pareciera que estaba tratando de compensar la escena anterior con un cumplido. Pero yo noté la burla subyacente en sus palabras, como si él supiera muy bien que no tenía talento para nada y estuviera tratando de recordármelo de nuevo, asegurándose de paso de que todos los presentes me veían como él. Forcé una sonrisa mientras me movía incómoda en la silla.

Chloe sacó el helado de *brownie* que habíamos preparado, y todos se deshicieron en elogios mientras lo comían. Yo, por mi parte, había perdido el apetito y solo quería que la cena terminara, por lo que, en cuanto pude, me levanté y empecé a retirar las servilletas sucias y algunos servilleteros.

—Ellie, siéntate. Tú no vas a recoger la mesa —aseguró Chloe.

—Puedo ocuparme de algunas cosas —dije, cogiendo las muletas para ir a la cocina, sin querer sentirme físicamente incompetente a pesar del vacío que provocaban en mí los comentarios de Dominic. Incluso aunque mi ayuda fuera mínima.

Gabriel se levantó también.

—Ya que las chicas han hecho la cena, los chicos vamos a recoger.

—No voy a rechazar ese plan —se rio Chloe—. Ellie, vamos a sentarnos en el salón.

Gabriel me quitó lo que tenía en la mano al tiempo que intentaba mirarme a los ojos. Aparté la vista, sonriendo a Chloe.

—Vale, voy al baño y nos vemos allí.

Me di la vuelta: solo necesitaba unos segundos a solas para volver a sentirme bien.

—Ellie... —me dijo Gabriel, aunque yo hice como si no lo hubiera oído y giré en otra dirección.

Me fui a mi habitación y me senté en la cama para respirar hondo. ¿Por qué me sentía así? Solo porque habían surgido ciertas sensaciones de pertenencia y me habían devuelto a la Tierra. Pero eso era bueno; lo peligroso había sido dejar que mis pensamientos vagaran a sus anchas. En realidad, Dominic me había hecho un favor al recordármelo.

Después de unos minutos, me dirigí de nuevo al salón. Me detuve en el umbral, desde donde también tenía una buena vista de la cocina. Me apoyé en la pared, observando cómo Gabriel se reía de algo que le estaban diciendo antes de coger un plato que le tendía alguien para ponerlo en el lavavajillas.

Oí tanto las voces de George como de Chloe. Evidentemente, todos estaban ayudando a recoger.

«No solo los chicos. Los que *encajaban* estaban recogiendo. Y la escena era perfecta, justo como debía ser».

Gabriel se rio de nuevo e inclinó la cabeza hacia atrás, y tuve la sensación otra vez de que él estaba donde debía, donde se sentía tranquilo, feliz y en paz.

Mi sonrisa se desvaneció cuando Dominic salió del cuarto de baño y se detuvo a mi lado. Siguió la dirección de mis ojos hasta la cocina, donde Gabriel se reía.

—No siempre se ha reído así.

Me quedé inmóvil, con los ojos clavados en Gabriel. Él se había desplazado hacia la derecha, y apenas podía verlo ahora.

—Cuando regresó a casa, estaba muy... asustado. —Hizo una pausa—. Estábamos contentísimos de que estuviera de vuelta, por supuesto, pero no era el mismo. Siempre había sido el típico chico que lo hacía todo bien: los estudios, los deportes. Todo el mundo lo quería, ¿sabes? Tenía algo, algo que provocaba que todo el mundo acudiera a él; una especie de confianza rara en un adulto y mucho más rara en un niño. Eso es lo que ha comenzado a recuperar durante los dos

últimos años. Y no pienso permitir que se lo hagas perder de nuevo, Crystal. Ya ha sufrido bastante. Se merece lo mejor de la vida. Se merece la vida que tenía, no menos. Que siempre haya sentido debilidad por los perros callejeros no significa que yo vaya a permitir que te conviertas en algo permanente, ¿me has entendido?

«¿Crystal?».

Pensaba que me insultaba al utilizar ese nombre, pero escucharlo en sus labios me dio fuerzas, me recordó que tenía un escudo. Le lancé mi sonrisa más coqueta y sincera, y él pareció algo sorprendido antes de entrecerrar los ojos y mirarme los labios. Se frotó el labio inferior con el dedo índice.

—Sin embargo, veo lo que ve en ti, debo reconocerlo. Posees el tipo de belleza que lleva a un hombre a tomar decisiones estúpidas. Haces que cualquier hombre pierda el control de sí mismo.

—¿Es cierto eso, cielo? Me lleva a pensar que tú sí sabes algo sobre las decisiones estúpidas.

Sus ojos se entrecerraron todavía más mientras me miraba de arriba abajo.

—La diferencia está, Crystal, en que es algo que me puedo permitir. Gabriel no. —Se interrumpió de nuevo—. Sabes para qué fue a ese club de *striptease* en el que trabajas, ¿verdad?

Aparté la vista, negándome a responder, impidiendo que se diera cuenta de que estaba temblando por dentro.

—Quería a Chloe, pero era demasiado inseguro para dar el primer paso. Miraba su foto, hablaba con ella por teléfono con ojos soñadores. A ti solo te necesitaba para practicar, Crystal; la quiere a ella. Pero entonces te dieron esa paliza y Gabriel se puso en modo rescatador.

El corazón se me detuvo en el pecho, y me concentré en contener la respiración de forma que mi expresión no demostrara lo afectada que estaba. No quería que supiera lo mucho que me dolían las palabras, que era como si me hubiera clavado un puñal en el intestino. Porque sabía que Dominic no mentía.

*«Tú me puedes enseñar a reaccionar adecuadamente cuando me toca una mujer».*

El propio Gabriel me había dicho la verdad. Solo que no era una mujer cualquiera, sino Chloe. Chloe, con su cara bonita y su personalidad vibrante. Chloe.

«Por supuesto que quiere a Chloe».

No a mí. No me quería, y nunca me había querido. O si lo hacía era solo porque no estaba completamente cómodo todavía con una mujer, no estaba listo

para acercarse a alguien dulce e inocente como Chloe. Era perfecto: me llevaba a vivir con él y practicaba. Alguien a quien acercarse cuando la puerta estaba cerrada, a quien dar la mano bajo la mesa. Se sentía cómodo conmigo porque yo no le importaba de verdad. Cuando yo regresara a *La perla de platino*, su relación con Chloe despegaría de una vez.

Sonreí de nuevo a Dominic.

—No tienes de qué preocuparte, Dominic. No soy nadie permanente.

Él emitió un sonido que era mitad conformidad mitad disgusto, y me estudió como si tratara de encontrar en mí algo mejor. Se tambaleó un poco, pero recuperó el equilibrio poniendo una mano en la pared, junto a mí. Le sostuve la mirada, negándome a apartar la vista, negándome a permitir que se diera cuenta de lo dolida que estaba, lo nerviosa que me ponía su cercanía. Me pasó un dedo por el pómulo de la misma manera que Gabriel la noche anterior. Solo que esta vez sentí frío, odio. Esta vez quise apartar la mano que me acariciaba en lugar de fundirme con ella. Alcé la barbilla.

—Eres tan guapa... Haces que un hombre pierda la cabeza... —Luego se movió tan rápido que me cogió por sorpresa. Su boca cayó sobre la mía y chillé. Me metió la lengua en la boca al tiempo que me inmovilizaba contra la pared, apretando la ingle contra mi vientre. Casi levanté una muleta para golpearlo, pero el peso de sus palabras me aplastó igual que el de su cuerpo.

«Solo te necesitaba para practicar».

«Tú me puedes enseñar a reaccionar adecuadamente cuando me toca una mujer».

Me contuve; dejé que me besara, que su lengua me invadiera la boca y que se frotara contra mí, sin preocuparme. Sin que me importara en absoluto. O al menos eso fue lo que me dije. Había una grieta en el techo y me concentré en ella... dejando la mente en blanco.

La cara de Dominic desapareció de repente de delante de la mía con un sonido húmedo, lo que me dejó sin aliento. Me asusté de repente y apreté la espalda contra la pared, tratando de controlarme. Volví la cara contra la pared al tiempo que cerraba los ojos con fuerza, esperando un golpe...

—¿Qué coño estás haciendo? —Era la voz furiosa de Gabriel. Abrí los ojos y la boca para responder.

«¿Qué estaba haciendo yo?».

—Dios, tranquilízate... —Dominic se tambaleaba hacia atrás, y Gabriel se erguía ante él. Vi cómo levantaba el puño y cogía con la otra mano la pechera de la camisa de su hermano. Dominic retrocedió unos pasos antes de inclinarse

hacia delante—. Solo trataba de averiguar qué es lo que la hace tan atractiva.

Tardé un segundo en darme cuenta de que Gabriel estaba encarándose con Dominic, no conmigo.

Gabriel respiraba con fuerza, como si tuviera problemas para controlarse, y antes de que pudiera alejarme de la pared contra la que me había apresado Dominic, Gabriel le dio un puñetazo en la cara.

Oí un grito femenino cuando Chloe se precipitó por el pasillo, seguida de George. Dominic trastabilló hacia atrás, hasta detenerse con un golpe seco contra la pared que tenía detrás. Tenía la nariz llena de sangre y maldecía por lo bajo.

—Vete de mi casa —gruñó Gabriel.

Dominic lo miró con una expresión de sorpresa y profundo dolor.

—¿Es que no ves lo que nos está haciendo?! —le gritó.

—Eres tú el que lo está haciendo —replicó Gabriel.

—¡Maldita sea, Dom! —intervino George, cogiendo a Dominic y prácticamente arrastrándolo hasta la cocina. Dominic lo siguió de buen grado, cubriéndose la nariz con las manos.

Chloe nos miró a Gabriel y a mí con una expresión de conmoción y confusión. Parecía no saber qué hacer. Un segundo después, se dio la vuelta y siguió a los otros hombres, decidiendo, obviamente, que era mejor que nos dejara a solas. El corazón me latía con fuerza, un siseo me inundaba la cabeza.

«¡Oh, Dios! ¿Cómo ha llegado a suceder esto?».

Gabriel se volvió hacia mí con una expresión agónica. Cerró los ojos con fuerza durante un segundo y luego los abrió.

—Eloise...

Su voz me hizo reaccionar. Me puse recta con una sensación de horror; la situación hacía que quisiera que me tragara la tierra.

«Oh, Dios... Oh, Dios...».

—Eloise —repitió Gabriel con un ronco susurro lleno de dolor. Cerró el puño a un lado; lo tenía manchado de sangre.

«Un ángel vengador».

El corazón me latía con fuerza en el pecho, y me provocaba un dolor tan intenso que llegué a pensar que iba a llorar. Negué con la cabeza, solo necesitaba escapar. Lejos de esos ojos atormentados, de la vergüenza, de la desgarradora desesperación que me recorría, pues sabía quién era y quién sería siempre.

—Por favor —le pedí sin saber exactamente qué quería... ¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Distancia? ¿Ayuda? ¿Todo a la vez?

Me di la vuelta hacia mi habitación y cojeé lo más rápido que pude. Vi que Gabriel me tendía una mano, pero me alejé, y la dejó caer, inclinando la cabeza a la vez. Cerré la puerta a mi espalda para apoyarme en ella. Quería desaparecer, fundirme con la nada.

Anduve como pude hasta la mesilla de noche y cogí el móvil para escribirle a Kayla un mensaje que solo constaba de cuatro palabras:

*«¿Puedes venir a recogerme?».*

# 15

*«No pensemos en nada. Busquemos la fuerza».*  
*Lady Eloise, de los campos de narcisos*

ELLIE

*La perla de platino* aparecía sucia y ajada bajo la luz del día. Salí del asiento trasero del coche de Kayla, donde me tuve que sentar porque el asiento del copiloto estaba roto y no se podía echar hacia atrás para acomodar la escayola, y cogí las muletas. Iba a seguir teniendo la pierna inmovilizada durante al menos tres semanas más, pero ya notaba que se estaba curando. No me había tomado ninguna pastilla para el dolor en los dos últimos días, y solo sentía un dolor sordo en las costillas.

—¿Necesitas que te eche una mano? —me preguntó Kayla, cerrando de golpe la puerta y rodeando el coche para venir a mi encuentro.

—No. Estoy bien. Ahora soy casi una experta en estas cosas. —Levanté una muleta y me acerqué cojeando a ella.

Al pasar por delante del contenedor, volví la cabeza, sin querer pensar en lo que había pasado allí detrás aquella noche que, ahora, parecía tan lejana. Me sorprendía que no fuera la paliza lo que me provocaba angustia, sino el recuerdo de la bondadosa cara de Gabriel levitando sobre mí en el pasillo del hospital, lo hermoso que me parecía.

«Gabriel...».

Me obligué a no pensar en él. Eso no me haría ningún bien en ese momento. Después de lo que había ocurrido anoche, saltaba a la vista que tenía que volver a mi propia vida, a mi trabajo. Me llevaría un tiempo recoger los pedazos, pero ya no podía esconderme en el mundo de Gabriel. No era justo para nadie. Y, sin duda, ya no era bienvenida allí. Estaba segura de que Gabriel estaba tan disgustado conmigo como yo misma.

Cuando Kayla llegó a recogerme, me había sorprendido encontrar la casa vacía. Así que atravesé el espacio cojeando con una sensación de alivio. Todavía me

sentía frágil y avergonzada, y no quería ver a nadie. Había pasado una noche agitada en el sofá de la compañera de apartamento de Kayla.

Mi amiga me sostuvo la puerta abierta mientras salía y luego se despidió con rapidez.

—¿Estás segura de que aquí estarás bien? Yo no puedo quedarme, lo siento.

Forcé una sonrisa.

—Estoy bien, no te preocupes. Pasaré aquí un par de horas hasta que esté en condiciones de volver a trabajar. —Esperaba poder usar también ese tiempo para estudiar cómo se combinaban las bebidas y, si Rodney me dejaba, familiarizarme con la barra.

—Vale. Te enviaré un mensaje cuando esté de camino.

—Gracias, Kay.

Recorrí el vestíbulo sobre las muletas para ir al despacho de Rodney. Solo atravesar el club me ponía mal sabor de boca. No podía evitar comparar aquel lugar oscuro y sucio con la hermosa casa de Gabriel, tan llena de luz y de vida. Aquel antro me ponía ahora la piel de gallina, algo que no me había pasado antes. Meforcé a tragarme la sensación.

—¿Sí? —ladró Rodney cuando golpeé suavemente la puerta de su despacho. La abrí con la muleta.

Él levantó la vista de los papeles que había diseminados por su escritorio con una expresión de genuina sorpresa en aquel rostro hinchado. Se reclinó en la silla mientras me acercaba cojeando.

—Hola, Rodney...

—Crystal. —Me miró de arriba abajo antes de que me sentara en la silla que había delante del escritorio—. ¿Cómo te encuentras?

Solté una risa que carecía de humor.

—Jodidamente genial. —«Gracias por haberme preguntado antes. Tu preocupación me resultó reconfortante».

—Tienes un aspecto de mierda.

—Muchas gracias, Rodney. Como de costumbre, tu encanto me resulta abrumador.

—Me limito a decir la verdad.

Me humedecí los labios.

—Es evidente que no puedo bailar todavía, pero esperaba poder servir copas en la barra hasta que pudiera volver a trabajar.

—No necesitamos una camarera.



—Pero tengo que trabajar, necesito el dinero.

—Ese no es mi problema.

Lo miré boquiabierta.

—Me atacaron de una forma brutal tres clientes cuando salía de aquí.

—La política de la empresa es muy clara, dice que debes esperar que uno de los guardias de seguridad te acompañe al coche. Tú no lo hiciste.

Respiré hondo, diciéndome a mí misma que no debía ponerme nerviosa.

—Soy consciente de que he pasado por alto esa política, pero no puedes estar sugiriéndome que es culpa mía.

Se encogió de hombros.

—Puede que no sea culpa tuya, pero la cuestión es que no necesito una camarera. Y, aunque así fuera, los clientes no quieren que les sirva una coja. Es malo para el negocio. —Clavó los ojos en mis pechos—. Incluso aunque tengas unas tetas bastante decentes.

Casi me reí de lo absurdo que resultaba, pero me venció la ira antes de que me saliera la risa.

—Eres una persona horrible, ¿sabes?

—Corazón, soy un hombre de negocios. Y a los negocios no les interesan los sentimientos.

Me obligué a permanecer sentada y a esbozar una sonrisa.

—Tiene que haber algo que pueda hacer hasta que haya sanado lo suficiente para volver a bailar en la barra.

Rodney cogió lo que parecía un palillo usado del escritorio y hurgó entre sus dientes mientras me estudiaba.

—Joder, ni siquiera puedes barrer el suelo. No tengo nada para ti. Tómate un par de meses de descanso y vuelve cuando no parezcas un muñeco de pruebas de impacto. —Se rio de su propia broma—. Mientras tanto, tendré que hacer algunos cambios.

—¿Un par de meses...? —farfullé—. ¿Ni siquiera vas a darme una oportunidad? —Me poseyó una rabia feroz—. ¡No te has interesado por mí ni una vez después de la paliza! —grité—. He cambiado el turno cada vez que me lo has pedido, he soportado tus abusos, he dejado que me pellizcaras el culo mientras fingía que no me importaba, me he reído de tus chistes estúpidos ¿y no eres capaz de encontrar algo para mí hasta que me cure?

Rodney me miró con dureza, como si estuviera apretando los dientes.

—Vete.

Me levanté con las muletas en la mano. Quería aferrarme a la rabia que me había impulsado, pero me sentía destrozada, derrotada. No era capaz de retener nada, todo se deslizaba entre mis dedos. Y, de todas formas, ¿qué podía hacer? ¿Suplicarle a Rodney? Dios, prefería morir debajo de un puente. Me di la vuelta y salí cojeando del despacho.

Ya en la puerta, recordé que no había vaciado la taquilla, y consideré dar vuelta atrás. Pero lo único que tenía en ese armario eran cosas que necesitaba para el trabajo, como maquillaje, vestuario o algunos zapatos de tacón. Así que lo dejé todo allí, empujé la puerta y salí bajo la brillante luz del sol.

Era como si haber entrado en *La perla de platino* me hubiera drenado la energía, así que me senté en la acera, junto a la puerta, y saqué el móvil. Lo miré durante un momento, pero luego lo guardé lentamente. Lo cierto era que no tenía a nadie a quien llamar. Kayla volvería dentro de un rato; ahora estaba trasladando sus pertenencias a casa de otra amiga. La chica con la que estaba compartiendo piso le había pedido que se fuera cuando su hermana se había presentado en la ciudad para quedarse con ella.

Dios, todos éramos nómadas medio desnudos, moviéndonos de una situación temporal a otra. Resultaba agotador, y muy lamentable.

Se detuvo una *pickup* a mi lado, bloqueando el sol. Miré al conductor con los ojos entornados. «George». Resoplando, me levanté y me acerqué a la ventanilla del conductor.

—No esperaba verte aquí, George.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—No. Imagino que no esperas demasiado de nadie, ¿verdad, Ellie?

Solté un suspiro mientras me retiraba de la cara el pelo que se me había escapado de la coleta. Miré a lo lejos sin ver nada en realidad al tiempo que buscaba fuerzas. Buscando coraje para ser sincera.

—No, creo que no. —«Nunca lo haré. La esperanza es algo demasiado peligroso».

—Supongo que las cosas no te han ido bien ahí.

—No, no me han ido bien.

George guardó silencio durante un momento y apartó la vista, pero luego volvió a clavar en mí los ojos.

—Dominic ha venido a vivir conmigo de forma temporal.

—Bueno... —No sabía qué pensar de eso. Lo cierto era que en ese momento no quería acordarme de Dominic.

Señaló con la cabeza el asiento del copiloto.

—¿Quieres que te lleve?

—¿A dónde?

—A casa.

Lo miré fijamente durante un momento antes de asentir lentamente.

—¿Necesitas que te ayude a subir?

—No, puedo arreglármelas sola. —Rodeé el capó de la *pickup* de George, puse las muletas detrás del asiento y utilicé el pequeño escalón para subir al asiento del copiloto. Él salió del aparcamiento mientras yo miraba cómo *La perla de platino* se hacía cada vez más pequeña. Tenía el presentimiento de que sería la última vez que estaría allí, y no sabía todavía si eso sería bueno o malo. En realidad no tenía muchas más opciones para conseguir empleo, y no disponía de demasiados conocimientos para trabajar en algo que no implicara desnudarme. Apoyé la cabeza en el asiento y dejé que George me llevara a casa.

Condujo en un silencio que agradecí, porque me sentía agotada. La noche anterior no había dormido más de media hora, y aproveché para descansar la vista mientras el zumbido del motor me arrullaba. Estaba demasiado exhausta para pensar en algo relativo al futuro, y me sentía feliz por aquel respiro a mis desesperados pensamientos, ya que en ese momento el impacto de perder mi trabajo hacía que todo lo demás se hubiera convertido en una preocupación distante... Al menos de momento. Sabía que la sensación era temporal, así que aproveché la calma que me proporcionaba mientras durara.

Cuando nos detuvimos delante de un pequeño rancho, en una tranquila calle residencial de Morlea, miré a George, confusa. Él señaló la casa con la cabeza.

—Vamos. No a la casa, sino al garaje. Dejaré la puerta abierta. Dominic está trabajando.

—¿Qué hacemos aquí?

—Sígueme.

Salí vacilante de la *pickup* y, apoyada en las muletas, miré la calle tranquila y arbolada. Una mujer en chándal paseaba de la correa a un pequeño beagle. Sonrió y saludó a George, que le respondió del mismo modo.

George abrió la puerta del garaje y entró, llamándome. Me acerqué con cautela y vi que era un espacio limpio, más pequeño que el de Gabriel, pero con un banco de trabajo similar que ocupaba una de las paredes. También había una vieja nevera que zumbaba al fondo. En el medio del espacio colgaba, del techo, un saco de boxeo.

—George, ¿qué estamos haciendo aquí? —pregunté al entrar.

—Te voy a enseñar a defenderte.

—¿De quién? ¿De Dominic?

George estaba golpeando el saco con suavidad, pero dejó caer los brazos mientras me miraba con una expresión de decepción y quizá de pesar.

—Dominic no es un mal chico, Ellie, de verdad, pero sí, también de él. —Suspiró; me pareció más viejo de lo que yo pensaba que era—. No todos los hombres se aprovechan cuando tienen la oportunidad, pero debes aprender a detectar a los que serían capaces de hacerlo y permanecer alejada de ellos. Te has mezclado con la gente equivocada, chiquilla.

Emití un sonido burlón con la garganta.

—Será que la vida me ha mezclado con la gente equivocada.

—No lo dudo, pero también te ha llevado con Gabriel. —Me miró durante un minuto, y sus ojos me hicieron sentir expuesta de alguna manera, como si me comprendiera mejor y realmente tuviera una razón para hacerlo—. Ahora que conoces la diferencia, espero que te mantengas alejada de la gente equivocada. —Hizo una pausa—. Aun así, de vez en cuando, alguien te sorprenderá, y no en el buen sentido. —«Cierto. Como Dominic»—. Es entonces cuando tienes que saber cómo protegerte de ellos, para que no te cojan por sorpresa.

Arqué una ceja.

—¿Vas a enseñarme a pelear?

—Sí.

—George, ¿y qué vas a conseguir con eso?

—Te ayudará a ver que no tienes que soportar nada. Creo, Ellie, que llevas mucho tiempo aguantando lo que se presenta ante ti. ¿Me equivoco?

—¿Y qué otra opción tenía? —murmuré. No sabía cómo reaccionar ante este hombre.

—Quizá no muchas buenas, pero voy a ampliar tus opciones. Venga. —Se inclinó y cogió algo que me tiró. Lo atrapé por instinto con una mano antes de mirar qué era. Unos guantes de boxeo. Aquello era ridículo...

—Ando con muletas.

—¿Todavía no puedes cargar algo de peso en esa pierna?

El médico me había dicho que debía empezar a hacerlo, pero no mucho. Había imaginado que se refería a situaciones en las que tuviera que guardar el equilibrio.

—Un poco sí —reconocí.

George asintió.

—Entonces, deja las muletas a un lado. Puedes agarrarte al saco si lo necesitas. —Señaló los guantes con un gesto—. Vamos, pónelos. El secreto está en lanzar un buen puñetazo al tiempo que bajas la barbilla para que el brazo salga derecho. Venga.

Me puse los guantes lentamente, y luego entré cojeando en el garaje, donde George estaba ante el saco. Dejé las muletas apoyadas en la pared y me incorporé, manteniendo el equilibrio sobre la pierna buena y los dedos del pie de la enyesada. Golpeé el saco con cautela.

—Supongo que has sido tú quien enseñó a Gabriel a dar puñetazos. —Pensé en la nariz sangrante de Dominic y la mirada de incredulidad que había pasado por su cara, el dolor. Hice una mueca, como si aquel momento en el que había estado tratando de no pensar volviera a mí con vivos colores.

—Sí. Cuando les enseñé a los chicos, les dije que solo podían golpear por dos razones: si alguien te pega primero o para proteger el honor de una mujer.

Clavé el puño en el saco con más fuerza.

—Así, Ellie, dale un buen golpe. Demuestra quién manda.

Me reí mientras hacía caso a George. Me estuvo instruyendo durante los diez minutos siguientes, diciéndome cómo lanzar puñetazos más fuertes, aunque cuidando mis costillas y procurando moverme de forma que no retrasara mi curación. Cada vez que golpeaba el saco, me atravesaba una poderosa sensación de satisfacción. Me sentía... fuerte, o tan fuerte como debía ser.

George detuvo el saco con una sonrisa.

—Muy bien. Ha sido un buen comienzo. Ven por aquí una vez por semana y te convertiré en una buena boxeadora.

Me reí de nuevo mientras le devolvía los guantes.

—Vale, George.

—Bien... —dijo mientras me estudiaba durante un rato—. Creo que ahora lo que te hace falta es un trabajo.

Me puse rígida.

—¿Tienes un trabajo para mí?

—No es nada realmente emocionante. Es posible que te hayas dado cuenta de que necesitamos que alguien responda al teléfono en la sala de exposiciones de la cantera. En este momento, cogemos las llamadas cuando estamos por allí; en caso contrario, acaban en el contestador, pero eso no funciona demasiado bien. Hace unos meses, teníamos a una persona trabajando en la recepción, pero lo dejó para

cuidar de sus nietos. No hemos tenido tiempo para contratar a nadie. Así que me parece que nos podrías hacer un favor si eres capaz de soportar el aburrimiento.

Me mordí el labio.

—No tengo ninguna experiencia en responder al teléfono.

—Puedes aprender.

«Puedes aprender».

Al oírlo, noté un aleteo en el vientre fruto de los nervios. Aun así era agradable que alguien tuviera fe en mí. ¿Cuándo ocurrió por última vez? No podía recordarlo. Me hacía sentir bien. Dios, muy bien. Asentí.

—Vale. Gracias, George.

Sonrió mientras regresábamos a la *pickup*.

—De acuerdo. Entonces puedes comenzar el lunes a las nueve. ¿Te parece bien?

—Sí. —Me subí al vehículo y lo miré mientras ponía en marcha el motor—. George, Dominic trabaja allí y...

—No vas a volver a tener problemas con Dominic. —Noté que tensaba la mandíbula un poco antes de mirarme fijamente—. ¿De acuerdo?

Asentí.

—De acuerdo. —Lo estudié en profundidad: su perfil fuerte, la piel bronceada con arrugas blancas por las líneas de la risa, por lo que era obvio que sonreía mucho y a menudo. Tenía una espesa mata de pelo gris y los ojos azules y muy brillantes. Era un hombre apuesto. Amable. El tipo de hombre que había soñado que abriría la puerta de aquella fea casa el día que mi madre me abandonó—. ¿Por qué eres tan bueno conmigo? —pregunté sin pensármelo dos veces.

Me lanzó una rápida mirada de reojo, pero volvió a mirar a la carretera enseguida.

—Porque confío en Gabriel, y él se merece ser feliz.

Incliné la cabeza a un lado, considerando su respuesta. «Sí, Gabriel merecía ser feliz». Sin embargo, la respuesta de George implicaba que mi felicidad estaba conectada a la de Gabriel. No sabía si eso era cierto, ni siquiera sabía si quería que fuera verdad. Parecía algo en lo que no debía depositar mis esperanzas.

—No tienes que llamar hogar a su casa si no quieres. Puedes marcharte. Estás en tu derecho. Pero no de esa manera, sin una palabra, sin despedirte. Él se merece algo mejor.

Asentí con la cabeza y bajé la vista a las manos que entrelazaba en el regazo, clavando los ojos en mis uñas.

—Lo sé.

Condujo hasta la casa de Gabriel. Noté que me ponía más nerviosa según nos acercábamos. Empecé a jugar con el borde de la camiseta. ¿Cómo iba a reaccionar él al verme de vuelta? Ni siquiera me había despedido de él, solo había desaparecido sin más. George tenía razón: Gabriel se merecía algo mejor. Mejor que yo. Y, sin embargo, me había sentido profundamente herida ante lo que Dominic me había dicho de Chloe. Había sido un amigo como nadie antes. Tal vez era en eso en lo que tenía que centrar mi amistad con Gabriel. Él quería a Chloe, ¿cómo no iba a hacerlo? Ella se sentía atraída por él y pertenecía a su mundo. Entonces, ¿qué más daba que yo sintiera algo tan intenso? Me mantendría aparte y me centraría en lo que era mejor para él. Podía hacerlo, y lo haría. Me repetí a mí misma esa letanía mientras seguíamos adelante, con la esperanza de haberme convencido a mí misma en el momento en el que llegáramos.

# 16

*«Sé valiente. Incluso con las palabras».*

GABRIEL

Oí la *pickup* de George antes de verla, y salí del garaje quitándome los guantes, con el corazón rebotando en el interior del pecho. «Oh, Dios..., por favor, que venga ella con él». Entrecerré los ojos cuando el vehículo se acercó y vi el contorno de dos cabezas detrás del parabrisas. Solté un suspiro de alivio.

Cuando la camioneta se detuvo, observé saltar a George, que me saludó con un leve gesto de cabeza y una sonrisa, antes de ayudar a Ellie. Ella salió de la *pickup* y me miró con nerviosismo mientras se apoyaba en las muletas.

George se dirigió entonces al lugar detrás del volante, despidiéndose de nosotros dos con la mano.

—Gracias, George —dije, con la esperanza de que entendiera la sinceridad de mis palabras. Asintió y se metió dentro.

—Hola —dije al tiempo que me volvía hacia Ellie, que estaba quieta en el camino con los ojos llenos de incertidumbre mientras se mordía el labio, por lo que me dieron ganas de besarla y consolarla a la vez.

—Hola.

Señalé con la cabeza el balancín del porche.

—¿Te sientas ahí conmigo?

—Sí —repuso, mirando por encima del hombro.

La ayudé a subir los dos escalones, a pesar de que ya era muy hábil con las muletas, y a sentarse en el columpio. Fue un momento extraño e incómodo. El porche estaba en sombra, y la menta que crecía en el lateral de la casa perfumaba el aire.

Me sentía como un adolescente en su primera cita con una chica que no sabía si ella realmente quería salir con él, como un hombre que quería disculparse y que no sabía por dónde empezar. Supuse que lo mejor era ir directo al grano.

—Dios, lo siento, Ellie.



Ella me miró y giró su cuerpo un poco de forma que quedamos uno frente al otro.

—No tienes que pedirme perdón por nada.

—Sí, no te he mantenido a salvo.

—No tienes ningún tipo de responsabilidad por ello. —Bajó la vista—. Lo cierto es que provoqué a Dominic. Lo animé a hacer lo que hizo. —Sus ojos estaban llenos de culpabilidad y dolor, lo que hizo que se me encogiera el corazón, aunque no pude negar el feroz ramalazo de celos que me atravesó, una corriente caliente e incómoda. Me puso nervioso, con ganas de golpear algo de nuevo. O más bien a alguien. Mi hermano había besado a Ellie antes que yo.

—¿Querías besarlo?

—No.

Me apreté el labio inferior entre los dientes mientras la miraba, preguntándome por qué entonces se lo había permitido, antes de llegar a la conclusión de que incluso podría no saberlo.

—Creo que quizá deberíamos culpar de todo a Dominic y dejarlo estar. ¿Te parece?

Esbozó una pequeña sonrisa, pero negó con la cabeza.

—No quiero que interponerme entre tu hermano y tú. No estaría bien.

Miré más allá de ella, clavando los ojos en los árboles por encima de su hombro, con el sol en lo alto del cielo, mientras recordaba cómo se me habían retorcido las entrañas cuando vi a Dominic apretando a Ellie contra la pared en el pasillo, con la cara inclinada sobre la suya.

Cerré los párpados y los apreté con fuerza, en un intento de expulsar esa imagen de mi cerebro.

—Lo que te he dicho antes es cierto. Dominic y yo necesitamos tomarnos un tiempo. Nuestra relación es complicada, Ellie, y no tiene nada que ver contigo.

—Me había dado cuenta hacía años de que, de alguna forma, Dominic se consideraba mi protector. Eso me había hecho sentir agobiado..., aunque jamás lo había reconocido. Él estaba en la universidad local cuando me compré la casa, y le pregunté si quería mudarse conmigo de forma provisional. Aquel tiempo se había convertido en años, pero ambos estábamos listos para que eso cambiara.

Cada uno necesitaba su espacio. Lo que había ocurrido con Ellie era solo la proverbial gota. Una gota muy grande, aunque solo fuera la que había colmado el vaso. Sin embargo, había acabado echando a Dom de mi casa por lo que le había hecho a Ellie. Debería habérselo pedido mucho antes; hubiera sido mejor

para los dos.

Ellie recorrió mis rasgos cautelosamente con los ojos antes de asentir moviendo la cabeza.

—George me ha ofrecido un trabajo en la cantera. Puedo irme... a casa. Ya me siento mucho mejor y mi coche es automático... —Frunció un poco el ceño al tiempo que miraba hacia otro lado, como si hubiera algo que le preocupara detrás de sus palabras.

—Quédate aquí. —Mi voz sonó ronca incluso a mis propios oídos, y ella volvió hacia mí la vista de nuevo. Moví la cabeza con rapidez—. Está a poca distancia de la cantera, y puedo llevarte y traerte yo mismo. ¿Cómo vas a conducir hora y media todos los días mientras llevas una escayola en la pierna?

Ella bajó la mirada a su pierna.

—Creo que podría, pero... no sería lo más prudente.

—No.

Los dos permanecemos en silencio durante un rato, mientras Ellie se mordisqueaba las uñas; un hábito que, según había notado, tenía cuando estaba nerviosa o intranquila.

—Gabriel... Dominic me ha contado por qué fuiste la primera vez a *La perla de platino*. Algo sobre Chloe...

«Ay, Dios...».

Me acomodé de nuevo con un suspiro; ahora me sentía más enfadado con mi hermano por su insaciable necesidad de alejar a Ellie. Por su insaciable necesidad de controlarme. Usé el pie para empujar el columpio con suavidad.

—¿Qué te ha dicho?

—Me dijo que tenías aspiraciones de llegar a algo con ella... Que fuiste a *La perla de platino* en busca de alguien que te ayudara a prepararte para estar con Chloe... Ese... ese era mi papel. Ahora ella está aquí y...

Solté un bufido que acabó siendo un suspiro.

—En eso hay algo de verdad... —Noté que se encogía un poco, y me dolió el corazón—. Cuando Chloe se puso en contacto conmigo, permití que mi mente imaginara... ciertas posibilidades. Sin embargo, Ellie, lo cierto es que Chloe solo me llevó a darme cuenta de que estaba preparado para recuperar la última parte de mí mismo, esa parte que me impedía mantener una relación. Ella solo fue un catalizador, lo que me envió a *La perla de platino* esa noche. La idea de... —Hice una pausa, recordando a Ellie cuando la vi esa noche, sentada delante de mí con su llamativo maquillaje y aquellos altísimos tacones—. Y allí te conocí a ti. No te

esperaba, Eloise, pero aquí estás. Y es de ti de quien me he enamorado.

Ella levantó la vista y parpadeó con rapidez. La esperanza que brilló en sus ojos casi me derritió, pero vi que se convertía al instante en incertidumbre, quizá incluso pánico.

—No, Gabriel.

—¿No qué?

Negó con la cabeza.

—No debes amarme.

Solté un suspiro.

—Demasiado tarde, ya lo hago. Lo siento, pero no puedo retroceder.

Sus ojos se movieron sobre mi cara como si estuviera tratando de encontrar algún rastro de falsedad en mis ojos, alguna mentira en mi expresión. Tuve un pequeño rayo de esperanza antes de que ella parpadeara de nuevo.

«Ellie».

Sospechaba que ella también sentía algo por mí, a pesar de que podría no estar lista para confesarlo, ni siquiera ante sí misma. Lo había pensado por primera vez la noche que la vi examinando el gorrión que había en la repisa de la chimenea. Había percibido en sus ojos el mismo anhelo que yo sentía, había notado el rubor de su rostro cuando la había tocado, la forma en la que se había apoyado en mí en vez de alejarse. Y luego, la noche antes de la cena, ella me había mirado de soslayo con aquella expresión tímida y feliz, completamente indefensa. Cuando le había cogido la mano por debajo de la mesa, había observado que se le ponía la piel de gallina.

Entonces, me había mirado sonriente, con aquella misma sonrisa deslumbrante que me había ofrecido cuando tenía el arcoíris en sus manos, aquella que iluminaba su rostro y sus ojos y que la hacía brillar de una manera indescriptible. En ese momento, yo me había quedado sin respiración, y había sabido que estaba enamorado de ella. Eso me había dado miedo, me había excitado y me había hecho sentir débil por el deseo. Me había dado ganas de tocarla, de conocerla de todas las formas posibles, de amarla de todas las maneras y me había hecho desear que ella también me tocara y me amara.

Amarla había hecho que comenzara a sanar esa última parte de mí que todavía estaba rota. Así que no me importaba esperar. Aguardaría una vida por Ellie, siempre y cuando ella me necesitara.

—Es que yo... —Empezó a decir, pero sus palabras se desvanecieron.

Sonreí.

—Está bien. No tienes que decir nada hasta que no estés preparada. Sin embargo, una vez recibí una lección sobre no dejar pasar nunca la oportunidad de contarle a la gente que amas lo que sientes por ellos. Es una especie de lema con el que vivo ahora. —Sonreí de nuevo, y ella levantó la cabeza con una pequeña sonrisa en los labios. Clavé los ojos en su boca, abrumado por el deseo de besarla. Pero no sería hoy. No sería el día después de que mi hermano se hubiera abalanzado sobre ella.

Ellie apartó la vista y clavó los ojos en la carretera durante un rato antes de volver a mirarme.

—Lamento no decirte lo mismo ahora. Es que yo... —Sus palabras se desvanecieron mientras negaba con la cabeza—. Supongo que se me da bien escabullirme.

Incliné la cabeza a un lado, tratando de llamar su atención para que sonriera.

—No me importa que te escabullas, Ellie. Pero deja que te atrape de vez en cuando.

Durante los dos días siguientes, volvimos a caer en la rutina que habíamos tenido antes. Veíamos juntos el amanecer, y Ellie charlaba conmigo mientras trabajaba con William. Después de confesarle lo que sentía por ella, noté entre nosotros cierta tensión que no estaba allí antes, una especie de conocimiento que remolineaba en el aire y que ninguno de los dos podía evitar. Yo le había dicho lo que sentía, y ahora estaba esperando a que ella hiciera lo mismo. «Esperando». La veía sentada a solas en la terraza, por las tardes, con los brazos apoyados en las rodillas mientras miraba hacia los árboles, y la dejaba meditar, pensar, con la esperanza de que alguno de esos pensamientos fuera sobre mí.

Por la noche, me tendía en la cama y pensaba en ella, incapaz de reprimir las fantasías que flotaban en mi mente. Me preguntaba cómo sería sentir su piel debajo de mis manos, a qué sabría su boca, cómo me sentiría cuando mi cuerpo se uniera con el suyo. Pensar en la intimidad ya no me asustaba tanto como antes, porque cuando me imaginaba entrando en contacto con alguien, ya no era con una desconocida sin nombre y sin rostro. Ahora era con alguien en concreto, alguien a quien amaba. Me imaginaba a Ellie.

Chloe vino a casa dos veces más, y charlamos con la misma fluidez que habíamos tenido al principio. A pesar de lo personal del tema, Chloe tenía algo que te hacía sentir a gusto. Algún día sería una buena profesional. Su manera de

tratar a los pacientes era cálida e intuitiva, y mantuve la esperanza de que tuviéramos contacto incluso después de que terminara con este proyecto.

No podía negar que me intrigaba lo que habría pasado si no hubiera conocido a Ellie, si Chloe hubiera aparecido ante mí y me hubiera sentido preparado para iniciar una relación que ella también quisiera. Era una joven vibrante y guapa, de trato muy fácil. Me caía bien, y quizá, en otras circunstancias diferentes, podría llegar a amarla. Supuse que habría sido una especie de amor cómodo; nunca habría hecho arder mi corazón como Ellie. Ella no me habría impulsado y cautivado, no me habría hecho sentir miles de emociones diferentes a la vez. Lo intuía igual que sabía lo que era sentir la piedra bajo las manos, igual que algo me impulsaba a mover el cincel para crear un borde redondeado en lugar de uno cuadrado, igual que sabía la presión que aplicar para tallar sin romper. «Porque Ellie es mía». No porque la poseyera, sino porque la amaba.

Quizá algo que veía en sus ojos me recordaba el dolor que yo también había experimentado. Tal vez esa era la razón de que la amara como la amaba, porque ella llegaba a los rincones más oscuros de mi corazón y de mi alma. O quizá simplemente era algo que no podía explicar con palabras, y que tampoco necesitaba ninguna explicación.

Mi amor por Ellie era como un soplo de vida en mi interior.

Así que, de alguna forma, me parecía raro compartir detalles íntimos de mi vida con una mujer cuando la única por la que sufría estaba sentada en algún lugar en otra parte de la misma casa.

Después de que Chloe se fuera, fui al patio, donde estaba sentada Ellie.

—He estado pensando —me dijo, volviéndose hacia mí y sonriendo.

—Bien pensado —me burlé.

—¿Cuál es tu postre favorito?

Fruncí el ceño un poco, confundido por su pregunta.

—Ah..., tarta de merengue de limón.

—Oh... —repuso, inclinando la cabeza a un lado.

—¿No es la respuesta correcta? —bromeé.

—No. —Se mordió el labio—. Seguro que no es fácil de hacer.

—¿Quieres hacerme un postre?

—Sí, se me ha ocurrido. Si no te importa. Y también la cena.

—Por supuesto que no me importa. Si te ves con fuerzas.

La vi esbozar una sonrisa todavía más grande.

—¿Te importaría llevarme al supermercado a comprar algunas cosas?

Me reí, con el corazón lleno de esperanza. Me iba a preparar la cena y a hacer una tarta. Era una especie de normalidad que me hacía sentir bien.

—No, no me importaría nada. —Asentí, sonriendo.

Fuimos al supermercado de Morlea. Empujé el carrito de la compra por los pasillos mientras Ellie leía los ingredientes necesarios en una receta que había buscado con el móvil. Me esforzaba para no estar sonriendo continuamente, pero me costaba mucho. Ver a Ellie en el supermercado, incluso apoyada en las muletas, me hacía feliz de una manera que quizá fuera demasiado excesiva. Aun así, era como si fuéramos una pareja, y me permití disfrutar de ello. Me sentía a gusto con ella a mi lado, tanto que buscaba el suave roce de su brazo en lugar de evitarlo.

Cuando nos pusimos a la cola para pagar, me di cuenta de las miradas, de los susurros de la gente, y me sentí incómodo, como siempre. Me di cuenta de que Ellie lo notaba también, a pesar de que seguía descargando los artículos del carrito en la cinta de la caja. Parecía avergonzada, supuse que por mí, y eso supuso un repentino bloqueo en mi felicidad. Algo de lo que leí en su expresión me preocupó, aunque no podría definir exactamente por qué.

Bajé la vista y mis ojos cayeron sobre los periódicos, expuestos para la venta, donde había en primera página el anuncio de un artículo sobre el caso de Wyatt Geller. Ni siquiera era un titular. Esa realidad me revolvió el estómago. Salvo comprobar *online* todas las mañanas las novedades sobre la noticia, había tenido cierto éxito en no obsesionarme con ello. Me sentía completamente indefenso al respecto, y mantenía la esperanza de que la policía resolviera pronto el caso. Rezaba por ello. Pensar en ello sin cesar no ayudaría a nadie, y menos a mí.

Ellie se mantuvo muy callada en el trayecto de regreso, pero cuando llegamos a casa, parecía normal otra vez. La ayudé a vaciar las bolsas antes de volver a salir al exterior, para terminar los trabajos de jardinería que había comenzado el día anterior.

Llevaba trabajando aproximadamente una hora cuando oí una explosión en el interior que me hizo levantar la vista del macizo de flores, donde estaba arrodillado colocando el mantillo, hacia la puerta que acababa de abrirse. Me puse en pie lentamente, y miré a Ellie, que había aparecido en el umbral con la camiseta blanca manchada de algo verde, la cara llena de harina e incluso el pelo salpicado por la misma salsa verde que cubría su torso. Su aspecto era completamente desastroso.

—¿Ellie? ¿Estás bien? —Clavé los ojos en su cara, pensando que había

ocurrido algo horrible en la cocina, pero sin saber a ciencia cierta por qué parecía tan desanimada.

Bajó las escaleras cojeando hasta detenerse delante de mí con un largo suspiro entrecortado y se pasó la mano por el pelo, intentando domar un mechón de pelo pringoso de comida. Tenía una mirada tan llena de dolor, tan cruda, que me quedé sin palabras. El corazón se me encogió mientras la miraba.

«¿Qué le ha pasado?».

—Cuando tenía doce años, uno de los amigos de mi padre entró en mi habitación de noche, cuando dormía. —«¡Oh, no! ¡Oh, Dios!».

La seguí mirando, sin poder, ni querer, apartar la mirada de sus grandes ojos llenos de dolor.

No había conseguido hacer la cena, y esta era su reacción. ¿Por qué? ¿Por qué un simple fracaso había traído un dolor tan profundo? ¿Estaba tratando de sorprenderme de nuevo con algo de su pasado que creía que la hacía ser horrible y repugnante? Me quedé paralizado, esperando que ella expresara alguna otra cosa que me aclarase la situación y me hiciera sentir el mismo disgusto que sentía ella por sí misma.

«Suéltalo, amor. Puedo soportarlo».

Ella respiró hondo, lo que hizo que se estremeciera de pies a cabeza.

—Estuvimos juntos. —Alzó la barbilla, como si estuviera preparándose para mi reacción. No tuve ninguna. «Te violó, Eloise. ¿Por qué no lo llamas por su nombre?».

Un intenso temblor pareció recorrerla una vez más, y después se irguió al tiempo que cerraba los ojos con fuerza—. Me traía dulces y luego se reía, diciéndome que era mi otro papá, mi cielo...

«Cielo».

*«Lo siento, mi carnet de baile está lleno esta noche, cielo».*

*«¿Qué es lo que trae a un buen hombre como tú a esteantro de pecado, cielo?».*

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Me sentía como si alguien estuviera retorciéndome las entrañas con un torniquete. Él tenía edad suficiente para ser su padre, y ella solo era una niña.

Volvió a respirar de forma entrecortada, y tuve que reprimirme para no acercarme a ella. Sabía que mi gesto detendría sus palabras; unas palabras que tenía que sacar fuera.

—Mi padre llamó a la puerta una vez y pensé... Pensé... Bueno... No le importó. Nunca se preocupó por mí. La relación se prolongó durante un año y luego... Luego comenzó a salir con una mujer de otro pueblo, por lo que dejó de venir por casa de mi padre. Supongo que fue un error, pero cuando dejó de

venir a mí, fui a su casa y le rogué que volviera. Se lo rogué... —Lo escupió como si fuera veneno—. Pensaba que me amaba, así que le supliqué que no me dejara. Lo hizo de todas formas, por supuesto, pero antes me levantó la falda una última vez para que no lo olvidara... —Surgió un sonido de su garganta, no se trataba de un gemido ni de un sollozo, sino algo que hablaba de una devastación muy profunda, un sonido que imaginé que llevaba mucho tiempo atrapado profundamente en su interior.

Y sentí que mi cuerpo, mi alma, recibían ese dolor. Ella me lanzó una mirada de sorpresa, como si acabara de salir de una extraña niebla. Luego se dio la vuelta bruscamente y se alejó cojeando, más rápido de lo que la había visto moverse desde que tuvo el accidente, como si el dolor de la pierna fuera en ese momento la menor de sus preocupaciones.

«¡Oh, Dios!».

Ahora que no podía oírme, gemí en voz alta por el sufrimiento que me provocaba su confesión, por la forma en que se había expuesto y hecho vulnerable ante mí. La habían utilizado —la habían violado— de una forma horrible, y se odiaba a sí misma porque lo había confundido con amor.

«¡Dios mío, Eloisel!».

Yo conocía esa clase de dolor, sabía lo que se sentía al necesitar amor de una forma tan desesperada que se era capaz de buscarlo en cualquier lugar. Crearlo si era necesario. Pero la diferencia entre ella y yo era que yo nunca había sido objeto de abusos y abandonos por parte de las personas que se suponía que me querían y debían mantenerme a salvo. Me dolía el corazón por ella. Me di cuenta de nuevo de que era un alma tierna; de que necesitaba tanto amor que incluso había tratado de encontrarlo en el más feo de los lugares: en la primera atención que había recibido de un hombre.

«Ellie. Mi Ellie».

Se apoderó de mí una feroz necesidad de protegerla, una necesidad tan abrumadora de consolarla que casi me dolía. Y, de repente, me di cuenta de que mi deseo de amarla era mucho más grande y poderoso que mi miedo. Era algo prácticamente vital para mí. Se trataba de amor. Llenaba mi corazón de una forma que no había espacio para nada más.

Me puse las manos en la nuca y eché hacia atrás la cabeza, mirando el cielo claro del otoño, mientras rezaba para que mi amor fuera suficiente para los dos.



# 17

*«Si te dieron este dolor es porque eres lo suficientemente fuerte para soportarlo».*

*Sombra, el barón de la espoleta*

ELLIE

Temblaba con tanta fuerza que apenas podía respirar. ¡Oh, Dios!, ¿qué había hecho? ¿Por qué? No me podía aclarar la mente. Me sentía abrumada por el dolor y el horror, un sufrimiento tan grande que parecía que estaba socavándome el alma.

Lo único que había querido era hacer la cena y un postre para Gabriel. Había pensado que podía hacer lo mismo que tan fácil le había resultado a Chloe: cocinar. Lo cierto era que nunca había cocinado, siempre lo hacía todo en el microondas, pero se me había ocurrido pensar que no podía ser tan difícil. Una comida sencilla y una tarta estúpida. Y todo me había salido fatal. Había empezado primero por la tarta; el flan me salió aguado y no logré conseguir que subiera el merengue, así que pensé «Bueno, lo intentaré con la cena». Pero luego se me quemó la pasta, algo que ni siquiera sabía que era posible, y la salsa al pesto salió despedida del vaso de la batidora golpeándome la cara con fuerza.

Grité llena de rabia. La sensación de derrota y fatalidad me provocó un nudo terrible en la garganta. No era capaz de hacer nada bien. «No sé hacer nada». Era una inútil, y aunque Gabriel me había dicho que me amaba, yo no me lo merecía. Chloe había preparado la cena, y me había parecido fácil, factible... Pero no había resultado así para mí.

Cuando estábamos pagando en el supermercado, todo el mundo me había mirado con desdén. Había recordado las palabras de Dominic sobre que Gabriel debía tener la vida a la que estaba destinado. Era obvio que la gente del pueblo no pensaba que yo fuera una buena compañía para él, y luego estropecé la cena y la tarta, y cayeron sobre mí todas las terribles decisiones que había tomado en la vida, y pensé que nunca había hecho nada bien, nada, y me derrumbé...

—Hola. —La palabra tierna y apacible me arrancó de aquellos pensamientos dolorosos y obsesivos. Gabriel me brindó una sonrisa triste mientras cerraba la puerta de cristal que daba acceso a la terraza, adonde había huido. Me di la vuelta al tiempo que dejaba caer los brazos a los lados, sin saber qué hacer, sin saber qué decir, aunque era consciente de lo que él me iba a decir: que no me amaba. Me lo diría, porque así era Gabriel. Me diría que fuéramos a dar un paseo, que no me preocupara por lo que había pasado en la cocina. Que esto me podría doler... ¡Oh!, que me podría doler...

Sentí que se acercaba a mi espalda, percibí su cuerpo contra el mío, su calidez borró el frío que corría por mis venas. Me estremecí, y respiré con rapidez cuando apretó su cuerpo contra el mío, sorprendida cuando me rodeó con los brazos y me estrechó, inclinando la cabeza hacia delante para apoyar la mejilla contra mi sien. Me quedé paralizada ante el contacto. «¡Oh! Oh, Gabriel...». Era tan sólido, tan seguro y reconfortante, que aunque me sentía enferma por el horror que le había confesado, algo en mí se alegró de esta victoria suya. Me estaba abrazando. Me sostenía con tanta fuerza que dos personas no podrían estar más cerca de lo que estábamos él y yo en ese momento. Cerré los ojos para disfrutar del momento, y las lágrimas me resbalaron por las mejillas.

—He estropeado la cena —susurré.

Sentí que sonreía contra mi oreja.

—Ya lo he visto.

Asentí, moviendo la cabeza torpemente contra su pecho.

—Y la tarta...

—También lo he visto.

—Ah...

Los dos nos quedamos en silencio durante un momento, mientras mi cuerpo dejaba de temblar en la cálida cuna de sus brazos. Continuó abrazándome mientras me sosegaba.

—Debo de agotarte —dije, notando la desesperación que contenía mi voz. Tenía que darle una vía de escape, pero me dolía. Él me había dicho que me amaba, pero no lo haría ahora, después de lo que le había contado. No debía hacerlo... No debía amarme.

—No. Pero ¿qué es lo peor de hoy? —Sentí que sonreía de nuevo. Estaba tomándome el pelo, y lo cierto era que eso me tranquilizaba. Gabriel no estaba horrorizado... ¿Por qué?

—¿Lo peor de hoy? —pregunté, volviendo la cabeza, demasiado avergonzada

para mirarlo a los ojos. Me sentía vacía y muy, muy expuesta. Él se rio por lo bajo, y, esta vez, me estremecí de placer, el sonido masculino de su risa resultaba muy sugerente contra mi oreja, contra mi piel.

«Gabriel. Como el ángel. Mi ángel. Quiero que sea mi ángel».

Cerré los ojos y me imaginé que los brazos con los que me rodeaba eran unas alas enormes que me envolvían para protegerme del mundo; la imagen me hizo sonreír.

Lo cierto era que lo que le había dicho era lo peor de todo. Lo que más me avergonzaba. El secreto que me corroía por dentro como una enfermedad. Lo que no había compartido nunca con otra alma viviente.

—Te amo, Eloise. Y eso no va a cambiar.

Abrí los ojos. Gabriel era lo único sólido en todo el mundo, y me apoyé en él con un sonido ahogado que procedía de lo más hondo de mi ser.

—¿Por qué eso te asusta tanto? —me preguntó.

—Porque creo que acabarás marchándote.

—¿Te parezco un hombre que ama de forma descuidada o imprudente?

—No. —La palabra fue un susurro roto. Gabriel no era la clase de hombre que hiciera nada de forma descuidada ni imprudente.

—No voy a marcharme.

Lo dijo con determinación, con confianza, como si eso no fuera siquiera una posibilidad. Quería creerlo. Lo quería con toda mi alma, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Puedo enseñarte algo? —me susurró.

Me sentía desequilibrada, nerviosa y asustada. Como si me hubieran exprimido. No entendía que Gabriel siquiera amándome, ni siquiera entendía que lo hiciera.

—V-vale...

Se echó atrás y me cogió de la mano al tiempo que cogía las muletas del lugar donde las había dejado caer para entregármelas. Lo seguí más allá de la cocina, que parecía el escenario verde y amarillo de una guerra de *paintball*.

—¿Puedo cambiarme antes de camiseta?

—Claro.

Me metí en la habitación para ponerme ropa limpia. Luego intenté quitarme de la cara y el pelo toda aquella sustancia pegajosa con una toalla húmeda. Cuando terminé, fui con Gabriel, que me esperaba en el pasillo, y fuimos hacia la puerta, para acercarnos a la *pickup*.

—¿A dónde vamos?

—Da igual. Lo importante es no limpiar la cocina.

Me sorprendió que pudiera ser capaz de reírme, y Gabriel sonrió también. Seguimos en silencio durante unos diez minutos más. Todavía intentaba calmar mi acelerado corazón mientras trataba de digerir mi crisis emocional; aún estaba un poco avergonzada e insegura, pero, además, notaba aquella sensación de que algo se había hinchado en mi interior, sobrepasando su capacidad, y se había liberado. Era una especie de ligereza que no sabía cómo explicar.

Gabriel me miró con una cálida sonrisa y me cogió la mano, que me sostuvo hasta que llegamos a una carretera secundaria. Recordé otra carretera igual, donde Tommy Hull me había exigido un «pago» por llevarme en su coche y luego me golpeó. Una ira sorda se apoderó de mí ante aquella imagen, y deseé haber luchado, deseé haberle dado un puñetazo como me había enseñado George. O, mejor aún, deseé no haberme subido a su *pickup*.

*«No todos los hombres se aprovechan cuando tienen la oportunidad, pero debes aprender a detectar a los que serían capaces de hacerlo y permanecer alejada de ellos».*

Supuse que me resultaría difícil reconocerlos. Solo me eran familiares los hombres que se aprovechaban cuando tenían la oportunidad. Era la norma. A los que no conocía era a los hombres buenos. Y, por irónico que fuera, eran esos los que me daban miedo. Como Gabriel.

En ese momento, giró el volante unas cuantas veces y detuvo el motor. Me miró con una sonrisa antes de bajarse y rodear el vehículo para ayudarme a poner los pies en tierra. Miré a mi alrededor mientras íbamos hacia la parte de delante de la *pickup*. La zona era muy boscosa; las hojas de los árboles poseían vibrantes colores dorados, escarlatas y algunas ráfagas de púrpuras.

Más adelante, había un puente de color rojo oscuro cubierto que salvaba un pequeño arroyo. Al avanzar hacia allí, olí el aroma quebradizo del otoño y del agua.

—¿Era esto lo que querías enseñarme?

—Sí. ¿Qué tal tu pierna?

—Bien.

Estudí el puente según avanzábamos hacia él. Para mí, siempre había habido algo pintoresco y anticuado en los puentes cubiertos, algo sencillo y romántico. Pero hasta ese momento, no había pensado mucho en los romances. Hasta que conocí a Gabriel.

Me llevó hasta el borde del puente y luego se dirigió a la barandilla que daba al exterior, donde había una pequeña repisa justo por encima del agua, bajo la

sombra de la cubierta del puente. Lo miré de forma interrogativa, y él se quitó los zapatos antes de empezar a enrollarse los vaqueros. Vi cómo lo hacía, con el ceño fruncido, y luego seguí su ejemplo y me deshice de mis zapatos. Se sentó y metió los pies en el agua, riéndose, mirándome con los ojos entrecerrados. Cientos de mariposas revolotearon en mi estómago mientras me sentaba a su lado, aunque moví la cadera de tal modo que la escayola no tocara el agua y solo uno de mis pies colgara por el borde. No pude reprimir una explosión de risa, ya que el líquido frío se arremolinó alrededor de mi pie.

—¡Oh, está helada! —Me reí de nuevo. Pero me sentía bien, como si una seda fresca recorriera mi piel desnuda y me hiciera cosquillas en el tobillo. Me hacía sentir viva y presente.

Gabriel se reclinó sobre el lateral del puente y señaló un punto delante de él. Allí, al alcance de la vista, había un valle de flores silvestres de todos los colores, rodeadas de árboles de tonos vibrantes. Por un momento, aquella colorida belleza me dejó sin aliento. Había vivido en Vermont toda mi vida y nunca me había parado un minuto a admirar la belleza del paisaje. Sentada allí, con Gabriel, me quedé paralizada, casi abrumada por ella.

—Hay un arcoíris en todas partes —comentó él, inclinando la cabeza a un lado al tiempo que me sonreía.

Me reí por lo bajo, sin dejar de mirarlo, aunque, de repente, me sentí tímida por su cercanía, por la forma en la que me miraba. Una ráfaga de aire agitó un mechón de mi pelo y me envolvió. Cerré los ojos e inhalé el aroma de las flores silvestres que tan cerca teníamos.

—Quiero darte todo esto —comentó Gabriel con ternura. Abrí los ojos para mirarlo, y noté una expresión muy seria en su hermoso rostro, como si pudiera ver directamente mi alma. Parecía que lo sabía todo sobre mí, y ahora, lo hacía. La mayor parte al menos.

Se me aceleraron los latidos del corazón, por lo que aparté la mirada mientras mis mejillas ardían por su cercanía, por el amor que brillaba en su expresión. No sabía qué hacer todavía con él, ya que nunca me había enfrentado a nada así. Bajé de nuevo la vista al agua al tiempo que movía el pie lánguidamente, con la sensación de la brisa en la cara agitándome el pelo.

—No se le puede regalar a nadie el viento, Gabriel —le recordé bajito, y me quedé atrapada en su mirada cuando busqué de nuevo sus ojos.

Cuando estiró el brazo y me acarició la mejilla, el corazón se me detuvo. Instintivamente me apoyé en la palma de su mano. Igual que antes, no había

vacilación en su contacto, solo una amorosa certeza. Curvó los labios en una dulce sonrisa.

—Puedo intentarlo, Eloise. Déjame intentarlo.

Solté un pequeño suspiro cuando mis labios se curvaron. Sabía lo que quería decir. Gabriel deseaba entregarme la paz de este momento, la... poesía de este lugar, el romance, los olores, los sonidos y la serena belleza que nos rodeaba. Quería darme amor. Y, ¡Dios!, yo quería aceptarlo, pero estaba demasiado asustada para alargar la mano y agarrarlo. Aun así, tener miedo podría privarme de él. Y si así fuera, nunca sería capaz de continuar adelante. Nunca me recuperaría.

Unas cuantas hojas revolotearon en los árboles con la ligera brisa, y sentí que también a mí me removía por dentro. Me pregunté cómo los árboles sabrían dejar de lado lo que no necesitaban, y si yo también podría hacerlo.

—¿Cómo lo consigues? —pregunté—. ¿Cómo puedes dejar de lado el miedo? —También se había sentido herido antes. Le habían hecho un daño profundo. No podía entender cómo podía superar el pasado. Y menos aún celebrarlo todo con esa intensidad.

—¿El miedo? —preguntó, deslizando la mirada por mi cara.

—El miedo a amar.

Pasó por sus ojos una mirada de triste entendimiento.

—Porque, Ellie —dijo, y su voz estaba tan llena de determinación que me hizo parpadear de sorpresa—, gano cada vez que me atrevo a amar. Me refiero a que gano cientos de veces cada día, miles... Amo la salida del sol y el viento, la forma en que las gotas de lluvia resuenan contra mi ventana. —Se detuvo mientras movía el pulgar con suavidad sobre mi pómulo, acariciándome como si yo fuera preciosa—. Y, sobre todo, a ti. Amo más de ti. Quiero mirarte y decir que un mal hombre no me impidió entregar mi corazón a la chica que lo reclamó. Mi corazón es tuyo, Eloise. Tuyo. Y espero que lo quieras. Pero si no lo haces, eso no haría que me arrepintiera de habértelo dado. Ni siquiera entonces me arrepentiría de amarte, porque hacerlo, amarte, significa que gano.

Sentí que se me hinchaba el corazón y solté un leve suspiro. Sus palabras, la forma en la que me miraba con atención, me destrozaba, me hacía saltar en mil pedazos y, sin embargo, los unía de nuevo, todos a la vez.

«¡Oh, Gabriel!».

Siguió moviendo el pulgar sobre mi pómulo, con un contacto tan dolorosamente tierno que me dieron ganas de llorar. Había llegado a mí como un

hombre al que le daba un ataque de pánico cada vez que alguien se acercaba a él, y ahora me tocaba con mucha seguridad, fuerza y convicción. ¡Dios!, estaba orgullosa de él, pero aún más: me sentía muy honrada de que me hubiera elegido, profundamente agradecida de que hubiera conocido lo peor de mí y me quisiera de todas formas. Aquella maravilla me dejaba sin aliento.

Gabriel deslizó la mirada hasta mi boca y no la apartó. Lo vi tragar saliva, y supe que iba a besarme. Las mariposas que tenía en el estómago empezaron a aletear a la vez cuando él se inclinó hacia mí, vacilante y seguro a la vez, y más guapo que ningún otro hombre. Separó los labios un poco, y luego los apretó contra los míos, con tierna calidez, al tiempo que emitía un pequeño gemido de placer cuando nuestras bocas se unieron. Se deslizó hacia mí hasta que ya no hubo espacio entre nosotros, y le rodeé el cuello lentamente con los brazos antes de hundir los dedos en su espeso y sedoso cabello.

Incliné la cabeza a un lado y abrí la boca para que explorara el interior. Lo oí gemir, lo que me hizo sentir una chispa de deseo entre las piernas. Aceptó mi invitación rozando la lengua muy despacio contra la mía, y luego cogió más confianza mientras nuestras lenguas se enredaban.

Cuando por fin se separó, con un suave jadeo, me llevó un minuto darme cuenta de dónde estaba, como si hubiera perdido la conciencia. Una risa se me extendió por la cara antes de que abriera los ojos, y cuando lo hice, él me estaba mirando, con una expresión feliz y un poco aturdida. Tenía los labios todavía separados, húmedos y rojos por el beso, y los pómulos teñidos de color rosa. Su mirada era tierna y llena de deseo, y me dije a mí misma que aquel hermoso hombre me había dado a mí su primer beso. Sus labios solo habían tocado los míos. Y deseé que fuera igual para mí, aunque, de alguna forma, me pregunté si realmente había besado a alguien, porque ahora mismo no podía recordar ningún otro beso. Quizá fuera porque este era el primero en el que estaban realmente presentes no solo mi cuerpo, sino también mi corazón y mi mente.

Levantó la mano y usó el pulgar para secarme la humedad del labio inferior. Me reí por lo bajo, sintiéndome más feliz que nunca en mi vida, impresionada por la casi insoportable dulzura del momento, de él.

Nos quedamos allí sentados más tiempo, moviendo los pies en el agua. Gabriel enredó los suyos con el mío una y otra vez mientras me reía y me apoyaba en él. Miramos los árboles que comenzaban a perder las hojas, aquellas coloridas hojas que flotaban por el suelo, y charlamos, sobre nada importante, conscientes de la paz del momento, de la alegría que encontrábamos en el otro.

¿Había soñado alguna vez con romances y caballeros de brillante armadura? Cuando era pequeña, ¿había imaginado que algún día un príncipe guapo, con el corazón en los ojos, encerraría mi cara entre las manos y me besaría? No podía recordarlo, pero me hubiera gustado poder hacerlo, porque quería imaginarme que esa niña estaba todavía en mi interior y que este momento era para los dos, por todos los sueños que había considerado perdidos.

«Los sueños que había negado a alguien como yo».

Dejamos que se nos secan los pies bajo el sol, y luego subimos de nuevo hasta la carretera. Me pregunté cómo aquel día había pasado de dolor, lágrimas y una cena infame a felicidad, paz y un paseo bajo un puente cubierto.

«Y a nuestro primer beso. El beso más hermoso que había experimentado en mi vida».



# 18

*«Todos tenemos un superpoder. ¿Cuál es el tuyo?».*  
*Gambito, el duque de los ladrones*

GABRIEL

Pasamos juntos cada momento del día durante ese fin de semana, viendo el amanecer, conduciendo, visitando mis lugares favoritos de la zona, acercándonos a un par de pueblos, donde paseamos por el centro y comimos en pequeños restaurantes llenos de familias.

Compramos varios tipos de sirope de arce de Vermont, y los probamos todos en las tortitas que hicimos para desayunar. Las gotas de sirope se le pegaron a los labios, y se rio cuando se las besé, haciendo que mi sangre se calentara por el deseo que me atravesó de pies a cabeza.

Me recreé en aquella cercanía física recién descubierta, todavía nervioso al principio, pero sobre todo contento por las sensaciones que me estaba ayudando a descubrir. No era solo el amor por ella lo que provocaba que deseara una mayor intimidad: además llevaba semanas acostumbrándome poco a poco a su contacto, y eso había supuesto una gran diferencia. Incluso ahora, Ellie seguía tocándome con la misma cautela que yo a ella, y eso me ayudaba a ganar confianza sobre lo que una vez me había hecho sentir impotente. No era posible que lo supiera —y sin duda no lo había supuesto—, pero era como si hubiera sido arrastrado hacia Ellie, porque nuestro pasado —y nuestros corazones— estaban alineados de tal manera que estábamos destinados a curarnos el uno al otro.

El domingo nos fuimos de pícnic, y comimos sobre la hierba, debajo de una haya gigantesca. Las hojas doradas, anaranjadas y rojas irradiaban rayos sobre el pelo de Ellie, que, también, parecía dorado. Cuando se tumbó sobre la manta que había llevado, la luz del sol que se colaba entre las ramas arrojó sombras moteadas sobre su rostro, lo que provocó que contuviera el aliento. Era tan guapa que mirarla me hacía sufrir. Parecía suave y feliz; además, en sus ojos

brillaba algo que yo esperaba que fuera amor. Me incliné para besarla, y seguí besándola hasta que pensé que me volvería loco. Sin embargo, sabía que tenía que ser Ellie quien hiciera avanzar las cosas entre nosotros. Era consciente de que ella nos llevaría en la dirección en la que estuviéramos más cómodos. Quería ofrecerle eso, por lo que me aparté y rodé hasta quedar tumbado de espaldas para mirar el cielo entre las hojas mientras trataba de recuperar el aliento, esperando que se enfriara mi sangre y que mi deseo se calmara.

Me moría de ganas de tocarla, quería ponerle las manos en los pechos, recorrerle los pezones con la lengua hasta que se le endurecieran, rozar la piel sedosa del interior de sus muslos con la punta de los dedos. Casi gemí, pero logré reprimirme.

No se me escapaba la ironía de la situación. Me había acercado a ella para que me ayudara a estar cómodo con una mujer, y ahora me destrozaba la frustración de contenerme... por ella. Recordé la conversación que había tenido con George sobre confiar en mi instinto, y eso me hizo darme cuenta de lo que ya sabía en mi interior: ella me necesitaba de la misma forma que yo a ella. Y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que supiera lo preciosa que era para mí, en cuerpo, corazón y alma.

Apoyó los brazos en mi pecho, y sonreí mientras se reía.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se encogió de hombros con una sonrisa todavía más grande.

—No sé. Es que... soy feliz.

Se soltó una hoja y cayó sobre su pelo; se la retiré sonriendo y luego la miré a los ojos.

«Cásate conmigo —quería decirle—. Quédate conmigo para siempre».

Subí más la mano para peinarle un mechón suelto.

—Yo también —susurré, guardándome mis sentimientos. Nos quedamos allí durante unos minutos, escuchando cómo piaban los pájaros, y su canto se unió al susurro de las hojas.

Ellie pasó un dedo por el botón de mi camisa y, de alguna manera, aquel pequeño movimiento resultó muy erótico. Miré extasiado el círculo que trazó su fino dedo lentamente alrededor del pequeño disco, reprimiendo apenas un gemido.

—Cuando estuvimos en el supermercado, en Morlea, la gente nos miraba de forma extraña. ¿Por eso hemos ido a otros pueblos durante el fin de semana? ¿Para que nadie nos conozca? —Me miró con incertidumbre, con cierta

inseguridad, como si pensara que aquellas miradas eran a causa de ella.

—No tiene nada que ver contigo, Ellie.

Ella inclinó la cabeza sin dejar de pasar el dedo por el botón.

—Entonces..., ¿por qué? ¿Por qué te miran de esa manera?

Permanecí en silencio durante un rato.

—Creo que es porque los hago sentir incómodos. —Noté su mirada de confusión—. Cuando llegué por primera vez a casa, todo el mundo estaba muy contento. Me saludaban allí donde fuera. Era una especie de héroe local. —Recordé aquel tiempo, cuando todo había sido demasiado excesivo. Había pensado que todo el mundo parecía vacilar delante de mí cada vez que entrábamos en casa, como si no fuera real. Como si me estuviera costando acostumbrarme a la verdad cuando por fin había escapado de la oscuridad donde había estado—. Ese comportamiento me alteraba, me ponía nervioso...

—Es natural —comentó Ellie en voz baja.

Asentí moviendo la cabeza.

—No era solo que de repente estuviera libre en un mundo nuevo para mí, es que también estaba intentando asimilar la muerte de mis padres. Estaba de luto. Y también trataba de reconciliarme con el hecho de que había matado a alguien. —La miré, pero su expresión no cambió. Ya lo sabía, como todo el mundo—. Era una dura lucha. —Hice una pausa otra vez—. Un día, George nos llevó a Dominic y a mí a una feria. Pensó, ya sabes, que me vendría bien un poco de diversión para sentirme de nuevo como un adolescente. Cuando llegamos allí, sentí que las luces, la gente..., que todo se cernía sobre mí, agobiándome, y me volví loco. Me asusté y me dejé caer al suelo como si estuviera en una guerra y hubiera explosiones a mi alrededor. Tuvieron que sacarme de allí.

—¡Oh, Gabe...!

—Después de eso, no salí mucho. Me concentré en esculpir, en las personas que conocía y en las cosas que no me agobiaban.

Ella guardó silencio mientras yo pensaba en esa época.

—Cuando comencé a ir al pueblo de nuevo, la gente desconfiaba de mí. No sabían cómo reaccionar conmigo, si acercarse a mí, o cómo hacerlo, por lo que... ya no lo hicieron más. Supongo que se preguntaban si volvería a perder el control otra vez. Todavía pasa eso... —Me reí por lo bajo, pero no era algo que me hiciera gracia. Terminé con un suspiro.

Ella frunció el ceño mientras asentía de forma comprensiva con la cabeza.

—Sin embargo, ha pasado mucho tiempo. Ya no eres un adolescente...

Deberían... relacionarse contigo.

—Quizá yo también debería esforzarme más.

—Quizá... —confirmó con suavidad. El aire era fresco, y la abracé para asegurarme de que no cogía frío. Ella puso una pierna sobre la mía.

—¿Ya... ya has asimilado que le has quitado la vida a otro hombre? —preguntó con vacilante ternura.

—No he encontrado la paz con respecto a eso. No me gusta haberlo hecho, pero lo haría de nuevo si fuera necesario. En cierto modo, eso es lo más fácil de aceptar. Eso era lo que todo el mundo elogiaba, que hubiera encontrado el valor para escapar, con independencia de lo que hubiera tenido que hacer. Ese era el tema que nadie temía abordar. Pero los sucios secretos que pueden ser culpa tuya es lo que se mantiene en el interior, y de eso nadie quiere hablar. Todo el mundo lo evita.

Me miró.

—Pero ya no te sientes así.

Negué con la cabeza.

—No, ya no.

Permanecimos en silencio durante un buen rato, con su cabeza apoyada en mi corazón. Me pregunté si ella estaba pensando en sus propios secretos, en lo que había guardado en su interior durante tanto tiempo.

—¿Me hablas de tus padres? —preguntó.

Sonreí.

—Eran los mejores padres del mundo. Mi padre era tranquilo, de esas personas que se lo piensan todo mucho. Mi madre, por el contrario, era como una muñeca parlanchina. No iba a ninguna parte sin detenerse en el camino a hablar con media docena de personas.

—¿Qué más? —Su tono era de curiosidad.

—Le gustaba mucho leer. Siempre llevaba un libro en el bolso. A veces la miraba cuando en los partidos iba ganando el otro equipo y tenía la nariz metida en un libro. —Sonreí ante el recuerdo, sabiendo que mi amor por los libros procedía de ella.

Guardó silencio durante un buen rato.

—Debió de ser un golpe terrible averiguar que habían fallecido durante tu ausencia. —«Se habían ido».

—Sí... —Fue mitad palabra, mitad gemido, y me mantuve en silencio durante un minuto mientras recordaba cómo me había dado George la noticia, en la sala

de espera de la comisaría de policía, y la horrible y dolorosa pena que siguió—. Pero después... Más tarde me pregunté si tal vez tener dos ángeles de mi lado me ayudó a escapar de ese sótano, ¿sabes?

Contuve el aliento al ver que echaba la cabeza hacia atrás y que ponía una mirada de asombro.

«¿Estás pensando en tus propios ángeles? ¿A quién has perdido tú?».

Bajó la cabeza de nuevo para apoyármela en el pecho.

—¿En qué estás pensando, Ellie?

—En... —Negó con la cabeza ligeramente—. No es nada. Es un... pensamiento agradable.

—¿Y tus padres? ¿Siguen vivos? —Recordé lo que me había dicho sobre su padre, y esperé a que me respondiera. Estábamos disfrutando de un momento tan tranquilo que no quería destruirlo. Pero anhelaba saberlo todo sobre ella, lo bueno y lo malo, lo que la hacía ser cómo era.

—Creo que mi padre sigue vivo —repuso—. No lo sé. Me largué de su casa en cuanto terminé la secundaria, y no he hablado con él desde entonces.

Se me puso un nudo en la garganta. Era consciente de que no había mencionado a su madre.

—Lo siento.

—No lo sientas. Yo no lo hago.

«¿De verdad, Ellie? No lo creo, y estoy seguro de que tú tampoco».

Tenía un peso en el corazón, y había sentido muchos últimamente, por lo que me giré, lo que le sorprendió y la hizo reír. Sonreí antes de besarla rápidamente, ya de mejor ánimo.

Me aparté de nuevo de ella y nos quedamos frente a frente, con los codos sobre la manta, con la cabeza apoyada en las manos. Le cogí un mechón de pelo y lo deslicé entre los dedos, sorprendido por su sedosa textura. Allí, bajo la luz del sol, era una mezcla de rojo y dorado.

—Me encantaría que nuestros hijos tuvieran tu pelo —murmuré—. Es demasiado hermoso para que no sea así...

Se estremeció brevemente y parpadeó.

—¿Yo? ¿Madre? —Negó con suavidad, por lo que el cabello color miel flotó por encima de su hombro mientras se reía. Pero su risa no era intensa, no contenía alegría.

—¿Por qué no? —La miré—. ¿No quieres tener hijos algún día?

—No... No lo sé. Nunca he pensado en ello. —Se mordió el labio, mirando a

lo lejos por encima del hombro. La expresión de sus ojos era de algo que parecía miedo.

«Pero... ¿por qué?».

—Yo creo que serías una buena madre —dije bajito, inclinándome para besarla de nuevo. Yo creía que ella tenía un corazón lleno de amor que ofrecer, se diera cuenta o no. Había visto su ternura, había experimentado su naturaleza suave. Lo estaba sintiendo ahora.

Me eché un poco hacia atrás para ver su mirada tierna.

—¿Cómo te ha ido la entrevista con Chloe? —preguntó poco después—. ¿Todavía te sientes cómodo ahora que has pasado por ello?

Sabía que estaba cambiando de tema, pero no me importaba. Prefería que Ellie confiara en mí cuando estuviera lista, no antes.

—Sí. Me ha hecho sentirme bien. —Consideré su pregunta durante más tiempo—. Me ha venido bien hablar de lo que me ocurrió, y ver la realidad detrás de ello. Algunas de las cosas que hablamos me han traído recuerdos difíciles, pero estaba bien una hora después, ¿sabes? Al principio, me llevaba mucho tiempo recuperarme cuando me asaltaba algo del pasado. Ahora... me siento como si fuera yo quien tiene el control.

Asintió con la cabeza, y no se me pasó por alto el orgullo que brilló en sus ojos. Me calentaba, me hacía sentir bien, como si mi supervivencia fuera un logro que pudiera reclamar. Abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró, reconsiderando lo que había estado a punto de decir. Vi todas las expresiones que recorrieron su cara.

—Ellie, puedes preguntarme lo que quieras. Todo lo que le he dicho a Chloe puedes saberlo tú también, si lo deseas. No hay nada que pudiera decirle a ella que no te contara a ti.

Esbozó una especie de sonrisa triste.

—No sé qué preguntar. Supongo que... ¿Cómo sobreviviste a ese tipo de terror?

Me lamí los labios, con la mirada perdida en el campo que tenía detrás, pensando en lo familiar que me resultaba todo esto de una forma rara y distorsionada.

«Estoy con Eloise en los campos de narcisos».

—Cuando desaparecí, al principio, estaba aterrorizado, por supuesto. Me sentía traumatizado, confundido y desesperado por salir de allí. Pero, después de un tiempo, el aburrimiento era lo peor. Sabía que si quería conservar la esperanza de

escaparme, tenía que mantenerme sano, ocupar mi mente. Así que hacía matemáticas mentalmente, pero eso no me ayudaba a sobreponerme a la soledad. —Hice una pausa, pensando en aquellos días, los más desoladores de todo el tiempo que había pasado allí—. Un día estaba dibujando algo en la pared con un centavo que había encontrado en el suelo cuando se desprendió una parte del muro.

—¿Te pusiste a excavar un túnel? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Me reí.

—No, estaba en un sótano. Podría haber horadado toda la pared durante cincuenta años y todavía estaría bajo tierra.

Perdió la sonrisa y me miró con terror, imaginando, obviamente, quizá por primera vez, los detalles de la situación en la que había estado.

—Había tallado con mi padre desde que era pequeño. Tenía habilidad desde niño, poseía un talento prometedor. Como ya te he dicho, había encontrado esa moneda, y luego di con un clip de papel; utilicé ambos para tallar una figura, muy tosca en un primer momento, pero todas lo son al principio, así que seguí trabajando en ella. Empecé varias veces con trozos más pequeños que obtuve de diferentes lugares, de detrás del radiador, de la pared que ocultaban unas cajas llenas de ropa vieja, de los rincones más oscuros, para que no se notara. En ellos tallé un conjunto de figuras, a las que bauticé con los nombres de las cosas que amaba. Tenía miedo de olvidarme del amor que sentía, y ellas me ayudaron a recordarlo. Eran una esperanza real, por eso consideré a esas figuras mis amigos. Mis únicos amigos. Ellos fueron la razón de que no me rindiera. Mantuvieron ocupada mi mente y mis manos, me daban esperanza. Me recordaban a los gorriones que hay en los árboles, a los campos de narcisos y a mis mejores amigos; a pesar de que estaba metido en un frío sótano, podía ver esas cosas de nuevo, y la fe me mantuvo con vida hasta que escapé.

—¡Oh, Gabriel! —susurró ella, con lágrimas en los ojos—. Ellos te animaron cuando no tenías nada más.

Sonreí con suavidad.

—Sí. —Incliné la cabeza, pensativo—. Quizá fuera más fácil aceptar el aliento de esas figuras, incluso aunque las hubiera creado yo mismo. Las creé desde mi interior. Es curioso, pero funcionó. Era como si encarnaran a las personas y las cosas que me gustaban, y me ayudaban a recordar frases sabias, lo que me habrían dicho de verdad si pudieran.

Vi que le caía una lágrima por la mejilla y se la sequé con el pulgar.

—Por favor, no estés triste. Es como sobreviví. Es como me salvé. Es gracias a ellos que estoy aquí contigo.

Se inclinó hacia delante y me besó en los labios, ahuecando la mano sobre mi cara.

—Chloe dice que eres extraordinario. Y ahora sé por qué.

Sonreí, feliz de que no me pidiera más detalles en ese momento. Se los daría, pero, por alguna razón, tenía la sensación de que no era el momento. Ella también había estado atrapada en un sótano oscuro. No por un torturador, sino por las circunstancias. Unas circunstancias que me habían hecho sentir que *La perla de platino* no era su sitio cuando la vi por primera vez. Ahora todo eso había cambiado, aunque sabía que ella seguía luchando para escapar.



# 19

*«Las cosas bellas ocurren cuando menos te las esperas».*  
*Limonada, la reina del merengue*

ELLIE

Chloe se había quedado a pasar el fin de semana en Morlea, por lo que tuvo tiempo para hacer algo de turismo. Pasó por casa de Gabriel esa noche antes de la cena para despedirse y agradecerle que le hubiera dedicado su tiempo.

Salí del salón para darles un par de minutos a solas y, cuando regresé, estaban abrazándose. Chloe estaba frente a mí, por lo que podía ver la expresión de afecto y tristeza de su rostro. Tenía los ojos cerrados con fuerza, y, por un momento, me quedé observándolos, mientras una oleada de celos me hacía sentir insignificante. Aparté la vista cuando empezaron a soltarse. Cuando Chloe me vio, corrió hacia mí y me dio también un abrazo.

—Ellie, no hemos tenido la oportunidad de pasar demasiado tiempo juntas, pero nos resarciremos la próxima vez.

Dio un paso atrás para cogerme las manos, que me apretó sonriente.

—¿Vas a volver? —pregunté.

—Oh, sin duda. Pienso entregarle a Gabriel una copia impresa cuando publique mi tesis. —Su sonrisa se hizo más grande—. Haré que se sienta orgulloso de ella.

—Estoy segura de ello —repuse, devolviéndole la sonrisa.

Vaciló un momento, mientras me miraba con cierta inseguridad.

—He hablado con Dominic sobre lo que te hizo. Creo que tiene una visión distorsionada de...

—Está bien, Chloe, en serio.

—No, no está bien. No está nada bien. Ojalá... Ojalá pudiera ayudarlos.

—Ya me has ayudado siendo mi amiga. —Sonreí.

—Si quieres hablar en algún momento, llámame, ¿vale? —Su sonrisa era contagiosa—. Si necesitas alguien que te escuche, Gabe tiene mi número.

«Gabe».

—Lo haré.

Volvió a sonreír.

—De acuerdo. Y cuídate.

—Tú también, Chloe.

Se volvió de nuevo hacia Gabriel y se puso de puntillas para besarle en la mejilla.

—Gracias de nuevo —susurró. Había tanto sentimiento en su voz que casi me molestó estar allí. Era como si estuviera interrumpiendo un momento íntimo.

«Te ama a ti, Ellie», me recordé.

«Solo porque no conoció a Chloe antes», se burló de mí una vocecita burlona en mi interior. Bloqueé el pensamiento lo mejor que pude.

No podía reprocharle a Chloe ni una pizca del afecto que sentía por Gabriel, o quizá fuera amor. Ella lo conocía bien, sabía que había sobrevivido a seis años de infierno rodeándose de amor. De esperanza. ¿No era increíble lo fuerte que tenía que ser su mente, lo hermoso que era su corazón, para aferrarse a eso de tal manera, para elegir el amor por encima del miedo una y otra vez? Por supuesto, tenía la suerte de poseer mucho amor. No todo el mundo era tan afortunado. Por otra parte, tenía la sensación de que Gabriel hubiera utilizado cualquier rayo de amor —de esperanza—, por pequeño que fuera, para mantenerse fuerte. Esa era su esencia. Gabriel, el chico que no se había permitido olvidar el amor, y yo, la chica que se había asegurado de no recordarlo.

Esa noche hicimos de cena una lasaña precocinada que era imposible estropear, aunque si hubiera estado sola seguramente lo habría conseguido, y la comimos en la terraza. Las noches eran cada vez más frías, así que Gabriel encendió una lámpara de calor y la puso junto a la mesa.

Cuando hubimos limpiado la cocina, nos sentamos en el sofá y vimos la tele, aunque decidimos acostarnos temprano, ya que yo comenzaba a trabajar al día siguiente en la cantera y quería estar descansada. Me sentía también un poco nerviosa. ¿Y si no era capaz de hacerme cargo de las llamadas y me ponía en evidencia?

Solo había tenido dos trabajos en mi vida. Cuando me fui de casa de mi padre, había trabajado en una sala de cine durante un poco más de un año, pero con aquel sueldo solo podía permitirme alquilar un pequeño trastero que había visto anunciado en el periódico. Cuando llegué, entendí por qué seguía disponible: la mujer tenía unos veinticinco gatos y el lugar olía a pescado y arena sucia. Sin

embargo, era todo lo que podía permitirme. Sin duda estaba mejor allí que en casa de mi padre, así que me quedé.

Al año siguiente, había conocido a Kayla a través de unos amigos comunes, y fue ella quien me habló de *La perla de platino*. Aunque me había sentido reacia a quitarme la ropa delante de nadie, había sido capaz de ahorrar quinientos dólares para un coche y la fianza del apartamento y había podido dejar atrás la casa de los gatos.

Así que mi experiencia laboral se limitaba a barrer palomitas y a frotarme desnuda contra una barra vertical.

Me fui a la cama, pero no podía dormir, y después de dar vueltas durante veinte minutos, me levanté y abrí la ventana para respirar el fresco aire de la noche. Me arrodillé y apoyé los brazos en la cornisa mientras miraba hacia arriba durante un rato. El cielo estaba claro, lleno de estrellas, por lo que traté de que esa belleza calara en mi interior siguiendo el mismo camino que a Gabriel parecía resultarle tan fácil. Sin embargo, a mí la belleza de la noche me parecía dolorosa, y eso me hizo sentir más vacía por dentro.

Cerré la ventana con un suspiro y salí cojeando de la habitación para ir al garaje lo más silenciosamente que pude. William estaba allí, liso y blanco; su cara risueña hizo que sintiera el corazón un poco más ligero.

Le pasé un dedo por la cabeza, sorprendida una vez más de lo diferente que era su aspecto hacía un mes y de la rapidez con la que Gabriel había dado vida a algo que no contenía ninguna. William me parecía casi una personita, alguien con personalidad propia. Suspiré.

—¿Y si no lo hago bien mañana? ¿Y si hago el ridículo?

William continuó sonriendo mientras me miraba con aquellos ojos alentadores. Solté otro suspiro.

—Claro, era de esperar que dijeras eso.

Oí un leve ruido y me giré con rapidez. Gabriel estaba en la puerta, con una camiseta y unos pantalones de pijama; tenía la cadera apoyada en el marco mientras me observaba con curiosidad. Noté que el rubor me subía por el cuello antes de echarme a reír, aunque fue una risa incómoda. Al ver que Gabriel curvaba los labios, me di la vuelta, ahora con las mejillas rojas.

Gabriel se acercó a mi espalda, y me pasó las manos por los brazos al tiempo que me besaba la coronilla.

—Lo harás muy bien.

Lo miré por encima del hombro, sin girarme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres inteligente y puedes aprender lo que te propongas.

*«Eres una niña buena e inteligente, Ellie. No lo olvides nunca, ¿vale? No importa lo que ocurra, no lo olvides».*

Sentí un agudo dolor en el pecho y bloqueé esas palabras. No estaba dispuesta a pensar en ellas en ese momento: lo haría en otra ocasión, cuando no me sintiera tan vulnerable.

Moví la mano por la cabeza dura de William mientras sentía a la vez la sólida fuerza de Gabriel en la espalda. El dolor me inundó tan de repente que no pude reprimir mis palabras.

—Siempre he fingido ser de piedra, pero lo cierto es que me siento más como si tuviera formada por arena, como si pudiera derrumbarme en cualquier momento. —Me había sentido así durante mucho, mucho tiempo, y me dolía.

Gabriel me rodeó con los brazos desde detrás, como había hecho el día que estropeé la cena. Me envolvió para poner la mano sobre la mía, encima de la cabeza de William.

—Eloise, la piedra más sólida está hecha de arena, presión... —Me apretó un poco con el otro brazo—. Y tiempo. Eso es todo lo que se necesita, mi amor. Arena, presión y tiempo.

Dejé que las palabras me inundaran; necesitaba desesperadamente sentir sus brazos a mi alrededor, apretándome con amor, para que lograra tener la confianza en mí misma que parecía tener él. Lo que me preocupaba era el tiempo. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tardaría en sentirme sólida y competente? ¿Cuánto tiempo tardaría en no tener que fingir?

Gabriel me había enseñado muchas lecciones, y todas eran importantes porque me las había transmitido con sinceridad. Las palabras que me decía no solo eran eso, palabras normales, sino verdades que había comprobado a través de su propio dolor y sufrimiento.

«Arena, presión y tiempo».

—He intentado mirar las estrellas —murmuré después de un momento, deseando que supiera que escuchaba todo lo que me decía. Quería que entendiera que lo admiraba por encima de todo, aunque no siempre podía vivir sus palabras de la misma forma que él—. He tratado de apreciar la belleza que me rodeaba, pero creo que no lo he hecho bien.

Gabriel soltó un suspiro que acabó flotando en el aire.

—La gratitud no es como una tiritita, Ellie. Todavía tienes que experimentar tus

sentimientos, trabajar con ellos. La gratitud solo sirve para hacer todo más soportable. A veces, el agradecimiento llega ese día, y otras solo te lleva a otro momento. Eso es todo.

—Me parece que necesito algo más que una tirita —dije, tratando de aligerar el momento con un poco de humor.

Se rio, lo que hizo que me sintiera mejor. Los dos permanecimos en silencio durante un rato.

—Seguramente creas que estoy loca al verme aquí sola, hablando con una estatua.

—No. Son buenos oyentes. Pero también yo lo soy... —murmuró contra mi pelo al tiempo que me estrechaba para que mi cuerpo se apoyara en el suyo—. ¿Por qué eres tan dura contigo misma? No es necesario...

No sabía qué responder a eso, por lo que me limité a sonreír, mirándolo.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza mientras me recorría la cara con los ojos, como si estuviera tratando de leerme los pensamientos. Por fin, me dio un beso, me cogió de la mano y me llevó de vuelta a la casa, donde me quedé dormida en cuanto me acosté.

A la mañana siguiente, comencé a trabajar en la cantera. Cuando llegué, George se limitó a darme el manual de instrucciones del teléfono antes de salir por la puerta, donde se podían escuchar los sonidos que hacían los camiones y el resto de la maquinaria.

Gabriel se rio por lo bajo ante mi cara de sorpresa.

—Hasta ahora nadie contestaba al teléfono. Incluso aunque solo respondas a la mitad de las llamadas, estarás mejorando la situación. —Sabía que lo decía para hacerme sentir mejor, pero funcionó, y una vez que se fue a su estudio, abrí el manual y me puse a comprender el funcionamiento de aquel aparato.

Dominic llegó alrededor de las nueve y media, y el corazón se me encogió en el pecho, pero se limitó a forzar una sonrisa antes de meterse en su despacho. Sin una disculpa, sin una palabra.

El día pasó rápido mientras aprendía, respondiendo a casi todas las llamadas. Solo perdí un par de ellas, y me colgaron otras tantas, y, antes de darme cuenta, Gabriel aparecía de nuevo para preguntarme si quería ir a comer con él, y varias horas después, para llevarme a casa.

Ya en la cabina, me miró con una amplia sonrisa.

—¿Te ha gustado el trabajo?

Asentí con la cabeza, llena de una especie de satisfacción que conseguía hacerme sentir feliz y en paz.

La semana pasó volando, y, aunque mejoré en el trabajo y aprendí cómo utilizar el fax y la fotocopidora y me convertí en toda una experta programando citas con el ordenador, la frialdad que mostraba Dom me impedía disfrutarlo plenamente. Además de no hablarme, literalmente, me daba la espalda cuando entraba en la pequeña salita de descanso para tomar un café si él estaba allí, o fingía no escucharme cuando le preguntaba algo. Intenté hacer caso omiso de su falta de madurez, pero notaba el desprecio absoluto que había detrás de su actitud, lo que hacía difícil impedir que me afectara. Me negué a decírselo a Gabriel, con la esperanza de que Dominic acabaría cansándose de aquella actitud más propia del patio de un colegio.

Gabriel venía a recogerme desde el estudio todas las tardes, y yo me escapaba para verlo cada vez que podía. Me gustaba ver cómo sus hermosas manos trabajaban un pedazo de piedra, sabiendo que, a pesar de que al principio no era nada, pronto lo convertiría en algo hermoso.

Ahora, ver mover sus manos sobre un trozo de roca me hacía temblar y preguntarme qué sentiría cuando se deslizaran por cada centímetro de mi ser.

Por la noche, después de cenar, nos gustaba sentarnos en el sofá como si fuéramos adolescentes. Deseaba cogerle la mano y ponérmela debajo de la camiseta, que me desnudara, me acariciara y consiguiera que satisficiera aquel deseo que me hacía sentir un infierno en mi interior. Pero todas las noches se retiraba, y, aunque su excitación era evidente, me decía a mí misma que no estaba preparado todavía.

El viernes, Gabriel me llevó a la cita que tenía con el médico después del trabajo, donde me examinaron la pierna y concluyeron que podían quitarme la escayola. Solté una carcajada cuando me desprendieron aquel peso de la pierna.

—¡Soy libre! —dije, y vi que Gabriel sonreía desde el otro lado de la estancia.

—Ahora ya puedes, literalmente, sostenerte sobre los dos pies —dijo. Sonreí, pero sus palabras hicieron que me recorriera una punzante incertidumbre, un sordo temor.

Nos detuvimos de camino a casa para comprar champán para celebrar mi recuperada independencia, y decidimos pedir una pizza para cenar.

Me hacía feliz no tener que arrastrar una pierna que me parecía dos veces más

pesada que la otra, pero también me sentía triste. Él tenía razón, ya podía sostenerme sobre los dos pies. No tenía ninguna razón para quedarme durante más tiempo en casa de Gabriel. Bloqueé ese pensamiento por el momento. Quería pasar ese fin de semana con él aunque fuera el último.

En cuanto atravesé la puerta de casa, le dije a Gabriel que quería depilarme. Me había visto tanto vello en la pantorrilla después de seis semanas que me había dado cierto reparo. De hecho, debía ocuparme de las dos piernas. Llevaba semanas sin preocuparme de eso, habían sido unas bienvenidas vacaciones en el constante aseo que requería el trabajo de *stripper*, pero no quería pensar en eso ahora. No quería depilarme por estética, sino porque mis piernas estaban realmente descuidadas.

—Déjame ayudarte —me pidió Gabriel.

Me reí.

—¿A depilarme las piernas?

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Sí.

—Si quieres... —Me encogí de hombros.

Después de la cena, nos bebimos un par de copas de champán para celebrarlo. Gabriel se echó a reír al verme saltar un par de veces en el sitio porque podía, y porque necesitaba fortalecer los músculos. Me prometí a mí misma que jamás volvería a dar por sentado el buen estado de mi cuerpo.

Después de limpiar la cocina, Gabriel me cogió de la mano y tiró de mí.

—Ven... —Lo seguí hasta su habitación, donde admiré los muebles sencillos, las estanterías rebosantes de libros, el pequeño escritorio con un portátil encima, la cama con un edredón azul marino y un montón de almohadas contra la cabecera.

Me llevó directamente al cuarto de baño, donde había una bañera enorme. Abrió el grifo y se sentó en el borde para enrollarme los pantalones de yoga hasta arriba.

—Te aseguro que nunca he hecho esto —dije riéndome.

Gabriel esbozó una sonrisa mientras se subía las perneras de los vaqueros y se metió en la bañera, de rodillas.

—Te vas a mojar los vaqueros —advertí con otra risita.

—No me importa. Siéntate. Deja que te mime.

Apoyé la espalda en la pared, observándolo mientras le quitaba el envoltorio a una maquinilla de afeitar desechable y se enjabonaba las manos. Suspiré. Incluso

una sencilla sensación como meter los pies en agua caliente mientras me relajaba era muy agradable. Me frotó el jabón suavemente por una pierna, y vi cómo deslizaba las manos por la piel. No podía dejar de recordar el trabajo que hacía con ellas. Esto era lo que los perritos, los conejos y los querubines debían de sentir. Mimos, cariño... Estar vivos. Esto era lo que todas las flores, hojas y tallos voluptuosos habían disfrutado cuando dejaban de ser trozos cuadrados de roca. Libertad. Renovación. Sentían cómo se volvían hermosos bajo sus manos.

Tragué saliva; de repente, el momento resultaba muy sentido, íntimo y erótico. Deslizaba las manos por mis piernas, masajeándomelas con suavidad hasta hacerme gemir. Noté el movimiento de su nuez cuando también él tragó saliva. Su expresión era de plena concentración en lo que estaba haciendo.

Me miró un instante mientras cogía la maquinilla, y me pareció que tenía las pupilas un poco dilatadas. Se me ocurrió que no solo era la primera vez que me tocaba de esa forma. Era la primera vez que tocaba a una mujer. Una bomba de ternura explotó en mi pecho mientras lo veía arrastrar la cuchilla lentamente por mi pierna. Contuve el aliento.

La maquinilla se deslizó con facilidad por mi piel, y sus dedos siguieron el mismo camino, asegurándose de que no quedaba nada por depilar. Gabriel tenía empapadas las rodillas de los vaqueros, pero no parecía percatarse de ello. El vapor flotaba en el aire cuando me di cuenta de que jamás me habían tocado de esa manera. Ni una sola vez. Nunca.

«Con ternura. Con amor».

Gabriel enjuagó la cuchilla y giró la pierna a un lado y a otro para evaluar su trabajo, como hacía cuando esculpía. Llevó los dedos a mis tobillos antes de bajar las manos a mis pies, para masajearmelos con ternura. Era increíble. Gemí de nuevo, ahora con más intensidad. Gabriel subió los ojos hacia los míos, y noté que los tenía algo vidriosos.

—Eres preciosa, Eloise. Cada parte de ti. —Me pasó el dedo por el hueso del tobillo y el arco del pie—. Eres una obra de arte.

«Una obra de arte».

Ya me habían dicho antes que era guapa. Me habían asegurado que era preciosa, atractiva, irresistible, pero, de alguna forma, esas palabras no me habían llenado nunca. Solo habían sido eso, palabras. Era como si se hubieran quedado en la superficie de mi piel. Pero lo que me decía Gabriel se filtraba por mis poros, navegaba en mi sangre y se hundía en mis huesos. Llegaba al fondo de mi alma. Era como si lo que susurraba Gabriel fuera una bendición. Y solo estaba



hablando de mi tobillo.

Notaba un aleteo en el estómago, y la ropa me apretaba; toda mi piel estaba demasiado sensible. Con cada movimiento, la camiseta me rozaba los pezones, que sentía erizados y doloridos. Un constante flujo de excitación vibraba en mi interior y hacía que mojara la ropa interior.

—Gabriel —susurré. Quería besarlo. Quería que saliera de la bañera, se inclinara sobre mí y me besara, que luego me cogiera en brazos y me llevara a la cama, pero no sabía cómo pedirselo.

Me daba la impresión de que estaba excitado también. ¿Por qué no tomaba la iniciativa? No tenía que preguntarme si tomaba la píldora. Lo sabía todo sobre mí en ese sentido después de cuidar de mí mientras yo estaba demasiado enferma para hacerlo sola. ¿De qué se trataba? ¿Qué lo retenía? ¿Pensaba que podía tener algún enfermedad? ¿Que me había acostado con los hombres en el club? ¿Que estaba contaminada? Puede que yo hubiera tomado un montón de decisiones estúpidas en mi vida, pero jamás me había sentido tan insegura. ¿Debía darle pie? ¿Vacilaría a causa de su propia inexperiencia? ¿Le preocupaba que lo rechazara o que no supiera qué hacer?

Pasó las manos a la otra pierna y me la enjabonó antes de deslizar la cuchilla por ella. Quise arquear la espalda ante la sensación, y, de repente, me sentía tan excitada que se me ocurrió que podía arrodillarme yo misma en la bañera para besarlo. Sin embargo, me asaltó la incertidumbre, por lo que me quedé inmóvil cuando terminó su tarea. Después me aclaró las piernas y los pies, se levantó y salió de la bañera. Sus pantalones empapados gotearon sobre la alfombrilla.

Entonces cogió una toalla, me sacó las piernas del agua y me las secó.

Lo miré a la cara mientras lo hacía; tenía una expresión intensa y concentrada. Estaba segura de que iba a pedirme que pasara la noche con él, que haría un avance de algún tipo. Así que cuando se inclinó, me besó en la mejilla y me dio las buenas noches con un susurro, me quedé paralizada. Parpadeé.

Gabriel se incorporó y salió con rigidez del cuarto de baño. Lo seguí.

—Buenas noches, Gabriel —susurré cuando atravesé la puerta del dormitorio. Vacilé un par de segundos, como dándole la oportunidad de que me pidiera que me quedara, y los dos nos miramos durante unos segundos antes de que girara la cabeza y me alejara. Le oí soltar un tembloroso suspiro.

Regresé a mi habitación, donde me di una ducha fría, y después me metí en la cama, todavía frustrada y confusa. Una vez tumbada, en silencio, me di cuenta de que nunca había sabido lo que era desear así a alguien, en realidad no lo había

experimentado nunca, y de repente me sentí... asombrada. Me atravesó una sensación cálida y tierna. «¡Oh, Dios, Gabriel!». Él me había dado esto. Y a pesar de que me estaba volviendo loca, también me hacía sentir poderosa y viva.

Me senté en la cama mientras una sonrisa se extendía por mi cara. Me apreté la sábana contra el pecho. ¿Estaba esperando a que yo estuviera preparada? ¿Era otro regalo que Gabriel me estaba entregando? ¿La experiencia de saber que deseaba a un hombre e ir a por él en lugar de sentirme atrapada? Pero ¿no era lo mismo para él? Gruñí por lo bajo. Por supuesto, seguro que Gabriel estaba preparado desde hacía semanas y estaba esperando a que yo también lo estuviera.

Me levanté de la cama, nerviosa e insegura a la vez, pero además inundada por un anhelo tan fuerte que casi me dejó sin aliento.

Cuando salí en silencio al pasillo, clavé los ojos en su puerta cerrada. Los nervios me hacían sentir un zumbido en las venas, y casi me di la vuelta, pero me armé de valor para acercarme con rapidez a su dormitorio, girar la manilla y entrar.

Su habitación se encontraba en penumbra; la única luz era la que tenía encendida en la mesilla de noche. Estaba tumbado bajo las sábanas, con el pecho desnudo y un libro en la mano. Cuando me vio, apareció en su rostro una expresión de preocupación. Se apoyó en un codo.

—¿Ellie? ¿Estás bien?

Asentí bruscamente con la cabeza. El corazón me latía con tanta fuerza que parecía resonarme en los oídos.

—Estás leyendo...

Dejó el libro a un lado.

—No. —Negó con la cabeza—. He leído la misma frase quince veces.

—Oh... —susurré con la voz ronca. Me aclaré la garganta mientras Gabriel se quedaba quieto, esperando—. Te deseo —solté a la carrera muy bajito—, y se me ha ocurrido que quizá tú... podrías... desearme también. —Tragué saliva, apretando las manos contra la puerta que acababa de cerrar a mi espalda.

La expresión de Gabriel fue de una ternura tan pura que, por un segundo, dejé de respirar antes de coger todo el aire que pude. Quería beber esa mirada, que fuera parte de mí para siempre.

—Sí —repuso—. También te deseo... —La sonrisa burlona y llena de amor que apareció en su cara hizo que me relajara.

Apartó la sábana y se levantó de la cama. Llevaba unos *boxers*, y se me aceleró el corazón cuando percibí el contorno de su excitación a través de la fina tela.

Tragué saliva otra vez; en ese momento, su belleza me afectaba el doble que la primera vez que lo había visto medio desnudo. Esta vez... Oh, esta vez lo iba a tocar, y mucho más.

*«Espero... que si volvemos a vernos desnudos de nuevo, no sea por trabajo o casualidad. Sino porque los dos queramos y porque signifique algo».*

Sí.

¡Oh, sí!

Me apretó suavemente contra la puerta con las caderas al tiempo que encerraba mi cara entre las manos y me besaba como si quisiera fundirse conmigo; mi cuerpo se suavizó por todas partes para moldearse a su dureza.

—Encajamos perfectamente, ¿verdad? —murmuró, y una oleada de excitación me recorrió la sangre al oír sus palabras.

Me besó en el cuello, deslizando los labios sobre mi piel, y sentí algo con él que no había sentido antes: no estaba conteniéndose. No había ninguna reticencia en sus movimientos ni, sin duda, en su beso. Me había ofrecido a él, y Gabriel tenía intención de entregarse sin reservas.

Me llevó a la cama.

—Es posible que tengas que guiarme. Nunca lo he hecho antes —susurró mientras se tendía a mi lado con una sonrisa en los labios y una mirada de vulnerabilidad.

Le puse la mano en la mejilla.

—Creo que yo tampoco lo he hecho antes. No así. Iremos improvisando a medida que avancemos.

Me miró muy serio antes de besarme de nuevo.

Nos desnudamos el uno al otro lentamente bajo el suave resplandor de la lámpara de lectura. No percibí vergüenza ni un segundo cuando desplazó los ojos por mi cuerpo desnudo, aunque, por un segundo, estuve confusa, pero fue solo un instante. Rápidamente esa sensación fue sustituida por la certeza de que así era como debía sentirse una mujer. No lo había sabido.

Nos tocamos y besamos con las manos llenas de amor y el corazón abierto, y supe que tenía razón cuando había pensado que nunca había experimentado nada así. Era un acto lleno de ternura y generosidad, lo era todo. Todo lo que no había tenido nunca.

Quería tocar cada parte de él, conocer su cuerpo de la misma forma que había llegado a conocer su corazón. Era la primera vez que exploraba de buen grado el cuerpo de un hombre, y mantuve los ojos bien abiertos, con la mente enfocada en

ese momento porque no había otro lugar en el que prefiriera estar. Quería experimentar placer, la emoción de entregarme con completa confianza a la persona con la que estaba.

Bajé hasta sus pies, y se rio en voz baja mientras pasaba las manos por sus dedos, subiendo hasta las pantorrillas. Yo también sonreí, no solo porque él lo hacía, sino porque para mí la risa y la alegría no habían formado nunca parte del sexo. Todo era nuevo y maravilloso, y noté una especie de salvaje reverencia al descubrir mi propia pasión. Podía sentir eso. Nunca había sido así. Nunca había experimentado el placer.

La risa de Gabriel se convirtió en un gemido cuando continué hacia sus muslos, adorando sus músculos. Observé su rostro para saber si le parecía bien que lo tocara así; verlo excitado y duro me hizo sentir una corriente de humedad entre los muslos.

Me moví hacia arriba, repasando la caliente dureza de su torso con las manos, así como los anchos hombros. Tracé con un dedo las crestas de su estómago hasta que jadeó y unió sus labios con los míos.

Gabriel me dio la vuelta y me recorrió la piel con las manos como si fuera un tesoro que acabara de descubrir, con aquellos hermosos dedos de artista que eran capaces de traer la belleza que había escondida en el interior. Porque así me sentía: hermosa, adorada, amada.

Besó y tocó cada parte de mí, y tuve la lejana sensación de que estaba arreglándome, remendándome. Nos exploramos durante lo que me parecieron horas, hasta que me noté resbaladiza y desesperada. La expresión de dolor de su rostro me indicó que él sentía lo mismo.

Cuando se hundió en mi cuerpo, los dos contuvimos el aliento mirándonos a los ojos en la penumbra de la habitación. Era la misma conexión que me había asustado al principio, pero mil veces más intensa.

Traté de enfocarme solo en su cara, en la hermosa expresión de concentración que mostraba, en la forma en la que cerraba los ojos y cómo sus pestañas formaban oscuras medias lunas sobre sus mejillas mientras separaba los labios por el placer. Traté de mirarlo mientras se mecía, lentamente al principio, buscando el ritmo perfecto y encontrándolo. Pero mi propio placer era tan poderoso que estaba perdida. Me absorbía de una forma increíble, me atravesaba... y me hizo gritar el nombre de Gabriel una y otra vez, aferrándome a las sábanas, moviendo la cabeza sobre la almohada.

—Sí, Eloise —le oí decir—. Sí... —Justo antes de que gimiera y se

estremeciera, derrumbándose sobre mí. Jadeaba contra mi cuello mientras yo seguía notando una suave vibración donde estábamos conectados.

Después, cuando estaba entre sus brazos y él me recorría el brazo perezosamente con los dedos, quise reír de alegría. Había tenido razón: cada parte de su cuerpo tenía un lugar que parecía hecho solo para mí.

Más tarde, mientras miraba el techo, escuchando la respiración profunda y lenta de Gabriel, me di cuenta de que me había dado justo lo que me dijo que haría. Su aliento en mi cuello era un viento en calma; su sonrisa, el sol; su tacto, mil arcoíris bailando sobre mi piel. Lo quería tanto que pensé que me iba a estallar el corazón.

## 20

*«Voy a ser un manto de amor que te caliente».*  
*Lady Eloise, de los campos de narcisos*

GABRIEL

Abrí los ojos lentamente, estirándome mientras lo ocurrido la noche anterior volvía a mí con una oleada de euforia, casi como un sueño. Ellie viniendo a mi habitación, la forma en la que se me aceleró el corazón al ver que se detenía en la puerta, las palabras que me había dicho, las que estaba esperando oír.

*«Te deseo».*

Ellie estaba sentada en el borde de la cama, mirando fijamente la luz del amanecer que asomaba apenas por debajo de las persianas. Recorrí con los ojos las suaves líneas femeninas de su espalda, la forma en la que la cintura se curvaba y se ampliaba para dar paso a las redondas caderas, y sentí de nuevo una vibración en mi interior, a pesar de que nos habíamos pasado la mayor parte de la noche haciendo el amor.

—No te vayas —le pedí con la voz ronca por el sueño.

Se dio la vuelta, con una mirada tierna y vulnerable, con los labios hinchados por todas las formas en las que había usado la boca la noche anterior. Parecía maleable, ¡Oh, Dios!, tan maleable... Y había tenido razón cuando lo pensé: era todavía más guapa iluminada por la primera luz de la mañana, en especial después de haber sido amada durante toda la noche.

—Está saliendo el sol —dijo en voz baja, pasándose el pelo por encima del hombro—. No quiero que te pierdas el amanecer porque esté yo aquí.

Sonreí.

—Sube las persianas. Podemos verlo desde la cama exactamente igual que desde la terraza.

Miró la ventana antes de volverse hacia mí de nuevo. Luego se puso en pie, subió las persianas para mostrar la vista del amanecer, que apenas asomaba por encima del bosque, detrás de la casa. La habitación se inundó de un dorado y

pálido brillo que hacía que su piel pareciera iridiscente. Volvió conmigo y se deslizó debajo de las sábanas. Sonrió mientras separaba los muslos debajo de mí, creando una cuna perfecta para mis caderas. Y me aceptó en su cuerpo una vez más mientras la salida del sol nos ofrecía un nuevo día.

Por fin sabía lo que era amar a una mujer en cuerpo, corazón y alma.

Durante el fin de semana nos dedicamos a explorar nuestros cuerpos, a aprender todo lo que proporcionaba placer al otro. No me saciaba de ella; me satisfacía, y, sin embargo, la deseaba constantemente. El sábado no salimos de la cama salvo para comer y ducharnos, pero el domingo dimos un paseo con objeto de que Ellie pudiera ejercitar un poco la pierna, así como sentir la libertad y el placer que suponía andar sin muletas. Le quedaba por el momento una ligera cojera, pero el médico le había dicho que disminuiría con el tiempo.

Nos dimos la mano mientras paseábamos por debajo de un puente cubierto diferente al que habíamos visitado el fin de semana anterior, y tiré de ella hacia mí al tiempo que me apoyaba en la madera vieja para besarla. Ella se rio y me devolvió el beso. Me sentía como si el mundo se hubiera detenido y solo existiéramos nosotros.

Salí de mi burbuja de felicidad cuando nos detuvimos en el camino de acceso a casa y vimos un coche desconocido allí aparcado. Cuando nos bajamos de la *pickup*, dos hombres con traje salieron del otro vehículo y se acercaron a nosotros.

—¿Gabriel Dalton? —preguntó el rubio que llevaba un traje azul marino, tendiéndome la mano.

Se la estreché sonriendo.

—Sí.

—Soy el detective Cotterill.

Me sentía un poco confundido, pero pensé que estaban allí en referencia al caso de Ellie, así que cuando ella se acercó a mi lado, se la presenté. Sin embargo, él solo le lanzó una mirada fugaz.

—Tenía la esperanza de que me respondiera a un par de preguntas.

El otro hombre había rodeado el coche y se presentó como el detective Barbosa. Le di la mano antes de responder a Cotterill.

—Por supuesto. ¿Quieren entrar?

Los llevé hasta la puerta para acceder a la casa, y una vez dentro les hice un

gesto para señalar el salón.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber?

Ambos rechazaron el ofrecimiento, y nos sentamos. Miré a Ellie, que parecía un poco nerviosa.

—¿Puedo asumir que están aquí por el caso de Ellie? —pregunté.

Cotterill negó con la cabeza bruscamente.

—No. Hemos venido para hacerle unas preguntas sobre el niño que ha sido secuestrado en el pueblo.

—¿Wyatt Geller?

El detective Cotterill levantó la vista del bloc de notas.

—¿Lo conoce?

—He estado siguiendo el caso de cerca, pero no conozco al niño.

Me miró de una forma extraña.

—Entiendo. ¿Tiene alguna razón particular para ello?

Fruncí el ceño mientras desplazaba la vista entre él y el detective Barbosa, que había reclinado la espalda contra el respaldo y había apoyado un brazo en el reposabrazos y un tobillo sobre la rodilla contraria.

—Sí. No sé si lo saben, pero me secuestraron cuando era un...

—Ya, somos conscientes de ello.

¿Qué pasaba aquí?

—Vale. Bueno, entonces pueden entender que me interese lo que puede haberle pasado a Wyatt Geller.

El detective no respondió, sino que miró a Ellie.

—¿Es usted Eloise Cates?

—Sí —murmuró ella, acercándose más a mí. Le puse la mano en la rodilla de forma protectora, y el detective Cotterill clavó los ojos durante un instante en mis dedos antes de volver a mirarme a la cara.

—¿Trabaja en *La perla de platino*, un club de..., er..., un club para caballeros?

—El término describía el lugar en términos corteses, aunque la mirada de desagrado que le dirigió transmitía a la perfección lo que aquel hombre pensaba del trabajo de Ellie. «Cabrón prejuicioso». La furia me hizo arquear la espalda.

—Trabajaba. Ahora tengo un empleo en otro lugar —repuso Ellie.

—¿Es allí donde conoció al señor Dalton?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia visitaba *La perla de platino*, señor Dalton?

—Ya no voy por allí.



—Mmm... —murmuró aquel tipo—. Hemos hablado con el gerente. —Pasó una página de su libreta—. Rodney Toller. Nos ha dicho que estaba bastante obsesionado con la señorita Cates, aquí presente, y que hizo sentir incómodas a las demás chicas. Que tuvieron que escoltarlo a la calle un par de veces.

Ella negó con la cabeza.

—No. Eso no es cierto.

—Es una versión inexacta de lo ocurrido. Lo siento, detective, ¿qué es esto?

—Existen paralelismos muy similares entre su caso y el de Wyatt Geller. Solo queremos averiguar por qué. ¿Sabe a qué puede deberse, señor Dalton?

—¿En qué se parecen tanto nuestros casos?

—No podemos compartir esa información con usted en este momento. De hecho, creemos que ya debe de ser consciente de ello.

Hice una pausa.

—Si está insinuando que sé algo sobre la desaparición de ese niño que no he compartido con la policía...

—No insinuamos nada, señor Dalton. Después de todo, su secuestrador está muerto. Usted mismo lo apuñaló, ¿verdad? —Por la expresión de su cara, sabía perfectamente que había sido así. «Bastardo condescendiente». A su lado, el detective Barbosa hizo rechinar los dientes.

El corazón se me aceleró con rapidez, e intenté fingir que la conversación no estaba afectándome. Me sentía confuso y horrorizado por estar siendo interrogado en este caso como si fuera un sospechoso.

—¿Necesito llamar a un abogado?

—¿Por qué piensa que puede necesitar un abogado?

Solté el aire que estaba conteniendo.

—Miren, detectives, no sé nada sobre el caso de Wyatt Geller, solo lo que he leído en la prensa. No puedo especular sobre qué paralelismos hay en nuestros secuestros si no me cuentan las similitudes.

Cotterill cerró la libreta y se la metió en el bolsillo interior del traje junto con el bolígrafo.

—Apreciamos que nos haya dedicado su tiempo. Señor Dalton. Señorita Cates... —Se levantó.

¿Eso era todo? Me puse de pie también y me froté las manos en las caderas. El detective Cotterill siguió el movimiento con la mirada antes de lanzarme una sonrisa tensa.

—Si se le ocurre algo que debemos saber, llámenos. —El detective Barbosa

sacó una tarjeta del bolsillo y me la tendió.

Los acompañé hasta la puerta, donde me despedí de forma concisa. Luego cerré con fuerza.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Ellie, acercándose a mí, que me había quedado quieto junto a la entrada.

—No tengo ni idea. —La miré con una sonrisa de ánimo—. Imagino que están tocando todos los palos. —Aun así, me bajó un escalofrío helado por la espalda ante la noticia de que nuestros casos eran similares. ¿En qué? ¿Por qué? ¿Qué estaría sufriendo ese pobre niño en ese momento? Dios, no quería pensar en ello, aunque tampoco podía evitarlo.

Había pasado por lo mismo.

Y lo sabía...

# 21

*«Somos un equipo. Si te haces daño, me duele».*  
*Bala, el caballero de los gorriones*

ELLIE

Pasaron varias semanas sin que tuviéramos ninguna noticia más de la policía. Entendía que habían interrogado a Gabriel porque estaban cumpliendo con su trabajo, pero la forma en que lo habían hecho, y que hubiera salido a colación *La perla de platino*, me había sorprendido y avergonzado.

Habían mirado a Gabriel como si fuera un perverso, cuando nada podía estar más alejado de la realidad. Incluso yo misma había reconocido que él no encajaba en ese lugar en el mismo segundo en que lo vi allí.

Los detectives habían retorcido la realidad de una manera que no correspondía con Gabriel. Que lo hacía irreconocible. Eso me llenaba de ira, y sentía la ardiente necesidad de defenderlo. Sin embargo, no tenía manera de hacerlo.

Él lo era todo para mí. Si hubiera podido, me habría metido debajo de su piel para vivir allí. Me sentía completa cuando estaba enterrado en mi interior, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos por el placer. Ninguna otra mujer había visto esa expresión en su rostro. Era mía y solo mía. El sol salía y se ponía en sus ojos; estaba tan profundamente enamorada que quería pasarme el resto de mi vida despertando entre sus brazos. Era el único lugar en el que me había sentido completamente en paz.

Gabriel poseía todo lo que le daba tranquilidad y alegría: su trabajo, el sol, el viento y las gotas de lluvia en la ventana. Pero yo no precisaba nada de eso, porque Gabriel ya me lo daba: solo lo necesitaba a él, y nada más.

Me pidió que me quedara en su casa, y así lo hice. Supuse que tendría que volver a mi apartamento en algún momento, pero nuestra relación era tan nueva y maravillosa que no quería pasar un segundo alejada de él. Por suerte para mí, no tenía que hacerlo, ya que también trabajábamos juntos.

Llevaba el teléfono inalámbrico encima todo el rato, y respondía las llamadas

desde su estudio, donde lo miraba trabajar. Si el ruido lo distraía o molestaba a su concentración, nunca dijo nada. Estaba trabajando en otra talla, esta vez arquitectónica, para una biblioteca en Alemania; había dicho que era una especie de adorno para la parte frontal de la estructura. Era una pieza preciosa, con intrincadas hojas de acanto, flores y mariposas. Si entrecerraba los ojos, me daba la impresión de que esas mariposas empezarían a mover las alas en cualquier momento, volviendo a la vida, de lo reales que parecían.

A veces estaba en las oficinas con Dominic, y aunque lo evitaba todo lo que podía, su comportamiento seguía siendo frío. No me hacía el menor caso, pero en ocasiones me sentía expuesta y sin defensa. Era como si el amor que experimentaba por Gabriel hubiera dejado a la vista alguna de las partes más tiernas de mí, y me notaba exhibida, desnuda de una forma que no había previsto nunca. O quizá sí..., quizá esa era la razón por la que me había resistido con todas mis fuerzas al amor. Pero ahora... Ahora era como las obras de arte que creaba Gabriel: cada uno de mis bordes afilados había sido limado para destapar mi interior, por lo que las partes que antes tenía ocultas tras una dura capa de piedra resultaban vulnerables y sensibles. No dejaba de ser una ironía que me hubiera ganado la vida desnudándome durante tanto tiempo y, sin embargo, nunca me hubiera sentido más desnuda que ahora, totalmente vestida. Llegué a pensar que una mirada penetrante podría hacerme sangrar.

Una vez había sido indiferente al desprecio, pero de repente el que me mostraba Dominic hacía que me dolieran todas las heridas profundas que había sufrido, y no tenía ninguna armadura para protegerme de los recuerdos. Me había quedado totalmente expuesta. Cuando Dominic me miraba como si fuera basura, todo lo que me habían llamado cuando era *stripper* resonaban en mi mente: «puta de mierda, puta barata, furcia...». Y eso me llevaba también a lugares profundos de mi mente en los que llevaba años sin entrar, vivencias dolorosas y oscuras que no quería revivir de nuevo.

Sin embargo, cuando Dominic me daba la espalda en lugar de mirarme, no podía evitar sentirme herida de la misma forma que cuando veía que mis compañeras del colegio repartían invitaciones a todas las niñas de la clase salvo a mí, algo que había intentado ignorar, fingir que no me importaba. Deseaba tanto sentirme incluida, querida, que temía que aquel dolor que notaba en la boca del estómago no desaparecería jamás.

El recuerdo me hacía sentir de nuevo cohibida y fea. Hacía que me acordara de cuando me preguntaba si la ropa me quedaría demasiado pequeña, o si estaría

demasiado raída, y por eso me hacían caso omiso, o si se trataba de que yo era demasiado tímida y consciente de mí misma para acercarme a ellas. Lo peor de todo era que ellas veían que no era querida y aceptada por las personas que se suponía que me amaban de forma incondicional, y por lo tanto no estaban dispuestas a arriesgarse por alguien que no podía ganarse la aprobación de sus padres.

Entonces había soñado que algún día me invitaban a una fiesta, que iba y que todo el mundo me quería, que de repente tenía amigos y que la vida no era tan cruel todo el tiempo.

Había imaginado escenas completas mientras volvía a casa desde la escuela, con mis fantasías como única compañía. De repente me preocupaba por cómo iba a conseguir el dinero para comprar un regalo si me invitaban a una fiesta. No podía llegar con las manos vacías. Así que una noche, cuando mi padre estaba inconsciente en el sofá, le quité cinco dólares de la cartera y utilicé el dinero para comprar un pequeño estuche de maquillaje en CVS. De vez en cuando, miraba aquel *kit* de maquillaje, y aquella pequeña llama de esperanza seguía ardiendo en mi interior, símbolo de que algún día estaría incluida. Que sería amada.

Poco después, Cory, el amigo de mi padre, había abusado de mí. Después de aquello, me arrastré desde la cama, con un agudo dolor y todavía oliendo a él, a sudor y cerveza, y había sacado el estuche de maquillaje del cajón donde lo guardaba. Me había sentado delante del espejo y había abierto la cajita para untarme el maquillaje por la cara, cubriéndome los párpados, las mejillas y la boca hasta parecer un feo y estridente payaso vacío y triste por dentro. Había mirado mi reflejo durante mucho, muchísimo tiempo, hasta que estuve demasiado cansada para permanecer despierta. Luego me había acostado en la cama, sin preocuparme lo más mínimo de las manchas de sangre que había en las sábanas y el maquillaje que ensució la almohada. Y, ¡oh, Dios!, el recuerdo me cortaba como un cuchillo al rojo vivo. Me daba ganas de gritar y caer de rodillas. No quería acordarme de esas cosas. Quería apartarlas, olvidarme de ellas, pero, sobre todo, no quería revivir las emociones que invocaban. No me sentía con las fuerzas suficientes.

Sentía la tentación de quedarme detrás de Gabriel cuando avanzábamos por el mundo para que me protegiera de las cosas que creía que podían hacerme daño. Mi caballero de brillante armadura. Pensaba, tal vez, que eso era lo que se suponía que hacía el amor, quitarte las capas de defensa y dejar al descubierto todos los puntos sensibles para que pudieran sanar. El problema era que no sabía

cómo hacerlo. Así que, en lugar de curarme, estaba desangrándome.

Una tarde fría entré en el estudio, estremeciéndome a pesar del jersey que llevaba puesto. Una ráfaga de viento me acompañó al interior, y cerré la puerta con una risa antes de volverme hacia él.

—¡Dios! ¡Qué frío hace de repente!

Gabriel giró la cabeza con las manos todavía sobre la talla en la que estaba trabajando.

—Esta noche vamos a tener que encender la chimenea.

Asentí con la cabeza mientras tomaba asiento en la silla que ocupaba normalmente, y lo miré trabajar durante unos minutos. Observé cómo se movían sobre la piedra sus hábiles manos, unas manos que me habían recorrido de la misma forma.

Me resultaba diferente ver ahora sus dedos que cuando trabajaba en William. Entonces solo podía preguntarme qué sentiría si me tocaban, pero en ese momento ya lo sabía, y, por eso, verlo tallar me hacía sentir otra clase de satisfacción.

Miré hacia la plataforma donde había puesto a William, pero no lo vi. Fruncí el ceño.

—Gabriel, ¿dónde está William?

Él dejó de trabajar y me miró.

—Oh, esta mañana lo ha recogido la compañía naviera. Estaba listo. Supongo que ocupará su lugar en el exterior del museo.

Una oleada de dolor hizo que me tensara, y noté que se me helaba la sangre en las venas.

—No me lo habías dicho.

Gabriel me miró de forma rara.

—Estabas en el pueblo, recogiendo esas cosas de George... Ellie, ¿estás bien?  
—Se acercó a mí.

Se me había asentado en la boca del estómago una sensación de pérdida tan intensa que me asustó. Me rodeé el cuerpo con los brazos, intentando mantener a raya las emociones.

«¡Oh, Dios! Es ridículo. Solo es una estatua... Solo...».

—Eh... —me dijo Gabriel con suavidad, haciendo que me levantara de la silla para abrazarme—. Lo siento. No se me ha ocurrido que podías tomártelo así. Lo siento.

Me fundí con él, poniendo mis brazos alrededor de su cuello y apretando la

cara contra su pecho. Inhalé su esencia —que me hacía pensar en paz y confort — mientras negaba con la cabeza.

—No... Es que... Lo siento... —murmuré—. No sé por qué...

Se echó hacia atrás y me miró a los ojos, con una expresión comprensiva que me hizo pensar que sabía lo que sentía.

«¿No lo hacía siempre?».

—Debería haber dejado que te despidieras. Lo siento.

Negué con la cabeza de nuevo, forzando una sonrisa.

—No, estoy siendo ridícula. Supongo que... Es que... Me enamoré de ti mientras William... —No sabía cómo terminar la frase. ¿Cobraba vida? ¿Nacía? ¿Había llegado a considerar a William como una especie de hijo? ¿La representación física de mi amor por Gabriel? Respiré hondo—. Me enamoré de ti mientras creabas a William. Era especial para mí. —Intenté reírme, y esta vez me pareció que sonaba más natural, aunque el nudo que tenía en la garganta no había desaparecido.

Gabriel me sonrió con ternura.

—¿Me amas? —Su tono era de asombro.

Lo miré parpadeando.

—Dios, ¿es que no lo sabes?

Sonrió, feliz y con algo de timidez, haciendo que me diera un vuelco el corazón. Me avergoncé al darme cuenta de que nunca le había dicho esas palabras, ni siquiera una de esas noches en las que me había hecho el amor y me había sostenido entre sus brazos, en las que mi corazón ardía de amor por él.

—Lo esperaba... Pero es agradable escucharlo...

Me abrazó.

—¡Oh, Gabriel! Te amo, te quiero muchísimo... —Me había dejado anonadada saber que no se lo había dicho, pero mientras le devolvía el abrazo me di cuenta de que no se lo había dicho no porque no supiera que lo amaba, sino porque las palabras no me parecían suficiente para expresar lo que sentía.

«¿Te adoro? ¿Te admiro? ¿Te necesito? ¿Dependo de ti?».

¿Cómo se mezclaba todo eso y se decía con solo dos palabras? ¿No se suponía que el amor era algo tranquilo y relajado? Sin embargo, mi amor por Gabriel era algo... desesperado...

Me besó, rodeados por sus hermosas tallas, las creaciones de su corazón, y la alegría, la nostalgia y la incertidumbre se mezclaron en mi interior. Pensaba que el amor no debía ser algo lleno de desesperación, ¿verdad? ¿Acaso estaba tan

hecha polvo que ni siquiera podía amar como era debido?

—Creo que vamos a tener que ir a visitar a William para darle la gran noticia —bromeó.

Me reí y sorbí por la nariz, parpadeando para no derramar ni una lágrima.

—¿A Francia?

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—No sé. Es decir, quizá algún día... —Solo quería tener a William aquí, conmigo, poder mirarlo cada vez que quisiera—. De todas formas, creo que lo sabe. Que fue el primero en saberlo.

—Oh, Ellie... —suspiró Gabriel—. Te amo.

Nos quedamos así durante un buen rato, hasta que me sentí mejor gracias a la cálida fuerza de sus brazos.

—Mientras tanto, les pediré que me envíen una imagen cuando esté colocado en su lugar, ¿vale?

Asentí con la cabeza, pero en mi interior sentí dolor de nuevo. No quería imaginarme a William allí. Y a pesar de que era algo irracional, no podía dejar de preguntarme si no se sentiría solo.

—Vale.

—Está bien —susurró, inclinándose hacia delante para besarme los párpados, la nariz, los labios, hasta que solté una risita ahogada.

Me recompuse como pude mientras Gabriel volvía a concentrarse en su trabajo. De repente levantó la mirada hacia mí.

—Hay un festival en el pueblo todos los años, en otoño —me explicó—. Ya sabes, el juego de morder una manzana, paseos en carros de heno, esa clase de cosas. —Volvió a bajar la vista hacia su trabajo—. ¿Te gustaría ir? —Hizo una pausa más antes de hablar de nuevo—. Ya hemos hablado de lo difícil que me resulta relacionarme con la gente del pueblo. Se me ha ocurrido que podría ser un buen comienzo.

Incliné la cabeza a un lado.

—Creo que es una buena idea. Me encantaría ir.

Sonrió levemente.

—Vale, vale... —Se quedó callado de nuevo, ahora con el ceño fruncido. Esperé a que hablara—. Esta mañana había en el periódico un artículo sobre Wyatt Geller. Mencionaban mi nombre.

Lo miré con los ojos muy abiertos.



—¿Te mencionaban cómo?

Negó moviendo la cabeza.

—Lo mismo que me dijo la policía. Que entre su caso y el mío hay ciertas similitudes.

Lo decía como si no significara nada, pero me pregunté de nuevo si la policía habría sido tan hostil con él si no estuviera relacionado también con *La perla de platino*. «Conmigo». Me quedé en silencio mientras consideraba eso, y noté que me daba un vuelco el corazón. Negué con la cabeza. Dios, una parte de él debía de estar lamentando el día que puso un pie en *La perla de platino*. ¿Era mi relación con él lo que estaba causándole problemas? ¿Empeoraría su posición, ya inestable, en la comunidad debido a que estaba conmigo? Me miré las uñas mientras fruncía el ceño.

—No —dijo él.

Lo miré.

—¿«No» qué?

—No pienses lo que estás pensando en este momento.

Solté un suspiro que agitó el pelo que me flotaba delante de la cara. No pude reprimir la sonrisa que apareció en mis labios.

—¿Cómo has sabido que...?

Me sonrió desde el taburete donde se sentaba para trabajar.

—Te conozco, Eloise. —Había tanto amor en su voz que contuve el aliento un instante, mientras me recorría una oleada de calidez. Sí, me conocía, y me amaba igualmente.

Dejé caer las manos y asentí con la cabeza.

Cogió una herramienta para seguir tallando, pero se quedó quieto.

—Ah, otra cosa... Chloe vendrá de nuevo dentro de un par de días. Quiere hacerme un test que, según parece, la ayudará con el trabajo. Al principio no lo consideró necesario, pero, al parecer, ahora sí lo es. —Se encogió de hombros.

—Oh, vale. ¿Tiene que venir aquí para hacértelo?

—Sí, dice que tiene que estar presente. —Se quedó callado un segundo—. Creo que a ella le gusta estar aquí, que siente debilidad por la zona.

Me pregunté si no sentiría debilidad por la gente, es decir, por Gabriel, pero aparté aquella ráfaga de celos. Chloe me caía bien, confiaba en ella.

—Entonces, genial. Tenemos que demostrarles a tus vecinos lo increíble que eres y que... tus habilidades para comer manzanas no tienen límites. —Sonreí—. Si puedes ganarte a alguien difícil, como yo, puedes conseguir que cualquiera

coma en tu mano.

Cuando se rio, sentí el corazón ligero. Aunque cuando miré hacia el lugar donde William había estado el día anterior, me recorrió de nuevo una sensación de pérdida, como si una parte de mí hubiera desaparecido también con William.

## 22

*«No pierdas la esperanza. No sabes lo que depara el mañana».*  
*Sombra, el barón de la espoleta*

ELLIE

La mañana del festival de otoño de Morlea amaneció fresca y fría. No quería salir del capullo caliente que teníamos en la cama de Gabriel, pero me preocupaba un poco el hecho de ir al pueblo con él, así que, en vez de negármelo a mí misma, me escabullí de sus brazos y fui a la ducha de puntillas cuando el sol no se había asomado todavía.

Acababa de enjuagarme el champú del pelo cuando Gabriel abrió la puerta de vidrio y se metió conmigo en la ducha. Me reí y farfullé sorprendida debajo del agua. Muy pronto, mi risa se transformó en suaves gemidos cuando él se puso a adorar mi cuerpo debajo del agua caliente, lo que me despertó por completo, de la manera más deliciosa posible.

Me puse unos vaqueros con unos rotos estratégicamente situados y un jersey *oversize* de color vino que estaba decorado con una banda de encaje en el dobladillo. Me tomé mi tiempo con el pelo, para secármelo hasta que los rizos me quedaron sueltos, como le gustaba a Gabriel.

—Todo este pelo... —me susurraba en la tranquilidad de la cama que compartíamos—, podría envolverme con él. —Y la forma en la que me lo miraba cuando me lo dejaba suelto y me caía sobre los pechos me hacía sentir la mujer más hermosa de la Tierra.

Cuando salí del cuarto de baño, la sonrisa de Gabriel hizo que me alegrara del esfuerzo extra que había volcado en mi apariencia. Sabía que él pensaba que era tan guapa arreglada como con la cara lavada, e incluso que podría preferirme sin maquillaje.

—¿Preparada?

Asentí moviendo la cabeza, y nos cogimos de la mano para salir de la casa. Fuimos en coche al pueblo, donde dejamos la *pickup* en una extensa zona de

hierba que había sido habilitada como aparcamiento para el evento.

Todo el mundo iba hacia el parque donde se había organizado la fiesta, vestidos con vaqueros y jerséis, bufandas y cazadoras ligeras. En el aire flotaba un olor a palomitas de maíz y a caramelo, y apreté la mano de Gabriel presa de una emoción que me parecía familiar y, al mismo tiempo, extraña, como si la hubiera experimentado en un tiempo y hubiera olvidado la sensación. ¿Anticipación? ¿Felicidad? Eso era. ¿Había pasado realmente tanto tiempo desde que había sentido esas cosas?

Miré a Gabriel, que estaba observando a la gente que nos rodeaba. Luego clavó en mí los ojos y sonrió, aunque había cierto nerviosismo en su expresión. Le apreté la mano, aferrándome a la esperanza que sentía bailar en mis venas. Quizá esto iba a funcionar.

«Por favor, que funcione».

Oí un grito femenino de alegría y me volví para ver a Chloe corriendo hacia nosotros, con una sonrisa tan grande como sus brazos abiertos. Me reí, sorprendida, cuando me estrechó en un abrazo, chillando de nuevo, para luego soltarme y aplastar a Gabriel, que también sonrió y le devolvió el gesto de afecto.

—¡Por favor! ¿Podría ser un día mejor? —preguntó ella, dando un paso atrás con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Sus rizos le enmarcaban la cara. Llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey blanco. Completaban su atuendo unas botas marrones de caña alta y un pañuelo de tonos verdes, naranjas y amarillos que se había puesto alrededor del cuello con la precisión de una experta. Su aspecto era elegante y bonito, igual que si fuera la modelo de la portada de una revista de moda de otoño.

Miré mi propia ropa, con la que tan feliz me sentía tan solo media hora antes, y de repente me pareció barata y de mal gusto. No se me había ocurrido comprar ropa nueva. Me moví nerviosa, como queriendo ocultarme detrás de Gabriel, pero obligándome a no hacerlo.

—Muchas gracias una vez más, Gabriel, por dedicarme tu tiempo. Solo te robaré una hora, te lo prometo. Me alegro mucho de haber elegido este fin de semana para venir aquí. Es increíble. —Hizo un gesto con el brazo que incluía todas las gradas, la gente que se reía y muchas calabazas—. El otoño es mi estación favorita.

Gabriel se rio entre dientes.

—De nada. Me alegro de verte. ¿Has visto ya a George?

—Sí. Está allí, con Dominic.

Sus ojos se clavaron en mí durante un instante con una expresión concentrada antes de señalar un punto a su espalda y agitar los brazos. Noté como un puñetazo en el vientre al oír mencionar a Dominic. Gabriel no me había dicho que estaría. Pero su mirada indicaba que no lo sabía o que no estaba seguro de que su hermano fuera a aparecer.

—¿Puedes decirles que estamos aquí? —le preguntó Gabriel a Chloe—. Mientras le voy a comprar a mi chica un café con leche de calabaza y canela.

Chloe sonrió.

—Claro. —Le puso una mano en el brazo y esbozó una sonrisa alentadora antes de desaparecer.

—¿Sabías que Dominic estaría aquí?

Gabriel me miró y negó con la cabeza.

—No me lo mencionó. Pero pensaba que todo iba mejor entre vosotros. ¿Te ha molestado últimamente? —preguntó con el ceño fruncido.

Moví la cabeza de forma negativa.

—No, es solo que no le gusto.

Me cogió de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Ellie, es cosa de él, no tuya. Acabará superando esa idea que tiene de ti, ¿vale? Te lo prometo. Por favor, no dejes que eso te afecte.

—Lo sé. No lo haré —mentí. Miré a mi alrededor y noté que algunas personas nos observaban—. Me gustaría haber estrenado ropa. Debería haberme comprado algo nuevo.

Él frunció el ceño y bajó la vista a mi cuerpo.

—Estás preciosa.

—Tú me ves bien hasta con ropa deportiva —me burlé, mordisqueándome las uñas.

—Eh... —me dijo con ternura, cogiéndome las manos para que dejara de comerme las uñas—. ¿Qué pasa? Si hubieras querido, te habría comprado ropa nueva.

Lo miré a los ojos.

—No quiero que me compres ropa.

Se detuvo.

—Rectifico, habrías podido comprártela tú. Me refería a que habría ido de compras contigo.

Asentí con la cabeza, pero me sentía pequeña e insignificante, sensible y un tanto molesta. Forcé una sonrisa.

—Lo siento. Solo quería estar lo mejor posible hoy por ti. Y por mí. Me siento bien. Creo que solo necesito un poco de cafeína. Eso del café con leche que has mencionado suena muy bien.

Lo vi sonreír, pero todavía había un destello de preocupación en sus ojos, así que curvé más los labios para tranquilizarlo.

—Si mi chica necesita cafeína —dijo, cogiéndome la mano al tiempo que me devolvía la sonrisa—, mi chica tendrá cafeína. Vamos.

Me compró un café con leche de calabaza y canela que parecía más un dulce que un café, y me di cuenta de que varias personas lo miraban cuando se puso en la cola. Hice lo posible por ignorarlas. Gabriel me había asegurado que solo lo miraban a él; sin embargo, el temor de que toda esa atención pudiera ser consecuencia de que me estaban juzgando a mí supuso un obstáculo a mi buen humor y me hizo más consciente de todo lo que nos rodeaba.

Nos tomamos aquel dulce brebaje sentados en un par de balas de heno que habían colocado por aquí y allá para decorar y para que sirvieran de asiento, y me sentí mejor cuando nos reímos mientras bebíamos.

Unos minutos después, George, que estaba con Chloe y otras parejas, nos hizo un gesto para que nos uniéramos a ellos. Reconocí a algunos de los hombres de la cantera, y supuse que estaban allí con sus familias.

—¿Te apetece ir a saludarlos? —preguntó Gabriel.

—Ve tú. —Le hice un gesto con la cabeza en dirección a ellos—. Yo me quedaré aquí sentada y dejaré que la cafeína y el azúcar inunden mi torrente sanguíneo. —Le sonreí. Lo cierto era que estaba disfrutando sinceramente allí sentada, donde podía observar todo lo que ocurría sin tener que hablar con nadie.

—¿Estás segura?

—Sí. —Le di un codazo—. Ve. Y cuando vuelvas, me puedes enseñar esas habilidades para comer manzanas de las que tanto presumes.

Gabriel se levantó riéndose.

—De acuerdo. —Me lanzó una sonrisa por encima del hombro mientras se alejaba, y me dio un vuelco el corazón. Lo observé unirse al grupo con los labios curvados. Me encantaba verlo interactuar con los demás. Me encantaba la forma en la que prestaba atención a todos cuando hablaban, la forma en la que sonreía con sinceridad. Supe que a pesar de lo que Dominic me había dicho, yo no era mala para su hermano. Me daba la sensación de que Gabriel estaba todavía más a gusto consigo mismo desde que estábamos juntos.

Pude ver al niño que había sido una vez, confiado y con interés por todo, y supe que habría seguido siendo así si su vida no se hubiera interrumpido cuando solo era un crío. Habría sido ese chico del que las chicas susurraban en el pasillo, el que no parecía del todo real, sino más el protagonista de una película, encantador sin mucho esfuerzo, cautivador por completo y, sin embargo, auténtico. ¿Habría sido para mí si se hubiera convertido en la persona que se suponía que debía ser? ¿Me habría conocido siquiera? No lo creía, y eso hizo que me doliera el corazón.

Lo vi hablar de forma animada con Chloe; sonreí ante su exuberancia y sentí su alegría incluso desde la lejanía.

Gabriel inclinó la cabeza hacia ella, como escuchándola con atención, y luego, después de unos minutos, se echó hacia atrás con una carcajada. Ella también se rio, y lo cogió por los hombros para decirle algo que les hizo reírse con más fuerza todavía. Formaban una bonita pareja, alegre y sin preocupaciones. Una punzada de dolor me atravesara el vientre.

—Está enamorada de él, ¿sabes?

Giré la cabeza hacia la izquierda, donde me encontré a Dominic de pie, mirando también a Gabriel y a Chloe. Sus palabras me aceleraron el corazón, pero no vislumbré malicia en su expresión, sino algo que parecía... tristeza. ¿Por qué? Yo pensaba que quería que Gabriel y Chloe estuvieran juntos. Tragué saliva, y me volví hacia ellos. Estaban todavía más cerca, y el pelo de ambos era casi del mismo tono castaño.

Noté que Chloe aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para tocar a Gabriel, y percibí la forma en la que lo recorría con los ojos una y otra vez, incluso cuando era otra persona del grupo la que hablaba. Por supuesto que estaba enamorada de él. No solo era guapo: era hermoso por dentro de una forma que era difícil de explicar a quien no lo conociera. Era bueno y generoso, inteligente y con talento. ¡Dios! ¿Quién no se enamoraría de él?

—Lo sé —susurré.

Volví la vista hacia Dominic y él me estaba observando fijamente, aunque con amabilidad. Me sorprendió la ausencia de hostilidad en su mirada. Era la primera vez que no parecía estar culpándome de todos los males del mundo. De repente, pareció volver en sí mismo, y se enderezó, echando un vistazo a su alrededor.

—Tengo hambre; voy a los puestos de comida. ¿Quieres algo?

—No, gracias —repuse, sorprendida por el ofrecimiento. Asintió y se dio la vuelta, para desaparecer entre la multitud. Me fijé de nuevo en donde estaban

Gabriel, Chloe y George con gente de la cantera y sus familias; Gabriel me estaba observando con una sonrisa, y me hizo un gesto con la mano. Se lo devolví levantando la taza de café vacía.

Él volvió la vista de nuevo al grupo cuando George dijo algo, y observé que una pareja pasaba por delante de ellos. Ambos lanzaron a Gabriel una mirada de curiosidad antes de que la mujer sonriera un poco al verlo reírse a carcajadas.

Eso era justo lo que necesitaba, que la gente del pueblo lo viera como era en realidad, interactuando con aquellos con los que se sentía a gusto. Solo tenían que conocerlo de verdad para que también se enamoraran de él. ¿Quién podría resistirse?

Cuando Gabriel había estado sentado a mí lado, también habíamos recibido miradas de curiosidad; era obvio que la gente de Morlea estaba familiarizada con él. Pero ahora que estaba sola sobre la bala de hecho, me había vuelto anónima.

Me dediqué a contemplar a la multitud durante otro minuto, sonriendo al ver a un niño con una calabaza demasiado pesada para él. Se abrió paso como podía, y casi perdió el equilibrio, por lo que su padre le cogió la calabaza riéndose. Aquella cariñosa muestra de afecto de los padres hizo que me riera por lo bajo.

Un grupo bullicioso estaba jugando a algo en un puesto algo más alejado de donde estaba sentada, y volví la cabeza hacia ellos cuando todos soltaron un grito colectivo. Resultó evidente que el que había estado jugando había ganado, por las muestras de ánimo que recibía. Cuando se separaron y el ganador se dio la vuelta, descubrí una sonrisa que ya había visto antes. Se me heló la sangre en las venas, y la escena se nubló ante mis ojos. Era uno de los hombres que me habían golpeado en el aparcamiento aquella noche. Estaba en libertad bajo fianza.

«¡Oh, no! ¡Oh, Dios!».

Todavía no sabía su nombre, nunca me había tomado la molestia de averiguarlo, y lo cierto era que tampoco había querido pensar en él en términos personales. Me levanté y casi me caí hacia delante. Cuando me di la vuelta, nuestros ojos se encontraron.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!».

Se me revolvió el estómago, y el café que acababa de beber se me subió a la garganta. Me llevé la mano a la boca, pues temía vomitar allí mismo.

Mi instinto me impulsaba a salir corriendo, evitar a aquel hombre a toda costa, pero él se inclinó para susurrarle algo a la mujer que tenía al lado. La joven vino derecha a por mí. Parpadeé mientras me quedaba paralizada en el sitio, presa de



un confuso horror.

«Por favor, no... Que no pase nada. Que no pase nada aquí».

—¡Putita estúpida! —me gritó mientras se detenía a varios metros de donde yo estaba. La gente se quedó quieta a mi alrededor y la miró. Volví la vista hacia Gabriel, que parecía atender a algo que decía uno de los hombres que trabajaban en la cantera.

Le di la espalda. Quizá así se marchara y todo el mundo volvería a concentrarse en lo que estaba haciendo antes.

—¡No me ignores! —gritó ella—. ¿Acaso crees que puedes mentir sobre mi novio y marcharte de rositas? ¿Y solo porque te rechazó? Te mereces lo que te ha pasado y más.

¿Eso era lo que él le había dicho? ¿Que había intentado ligármelo y que se había visto obligado... a dejarme inconsciente? Casi me reí de lo absurdo del argumento, pero el corazón me latía con tanta fuerza que no pude ni esbozar una sonrisa.

Crucé los brazos sobre el pecho, abrazándome a mí misma mientras se acercaba a ella el hombre que me había golpeado.

—Vamos. No puedo acercarme a ella.

«Gracias a Dios...».

Volví a mirar de nuevo al lugar donde se encontraba Gabriel, pero no estaba. Me bajó por la espalda un escalofrío de ansiedad justo antes de oír su voz a mi espalda.

—Largo de aquí. —Las palabras fueron casi un gruñido, y me sobresalté, sorprendida por la frialdad de su tono. Estaba de pie detrás de mí; cuando me giré, dio un paso adelante.

—Gabriel, no pasa nada —murmuré. La novia de aquel tipo me estaba diciendo todo tipo de obscenidades, pero desconecté al ver que Gabriel se adelantaba. Parecía que estaba dispuesto a pegarle una paliza a aquel hombre.

«¡Oh, Dios, no! ¿Qué puedo hacer?».

—No te me acerques, tío —advirtió el hombre, retrocediendo. La gente ya no se limitaba a mirar, sino que se habían vuelto, interesados en lo que pasaba, en medio de un ominoso silencio.

Al intentar alejarse, el hombre tropezó, pero se enderezó al instante y dio un paso atrás con las manos en el aire.

—Ha sido solo una coincidencia —aseguró—. Nos vamos.

Yo no podía ver la cara de Gabriel, pero noté perfectamente la rabia de su tono

cuando respondió.

—Si esto no terminara perjudicando a Ellie, te haría lo mismo que le hiciste a ella, asqueroso pedazo de basura humana.

Me llevé las manos a la boca, sin ser consciente de que estaba llorando hasta que sentí las lágrimas en los dedos.

—Venga, venga... —George y Dominic se acercaron a Gabriel y cada uno lo agarró por un brazo para apartarlo de aquel hombre. Chloe estaba justo detrás, y parecía muy afectada.

El hombre retrocedió, aliviado de ver que obligaban a Gabriel a retirarse. Era un cobarde, a pesar de lo que me había hecho a mí. Y si no lo hubiera sabido ya, me habría dado cuenta entonces.

Aun así, me sentía perdida debido al miedo y a la vergüenza. Algún día, dentro de no mucho tiempo, tendría que enfrentarme a esos hombres en los tribunales. ¿Cómo iba a hacerlo? No creía que pudiera. No me sentía lo suficientemente fuerte. No lo era.

Fue entonces cuando oí los susurros que había a mi alrededor.

—... ya le sucedió antes..., cuando era un niño... Ya sabes... ¿Recuerdas cuando...?

—... parece agradable, pero luego se vuelve... violento...

—... a veces, las víctimas se convierten en autores... Han hecho estudios...

—... ¿No has oído que es sospechoso en el caso...?

—... ¿Quién es la chica que está con él? ¿Has visto lo que la llamaba esa otra chica?

«Putas».

«Zorra».

«Basura».

Negué con la cabeza, tratando de digerir el horror que me invadía por lo que acababa de pasar.

Gabriel intentó zafarse de George y Dominic mientras el hombre, su novia y las demás personas que estaban con él empezaban a alejarse entre maldiciones, escupiendo al suelo.

—Si alguna vez te acercas a ella otra vez, ¡será lo último que hagas, cabrón! —le gritó Gabriel.

La novia se volvió y le mostró el dedo corazón, pero el hombre hizo que no oía las palabras de Gabriel, desapareciendo entre la multitud.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Chloe—. ¿Qué ha sido eso? ¿Estás bien? —me

preguntó.

Asentí con la cabeza bruscamente. Por unos instantes, Gabriel siguió con los ojos clavados en la dirección por la que el grupo que había desaparecido, y luego se volvió hacia mí, soltando un suspiro.

—Ellie, lo siento. Dios..., ¿estás bien?

Negué con la cabeza, sintiéndome el centro de todas las miradas, de todos los susurros, de todos los juicios.

—¿Podemos irnos? ¿Podemos marcharnos?

Dominic se volvió hacia Gabriel.

—¿Quién era...?

—Uno de los hombres que la atacaron —respondió Gabriel.

Sentí que el calor de la vergüenza me subía por el cuello hasta las mejillas y me hacía sentirme mareada. Me giré un poco hacia Gabriel, como queriendo fundirme con él.

No miré a Dominic. No podía. Sabía exactamente lo que vería en su cara si lo hacía. Sus ojos me dirían que era culpa mía, que mi presencia en la vida de Gabriel solo le traía más dolor y falta de aceptación.

—¿Podemos marcharnos? —repetí—. Por favor...

—Ellie... —murmuró Gabriel, acercándose más para secarme una lágrima de la mejilla—. Jamás te habría dejado sola si hubiera adivinado que...

—No lo podías saber. Ni siquiera se me ocurrió que... —Negué de nuevo con la cabeza.

—Gabriel, ¿por qué no lo dejas ya? —preguntó George—. Lleva a Ellie a casa, sentaos con los pies en alto y olvidaos de todo esto, ¿vale? —Me estaba mirando fijamente, como si yo fuera la que parecía más traumatizada. Y quizá fuera así. Era posible.

—Vale. —Gabriel todavía me miraba con preocupación mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara—. Vámonos. —Le hizo un gesto a George, Dominic y Chloe y, enlazando el brazo con el mío, me llevó al aparcamiento.

No fui consciente del camino a casa, así que cuando Gabriel detuvo el coche delante, miré a mi alrededor sorprendida. ¿Pero no acabábamos de salir de la fiesta?

Entramos, y Gabriel me llevó hasta el sofá, donde me acurruqué en un extremo. Se sentó a mi lado para rodearme con sus brazos mientras me besaba la coronilla.

—Lamento lo que ha pasado. No lo he gestionado demasiado bien.

«¿Dice que lo siente? ¿He sido yo la que ha hecho que todo el mundo se fije en él y dice que lo siente?».

Negué con la cabeza.

—No tienes que lamentar nada. Gracias por defenderme.

«Otra vez».

Soltó un largo suspiro.

—Te defenderé hasta la muerte, Eloise.

Me giró la cabeza para que lo mirara.

—Sé que lo harías. —Me mordí el labio un instante y bajé la vista. Me invadió una fuerte sensación de culpa que me hizo cerrar los ojos con fuerza—. Lo siento tanto...

—Ellie, no tienes la culpa.

No levanté la mirada, solo recordaba la expresión de odio que brillaba en los ojos de aquella mujer mientras me insultaba con todos aquellos apelativos.

—¿Por qué las chicas siempre estamos atacándonos?

—No todas son así, mira a Chloe.

«Sí, mira a Chloe».

Se me encogió el corazón, pues no me gustaba que oírle mencionar a Chloe me hiciera sentir envidia cuando ella solo había sido buena conmigo. Hacía que me considerara una mala persona.

—Ya.

Gabriel me estrechó todavía con más fuerza, y estuvimos así durante un rato, en silencio. Me perdí en mis pensamientos, repasando los acontecimientos de la mañana. Una mañana que había empezado con tanta esperanza y alegría. Me inundó una abrumadora tristeza mientras levantaba la vista hacia Gabriel.

«Nunca llegaré a ser lo suficientemente buena para él».

—Hoy quería ser la mejor para ti. Quería que...

—Shhh... Eso da igual. Nada de eso es importante. Esa gente... Todos pueden pensar lo que quieran. Eres la única persona que me importa.

Esbocé una temblorosa sonrisa al tiempo que me acercaba a él para rodearle la cintura con los brazos.

—Tiene razón Dominic. Debes tener la vida que estabas destinado a tener.

Él frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que debes vivir la vida que habrías tenido si no te hubieran secuestrado.

Permaneció en silencio durante un minuto antes de hablar.

—Eloise, estoy viviendo la vida que estaba destinado a vivir. Mi vida es así, para bien o para mal, es la que debía tener. Podría pasarme el día pensando en que una carambola cósmica me ha robado algo, pero ¿serviría de algo? Estoy viviendo mi vida, la que me ha sido concedida, que es lo mejor que puede hacer cualquiera de nosotros. Imaginar lo contrario es negar que hay propósito para el sufrimiento, y que deberíamos soportarlo. Sí, he experimentado dolor, pero quizá... Tal vez debido a mis acciones, el hombre que me secuestró no hará daño a nadie más. No lo sé. No trato de entenderlo, solo confío en que la esta vida, mi vida, es la que estaba destinado a tener, y me siento en paz por ello.

Mi amor por él hizo que se me hinchara el pecho con tanta fuerza que, por un momento, no pude respirar. Gabriel era una persona buena y positiva, pero me pregunté si él no aceptaría casi cualquier cosa porque era capaz de encontrar la parte buena a todo. Ese era su don. Se notaba en la ternura de su alma, en su deseo y capacidad de elegir siempre la felicidad sin importar cómo. Vislumbraba la pequeña rendija de luz cuando los demás solo veían la oscuridad que los rodeaba. Quizá Dominic tenía razón y la gente que rodeaba a Gabriel, la que lo amaba, le exigiera más de lo que él se exigía a sí mismo.

## 23

*«Es bueno llorar. Es la forma que tiene el corazón de mostrar su dolor».*

*Gambito, el duque de los ladrones*

GABRIEL

Ellie me parecía más vulnerable que nunca, y no era capaz de hacer o decir nada que la tranquilizara.

Chloe vino por casa para traerme el test que necesitaba que hiciera, y odié tener que dedicarle mi tiempo, a pesar de que había venido hasta Morlea solo por eso. Me preocupaba la forma en la que nos observaba Ellie cuando estábamos juntos. Nos miraba con una especie de tristeza cómplice, casi una triste determinación, y no estaba seguro de lo que significaba, pero tenía claro de que no auguraba nada bueno. ¿Acaso pensaba que yo sentía algo por Chloe? «Te amo —susurraba lo que me parecía cien veces al día—. Solo a ti». ¿Es que no lo veía en mis ojos? ¿No podía sentirlo en cada latido de mi corazón?

—¿Hola? —dijo George entrando en el estudio con una caja.

—Hola, George. —Hice girar el taburete con la espalda recta mientras movía los hombros.

—Aquí tienes el trozo de piedra que querías. —Señaló la caja que acababa de dejar sobre la mesa, junto a la puerta.

—Gracias.

George se acercó y miró la talla que estaba terminando. Le pasó una mano por un costado.

—Es preciosa. Las mariposas parecen reales.

Sonreí, encogiéndome de hombros.

—Espero que les guste.

—Va a encantarles. —Se interrumpió mientras se apoyaba en la mesa que tenía detrás—. ¿Qué tal está Ellie?

Fruncí el ceño.

—¿Te refieres a después de la fiesta?

—Sí, y en general.

Apreté los labios y luego suspiré.

—No lo sé, George... Parece a punto de venirse abajo. —Hice una mueca—. No sé muy bien cómo describirlo.

—La has cambiado, Gabriel. Ahora lo está pasando mal intentando averiguar quién es. —Me estudió con lo que parecía preocupación—. Me da la impresión de que piensa que sin ti no es nadie. Te has convertido en su mundo.

Respiré hondo mientras sus palabras resonaban a mi alrededor. Me dolían, pero, sin embargo, me parecían ciertas. Una parte de mí quería ser todo su mundo, pero mi yo más razonable sabía que no era bueno para ella.

—¿Qué puedo hacer?

—Intenté animarla para que aprendiera a pelear. Se me ocurrió que eso podía conseguir que tuviera más confianza en sí misma. Pero no ha vuelto otra vez, a pesar de que se lo he pedido. Supongo que ha estado ocupada.

«Ocupada. Sí, conmigo». Sonreí a pesar de que me sentía triste. Recordé cuando George me había enseñado a pelear, cuando volví a casa. Yo tenía quince años y me había pasado horas en el garaje de su casa, bailando alrededor del saco, arremetiendo contra él en lugar de contra el mundo, en vez de contra mí mismo. Y me había ayudado. Pero solo había supuesto una parte pequeña de mi recuperación.

—¿Y qué más?

Negó con la cabeza.

—Ah, Gabriel, te lo diría si lo supiera. Intenta... intenta recordar cómo estabas los años después de regresar a casa. —Se incorporó, sonriendo con suavidad antes de darse la vuelta y atravesar la puerta.

—Gracias, George —grité. Me quedé allí durante un tiempo, pensando en ese momento en el que me lo cuestionaba todo sobre mí mismo. Había tenido que volver a confiar en mí otra vez, había tenido que volver a descubrir mi lugar en el mundo a pesar de que dudaba que tuviera uno siquiera. Había sido difícil y había estado solo, pero... había sido necesario. Y había tenido que trabajar para conseguirlo. Nadie hubiera podido hacerlo por mí, aunque hubieran querido.

Suspiré. No, no podía ser yo quien hiciera por Ellie lo que debía hacer ella misma, pero podía amarla mientras lo intentaba. Y eso era lo que iba a hacer exactamente. Si necesitaba fuerza, sería su roca; si necesitaba consuelo, su paño de lágrimas. Me convertiría en lo que ella necesitaba. Y, sin embargo, a pesar del

peligro, tenía que dejar que Ellie encontrara su propio valor, no dejar que fuera mi amor quien lo determinara por ella. Nunca sería feliz de esa manera.

Me pasé los dedos por el pelo en señal de frustración. «No me puedes *arreglar*, ¿sabes?», me había dicho. «No —había pensado yo—, solo puedo amarte». Y tenía razón. Lo único que podía hacer era amarla.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso, y mientras estaba sentado en el estudio, trabajando en los detalles finales de las hojas de acanto de la biblioteca alemana, hice una pausa para mirar el paisaje acuoso. La puerta se abrió en ese momento, y entró Ellie, sonriente, cerrando un paraguas y con un paquete debajo del brazo.

—Hola —la saludé, risueño.

—Hola. Dominic ha ido al pueblo y ha recogido tu pedido en la ferretería.

—Oh, gracias. —Me había olvidado incluso de haber hecho ese pedido—. ¿Te ha dicho algo de Sal?

Ellie frunció el ceño.

—¿Dominic? —Negó con la cabeza—. Dominic no habla mucho conmigo. —Se le encendieron un poco las mejillas, y lo noté. Le había preguntado si Dominic la trataba mal, algo que ella había negado, pero no acababa de creérmelo.

Apreté los labios, y ella pareció leer mis pensamientos.

—Te dije que todo iba bien entre nosotros, aunque más bien se mantiene callado a mi alrededor.

«¿Callado? ¿Dominic?».

Eso no sonaba bien. Suspiré.

—Ellie, puedo hablar con él si es necesario. No debes sentirte incómoda en el trabajo.

Sonrió, pero la sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—No quiero que hables con él. Todo va bien. En serio. —Se le iluminó la sonrisa—. Parece que ya está casi terminada. —Señaló la pieza que tenía delante.

—Sí. Me quedan un par de horas, como mucho. —Me concentré en la talla mientras Ellie se ponía a abrir la caja y en sus detalles y, cuando levanté la vista unos minutos después, me sorprendió verla de pie delante de un armario abierto.

Me levanté del taburete al tiempo que ella se daba la vuelta. Su expresión era algo aturdida.

—¿Son...? —Me observó parpadeando.

Miré detrás de ella y me di cuenta de qué guardaba en el mueble que había abierto. Me acerqué despacio a ella. Una a una, saqué las figuras y las dejé en la



mesa, a nuestro lado. Sus ojos y los míos se encontraron, los de ella muy abiertos y llenos de compasión.

—Lo son —susurré.

Las contemplé durante un momento, dejando que los sentimientos que despertaban en mí me inundaran. Luego cogí la primera de ellas.

—Este es Bala, el caballero de los gorriones. Bala era el apodo que me había puesto mi padre. Empezó a llamarme así después de que ganara una carrera, en primero. Me dijo que era el niño más rápido que había visto jamás. Una exageración, por supuesto.

Parecía estar más calmada, y la vi separar los labios mientras desplazaba la mirada entre la figura y yo.

—El caballero de los gorriones... Eso era por los pájaros que cantaban junto a la ventana de tu habitación.

Esbocé una leve sonrisa.

—Sí. —Miré la figura, la armadura que llevaba puesta y el diminuto pájaro que tenía posado en el hombro—. Es evidente que es el más guapo, por razones obvias. —Mi sonrisa se hizo más grande, y ella parpadeó antes de soltar una risita.

—¿Es quien te representa a ti? —preguntó.

Lo pensé un momento.

—Creo que sí.

Dejé a Bala en la mesa y cogí la segunda figura, la que tenía la cara siempre sonriente.

—Sombra, el barón de la espoleta. Sombra era el perro de la familia. —Me mordisqueé el labio inferior mientras hacía una pausa—. Creo que lo de la espoleta fue por su afición a enterrar huesos, pero también recuerdo que mi madre había puesto una a secar en el alféizar de la ventana de la cocina cada día de Acción de Gracias y que mi hermano y yo tirábamos cada uno de una parte. Siempre he pensado que esos deseos eran muy importantes.

Sonreí ante el recuerdo antes de dejar la figura sobre la mesa para coger la siguiente, estudiando la forma en la que curvaba el labio superior con una sonrisa un tanto burlona y el destello diabólico que había en sus ojos.

—Gambito, el duque de los ladrones. A mi hermano y a mí nos gustaba leer cómics. Gambito era uno de mis personajes favoritos de los X-Men. Era un antiguo ladrón cuyo poder era conseguir objetos con la energía cinética, una gran agilidad y su hipnótico encanto. —Sonreí mientras lo dejaba sobre la superficie.

—Hay una pegatina de él en el mueble de la habitación de invitados.

Asentí moviendo la cabeza.

—Sí. Esa cómoda estaba en mi habitación cuando yo era niño.

Cogí la siguiente figura, admirando su cara sabia y maternal.

—Limonada, la reina del merengue. Limonada es por el río Lemon Fair, al que mi padre nos llevaba a pescar cuando éramos niños. Íbamos de acampada... Él lo llamaba «el día de los chicos». —Me aclaré la garganta. El recuerdo me puso un nudo en la garganta.

Ellie se quedó quieta, observándome con atención.

—La tarta de merengue de limón es tu postre favorito. Tu madre te la hacía en ocasiones especiales.

—Sí. —Suspiré. Miré la última figura, nervioso de repente, y la pequeña estantería que sostenía la cesta con los pequeños objetos que había tallado para ellos: panes, espadas, peines, libros... Consideré mostrárselos antes a Ellie, pero sabía que no tenía importancia. Lo que importaba era la última talla, y también era la razón de que estuviera tomándome mi tiempo.

Tragué saliva mientras sustituía a Limonada por la última muñeca. Miré a Ellie a los ojos.

—Lady Eloise —susurré bajito—, la de los campos de narcisos. —Frunció el ceño confusa mientras observaba la piedra tallada y luego a mí—. Mi madre coleccionaba libros infantiles. Leía conmigo una serie sobre una chica que se llamaba Eloise. Mi padre le llevaba narcisos a mi madre en primavera. Eran sus favoritas. Decía que eran las flores más felices de todas.

Bajé la vista hacia la muñeca que tenía en las manos.

—Ella, lady Eloise, era la que me cogía de la mano y me llevaba lejos cuando él bajaba las escaleras. —Ellie se estremeció. Sacudió la cabeza un poco, como si estuviera negando algo al tiempo que se quería sacar una idea de la cabeza—. Creo que la quería más que a ninguno de ellos porque era la que me mantenía a salvo cuando más lo necesitaba.

Vi que la expresión de Ellie pasaba de la sorpresa y la confusión a la tristeza y el dolor. Movié los ojos hacia mí, y vi en ellos una herida tan profunda que me acerqué.

—¿Es por ella? —preguntó con la voz ahogada.

La miré sin entenderla.

—Si es por ella ¿qué?

—Por lo que me amas. ¿Es por... ella? —Señaló con la cabeza a la muñeca

mientras se le deslizaba una lágrima por la mejilla—. Oh... —suspiró de forma entrecortada—, ahora todo tiene sentido.

—Dios, no, Eloise. Te amo por ti. Te amaba antes de saber cuál era tu nombre real.

—Pero... —Parecía tan devastada que mi mundo se puso a girar. Nunca había imaginado que pudiera reaccionar de esta manera, que creyera que la había... convertido en una versión viva de la figura que tenía en la mano.

La sostuve delante de ella, dando un paso adelante para ponerla en sus manos, envolviendo sus dedos con los míos.

—Es solo una muñeca, Ellie. Un trozo de piedra.

Le solté las manos para que la levantara y estudiara los detalles de la figura, la tranquila sonrisa, el pelo largo y suelto, las flores que sostenía con la pequeña mano. Había sido la última figura que había tallado y era la más bella y detallada porque mi habilidad había crecido con cada figura que creaba. Noté que a Ellie le temblaban las manos mientras la sostenía.

Luego soltó un leve gemido y retrocedió, lo que hizo que la talla se le escapara de los dedos. Todo pareció suceder a cámara lenta. Ellie abrió mucho los ojos mientras trataba de coger a lady Eloise. Por un segundo, pensé que lo lograría, pero solo la rozó para enviarla todavía más lejos de las manos, hacia el suelo, donde se estrelló y se rompió en un centenar de pedazos. Me quedé inmóvil donde estaba.

Ellie soltó un grito de horror mientras caía de rodillas junto a la figura destrozada.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, no, Gabriel! Estoy... Lo siento mucho. No era mi intención. —Usó las manos para barrer todas las piezas en un pequeño montón. Le temblaban tanto las manos que me pregunté cómo había conseguido reunir las.

Me moví para inclinarme sobre ella, pero se levantó de repente y corrió hacia la mesa más cercana a la puerta, donde había una bolsa de plástico. Regresó corriendo y volvió a arrodillarse para meter todos los trozos en la bolsa.

—La arreglaré... La... Puedo arreglarla... Sí... —Soltó otro sollozo.

Salí del extraño trance en el que había caído y me puse de rodillas ante ella.

—Ellie, amor, basta. Por favor. No importa. No pasa nada.

Ella negó bruscamente, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Sí que importa... Era...

La rodeé con mis brazos para acariciarle el pelo.

—Shhh... No importa —repetí.

—Siempre dices lo mismo. Siempre acabas aceptándolo todo. Pero sí que importa. Importa mucho. —Contuvo el aire entre hipidos y empezó a llorar—. Lo siento. Lo siento mucho.

Me invadió la angustia al presenciar la hondura de su sufrimiento. Parecía demasiado profundo e ilimitado para ser a causa de una figura rota. Dios, ¿qué podía hacer? ¿Cómo podía aliviar su dolor? Le acaricié el pelo y le besé una a una todas las lágrimas.

—Ellie, mi dulce amor, me estás rompiendo el corazón.

Hundió la cara en mi pecho, llorando más fuerte todavía, y lo único que pude hacer fue sostenerla entre los brazos hasta que sus lágrimas disminuyeron. Por fin, después de lo que me pareció mucho tiempo, la ayudé a ponerse en pie. Insistió en llevar consigo la bolsa de plástico que contenía todos los trozos rotos, que apretó contra su pecho. Llamé a George y le dije que Ellie estaba enferma y que me la llevaba a casa.

«*No me puedes arreglar, ¿sabes?*».

«No, solo puedo amarte».

Esa noche, le hice el amor tratando de demostrarle con mi cuerpo todo el amor que albergaba por ella mi corazón. La sostuve entre mis brazos, susurrándole palabras de amor y devoción en la oscuridad, mientras estaba acurrucada contra mí aceptando el consuelo que tanto quería ofrecerle. Pero su silencio me decía que se había retirado a su interior y que solo podía esperar a que volviera conmigo otra vez por la mañana.

Pero cuando amaneció y abrí los ojos, la vi sentada en un pequeño sillón junto a la ventana. Se había acurrucado allí, mirando la pequeña franja de sol que había aparecido. Me apoyé en un codo.

—Buenos días.

Se incorporó para mirarme, mostrándome aquella expresión triste y tierna a la vez.

—Buenos días —susurró.

—¿Qué haces ahí?

Volvió la cara hacia la ventana un segundo mientras se mordía el labio inferior. Se levantó, volvió a la cama y se sentó en el borde. La expresión de su cara estaba llena de dolor, y el corazón comenzó a latirme más rápido.

—Creo que tengo que irme, Gabriel.

—¿Irte? ¿A dónde? —Me senté de golpe, lleno de pánico.

Ella respiró hondo, como si estuviera tratando de calmarse.

—He estado despierta toda la noche, pensando...

—Ellie, si esto es por la figura...

Negó con la cabeza.

—No, en realidad no es por eso. Es decir, soy consciente de que tus sentimientos por mí no son debidos a que tenga el mismo nombre que la figura.

—Suspiró—. Se trata de que, sencillamente, no puedo seguir haciéndote esto, Gabriel. No me lo puedo hacer a mí misma.

Se me puso un nudo en la garganta antes de que me arrodillara en la cama para encerrarla entre mis brazos. No se resistió; al contrario, se fundió conmigo como siempre.

—Te amo con todas mis fuerzas —jadeó—. También sé que me amas, pero no dejo de preguntarme por qué. Lo he intentado, pero por dentro estoy... herida. Me siento perdida, aunque no creo que pueda encontrarme aquí... Y lo necesito, Gabriel. Tengo que encontrarme a mí misma. Tengo que averiguar quién soy sin ti. Tengo que saber a qué aferrarme y qué dejar a un lado.

—¡Dios, Ellie! —Me atraganté—. Por favor... —La apreté con más fuerza mientras el pánico desgarraba mi alma con un profundo dolor. La agonía de perder a otra persona amada me partía el corazón. «Quédate... Deja que te ayude a superar esto. No tienes que hacerlo sola». Quería decírselo, pedirle que no se fuera, y, sin embargo, algo me detuvo, quizá el recuerdo de la conversación que había tenido con George. O quizá conocer lo que sentía porque había estado en la misma situación que ella. Seguramente un poco de todo. Había mucha verdad en sus palabras, y sabía que, si la detenía, solo sería por propio egoísmo. Pero me dolía..., ¡Dios, cómo me dolía! Era un sufrimiento muy intenso.

—¿A dónde piensas ir? —logré preguntar con la voz ahogada.

«¿Cómo voy a poder reprimirme para no ayudarte? ¿Cómo voy a sobrevivir preguntándome cada día si estás bien?».

Ella negó con la cabeza contra mi pecho. Notaba la humedad de sus lágrimas contra la piel desnuda.

—Volveré a mi apartamento. Luego... No sé.

—No puedes regresar a...

Echó la cabeza hacia atrás para mirarme, con los ojos llenos de lágrimas y ternura.

—No, ya no seré Crystal. No puedo volver a *La perla de platino*. Buscaré otro

trabajo.

Solté un silbido que era más un suspiro y le sequé una lágrima. Hizo una pausa.

—Has pagado los gastos médicos, ¿verdad?

Abrí la boca, pero la cerré. No estaba preparado para esa pregunta, y ni siquiera sabía si le parecía mal o no. Me puso los dedos sobre los labios para que no respondiera, y a continuación los retiró para besarme.

—Gracias.

Solté un suspiro de alivio, entendiendo que aceptaba mi regalo porque para mí también era una satisfacción. Mi amor por ella era muy intenso en ese momento, temblaba por ello de pies a cabeza.

—¿Regresarás? —Mi voz era un susurro que sonaba ronco, como una petición rota.

El dolor le nubló la expresión, y le temblaron los labios.

—Necesito... —Cerró los ojos con fuerza durante un momento, como si decir las palabras le hiciera daño—. Necesito que sigas adelante como si no fuera a volver. Lo necesito... —Abrió los ojos mientras una lágrima rodaba por su mejilla. «Roto». Me sentía como si me estuviera rompiendo el alma.

Me incliné para apoyar la frente en la de ella y, por un momento, nos limitamos a respirar juntos. Quería suplicarle. Gritarle y rogarle que se quedara. Pedirle que quisiera volver conmigo. Que no me dejara... Pero no pude. Entendía que, al no luchar para que se quedara, estaba ayudándola a avanzar.

—Quédate hoy. ¿Te quedarás hoy conmigo?

Me miró a los ojos durante un momento antes de responder.

—Sí. —Lo dijo en voz tan baja que fue más un aliento que un sonido.

Nos tumbamos en la cama y nos cubrimos con la colcha, decididos a olvidarnos del resto del mundo ese último día.

Nos amamos con ferocidad y tristeza, tratando de condensar toda una vida en una mañana de caricias. Me sentía desesperado y triste, pero sabía en mi corazón que jamás trataría de impedir que siguiera su propio camino. Así que nos refugiamos temporalmente del dolor de la despedida y disfrutamos del momento: de nuestro calor, de nuestros huesos y de la forma en la que nos enredábamos el uno en el otro. De nuestro amor.

No hablamos. Eso solo lo haría todo más difícil, y no creía que pudiera soportarlo, ni quería eso para ella. Cuando por fin abandonó mis brazos, la dejé ir. Me quedé allí, escuchándola mientras guardaba sus pertenencias en la otra

habitación, echando ya de menos el calor de su piel, el olor de su cabello y la forma en la que sentía que verla sonreír era como abrir una ventana un día de verano.

La oí llorar por lo bajo, y quise secarle las lágrimas. Pero sabía que eso solo empeoraría las cosas. Mi amor por ella era un profundo dolor dentro de mí. También sabía que Ellie necesitaba encontrar la felicidad, y si tenía que hacerlo sola, sería un error detenerla. Intenté encontrar un poco de consuelo en saber que estaba haciendo lo correcto, pero no podía soportarlo.

Me levanté de la cama que habíamos compartido durante el último mes con un nudo en el estómago. Me puse los vaqueros que había lanzado sobre una silla la noche anterior, fui al cuarto de baño y, cuando salí, Ellie abandonaba la habitación de invitados, con su bolsa.

—He llamado a George y le he pedido que viniera a buscarme —me dijo.

Me alegré de ello. No creía poder soportar más de un adiós. Esbocé la sonrisa más triste del mundo al verla sujetar la bolsa para acercarse a la puerta. La pena de ese momento era tan intensa que me parecía que me iba a ahogar en ella.

Al llegar a la puerta abierta, vi la *pickup* de George en el exterior, aunque nos daba la espalda, seguramente para proporcionarnos la privacidad que sabía que necesitábamos.

Me apoyé en el marco de la puerta. Tenía las manos en los bolsillos para no agarrarla y pedirle que se quedara.

—Te echaré de menos. —No sabía qué más decir, y, por la expresión de su cara, me di cuenta de que sabía que había puesto todo mi corazón en esas palabras.

Se apartó el pelo de los ojos antes de ponerme la mano en la mejilla, sonriendo con una ternura que hizo que casi la abrazara, a pesar de que me había prometido no hacerlo.

—Gabriel Dalton, siempre serás el gran amor de mi vida. —Se dio la vuelta y se fue.

Cerré la puerta, me apoyé en ella y me deslicé hacia abajo hasta quedarme sentado en el suelo. Hundí la cabeza entre las manos, mientras permitía que aquel dolor agonizante me envolviera.

## 24

*«Hagas lo que hagas, hazlo con todo tu corazón».*  
*Limonada, la reina del merengue*

ELLIE

Esos primeros días no hice mucho más que llorar. Cuando entré en mi apartamento, me invadió una sensación de irrealidad, como si fuera un espacio que existiera en otra vida. Y, de cierta manera, era una definición precisa.

El dolor que supuso dejar a Gabriel era tan agudo como un sufrimiento físico, y me sentía como si tuviera el cuerpo y el alma atrapados debajo de una pesada roca. Me dolía todo, carne y huesos, y espíritu. Sabía de corazón que lo que había hecho era adecuado para los dos, pero eso no significaba que no fuera una agonía.

Me sentía perdida, asustada y muy sola, como si luchara para mantenerme a flote. Pero mientras estaba sentada junto a la ventana, en la oscuridad de la habitación de Gabriel, oyendo los suaves sonidos de su respiración, había sabido que era algo que tenía que hacer sola. Estaba perdida, sí, pero la única que podía salvarme era yo misma. No sería justo para ninguno de los dos que me escondiera detrás de Gabriel, ni física ni emocionalmente, en vez de enfrentarme al mundo.

Y tenía que dejarle la libertad de elegir a Chloe si ella era la mujer a la que estaba destinado si su vida hubiera sido diferente. Los imaginaba juntos de nuevo como en el festival de otoño de Morlea, tan guapos y felices como parecían ese día, y sabía que sería muy egoísta por mi parte negarle la oportunidad de tener esa vida. Amaba su alma, su corazón, y me preocupaba su felicidad por encima de la mía. Quería lo mejor para él, incluso aunque no fuera conmigo. Aun así, sentía como si me estuvieran clavando un cuchillo al imaginarlo amándola, imaginando que movía las manos por su cuerpo como había hecho por el mío. Los veía casados, con hijos de ojos castaños... Apreté los ojos con fuerza ante esa imagen, bloqueándola como pude. No me haría ningún bien pensar tales



cosas.

Había llamado a la casera en cuanto llegué para decirle que tenía el dinero para pagar los atrasos en el alquiler, y dejé un cheque por el pago correspondiente a dos meses en su buzón para ponerme al día. Como solo había trabajado dos semanas en la cantera, tenía que estirar lo que había ganado para poder pagar además la reparación del coche y comer hasta que encontrara otro empleo. Al pensar en las facturas y en buscar trabajo, me invadió una nueva oleada de miedo y soledad, pero estaba decidida a encontrar algo mejor. Tenía que hacerlo. Si algo me había enseñado Gabriel, era que la vida no tenía que estar llena de dolor y dudas todo el tiempo. En mí había algo digno de ser amado; él me lo había demostrado. Solo debía averiguar lo que era y quizá —¡ojalá, oh, Dios!— encontrar la manera de amarme a mí misma.

Mi vida entera había cambiado y no había sabido a qué aferrarme, a qué agarrarme para no caer. No sabía cómo orientarme, por eso me había apoyado en lo único sólido en mi vida: Gabriel. Me había hecho dependiente de él en lo emocional de una forma que no era saludable para ninguno de los dos. Cada pequeñez me hacía dudar y me dolía, y sentía mil inseguridades que seguramente no eran reales. Había dejado de ser capaz de decidir, y sabía que ese tipo de amor desesperado acabaría siendo una especie de prisión para Gabriel. Lo amaba demasiado como para someterlo a una segunda cadena perpetua. Él ya había experimentado una. Dejarlo había sido lo más difícil que había hecho nunca, pero era lo correcto. Sabía que era lo correcto.

Así que después de revolcarme durante un par de días en el dolor, me levanté, limpié el apartamento, fregando a fondo los rincones, y abrí las ventanas para ventilarlo, a pesar del frío viento de noviembre.

Llamé al taller donde habían reparado el coche, y le dije al chico que respondió al teléfono que iría a recogerlo. Después me puse unas zapatillas deportivas y una chaqueta, y anduve los cuatro kilómetros que me separaban del lugar. Me había despertado con un tirón en el cuello, que empeoró según avanzaba. Además, me dolía un poco la pierna, y mis pasos se hicieron cada vez más lentos. Sin embargo, a pesar de los dolores, me sentó bien hacer ejercicio y llenar de aire los pulmones.

Ricky estaba en la recepción del taller cuando entré en las oficinas. Me inundó la nariz el olor a café y a aceite de motor, y recibí con agrado el calor que había allí dentro.

—Bueno, bueno, mira quién está aquí... —Ricky esbozó una cálida sonrisa—.

Tienes muy buen aspecto.

Curvé los labios cuando salió de detrás del mostrador para darme un rápido abrazo.

—Gracias, Ricky. Muchas gracias por encargarte del coche. He tardado un poco en venir a recogerlo.

Él negó con la cabeza mientras regresaba a su puesto. Abrió un cajón y sacó una llave con mi nombre escrito en una etiqueta. Me la tendió por encima del mostrador.

—Cuando le conté a mi padre lo que te había pasado, me dijo que no te cobrara. Que ya habías tenido demasiado. —Se quedó callado, con los labios apretados—. Leí lo que te ocurrió en el periódico.

Parpadeé, sorprendida.

—Gracias. Oh... Bueno, no puedo acepta...

—Claro que puedes. En serio, lárgate de aquí antes de que mi padre cambie de idea. —Se rio, haciéndome sentir una oleada de calor en el pecho. Me puse la mano en el corazón, como si pudiera notar la calidez que irradiaba desde allí.

—Gracias, Ricky. No sé decirte lo mucho que esto significa para mí. Y... dale las gracias también a tu padre, ¿vale?

—Claro. Está al fondo del garaje. Cuídate, ¿vale?

Asentí con la cabeza mientras intentaba contener las lágrimas.

—Lo haré. —Y lo decía en serio. Al menos lo haría lo mejor que pudiera.

Cuando me senté detrás del volante, giré la llave en el contacto y escuché que ronroneaba de inmediato. Apoyé la cabeza en el respaldo, sintiéndome agradecida. No tener que pagar a Ricky y a su padre significaba mucho para mí en ese momento.

Al pasar por el centro del pueblo de camino a casa, vi un cartel anunciando una pedicura a diez dólares en *La casa de las uñas*, a la que había acudido cuando tenía dinero extra. Era una pequeña extravagancia que me había regalado de vez en cuando. En ese momento no disponía de dinero extra, por supuesto, pero aparqué el coche en un lugar vacío e intenté relajar el cuello. ¡Dios!, sentarme en un sillón de masaje mientras tenía los pies en agua tibia me parecía una idea maravillosa, y me quedé mirando el escaparate con nostalgia, como si estuviera en el desierto y la tienda de uñas fuera un exuberante oasis verde.

No debía pensar en gastar ese dinero en algo que no era una necesidad, pero tenía en el bolsillo doscientos cincuenta dólares de los que ya no iba a tener que separarme. Sin duda, a Ricky y a su padre no les importaría que gastara una

mínima parte en una hora de mimos para mí misma. Solo sería un capricho, nada más.

Cruce la calle y entré en el local. Lien Mai me saludó desde la mesa donde hacía una manicura semipermanente a una mujer mayor.

—Cuánto tiempo sin verte, Crystal. ¿Quieres hacerte la pedicura?

—Hola, Lien. Sí, pero parece ocupada.

—No, han cancelado una cita. Siéntate. —Señaló un sillón negro de masaje al final de la tienda. «¡Oh, qué placer!». Me acerqué y una chica menuda con el pelo negro y muy liso me dirigió una sonrisa cortés. Luego se puso a llenar el recipiente con agua tibia y jabón. Me senté y encendí el sillón al tiempo que me reclinaba hacia atrás. Suspiré cuando por fin hundí los pies en el agua.

—¿De qué color te las vas a pintar? —Me preguntó la chica.

Cerré los ojos.

—Me da igual. Elige tú.

Se rio por lo bajo.

—Esto es pura necesidad, ¿verdad?

Sonreí sin abrir los ojos.

—Sí.

Cuando me frotó los pies y las pantorrillas con la crema exfoliante granulada, me inundó el pecho un dolor tan grande que casi me quedé sin aliento. Recordé las hermosas manos de Gabriel moviéndose por mi piel y, por un instante, sentí un profundo anhelo por él que me hizo pensar que no iba a poder seguir adelante. Me concentré en respirar. Poco después había superado lo peor, y me sentía con ánimos renovados.

Escuché la risa y el ajeteo que había a mi alrededor mientras se me aflojaban los músculos por los vaivenes mecánicos del sillón. El teléfono sonaba sin cesar, y solo lo respondían en ocasiones, pocas veces, en realidad.

—¿No tenéis a nadie para responder las llamadas? —le pregunté a la joven, que estaba sentada en un taburete junto a mis pies.

Ella negó con la cabeza.

—No. Lien quiere contratar a alguien, pero está demasiado ocupada.

Me recorrió un escalofrío de emoción.

—Tengo experiencia en ese puesto.

Me miró.

—¿En serio? —Se volvió hacia Lien—. Lien, esta chica quiere el trabajo para responder al teléfono.

La dueña del negocio estaba despidiéndose de la otra clienta; las dos se pusieron de pie. A Lien le costó un poco, y cuando pude verla bien, me di cuenta de que tenía un embarazo bastante avanzado. Abrí mucho los ojos.

—¿De verdad quieres el trabajo, Crystal? —Se acercó a mí y se detuvo poniendo una mano a la altura de los riñones.

—Sí. Me encantaría. Tengo experiencia respondiendo al teléfono. He estado trabajando en una cantera de Morlea hasta hace unos días. Puedo pedir referencias.

—Mmm..., vale. Vuelve mañana para probar.

Me sentí insegura, pero sonreí al tiempo que asentía. Podía hacerlo. Podía intentarlo... Era una oportunidad que había salido de la nada, casi como si fuera cosa del destino.

Cuando Lien se alejó de nuevo me incliné hacia la joven.

—¿De cuánto tiempo está?

—Le faltan cinco semanas.

Contuve un jadeo.

«¡Santo Dios!».

No sabía cómo su diminuto cuerpo iba a dar más de sí.

Al día siguiente, cuando regresé a la tienda, estaba un poco nerviosa, pero al cabo de una hora me había hecho con el control del sistema telefónico y cogía mensajes al tiempo que programaba las citas como si llevara meses allí. Era una dedicación constante, además de la atención a las clientes que aparecían sin cita. Sin embargo, podía con ello.

Según fue avanzando el día, más satisfecha me sentía, y cuando Lien se acercó al mostrador a las tres, me dijo que fuera al despacho para firmar el contrato de trabajo. Me sentía mareada de felicidad, y lo primero que pensé fue: «Tengo que llamar a Gabriel para decírselo», pero luego la realidad me inundó, e hizo que trastabillara y que cerrara los ojos con fuerza para reprimir la tristeza. Pasé por el cuarto de baño para recomponerme antes de ir a la habitación del fondo, donde Lien tenía el despacho.

—Lien, tengo que decirte algo antes de rellenar todo el papeleo.

—¿Qué?

—Bueno, no me llamo Crystal, sino Eloise. Ellie para abreviar.

Ella me miró durante un momento y, por fin, asintió.

—Bien. Ellie me gusta mucho más.

Una breve risa burbujeó en mi garganta.

«Dios, lo esperaba. Lo esperaba de verdad».

## 25

*«Algo me dice que te voy a amar siempre».*  
*Lady Eloise, de los campos de narcisos*

ELLIE

Me adapté con rapidez al trabajo en *La casa de las niñas* de Lien Mai, y un par de semanas después prácticamente llevaba el lugar sola. No solo respondía al teléfono, sino que hacía los pedidos y controlaba el inventario. Me encantaba el ambiente informal del salón, las conversaciones que se desarrollaban allí, tanto en inglés como en vietnamita, la forma en la que pasaban los días y cómo caía reventada en la cama cada noche.

Un viernes por la noche, me desperté por el frío, y me senté jadeando en la cama. Había tenido otra vez aquel sueño, en el que oía la voz de mi madre llamándome mientras atravesaba la oscuridad. Solo que esta vez las paredes se estaban separando en lugar de acercando, y eso me impulsaba hacia delante. «Él te está esperando», me había vuelto a decir. «¿Él?». El único *él* al que quería era Gabriel.

Pero quizá él estaba esperándome. Sin embargo, también había tenido ese sueño cuando estuve con él. Solo que parecía que... había ido hacia él por el camino equivocado y había terminado ante Gabriel con una barrera todavía entre nosotros. Había tenido que alejarme para recorrer el camino que me llevaría de nuevo a su lado, ese en el que al final no nos separaba nada. No sabía si debía siquiera tener esperanzas, pero, en cualquier caso, la ruta que había tomado me estaba exprimiendo la vida. Yo no solo le había dado la espalda a Gabriel, sino también a mí misma.

Las emociones que me había transmitido el sueño se aferraron a mí, así que no pude volver a dormirme. Me levanté de la cama temblando para subir la temperatura de la calefacción. Había empezado a caer una lluvia mansa, y me quedé en la ventana unos minutos, mirando la oscuridad y la luz de las farolas reflejada en los charcos de agua del aparcamiento.

Al darme la vuelta, vi la bolsa que había traído de casa de Gabriel; todavía no había abierto. Suspiré; parecía que solo podía dar pasos muy pequeños, y se suponía que este era uno de ellos.

Mientras vaciaba el contenido para lanzar la ropa al cesto, mi mano dio con algo de plástico y me sorprendí. Tiré de aquello y saqué la bolsa de plástico de la que me había olvidado en mis peores momentos. La levanté para apretarla contra mi pecho. Lady Eloise, de los campos de narcisos. Estaba rota en mil pedazos, sin posibilidad de reparación. Pero quizá..., tal vez... La dejé en el pequeño escritorio que había junto a la ventana y encendí la lámpara de mesa. Cogí una toalla del baño y luego, con mucho cuidado, vacié el contenido de la bolsa. Diseminé las piezas para ver si había algo reconocible. Sí, eso era un pie, y un ramo de flores. Y la preciosa cara de la figura en dos mitades. Sentí que me llenaba de esperanza.

Me senté ante el escritorio y me puse a hurgar en los cajones hasta que encontré un pequeño tubo de pegamento que había comprado por alguna razón que ni siquiera podía recordar.

Me sentía muy abrumada, pero pensé que lo mejor era empezar por el principio, por lo que cogí el pequeño trozo de pie y empecé a partir de ahí. Por alguna razón, me imaginé que esa pequeña figura destrozada eran miles de piezas de mí, y mientras trabajaba, encajando pequeños fragmentos, me pregunté si el trabajo que estaba haciendo con las manos era una metáfora de lo que tenía que conseguir conmigo misma. Seguí encorvada sobre la mesa hasta que la luz del amanecer se filtró por las cortinas mientras pensaba en todas las facetas de mi vida que habían terminado también aplastadas y rotas.

Pensé en mi madre, y en lo que me era más difícil de todo: en el día que me había dejado con Brad. El doloroso vacío que había sentido seguía aferrándose a mí como una segunda piel; el dolor y la rabia de haber sido abandonada, de estar asustada y sola.

El movimiento de mis manos, buscando las piezas y tratando de encajarlas, soltando las que no valían y recogiendo otras hasta que las líneas y aristas coincidían, facilitaba que mi mente vagara. Había algo en la constante agitación de mis dedos y la forma en la que mi cerebro se centraba a medias en la tarea que me hacía sentir segura. No pude dejar de pensar en Gabriel, y me pregunté si él habría encontrado un alivio similar en su trabajo cuando regresó a casa.

No intenté detener ni controlar las andanzas de mi mente. No me cerré a nada. Pensé en todo y dejé que sanara. Las lágrimas rodaban por mis mejillas,

resonaban en mis oídos, y me las sequé con la manga cuando tuve los ojos demasiado nublados para trabajar. Pero esa noche no me aparté de la mesa ni una vez.

Recordé cómo había estado mi madre ese día, lo enferma, lo aterrada que parecía... Y se me puso un nudo tan grande en la garganta que pensé que me asfixiaría. Pero no fue así. Continué trabajando y digiriendo el dolor.

¿Qué había estado sintiendo ella? ¿Desesperación al saber que se estaba muriendo y su única opción era dejar a su hija con un desconocido? No podía adivinar que Brad me trataría como había hecho. En realidad, había sacado la conclusión de que mi madre apenas había conocido a mi padre. Había echado una cana al aire y había pagado el pato. Pero no lo había conocido. Se había basado solo en una mera esperanza. Era todo lo que tenía.

«Dios, por favor, dame fuerzas. No tengo otra opción..., no tengo otra opción...».

—Oh, mamá —murmuré en voz alta—. Te perdono. Y también siento todo lo que sufriste.

Una semana después de que me dejara en casa de Brad, él me dijo que habían encontrado a mi madre muerta bajo el porche de un desconocido. Se había acurrucado allí para morir como un animal perdido. Me había dado la noticia en un tono monótono de voz y luego se había tomado un sorbo de cerveza como si la cuestión no le importara en absoluto. Y, en mi interior, una sección completa de mi corazón se había desgajado y desmenuzado.

Había aprendido a encerrarme a mí misma para protegerme con un exterior aparentemente duro para que nadie pudiera volver a lastimarme de nuevo como había hecho mi madre al dejarme sin despedirse. Pero la concha era delgada, fina y fácil de romper.

Y luego estaba el amigo de mi padre, Cory, que me había usado —violado—, aunque no había utilizado antes esa palabra, ni siquiera ante mí misma. Había pensado que lo amaba porque fue la primera persona en mucho tiempo que me había parecido que me quería, que se daba cuenta de mi existencia.

Mis sentimientos por Cory habían sido un tipo diferente de amor, que me llevaba a aferrarme a él con desesperación, pero no quería que fuera así la forma en la que entregaba mi corazón. Quería ofrecer algo entero, aunque fuera reconstruido, pero completo.

Cuando llegó el amanecer examiné mi trabajo, y me di cuenta de que había vuelto a recomponer los dos pequeños pies descalzos. Me reí asombrada. Todavía



faltaban pequeñas astillas, piezas que, seguramente, se habían convertido en polvo, pero eran reconocibles cada uno de los dedos. Algo en mí adoró también las partes que faltaban. Me hablaban de lo que era necesario dejar a un lado, como el dolor al que me había aferrado durante tanto tiempo, la ira, el sufrimiento, la culpa. Y esos espacios vacíos eran tan importantes como las partes que me formaban en conjunto. Sonreí victoriosa, secándome las lágrimas al tiempo que estiraba el cuello y la espalda doloridos.

Subí la cortina de la ventana y busqué el lejano resplandor en el horizonte. Volví a pensar en la historia que me había contado Gabriel sobre la pequeña porción de luz que atravesaba la ventana tintada del sótano, hacía tanto tiempo, y recordé mi propia idea de que a veces esa es toda la esperanza que tenemos, una delgada franja de luz distante. Esa mañana, era exactamente eso para mí.

Mi vida se convirtió en un constante ciclo de trabajar en el salón de manicura e intentar completar la figura de piedra. Los fines de semana pasaba la mayor parte del tiempo concentrada hasta el amanecer, reconstruyendo a la muñeca mientras revisaba mi vida, mis heridas y los lugares de mi propio corazón que se habían convertido en polvo.

Resultaba agotador, difícil, pero lo seguí intentando, impulsada por lo que representaba aquel trabajo: aquella misma materia había sido la esperanza de Gabriel hacía muchos años. De esta manera, era como si él estuviera allí conmigo. No me sentía completamente sola. De hecho, a pesar de lo mucho que sufría, de cierta manera, las noches que pasaba inclinada sobre el escritorio siempre resultaban satisfactorias.

«No me puedes *arreglar*», le había dicho a Gabriel una vez. Y tenía razón. Tenía que hacerlo yo misma. Y él me había amado lo suficiente como para que creyera que era posible. Que era digna de ser arreglada.

El otoño se transformó en invierno y los días se hicieron más cortos. Los árboles que había al otro lado de mi ventana se convirtieron en esqueletos desnudos.

Celebré Acción de Gracias y Navidad con Lien Mai y su familia, llevando a Kayla conmigo. Esas reuniones estuvieron repletas de la misma charla vietnamita que me hacía sonreír sin parar, y aunque fueron encuentros cálidos y llenos de afecto, sentía una anhelante punzada de dolor cuando me preguntaba lo que estaría haciendo Gabriel.

Unos días después de Navidad, revisé el buzón, que no había mirado en más de una semana, y me sorprendió encontrar lo que parecía una felicitación de Navidad de George. La abrí con dedos temblorosos y leí la nota que había incluido.

*Estimada Ellie:*

*Espero que estés pasando la Navidad de una manera que llene tu corazón de paz. Por aquí te echamos de menos. Chloe ha venido a pasar las fiestas, y se queda un par de semanas. También ella te extraña. Pienso mucho en ti, chiquilla, y espero que estés bien.*

*Con cariño,*

*George*

Releí la tarjeta mientras subía los escalones desde el buzón y luego me la apreté contra el pecho, cerrando los ojos con fuerza para no llorar. Después me senté en las escaleras intentando recuperar el aliento. Los echaba muchísimo de menos a todos, tanto, que no sabía si sería capaz de sobrevivir sin ellos. «Chloe ha venido a pasar las fiestas». Eso había sido un cuchillo clavado en mi corazón. Sin duda, estaba ahí por Gabriel. Su trabajo debía de estar terminado ya, y, si no lo estaba, tampoco necesitaría dos semanas para que Gabriel le proporcionara más información. No, la visita era de carácter personal.

Dejé salir el flujo de lágrimas, pues me sentía como si me estuvieran atravesando el alma con una lanza. Pero tenía que aceptar que Gabriel y Chloe podían estar juntos ahora. Lo había deseado por él. Le había dado espacio para que explorara su propio corazón.

*«¿Regresarás?».*

*«Necesito que sigas adelante como si no fuera a volver».*

Me quedé allí sentada mirando el aparcamiento durante un momento mientras el viento helado me secaba las lágrimas. Todavía había parches de nieve que no se habían derretido tras la leve tormenta que habíamos tenido la semana anterior. Alcancé a ver algo de color púrpura e incliné la cabeza hacia un lado, sorprendida, y luego entrecerré los ojos para tratar de saber lo que era, pero quedaba demasiado lejos.

Bajé las escaleras y me agaché sobre la nieve. Contuve la respiración al verlo. Era una pequeña flor púrpura que crecía entre la escarcha.

—¿Cómo es posible? —murmuré para mí misma, pasando el dedo por los

suaves pétalos.

«*La gratitud no es como una tirita, Ellie. Todavía tienes que experimentar tus sentimientos, trabajar con ellos. La gratitud solo sirve para hacer todo más soportable. A veces, el agradecimiento llega ese día, y otras solo te lleva a otro momento*».

Recordé sus palabras como si me las estuviera susurrando en mi mente y cerré los ojos para no llorar más. Después de un rato, volví a mirar la flor, disfrutando del momento: la búsqueda de agradecimiento y esperanza encarnada en una delicada flor que había encontrado la manera de florecer, incluso a pesar de la oscuridad, el frío y el hielo.

La víspera de Año Nuevo bebí demasiado champán con Kayla mientras veíamos caer la bola en la tele. Estuve a punto de llamar a Gabriel, pero me obligué a no hacerlo. Me lo imaginé besando a Chloe cuando el reloj dio las campanadas de medianoche, y grité con tanta fuerza que Kayla me preguntó si debía llamar a una ambulancia. Eso me hizo reír entre lágrimas, y luego lloré un poco más. Después caí en un profundo sueño.

El 3 de enero, Lien Mai dio a luz a un niño sano, y la fui a visitar al hospital con un ramo de globos azules. Me senté en una silla, junto a su cama, y cogí al pequeño bulto entre mis brazos mirando la perfecta carita redonda de James Allen Nguyen, completamente enamorada de él.

—Tendrás un bebé algún día —dijo Lien—. Pero no puedes quedarte con el mío. —Y luego se rio con los ojos brillantes, haciéndome saber que le gustaba verme con él entre los brazos.

Yo también me reí, pero en ese momento el bebé me cogió el dedo, lo que me hizo contener el aliento.

—Oh, mira, Lien, no está de acuerdo.

Ella se rio.

—Vale, lo compartiremos.

Y de alguna forma, lo hicimos. Después de que se le acabara el permiso por maternidad de dos semanas, Lien llevó a James a *La casa de las uñas* de nueve a dos, cuando lo recogía su madre. James dormía en su silla de seguridad en el despacho, bien ventilado, y si no había agobio y Lien estaba ocupada, me gustaba sentarme allí para darle el biberón, mirando sus ojos rasgados y el pelo negro como la tinta que le caía en la frente. Lo quería tanto que me dolía.

Mientras estaba allí, proporcionando sustento al bebé, también pensé muchas

cosas. Parecía que el amor hacía que todo lo que guardaba dentro saliera a la superficie para que pudiera examinarlo con calma, con cuidado, echando fuera lo que no quería y guardando el resto para esas noches oscuras en las que me dedicaba a recomponer a lady Eloise.

Se me ocurrió que quizá quería saber qué había sido de mi padre, y decidí que no, que no era necesario. Era una pequeña pieza que me faltaba en la reconstrucción de mi corazón, y me sentí en paz porque era como debía ser. Había ansiado su amor, su aceptación, pero él no había sido capaz de dármelo. Y ahora sabía, estaba segura de ello, que era debido a él, no a mí.

También pensé mucho sobre lo que quería hacer con mi vida mientras alimentaba a James.

«Tú y tus sueños», le había dicho con desdén a Gabriel una vez.

«Tengo algunos, sí —me había dicho con aquella hermosa sonrisa suya—, y apuesto lo que quieras a que tú también».

La cuestión era, sin embargo, que nunca los había tenido. Jamás me había atrevido a soñar, porque en mi mente los sueños nunca se hacían realidad. Soñar era demasiado doloroso, pues acababa teniendo esperanzas en algo que no podía ser y que no creía que llegara a cumplir. Incluso los libros que adoraba cuando era niña, las historias que me había pasado horas leyendo en la biblioteca después del colegio cuando era adolescente, me habían inspirando demasiadas fantasías, por lo que había acabado por abandonar la lectura. Pero ahora... Ahora permitía que mi mente y mi corazón unieran sus fuerzas según se aventuraban a salir juntos a explorar la brumosa tierra de las esperanzas y los sueños.

Si pudiera elegir un sueño, y solo uno, ¿cuál sería?

Pensé en mi madre, en lo mucho que había deseado poder curarla, en que habría hecho cualquier cosa para que estuviera mejor. Pensaba en el pequeño que tenía entre los brazos, en que nutrirlo me proporcionaba paz y felicidad, y me pregunté si podría llegar a ser enfermera. ¿Podría dárseme bien? ¿Sería capaz de aprobar los estudios necesarios? Siempre había sacado buenas notas, a pesar de la vida y el hogar que tenía. De hecho, había estudiado y conseguido mi título de secundaria. Por lo menos tenía eso.

Por supuesto, ir a la escuela de enfermería costaría dinero. Y eso era algo que no tenía. Suspiré; no quería despedirme de mi sueño, pero lo puse en la lista de las posibilidades para el futuro. Sinceramente, tendría que ocurrir un milagro para hacer realidad ese sueño.

Y, en febrero, ese milagro llegó justo cuando estaba cogiendo el bolso para ir a

la compra. Oí un golpe en la puerta y fruncí el ceño. ¿Quién podía ser? La única persona que venía a mi apartamento era Kayla, y estaba trabajando.

Abrí la puerta y me encontré con una mujer mayor, con el pelo rubio rojizo a lo paje, que parecía un poco nerviosa. Incliné la cabeza a un lado, pues tenía algo que me resultaba familiar.

—¿En qué puedo ayudarla?

Se aclaró la garganta.

—¿Eres Eloise Cates?

—Sí.

Soltó un suspiro.

—Ah, bien. Soy MaryBeth Hollyfield.

«Hollyfield».

—Oh —jadeé—. Mmm... —Me di la vuelta—. ¿Quiere pasar?

Ella negó con la cabeza.

—Solo dispongo de un minuto. —Lanzó una ojeada por encima del hombro hacia el final de las escaleras, donde un Honda Accord blanco la esperaba en el aparcamiento. Abrió el bolso y sacó un cheque—. Esto es tuyo. —Y me lo tendió.

La miré con el ceño fruncido por la confusión. Bajé la vista al papel y vi que era un cheque a mi nombre por diez mil dólares. Parpadeé sorprendida.

—Esto no es mío —aseguré, tratando de devolvérselo.

Ella negó con la cabeza.

—Es tuyo. Deberías haberlo recibido hace mucho tiempo. Mi madre te dejó cinco mil dólares. Era el dinero que tenía a su nombre cuando murió. Durante los dos últimos años de su vida, ahorró todo lo que pudo, mientras vivía frugalmente de la pensión que recibía de la Seguridad Social. —MaryBeth bajó la vista con una expresión de vergüenza—. Nos opusimos al testamento y ganamos. Imagino que nunca te lo notificaron. No hubo manera de encontrarte...

La miré en estado de *shock*.

—Ya, imagino que no. Mi madre murió... Y yo fui... —Mis palabras se desvanecieron mientras negaba con la cabeza.

—Bueno, da igual. De todas formas, siempre me he sentido mal por ello. Mi hermano y yo no hicimos bien al no respetar la voluntad de nuestra madre. Siempre pesará sobre mi conciencia. Ahora no puedo hacer nada al respecto. Pero vi tu nombre en el periódico hace un par de meses, y desde entonces no puedo pensar en otra cosa. No sabía cómo calcular los intereses, así que he

duplicado la cantidad. Espero que, de alguna forma, mi madre sepa que hice lo correcto. Lamento haber tardado tanto. —Esbozó una sonrisa llena de pesar y se dio la vuelta para marcharse.

Bajé la vista al cheque antes de volver a mirar a MaryBeth.

—Gracias —me limité a decir. No sabía qué más decir.

Ella se detuvo.

—Mi madre te adoraba —aseguró, volviéndose hacia mí. Y, dicho eso, bajó las escaleras, se metió en el coche y desapareció.

Cuando cerré la puerta, sentía que mis piernas eran de gelatina, así que me senté delante del escritorio.

Ese día no fui a hacer la compra, me dediqué a trabajar en lady Eloise, dejando que mi mente vagara por los arcoíris que se formaban sobre el agua, no porque estuviera sucia, sino a pesar de que lo estuviera. Pero, sobre todo, pensé en una mujer que me había querido, una mujer que había sido una firme línea en mi vida, no una, sino dos veces. Recordé las palabras de Gabriel sobre que había tenido dos ángeles más a su lado. Quizá yo también los había tenido, y estaba demasiado llena de dolor para reconocer los suaves empujones del amor.

Una semana después de que MaryBeth Hollyfield se detuviera a visitarme, oí otro golpe en la puerta de mi apartamento. Si pensaba que aquella visita me había dejado impactada, todavía me sorprendió más esta: Dominic.

Me quedé paralizada por la sorpresa cuando abrí la puerta. Estaba envuelto en un abrigo y llevaba un gorro, así que por un segundo no lo reconocí. Llevaba las manos en los bolsillos, y su expresión era de nerviosismo, de inseguridad. Por un momento, me limité a mirarlo.

—Hola, Ellie —me saludó, finalmente.

Me recorrió un ramalazo de incertidumbre y fruncí el ceño.

—¿Dominic? ¿Qué haces aquí?

Miró por encima del hombro, como si tratara de ganar tiempo, y cuando volvió a mirarme, soltó un suspiro, que formó una nubecita blanca delante de su cara antes de desaparecer.

—Esperaba que pudiéramos hablar.

—¿Sobre qué?

—¿Puedes salir un momento? No espero que me invites a entrar, pero si pudiéramos tener unos minutos... ¿Podemos... sentarnos en las escaleras?

Me mordí el labio inferior, tentada de decirle que se fuera al infierno, pero parecía tímido, diferente a todas las demás veces que lo había visto, y, la verdad fuera dicha, quería oír lo que tenía que decirme. Estaba desesperada por saber cualquier cosa sobre Gabriel, aunque no pensaba preguntar. Lo amaba, pero, sin embargo, me daba cuenta de que era algo que me podía hacer retroceder emocionalmente, y no quería correr el riesgo. Había luchado mucho para seguir adelante.

—Espera... —murmuré. Me di la vuelta y cogí una cazadora. Luego me metí las manos en los bolsillos antes de cerrar la puerta a mi espalda.

Dominic se sentó en un escalón y se giró un poco cuando me senté en otro un poco más arriba.

—Te debo una disculpa.

Traté de no mostrar mi sorpresa ante sus palabras, y me limité a esperar a que continuara.

—Te he tratado de una forma muy injusta, Ellie —dijo después de suspirar—. Y lo siento mucho.

—¿A qué viene esto? Han pasado meses desde que me fui. ¿Por qué te has dado cuenta ahora?

—Por Chloe. Chloe ha hecho que sea consciente de ello.

Fruncí el ceño.

—¿Chloe?

Asintió con una leve sonrisa.

—Sí. Últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos. En Navidad vino a pasar unos días conmigo. —Parecía feliz y avergonzado a la vez.

Parpadeé...

Chloe había ido a Morlea para estar con... ¿Dominic? Oh... «¿Por eso tenía una expresión tan triste cuando me dijo que Chloe estaba enamorada de Gabriel? ¿Porque es él quien la ama? ¿Quizá el afecto que Chloe siente por Gabriel es solo fraternal y de quien está enamorada en realidad es de Dominic?». No pude evitar sentir un profundo alivio, aunque no sabía si estaba siendo justa. ¿Debía alegrarme de que Gabriel no encontrara el amor cuando yo me había alejado de él?

—Chloe quiere a Gabriel —dijo Dominic, como si me hubiera leído los pensamientos—, pero no está enamorada de él. No debería habértelo dicho. No solo fue una crueldad, era una mentira.

Parpadeé un par de veces, antes de asentir con la cabeza.

—Vale..., está bien...

—No, no lo está.

Curvé un poco los labios.

—Vale, no está bien. ¿Cómo comenzó todo entre Chloe y tú?

—Vino a verme hecha una furia después de ese terrible incidente en casa de mi hermano. —Hizo una mueca—. Estuve enfadado con ella durante bastante tiempo. —Negó con la cabeza—. Pero la única persona que merecía el desprecio era yo mismo.

Lo estudié durante un buen rato; parecía sincero, en su rostro había una expresión de humildad un tanto avergonzada. Por un instante, me recordó a Gabriel, el día que lo conocí, cuando me pidió que lo ayudara a soportar la cercanía de otra persona, y sentí un agudo pinchazo en el pecho.

—Er..., bueno, gracias por las disculpas. Te perdono, Dominic. Puedes borrarme de forma oficial de tu conciencia culpable.

Se quedó callado un instante, mientras me recorría la cara. Incómoda, desvié la mirada.

—¿Puedo explicarte por qué lo hice? ¿Por qué te he tratado tan mal?

Le devolví la mirada, y me fijé en la esperanza que brillaba en sus ojos.

—Por supuesto.

Movió la cabeza muy despacio, con la vista clavada en el frente, por lo que yo veía su perfil. Desde ese punto de vista, se parecía más a Gabriel. Tenían la misma nariz, los mismos pómulos altos y las mismas orejas. Por un momento, me dolió observarlo. Pero luego me miró y noté las evidentes diferencias que había en sus rostros, los rasgos que los hacían únicos.

—El día que secuestraron a Gabriel, estaba con él. Puede que eso lo supieras, pero lo que te falta por saber es que Gabriel fue a ese solar vacío porque yo había ido allí a pesar de que mi madre me lo tenía prohibido. Estaba comportándome como un niño malcriado y había desobedecido a mi madre, y ella envió a Gabriel a buscarme. —Respiró hondo y soltó el aire por la nariz—. Fue culpa mía que él estuviera allí ese día. Si hubiera hecho caso a mi madre, si no me hubiera comportado con un crío terco y consentido, no habrían secuestrado a mi hermano.

Lo estudié por un momento, vi la fina línea que formaba sus labios y el dolor en sus ojos al recordar ese día. No quería justificarlo con tanta facilidad, aunque entendía perfectamente que algunas cosas podían comerte desde el interior si te aferrabas a ellas, haciendo que arremetieras contra aquellos que no lo merecían.



*«Pero “elegir” es un término un tanto forzado, ¿verdad?».*

Y sí, eso era lo que Chloe había intentado explicar. Las elecciones, aunque fueran nuestras, venían condicionadas por cosas que habían ocurrido antes, cosas manchadas por los problemas del pasado. ¿Quién podía saberlo mejor que yo?

—No podías saberlo —aseguré en voz baja—. Fue solo un cúmulo de terribles circunstancias. Tú mismo eras un crío, Dominic. No querías que le pasara nada.

Me miró durante un buen rato. Noté la gratitud en sus ojos un segundo antes de que apartara la vista.

—Sí, eso es lo que me dice Chloe. Soy consciente de ello. Sin embargo, en mi mente soy el culpable de todo. Me he sentido así toda la vida. —Hizo otra pausa antes de continuar—. Después de que lo secuestraran, se convirtió casi en una celebridad. —Negó con la cabeza e hizo una mueca—. Una celebridad trágica, pero... —Se interrumpió de nuevo, entrecerrando los ojos para mirar a la lejanía—. Mis padres estaban angustiados, llenos de dolor, y todo el mundo hablaba de Gabe... Era como si yo me hubiera desvanecido.

—Tenías celos —murmuré, sintiendo simpatía por el niño de ocho años que era Dominic entonces. Un crío que debía de haber estado tan asustado y confundido por ver todo su mundo al revés. Podía ver las similitudes conmigo.

Asintió.

—Sí. Celoso, con el corazón roto y lleno de culpa. —Soltó un largo suspiro—. Supongo que me echaba la culpa del secuestro, y me odiaba por sentir envidia de la atención que recibía, que eso me hiciera invisible. Más tarde, me responsabilicé de él pensando que si conseguía enderezar su vida de nuevo podría corregir todos los errores que había cometido contra él. Y durante todos estos años he hecho todo lo posible para tratar de animarlo a vivir la vida que debería haber vivido, porque me sentía responsable de su secuestro. Es una lógica muy retorcida. Cuando te conoció... Bueno, ya sabes lo que pensé. Me dejaba en evidencia.

Negó con la cabeza al tiempo que fruncía el ceño.

—No te di ninguna oportunidad. Te he juzgado sin conocerte. Te he hecho daño a pesar de lo que habías sufrido ya. Traté de alejarte, y funcionó. Y me siento muy mal por ello.

—No me alejé por ti, Dom. Aunque admito que tampoco me pusiste fácil que me quedara. Pero me marché por mis propias razones. —Recordé también que Dominic había bebido mucho la terrible noche que me besó, pero no había tratado de usar eso como excusa, lo que hizo que apreciara su disculpa todavía

más.

Apretó los labios.

—¿Qué puedo hacer para que vuelvas?

Solté un suspiro y negué con la cabeza.

—No lo sé. Aprecio que hayas venido por aquí. —Sonreí—. Ha sido muy valiente por tu parte, y te perdono de corazón. Pero todavía tengo que resolver algunas cosas, y estoy esforzándome para conseguirlo.

Asintió, moviendo la cabeza.

—Te entiendo. Te aseguro que si alguien te entiende, soy yo. También estoy esforzándome para conseguir avanzar, quiero que lo sepas.

—Gracias, Dominic.

—Cuídate, ¿vale? —me dijo con una sonrisa antes de levantarse. Yo también me puse en pie.

—Sí, y tú también. Por cierto, Dom...

—¿Sí?

Incliné la cabeza a un lado.

—Gabriel me dijo algo una vez. Me aseguró que la vida que tiene es la que tenía destinada. No se siente estafado o engañado, agradece la existencia que está viviendo a pesar del dolor que tuvo que soportar. Lo decía en serio, Dom, y ha encontrado la paz en ello. Y creo que la gente que lo quiere debe aceptarlo así, no solo por él, sino por nosotros mismos.

Me observó durante un instante, como si estuviera asimilando mis palabras. Luego sonrió.

—Creo que tienes razón. Adiós, Ellie.

—Adiós, Dominic.

Esa noche, soñé de nuevo que estaba en el callejón oscuro, solo que, esta vez, podía extender los brazos a los lados, y cuando entornaba los ojos, podía ver una pequeña luz en la distancia.

«Sigue, mi cielo. Ya casi has terminado», oí que susurraban. Y así lo hice.

Sobre la sala cayó el silencio cuando dijeron mi nombre, y me dirigí al estrado. Me temblaban un poco las manos cuando puse el papel en el atril que tenía delante y le alisé las dobleces. Respiré hondo, dándome un momento para prepararme antes de mirar a los hombres sentados a la mesa con sus abogados. Me obligué a aguantarles la mirada a cada uno, pero el único que me la sostuvo

fue el que tenía el pelo negro, el que yo sabía que había denunciado a sus amigos. Su expresión era inescrutable, pero estaba todo bien. Yo no quería nada de ellos. Ni siquiera esperaba influir con mi discurso; estaba allí por unas razones más importantes.

Me aclaré la garganta mientras miraba las palabras que había escrito la noche anterior, sentada ante mi escritorio, con la chica de piedra que descansaba en una toalla doblada en la esquina de la mesa como único testigo.

—Hace varios meses, los hombres hoy sentenciados me golpearon con tanta severidad que no sabía si podría sobrevivir. Me pegaron en la cara hasta que estuvo tan ensangrentada que no resultaba reconocible. Me rompieron las costillas y la pierna, pero sobre todo quebraron mi espíritu. Hicieron todo eso detrás de un contenedor de basura, y si lo menciono es porque es relevante, ya ven, pues me consideraban basura, y, la verdad sea dicha, yo misma lo hacía.

Respiré hondo y levanté la vista para encontrarme con los tres pares de ojos clavados en mí. Pasé la mirada de uno a otro, y luego volví a bajarla.

—Quiero que reciban el castigo que se merezcan por ello, pero no estoy aquí por eso. Estoy aquí por mí. Estoy aquí porque tuve que estar al borde de la muerte para darme cuenta de que no soy un trozo de basura. Soy una mujer con corazón, alma, con dolor y remordimientos. He cometido errores y he tomado malas decisiones, pero no merecía que me dieran una paliza. No merecía ser utilizada. No merecía que me dejaran morir sobre un charco de sangre en un aparcamiento vacío. Tuve que estar al borde de la muerte para darme cuenta de que las palabras que utilizaron contra mí solo me perjudicaban porque estaba de acuerdo con ellas. Pero eso no es algo que pueda llevarme a entender que quisieran golpear a una mujer inconsciente, y espero que se den cuenta de ello, pero eso no es asunto mío. Y repito: no estoy aquí por eso; estoy aquí por mí misma.

Doblé el papel y le hice un gesto a la jueza, que me lo devolvió. Orgullosa, recorrí el pasillo de la sala. Una vez fuera, solté un gran suspiro apoyada en la pared, con una sensación de realización hinchándome el pecho. Lo había conseguido. Se había terminado.

Me llamó la atención el sonido de una puerta a mi derecha, y que salía un hombre con el pelo gris. Su forma de andar me resultaba familiar; pensé por un momento que era George. Decidí no seguirlo. Hoy era un día en el que la protagonista era yo, y nadie más.

## 26

*«Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? Pues hazlo, es tu única opción».*

*Bala, el caballero de los gorriones*

GABRIEL

Llegó la primavera muy pronto, por lo que los capullos de árboles y flores brotaron en la tierra blanda. Agradecía que la cantera estuviera abierta de nuevo para la temporada, y la mayoría de los días me concentraba en el trabajo todo lo que podía, para que no me quedara energía para pensar. Luego, me gustaba esconderme en el estudio y perderme en cualquier figura que estuviera tallando.

Echaba tanto de menos a Ellie que suponía un doloroso y constante vacío dentro de mí. Pasaron unas fiestas y otras, y me pregunté si estaría sola, si las había celebrado, sintiéndome tan triste que no creía que pudiera soportarlo.

¿Estaría ocultándose del mundo en una burbuja para que nadie le hiciera daño? Peor aún, ¿estaría con gente que podría hacerle daño? ¿Tenía trabajo? ¿Comería bien? Quería desesperadamente ver cómo estaba, de alguna forma, como fuera... Incluso consideré la idea de ir hasta su apartamento solo para ver las luces encendidas a través de la ventana, pero no lo hice. Sabía que si iba allí, no sería capaz de mantenerme a distancia, sabía que acabaría delante de su puerta, y no era eso lo que ella quería. Así que me contuve.

Pero, ¡joder!, quería... Lo deseaba tanto que me corroía por dentro lentamente. En esos días me costaba encontrar algo que agradecer, ni siquiera la belleza que me rodeaba me llevaba a creer que el dolor no siempre sería tan malo.

Fui al pueblo más a menudo y, aunque los rumores eran peores después de lo que había ocurrido en otoño, además también de los artículos de prensa que seguían mencionando mi nombre, me di cuenta de que tampoco me importaba. Eso hizo que fuera más fácil soportarlo todo.

Un cálido día a finales de marzo entré en el aparcamiento de la ferretería. El aire olía a tierra húmeda y a espigas. Iba a llover, aunque las nubes parecían

todavía estar a mucha distancia.

Al entrar en la tienda sonó la campanilla, y el familiar olor a polvo y aceite me inundó las fosas nasales. Era sábado, por lo que el lugar estaba lleno de clientes preparados para trabajar en sus casas o en nuevos proyectos en sus jardines.

Yo iba a recoger un pedido, así que me quedé en la cola de la caja, esperando a que Sal me atendiera. Mientras aguardaba, mi mente se perdía en los proyectos que tenía en casa por hacer. Había planeado limpiar la terraza y tenerla lista para cuando tocara recortar el césped, en el momento en el que hiciera un poco más de calor.

El hombre al que estaba cobrando Sal se rio de algo que dijo este, y yo me quedé paralizado, rígido de pies a cabeza. Fue como si me moviera por un túnel negro, porque de repente estaba allí, en aquel sótano húmedo, escuchando el sonido de pasos por encima de mí y aquella misma risa, ronca y profunda.

Parpadeé, obligándome a salir de aquellos recuerdos como si estuviera nadando en la parte más honda de una piscina y quisiera hacer pie.

«Conozco esa risa».

Me incliné por encima del hombre que tenía delante y observé al cliente que estaba abonando su compra a Sal. Tenía unos sesenta años y era alto, llevaba un sombrero vaquero y unas botas de *cowboy* con espuelas. Fruncí el ceño de tal forma que mis cejas rozaron el borde de la gorra de béisbol que llevaba puesta. ¿Quién usaba botas de *cowboy* en Vermont?

«*Me vas a joder los rodapiés con eso. Apártate de las paredes*».

El recuerdo de esas palabras me invadió como si me hubieran golpeado la cabeza, y abrí mucho los ojos. Me había resultado una frase muy rara, por lo que había estado pensando en ella más tarde, preguntándome qué significaba. «¿Podría haberse referido a...?».

El cliente que tenía delante me miró por encima del hombro y frunció el ceño, aunque luego miró hacia delante de nuevo. ¡Oh, Dios! No podía ser... ¿O sí? Mi captor, Gary Lee Dewey, había tenido un solo visitante, una sola vez, y recordaba su extraña tos ahogada. También me acordaba del extraño «clic-clac» que habían hecho sus zapatos y lo que Gary le había dicho. La cocina había estado justo encima de mi cabeza; lo había sabido porque había oído correr el agua y algunos fragmentos de conversación habían llegado hasta mí a través de los conductos de la calefacción. Me había quedado de piedra al oír voces, por lo que había tardado un momento en decidir qué hacer antes de empezar a gritar pidiendo ayuda.

Entonces, se había cerrado una puerta y las voces habían desaparecido. Había

supuesto que la persona que había estado allí no me había oído. Pero quizá sí lo había hecho. Quizá ya había sabido que yo estaba allí y no le había importado porque era alguien de la misma calaña que Gary Lee Dewey. O había querido serlo.

¡Joder!, pero era solo la sombra de un recuerdo. En realidad, nada. Solo...

El hombre de las botas con espuelas dio las gracias a Sal y se dio la vuelta en dirección a la puerta. Al pasar junto a mí, me llegó el insostenible olor a humo de tabaco, la posible causa de aquel tono ronco y sibilante de su tos y su risa.

Sin pensármelo dos veces, me di la vuelta y lo seguí, dejando entre nosotros bastante distancia, de manera que él no se diera cuenta. Imaginé que una *pickup* negra era un vehículo bastante común por la zona, lo que haría que no se fijara, así que continué en su trayectoria.

Me mantuve a algunos coches de distancia hasta que se detuvo delante de una casa, a unas diez manzanas de la casa donde había pasado los seis años más terribles de mi vida.

Aparqué unas calles más allá, donde me puse a pensar qué hacer. ¿Debía llamar a la policía? Solo se trataba de una risa y del sonido peculiar de unas botas, un par de frases que habían salido de mis recuerdos... ¿Sería eso suficiente para que las autoridades vinieran a registrar el lugar? Volví a pensar en la forma en la que me habían interrogado los policías, y me sentí todavía más inseguro. Si esto resultaba una pista falsa, algo muy probable, me tomarían por loco.

Pero solo había dejado de seguir a mi instinto una vez, por culpa de mi orgullo, y, debido a ello, Ellie había recibido una paliza detrás de un contenedor de basura. Solté un largo suspiro, di la vuelta con la *pickup* y me acerqué a la casa donde suponía que vivía aquel hombre. Esta vez no había ningún vehículo delante. Se me ocurrió que tal vez lo había metido en el garaje, pero lo había visto salir de la camioneta. ¿Habría regresado a su casa para volver a marcharse, o simplemente no era su casa?

—¡Dios mío! —murmuré—, si tienes un par de minutos libres, échame una mano, anda.

Pasé por delante de la casa y seguí una manzana más. Allí me bajé de la *pickup* y retrocedí a pie, tratando de comportarme con normalidad. Al otro lado de la calle había una mujer haciendo *footing*, y anduve más despacio hasta que se perdió. Entonces me colé en el camino de acceso de la casa donde se había detenido aquel hombre y eché un vistazo por la ventana del garaje. El local estaba completamente a oscuras, porque las ventanas estaban tintadas, pero no se

veía ningún vehículo allí dentro. Solté un suspiro de alivio.

Había una fila de enebros entre esa casa y la de al lado, así que me colé entre ellos para rodearla, oculto por completo gracias a la proximidad de unos árboles con otros. Lo último que necesitaba era que apareciera la policía mientras espiaba una casa. Si no me hubieran considerado hasta entonces una persona de interés en el caso de Wyatt Geller, lo harían después de algo así.

Había pequeños rayones en las ventanas del sótano por debajo de la línea del terreno, donde había una especie de patio inglés con ventanas curvas, cerradas con barrotes. El corazón comenzó a latirme con fuerza. Supuse que no era tan raro tener barrotes en las ventanas del sótano, pero eso, añadido a los cristales tintados, me heló la sangre en las venas.

Bajé la vista a la pequeña zona de grava, y luego miré a mi alrededor. Solo tenía que echar un vistazo al sótano. Si no veía nada, me iría y me pensaría lo de llamar a la policía. Pero prefería hacerlo con algo más de información que solo con un recuerdo de hacía años y una primera impresión. No sabía si la policía sería sensible a este tipo de cosas.

Tras asegurarme de que no podían verme desde la calle, y tampoco los vecinos, me incliné en el hueco y me agaché para mirar por la ventana, protegiéndome los ojos de la luz. Estaba tan oscuro que tuve que apretar la frente contra los barrotes.

Al percibir un movimiento al otro lado del cristal, pegué la cara con más fuerza contra el metal. El vidrio tintado parecía del mismo tipo que habían tenido las ventanas con aislante de sonido de Gary Lee, además de ser irrompibles. «¡Oh, Dios!». Una sombra pasó por detrás del cristal, una sombra pequeña e infantil.

Justo en ese momento, oí una voz a mi espalda y algo duro me golpeó la cabeza. Todo se oscureció a mi alrededor.

El mundo flotaba a mi alrededor. Colores y luces navegaban en la niebla acompañados de diminutos pinchazos de dolor. Gemí y traté de agarrarme la cabeza, pero tenía las manos atadas. Luché para recuperar la conciencia, y fue como si una inyección de adrenalina me trajera de las oscuras profundidades en las que había estado.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor, viendo al instante a un niño asustado sentado en el extremo de la litera. Era flaco y estaba aterrado. Parpadeé.

—¿Eres Wyatt Geller? —Tenía la voz ronca.

Asintió con la cabeza mientras abría los ojos como platos.

—¡Joder! Ven aquí y ayúdame a resolver esta mierda —dijo una voz en lo alto—. Hay suficiente material en mi portátil como para que la poli esté en tu puerta dentro de quince minutos. —Se interrumpió como si estuviera escuchando a alguien en el otro extremo del teléfono—. Ya sé lo que me has dicho. Me desharé de él, solo quiero que me eches una mano. —Volvió a quedarse en silencio y luego se despidió. Por un momento, todo permaneció en silencio, y luego oí sus pasos, reconociendo el «clic-clac» que ahora identificaba con las espuelas.

Tiré de las cuerdas que me inmovilizaban las manos, todavía más alerta. La cabeza me palpitaba de dolor. También tenía los pies atados. Además, me habían puesto en la litera en una posición extraña que hacía que me doliera la espalda. Me estiré todo lo que pude antes de ponerme a tirar con frenesí de las ataduras.

—Necesito que me ayudes —le pedí a Wyatt.

—Me ha dicho que solo estaría arriba un segundo. Me matará si te ayudo. Matará a mis padres.

Lancé un vistazo a las escaleras mientras un miedo cerval me bajaba por la espalda. Ya había pasado por esto. «¡Oh, Dios! He pasado por esto». Intenté controlar mi acelerado corazón, contener la frenética necesidad de liberarme. Sabía por experiencia que cuanto más tiempo estuviéramos aquí, menos posibilidades teníamos de escapar.

Al hombre que había arriba le había cogido por sorpresa mi presencia, y tenía que usar esa ventaja para huir. Si no lo hacía así, calmaría sus propios nervios, se le ocurriría un plan, llegarían los refuerzos y nos quedaríamos sin ninguna oportunidad. Lo sabía. Lo sabía mejor que nadie. Era ahora o dentro de seis años. O, seguramente, nunca. Volví a mirar a Wyatt.

—Nos matará a los dos si no lo haces. Ayúdame a desatarme y yo te ayudaré a salir de aquí.

El niño temblaba con tanta fuerza que le castañeteaban los dientes.

—Solo quiero irme a casa.

—Lo sé, Wyatt. Créeme, lo sé. Tus padres, Brent y Robin, están esperándote en casa, los he oído decirlo. Ayúdame, por favor.

Oír el nombre de sus padres hizo que le temblara la barbilla y que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Quieren que vuelvas —repetí—. Ayúdame, o no podré llevarte a casa. Es ahora o nunca, Wyatt. Es la mejor oportunidad. Por favor.

Se quedó un instante quieto mientras yo contenía la respiración, y luego se



deslizó hacia mí, mirando por encima del hombro el hueco de las escaleras. Solté el aire, aliviado, lo contuve de nuevo mientras le ofrecía las muñecas para que pudiera soltar los nudos.

—Soy... soy *boy scout*. Sé... sé deshacer nudos.

—Eso es genial, Wyatt. Es maravilloso. Pero tienes que hacerlo muy rápido, por favor.

Solo llevaba treinta segundos intentando desatarlos cuando los pasos se aceleraron arriba y la puerta que había al final de la escalera se abrió de golpe. Wyatt pegó un brinco y se alejó de mí, de vuelta al lugar donde estaba encogido antes, y yo me giré con rapidez, echando la cabeza hacia atrás y gimiendo como si estuviera recuperando la consciencia.

Cuando el hombre de las botas con espuelas apareció ante nosotros, se había quitado el sombrero.

—Ya has despertado —comentó. Tenía la cara roja y había un oscuro cerco de sudor en las axilas de la camisa azul claro.

—¿Quién eres? —pregunté.

—No es asunto tuyo. —Hizo una pausa—. Voy a tener que ponerte en el suelo. No deberías haber venido a husmear. ¡Maldito cabrón! —Se dio la vuelta al tiempo que se pasaba la mano por el pelo, fino, rubio y lleno de canas; luego dio unos pasos por el sótano durante varios minutos, en los que yo trabajé frenéticamente para aflojar más la cuerda de las manos—. Joder, joder, joder —murmuraba. Miré a Wyatt, y su rostro estaba blanco por el miedo mientras se apretaba contra el sofá, como si quisiera desaparecer entre los cojines. Sus ojos iban del hombre a mí una y otra vez.

Las cuerdas se aflojaron por fin y sentí una mano libre, aunque me quedé quieto cuando se volvió hacia mí.

—¿Vas a matarme? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—¿Acaso tengo otra opción, joder?

El corazón me latía con fuerza. Tenía que hacer algo ahora, antes de que llegara la persona a la que él había llamado. Podía tener una oportunidad frente a un hombre con los pies atados, pero no contra dos. Me habían dejado noqueado una vez, y no sabía cuánto tiempo había tardado en despertar. Tenía que hacerlo ahora, porque, si de algo estaba seguro, era de que prefería morir antes de perder la ocasión de liberar a Wyatt.

Me concentré en controlar el ritmo de mi corazón imaginándome a Eloise, recordando su sonrisa cuando vio el prisma creando arcoíris a su alrededor y

cómo había cogido uno con las manos.

«Si no salgo de aquí, si no vuelvo a verte nunca, sigue cogiendo arcoíris, Ellie. Sujétalos con las manos, y ten claro que te amé hasta el último aliento», susurré mentalmente esperando que el sentimiento que contenían mis palabras llegara de alguna forma —la que fuera y como fuera— a su corazón.

De repente, un rayo surcó el cielo, sacudiendo la casa y sorprendiéndonos a todos. El hombre miró hacia la ventana. Era mi oportunidad. Agarré la cuerda con la mano y me lancé hacia él con todas mis fuerzas.

El hombre soltó un alarido cuando caí encima de él con todo mi peso. Los dos aterrizamos en el suelo, pero él se llevó la peor parte de la caída, pues amortiguó la mía con su cuerpo. Emitió un gruñido ronco cuando me arrodillé sobre él lo más rápido que me permitieron mis pies atados. Luego le envolví la cuerda alrededor del cuello.

—¡Corre! —le grité a Wyatt mientras utilizaba todas mis fuerzas para estrangular a aquel hombre. Me pareció verlo alejarse y subir las escaleras.

«¡Por favor, Dios, que pueda lograrlo!».

Pero no podía comprobarlo, estaba luchando por mi vida con el hombre que tenía debajo. Él se intentó arrancar la soga del cuello mientras yo tiraba hacia abajo con todas mis fuerzas, esperando poder impedir que respirara. Era grande y estaba fuerte, pero yo tenía buenos músculos en los brazos y las piernas, músculos que había ganado levantando rocas, y subiendo y bajando en la cantera, y los utilicé todos en ese momento.

Seguimos luchando durante lo que me pareció una eternidad mientras rezaba para poder controlarlo al menos el tiempo suficiente para que Wyatt escapara. Me esforcé tanto que los brazos me temblaban de cansancio. En un momento dado, con una energía renovada, se elevó y me empujó hacia atrás. Se acercó, ahora que había subido las manos. Yo me permití lanzar una mirada hacia el sofá. Wyatt había desaparecido.

«Gracias, Dios. Gracias, Dios. ¿Habrá conseguido salir de la casa? ¿Habrá avisado a un vecino?».

Sabiendo que Wyatt se había ido, reforcé una vez más mi cuerpo a base de voluntad y solté un grito gutural al tiempo que impulsaba hacia arriba mis piernas atadas, para hundirle las rodillas en el estómago. Soltó un desagradable gorgoteo de dolor y reculó un poco. Sin embargo, cuando traté de escabullirme de debajo de él, me dio un puñetazo. Explotaron a mi alrededor un millón de estrellas cuando di en el duro suelo de hormigón con la cabeza. Por un

momento, pensé que iba a perder la consciencia de nuevo, pero no fue así. Reuní mi última gota de fuerza y lo agarré de la camisa, empujándolo hacia un lado con la intención de golpearlo. El puñetazo fue descuidado e ineficaz, ya que estábamos en movimiento, pero lo intenté de nuevo y le alcancé la cara con un repugnante crujido procedente de sus huesos que salpicó sangre alrededor. Gritó y, de repente, se oyeron pasos, un portazo y gritos arriba.

Dos jóvenes aparecieron de repente a nuestro lado, y me quitaron al hombre de encima. Lo retuvieron mientras yo me dejaba caer en el suelo, sin aliento.

—El niño está bien —me aseguró uno de ellos, mirándome mientras el hombre trataba de liberarse infructuosamente. A pesar de su movimiento, era evidente que ya no le quedaban fuerzas ni energía. Había una brillante marca roja en su cuello, donde había apretado la cuerda, y tenía una expresión aturdida—. La policía está de camino. —Al oír esas palabras, el hombre intentó escapar una última vez, pero fue un esfuerzo inútil. Los chicos que lo sujetaban estaban en forma. En la distancia se oía el sonido de las sirenas.

Noté que la sangre me resbalaba por la mejilla, y sabía que estaba hinchándoseme un ojo, pero no me importaba. Había llegado la caballería.

—El niño está a salvo —repitió el joven—. Está con mi novia.

Le brindé una débil sonrisa y levanté el pulgar en el aire. No tenía fuerzas para más.

La lluvia golpeaba con fuerza la ventana de la habitación del hospital, y el ruido ahogaba el ajeteo que había en el pasillo, al otro lado de la puerta. Me recosté en la almohada, disfrutando del primer momento que había tenido a solas con mis propios pensamientos desde que los sanitarios me había subido por las escaleras del sótano de la casa. Una casa que después había sabido que pertenecía a Neil Hardigan, y que ahora estaba bajo custodia policial.

Me daba vueltas la cabeza al pensar en todo que había pasado desde que entré en la ferretería de Sal la tarde anterior. Todavía tenía problemas para creer que no había sido un sueño extraño, borroso y a medio formar. Sin embargo, la alegría que me atravesaba ante la idea de que Wyatt Geller estaba en casa con sus padres en ese mismo instante resultaba abrumadora y muy real. Cuando habían pasado por mi habitación por la mañana, mi emoción había sido tan intensa que apenas había podido formar las palabras. Su madre me había dado un largo abrazo que consiguió que me doliera todo mi maltratado cuerpo, pero me había

dado igual el dolor. Tenían de vuelta a su hijo. Yo no había tenido la suerte de poder reunirme con mis padres el día que pisé el hospital después de enfrentarme al mismo trauma que Wyatt, aunque él sí. Lo había hecho, y yo había formado parte de ello. Lo que me hacía sentir muy bien conmigo mismo.

Los dos habíamos llegado juntos al hospital, y después me dijeron que cuando Wyatt subió las escaleras del sótano corriendo, había abierto la puerta principal y había salido a la calle agitando los brazos frenéticamente, con demasiado miedo para gritar.

Dio la casualidad de que tres universitarios habían pasado en ese momento exacto por la acera de enfrente. Se habían detenido al ver a Wyatt, y la única chica del grupo se había hecho cargo de él, así como de llamar a la policía, mientras los dos chicos corrían hacia la casa para ayudarme. Wyatt había logrado decirles quién era y dónde estaba yo cuando le salieron al encuentro.

—El bueno tiene los pies atados—había repetido una y otra vez como si fuera un mantra.

En el mismo momento en el que Wyatt había salido corriendo, se había detenido un coche junto a la entrada, presumiblemente propiedad del hombre al que había llamado Neil Hardigan, pero cuando los universitarios corrieron hacia él, el vehículo retrocedió y desapareció a toda velocidad. La policía, con la información que encontró en el ordenador de Neil Hardigan, había arrestado al hombre cuando estaba metiendo sus pertenencias en el coche para escapar.

La policía también me dijo que los datos que estaban confiscando en el disco duro de la casa de Neil Hardigan no solo serviría para encerrarlo durante mucho tiempo, sino que los había ayudado a descubrir un círculo de pedofilia en la zona que incluía información sobre Gary Lee Dewey. Gary no guardaba dicha información en su casa, pero Neil sí, y, al detenerlo, las autoridades habían recibido un premio gordo. Los hombres que estaban vinculados a ambos estaban siendo acorralados en ese mismo momento.

La policía me había interrogado a fondo el día anterior, y me habían dicho que los medios de comunicación habían estado acampados a la entrada del hospital durante toda la noche. Era surrealista... Resultaba familiar.

Cuando se abrió la puerta y entró George, sostenía un paquete entre las manos. Lo dejó en la mesilla de noche antes de ponerme la mano en el hombro y apretármelo con suavidad. La noche anterior, solo lo había visto a él y a Dominic brevemente. Me habían parecido aturdidos, pero tranquilos. George, de hecho, tenía los ojos llenos de lágrimas cuando me vio.

—Es la segunda vez que te escapas de un sótano y aterrizas en el mismo hospital. No vuelvas a hacerlo otra vez, ¿vale? —Me había reído mientras asentía, totalmente de acuerdo.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Hice una mueca mientras estiraba un poco el cuello.

—Quiero largarme de aquí ya.

—La enfermera de fuera me ha dicho que el médico está ocupándose de tu alta —me dijo con una sonrisa.

Asentí con la cabeza, mirando al lugar donde George había dejado el paquete.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. En el puesto de enfermeras me han dicho que lo han dejado allí para ti.

Arqué las cejas.

—Mmm... —Lo cogí y me di cuenta de que solo aparecía escrito mi nombre. Me pareció tan ligero que incluso me pregunté si contendría algo.

Dejándolo sobre mi regazo, desaté la cuerda para quitar el envoltorio marrón. Al ver que había una caja blanca y lisa en el interior, me dispuse a retirar la tapa con cuidado. Arriba de todo, sobre el papel de seda blanco, había una nota doblada. La abrí y me puse a leer la línea que había escrita arriba del todo.

*«Para Gabriel, buscador de la belleza y salvador de almas».*

El corazón se me aceleró en el pecho cuando dejé la nota a un lado y retiré la capa superior de papel de seda para ver lo que habían colocado con cuidado en el interior, sobre un nido de algodón.

Se me escapó un jadeo estrangulado cuando levanté a lady Eloise, de los campos de narcisos, y me puse a admirarla entre mis manos, estudiando cada detalle. Había sido minuciosamente recompuesta, pieza por pieza, astilla por astilla, por lo que estaba entera, pero no perfecta. Aparecían grietas diminutas y faltaban pequeñas piezas por todas partes, desde los dedos de los pies hasta el cabello, pero de alguna manera —¡Oh, de alguna forma!— era todavía más hermosa.

«Ellie. Dios, Ellie...».

Dejé la muñeca de nuevo en su nido y cogí de nuevo la nota. Repasé con los ojos cada curva de la letra, cada bucle. Era la letra de Ellie. No la había visto antes, pero ahora sabía que era suya, y la estudié con avidez, desesperado por ver otro pequeño pedazo de ella que no había tenido hasta entonces.

—¿Ellie? —preguntó George en voz baja.

Asentí, no podía hacer más.

—¿Y si no vuelve, George? —pregunté un minuto después, mirándolo.

En los ojos de mi viejo amigo apareció una dolorosa empatía. Se quedó callado durante tanto tiempo que no estuve seguro de si respondería a mi pregunta.

—Entonces —dijo finalmente—, supongo que tienes que encontrar consuelo en los que se quedaron.

Me abrumó una desgarradora tristeza, el poderoso amor que todavía sentía por Ellie me desbordó mezclándose con la miríada de emociones que había experimentado durante las veinticuatro últimas horas. Quería algo más que la figura. La quería a ella. Echaba de menos a la otra mitad de mi alma. Añoraba su sonrisa, su amabilidad, su belleza interior, su mente aguda, su piel suave, su cuerpo, que se moldeaba con el mío cada noche. Después de haber estado sin ella durante tanto tiempo, y después de haberla recuperado brevemente, echaba de menos su contacto. Su roce. Y, en ese momento, no tenerla allí conmigo era demasiado doloroso para poder soportarlo.

Hundí la cabeza entre las manos y, mientras George me sujetaba de los hombros, reconfortando mi corazón con su presencia, lloré.

## 27

*«Es ahora o nunca. Apunta al corazón».*  
*Sombra, el barón de la espoleta*

*«Sumérgete en lo más profundo».*  
*Gambito, el duque de los ladrones*

*«Con todas tus fuerzas, cariño».*  
*Limonada, la reina del merengue*

*«Creo en ti. Sé valiente. Por mí. Por nosotros».*  
*Lady Eloise, de los campos de narcisos*

GABRIEL

Abril fue un torbellino de entrevistas y ceremonias. Solo hice una entrevista importante para la televisión por cable, con Wyatt y sus padres. El terror había desaparecido de los ojos del niño, y parecía un chaval diferente al que había visto en ese sótano en lo que ahora parecía un millón de años. Tenía una fuerte voluntad, así que estaría bien. Y si necesitaba hablar con alguien, siempre estaría disponible.

En el pueblo, ofrecieron unas cuantas cenas en mi honor, que consideré buenas oportunidades para comenzar de nuevo en Morlea. Me daba vergüenza que me consideraran un héroe, pero asistí de todas formas y, después de que terminaron, me alegré de haber ido.

Aun así, era agradable que las cosas se hubieran calmado y pudiera volver a la sencilla vida que tanto disfrutaba.

Dominic me sorprendió un día trayéndome un pequeño cachorro negro. Me dijo que lo habían encontrado vagando por al cantera, obviamente abandonado por alguien. No me lo creí; mi hermano pensaba que estaba demasiado solo y estaba tratando de ofrecerme compañía.

—No es necesario que te lo quedes, claro —se apresuró a añadir—, pero pensé en ti cuando lo vi. Es una elección tuya.

Sonreí ante su necesidad de tratarme con esa prudencia y de no querer dirigir mi vida de ninguna forma. Me gustaba que reconociera lo dominante que había intentado ser en el pasado y los problemas que eso había provocado en nuestra relación, pero también sabía que me había traído el cachorro porque se preocupaba por mí.

—Oye, Dom, no tienes que andar a mi alrededor como si pisaras huevos. Si me presionas mucho, te lo haré saber, ¿vale?

Él asintió moviendo la cabeza al tiempo que soltaba una risita.

—Sí, vale.

Le presté atención al cachorro, que iba de Dom a mí como si esperara saber si tenía o no un nuevo hogar. Supuse que podía ser mi amigo. Así que adopté al pequeño animal de ojos tristes, y lo llamé Dusty.

Un luminoso día de primavera estaba haciendo un descanso mientras preparaba el césped del jardín, cuando Dusty se puso a ladrar de esa forma aguda que tienen los cachorros. Me puse en pie lentamente, me quité la gorra de béisbol que me protegía del sol y me pasé la mano por el pelo antes de volver a ponérmela.

Dusty estaba persiguiendo una mariposa, y retozaba, saltando entre los narcisos que crecían en el fondo del jardín. Durante un minuto, dejé que el momento penetrara en mis poros; la extraña mezcla de añoranza que llevaba dentro y la tranquilidad que suponía ver al perrito corriendo por aquel campo amarillo. ¿Cómo podía ser tan extraordinaria la vida, que te desgarraba entre una belleza gloriosa y una desesperación aterradora? Se unían ambas cosas tan a menudo que no podía separarlas.

Dusty perdió de pronto el interés en la mariposa y se puso a correr en otra dirección.

Me volví, y vi que Eloise se acercaba a mí desde la parte delantera de la casa.

El corazón me dio un vuelco, me quedé sin respiración, paralizado, no podía ni parpadear. Me parecía una visión, un sueño que se disolvería como si fuera humo, que se alejaría si cerraba los ojos durante un instante.

Pero no, Ellie era real, y me sonreía mientras avanzaba, sosteniendo una pequeña caja envuelta con una cuerda con un brazo y una bolsa colgando de la otra mano. Llevaba un vestido de flores que se ondulaba alrededor de sus pantorrillas a cada paso. Su cabello, esa hermosa melena camaleónica, estaba suelto, y se rizaba sobre sus pechos y su espalda. El sol se reflejaba en él, arrancándole aquellos destellos que había apreciado la primera vez que la vi bajo



las luces del escenario. El color de su pelo una vez me había recordado al de un frasco de miel sobre el alféizar de una ventana al sol, y pensé lo mismo en este momento. Solo que ahora en sus ojos había algo que no había visto antes, una especie de calma tranquila.

—Hola —jadeé cuando se detuvo delante de mí. Le recorrí el rostro con la mirada, bebiéndola mientras mi corazón se aceleraba ante el hecho inesperado de tenerla delante.

—Hola —repuso. Sonrió nerviosa, con dulzura, mientras sostenía lo que ahora veía que era una nevera portátil y una caja para llevar tartas—. Te he hecho la cena. Pasta al pesto con pollo. Y también una tarta de merengue de limón. —Su sonrisa se hizo más grande—. Me ha salido perfecta al segundo intento. Tenías razón, puedo hacer muchas cosas bien si me esfuerzo lo suficiente. —Se mordió el labio—. A veces, el segundo intento es el que vale la pena y funciona.

—Sí —repuse, mientras una alegría llena de esperanza me hinchaba el pecho. Solté una risita al tiempo que movía la cabeza.

Dusty se acercó a ella, moviendo la cola y ladrando con jovialidad. La vi dejar la nevera portátil en la hierba y colocar la tarta encima. Se rio mientras cogía la cabeza de Dusty entre las manos para rascarle la barbilla.

—Bueno, bueno, hola... ¿Quién eres tú?

Me aclaré la garganta.

—Se llama Dusty. Me lo trajo Dominic.

—Dusty —murmuró, pasando la mano por el pelaje negro—. Es un buen nombre. —El animal rodó por la hierba, mostrándole la barriga, y ella se la acarició entre risas antes de levantarse de nuevo. Tragué saliva.

—He leído todo lo que han escrito sobre ti, y... —Se interrumpió y negó con la cabeza, mirando a lo lejos durante un momento mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Lo he recortado todo. También he visto el programa en el que salías con la familia de Wyatt, y... ¡Dios! Me quedé aterrada cuando me enteré de lo que habías hecho. Aterrada pero sobre todo orgullosa. Muy orgullosa... —Se lamió los labios, acercándose un paso más.

—Gracias. —Los nervios me tenían paralizado, como si estuviera al borde de un precipicio, esperando a que Ellie me dijera si iba a volar o a caer. No sabía si estaba aquí para decirme que iba a quedarse o no, y el temor burbujeaba en mi interior. Sentía el pecho oprimido por la desesperación y el anhelo.

«Ellie, por favor, dime que voy a volar...».

La vi mover la cabeza.

—Tengo mucho que decirte. Quiero hablarte de mi madre. —Sonrió un poco, una sonrisa llena de tristeza—. Quiero que sepas lo mucho que me amaba, y la forma en la que mi mundo se desmoronó en miles de pedazos minúsculos cuando perdí ese amor de repente.

Se interrumpió e inclinó la cabeza a un lado, de manera que el pelo se le deslizó sobre un hombro.

—Quiero contártelo todo sobre mí misma, pero, sobre todo, quiero decirte cómo me he dado cuenta de que me he pasado mucho tiempo tratando de mantenerme entera cuando lo que necesitaba de verdad era resquebrajarme. Tú lo hiciste también, así que decidí ser valiente. Pero tenía que hacerlo sola, lo siento mucho si eso te hizo sufrir.

Soltó un tembloroso suspiro al tiempo que miraba hacia abajo un momento.

—Quise ir a verte al hospital, te lo aseguro. Lo malo era que entonces no estaba preparada, y no podía ir a verte y desaparecer de nuevo. No podía hacerte eso a ti, ni a mí.

—Eloise... —Mi voz sonaba estrangulada, llena de las emociones que recorrían mi cuerpo—. ¿Has regresado conmigo?

Ella parpadeó como si mi pregunta le sorprendiera.

—Si todavía me quieres...

Solté un sonido que era en parte aliento, pero sobre todo gemido, al tiempo que la capturaba entre mis brazos, mientras el alivio y la gratitud se derramaban por cada parte de mi cuerpo como la luz cálida del sol. Me sentía incluso débil.

—¿Si todavía te quiero? Dios, llevo una vida esperándote. Te habría esperando siempre.

Ella soltó un sollozo mientras me estrechaba con fuerza, enterrando la cara en mi cuello.

—Nunca he dejado de amarte, ni por un minuto, ni siquiera un segundo. Te he querido siempre. Si me lo permites, Gabriel, quiero amarte. Quiero amarte como te mereces.

—¿Si te lo permito? ¡Oh, Dios, Eloise! También te amo. Te amaba antes y te amo ahora. Siempre te amaré.

Me brindó una sonrisa llena de lágrimas, luego negó con la cabeza esbozando una mueca de asombro.

—Todavía estoy progresando. Supongo que nunca dejaré de hacerlo.

—Como todos, cielo. Como todos.

Echó la cabeza hacia atrás, y bajé la boca hacia la de ella, besándola como si

fuera la primera vez, tomándome mi tiempo para reencontrarme con su sabor, con aquella dulzura que no sabría definir si tuviera que intentarlo.

—Has estado conmigo todo este tiempo —susurró entre besos—. Tu amor, tus palabras, la forma en la que me haces sentir. —Sonreí antes de besarle las mejillas, los párpados, la frente...—. Tenía que... —Gimió con suavidad mientras buscaba sus labios de nuevo, jugando con su lengua durante unos minutos antes de que se echara hacia atrás un poco—. Quiero que lo entiendas, para que me perdones.

—No hay nada que perdonar. —Le lamí el cuello mientras ella soltaba un suspiro tembloroso.

—Es solo que... Tenía que... Oh... —Jadeó sin aliento—. Oh, Dios, Gabriel, llévame dentro...

Me reí también, cogiéndola en brazos. Dusty se puso a ladrar junto a mis pies, corriendo delante de nosotros como si quisiera mostrarme el camino a casa.

—Espera... La comida... —Se rio de nuevo.

Me incliné para recoger el asa de la nevera portátil y el lazo del envoltorio de la tarta con la mano del brazo que tenía debajo de sus rodillas. Luego avancé entre los narcisos, tratando de no aplastarlos.

Dejé los dos bultos en el mostrador de la cocina y me llevé a Ellie al dormitorio, donde la dejé sobre la cama. Luego cerré la puerta y dejé a Dusty al otro lado.

—Lo siento, colega, no tienes permiso para ver lo que va a pasar aquí. —Se quejó y oí el chasquido de sus uñas en el suelo cuando se alejó. Lo más probable es que se dedicara a destruir uno de mis zapatos, algo que no podía importarme menos.

Después, cuando Eloise y yo nos separamos finalmente, sentíamos las extremidades lánguidas y los corazones en paz. Al recobrar la respiración, le peiné el pelo hacia atrás y le susurré todas las palabras de amor que había guardado en mi interior. Le dije lo mucho que la había echado de menos, y ella me dijo lo mismo.

Me habló de las heridas de su pasado, de la destrucción de su corazón, pero sobre todo me contó cómo había sanado, y que se había dado cuenta de que curarse es un lento proceso en el que se deben volver a juntar las piezas de nuevo.

—Una vez... —me dijo, usando un dedo para trazarme el pómulo— me dijiste que la piedra no es más que arena, presión y tiempo combinados. —Bajó

la mano desde mi cara a mi pecho—. Yo era arena, era fácil de desmoronar. Tú me proporcionaste la presión, Gabriel, tú y tu amor. La confianza que debía tener en mí misma era lo que necesitaba para darme una oportunidad. Entonces, me diste el regalo más precioso de todos: tiempo, para que por fin pudiera romperme y recomponerme otra vez.

Tendido en la tranquilidad de mi dormitorio, con los cuerpos desnudos y entrelazados, la miré a los ojos sin barreras y vi la fuerza constante que antes solo había sido un parpadeo. Y, por imposible que pudiera parecer, me enamoré todavía más profundamente de ella. Oí de nuevo aquel susurro en mi alma que había oído la primera vez que nos vimos: «Ella es mía».

Mía para cuidarla. Mía para amarla.

Después, cuando salimos de la habitación y entramos en la cocina, nos encontramos con la tarta de merengue de limón desparramada por el suelo, con la caja desgarrada, y un cachorro que no parecía mostrar ni pizca de remordimiento. Me quedé inmóvil, mirando a Ellie, que agarraba la sábana contra su pecho mientras se reía a carcajadas.

—Puedo hacer otra —aseguró.

La cogí en los brazos y bailamos durante un momento, yo en calzoncillos y ella envuelta en la sábana, sobre el suelo manchado de tarta, sintiendo que no podía amarla más.

—Cásate conmigo —le murmuré al oído.

Se apartó para mirarme con ternura, con una sonrisa en los labios.

—¿Porque sé hacer tarta de merengue de limón?

Me reí.

—Bueno, no, pero no viene mal.

Ella también soltó una risa, me rodeó el cuello con los brazos y me acercó más a ella.

—Me he matriculado en la escuela de enfermería —comentó.

Incliné la cabeza a un lado, sorprendido pero feliz.

—Entonces, cástate conmigo y sé enfermera.

—¿No deberíamos esperar un poco más? —preguntó—. ¿No necesitamos más tiempo?

—Yo no necesito más tiempo, ¿y tú?

Inclinó la cabeza a un lado, con los ojos llenos de amor y sinceridad, y negó con la cabeza. La expresión de su cara era feliz y, quizá, un poco sorprendida.

—No —dijo—. No —repitió, llevándose la mano a la cara con los labios

curvados—. Siempre has estado muy seguro de mí. Gracias por ese regalo. Gracias por esperar a que yo también estuviera segura de mí misma.

La besé con el corazón repleto. Al otro lado de la ventana, los narcisos eran una alfombra de color amarillo, y, esta vez, Eloise estaba entre mis brazos, como si estuvieran hechos para ella y solo para ella. No me arrepentí de los años que me había dado demasiado miedo acercarme a alguien. En mi soledad, en mi miedo, me había reservado de alguna forma para Eloise. «Es mi primer y único amor. Juntos construiremos nuestro futuro». Y, por primera vez en mucho tiempo, tuve realmente un hogar.

## EPÍLOGO

ELLIE

—Hola... —susurró Gabriel, inclinándose para besarme—. ¿No se quiere dormir? —Pasó el dorso del dedo por la sedosa mejilla de nuestra hija, Mila. A pesar de que estaba dormida, el contacto hizo que buscara mi pecho. Aunque después de dar un par de chupadas, su boca en forma de capullo se quedó laxa.

—No. —Sonreí mirándola. La amaba con cada latido de mi corazón—. No estaba preparada para ponerla de nuevo en la cuna. Y estaba saliendo el sol. —Volvería a trabajar a media jornada un par de días después y quería disfrutar de cada segundo de vigilia en casa, con mi familia. Aunque había querido ser enfermera y me satisfacía como nada antes, los dos últimos meses los había pasado en casa, con mi hija recién nacida, y habían sido los más dulces de toda mi vida.

Gabriel había hecho el trabajo en casa, esculpiendo en el garaje como cuando yo había llegado herida a su hogar. Entonces, me había sentado delante de él, con el cuerpo y el corazón hechos pedazos, en proceso de curación. Había visto moverse sobre la piedra, aparentemente inmutables, sus manos hermosas y cuidadosas. Pero ahora, sostenía a nuestra hija mientras lo observaba trabajar, hablando sobre nuestros planes y sueños para el futuro.

Dimos largos paseos bajo los puentes cubiertos, empujando el cochecito lentamente por los caminos de tierra. Nos echamos la siesta juntos mientras el bebé dormía, y montamos pícnicos en el jardín, con nuestra hija entre nosotros sobre la manta, mientras mirábamos el milagro que habíamos creado.

Gabriel se sentó a mi lado en el sillón, y ambos miramos la rendija de luz que empezaba a asomar entre los árboles.

«Luz. Esperanza».

—Quizá podríamos ir a pueblo esta noche, a cenar —sugirió.

Sonreí mientras asentía con la cabeza.

—Me parece bien.

—¿Quieres que la coja yo?

No me hubiera importado tener a Mila todo el día en brazos, pero me encantaba ver a Gabriel con ella, así que se la entregué. La acunó con ternura,

mirando su cara dormida, y yo me recreé en la adoración y el respeto que había en sus ojos. A veces, cuando los veía juntos, mi corazón estaba tan lleno que, de repente, tenía que contener la respiración o mis pulmones explotarían bajo la presión.

«Es un amor abrumador».

Pasó una mano por la pelusa que le cubría la cabeza y sonrió por encima de ella.

—Todavía creo que será como el tuyo —aseguró, refiriéndose al color del pelo. Me reí por lo bajo.

—Tendremos que esperar a que le crezca un poco más antes de saberlo. —Lo deseaba con solo ver su expresión de deseo, por hacerme sentir hermosa, no solo por mi cuerpo o mi cara, o mi pelo, sino también por mi corazón y mi alma.

Era el hombre que me había amado sin vacilaciones.

Así, sin dudar.

El hombre que me había amado lo suficiente como para esperar que me amara a mí misma.

El que me había ayudado a estar de nuevo entera. Y no menos importante, el que me había ayudado a ver que incluso había belleza en los huecos que faltaban.

El sol siguió saliendo, proyectando la luz sobre la Tierra, iluminando la oscuridad y ahuyentando las sombras que había. Y todos los días me recordaba que aunque la vida podía ser solitaria y dolorosa, también estaba llena de arcoíris sobre el agua, de campos de narcisos y ángeles que surgían de la roca. Estaba llena de flores delicadas que, a pesar de todo, encontraban la fuerza para volverse hacia la luz del sol y florecer. Estaba llena de milagros que llegaban cuando menos lo esperabas y de la sabiduría duramente adquirida de que la sanación, como la piedra, solo es arena, presión y tiempo.

## AGRADECIMIENTOS

Ha sido mucha la gente que me ayudó a dar vida a esta historia. No podría haberla escrito sin ellos.

En primer lugar, a Angela Smith, que después de leer los tres primeros capítulos de esta historia me orientó y me dio confianza. Nunca me olvidaré de la imagen suya que tengo grabada en la mente, leyendo en el Kindle en la silla de un hospital. Gracias por dedicarme tu tiempo.

A Marion Archer, cuya guía y apoyo es imposible de valorar. Es quien siempre me presiona para que la gente llore un poco más.

Gracias a Karen Lawson, que me regaló una vez el *Libro de conocimientos de Karen*. Nunca prescindiré de él.

Muchas gracias a mis lectoras cero: Elena Eckmeyer, Cat Bracht y Michelle Finkle. No imagináis lo que valoro vuestro aporte.

Un agradecimiento especial a Amy Pierpont por su minuciosidad y atención a los detalles. Siempre apreciaré el enfoque y la pasión que pusiste al editar esta historia. Tus comentarios me ayudan a ser mejor narradora y escritora, y es un regalo inestimable.

Gracias a Madeleine Colavita, por su experiencia y por sacar brillo a la historia.

Ha sido maravilloso trabajar con el equipo de Forever. Gracias por hacer que mi primera experiencia en publicación tradicional sea tan buena.

También siento una inmensa gratitud hacia Kimberly Brower, la mejor agente del universo. Gracias por ser mi campeona y por tener siempre todas las respuestas.

A ti, lector, gracias por elegir pasar tu tiempo con mi historia cuando hay tantas por ahí. Gracias por recomendar mis libros a otras personas, por vuestro apoyo incesante y por los amables mensajes que tanto atesoro.

Gracias a los miembros de Mia's Mafia. Lo significáis todo para mí. ¡Es ahí donde nació *La perla de platino!* (Gracias, Nelle Obrien).

A todos los blogueros, tuiteros, *instagrammers* y grupos de lectura, gracias por difundir el amor por mis libros con vuestras reseñas, mensajes, tuits y hermosos *fanarts*, por esas fantásticas imágenes. No podría agradecerérselo más.

Y a mi marido, tú... Más de ti.



# CONTENIDO

## EXTRA

## SINOPSIS DE MÁS DE TI



Una mujer rota...

Un hombre que necesita ayuda...

Solo el amor puede reparar un corazón destrozado...

Crystal ha aprendido hace mucho tiempo que el amor solo provoca dolor. Para ella es mejor no sentir nada a que le hagan daño otra vez. Mantiene su corazón a salvo detrás de una dura fachada, y desconfía de los hombres, ya que solo la han utilizado para sus propios fines.

Una noche, entra en su vida Gabriel Dalton, un hombre que, a pesar de su terrible pasado, posee una imcngable bondad. Aun sabiendo lo que puede suponer para ella, Crystal se siente atraída por él. La tranquila fortaleza de Gabriel desgasta las defensas que la protegen desde hace tanto tiempo, y su tierna paciencia consigue que ella se cuestione todo lo que creía cierto.

Crystal y Gabriel no habían imaginado que la vida, la misma que les ha robado todo, podría regalarles un amor tan profundo.

Ahora la decisión es suya: ¿deben endurecer sus corazones otra vez o buscar el valor necesario para olvidar su doloroso pasado y seguir adelante juntos?

Captura en el código  
más información sobre *Más de ti*



## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



MIA SHERIDAN vive en Cincinnati (Ohio, Estados Unidos) con su marido y sus hijos.

Autora superventas (sus novelas han estado en lo más alto de las listas de *The New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*), su gran pasión es la de crear historias de amor sobre amantes que están destinados a estar juntos.

Este es su séptimo título en Phoebe después de *La voz de Archer* (2016), *La decisión de Stinger* (2016), *La promesa de Grayson* (2017), *Kyland* (2017), *La venganza de Ramsay* (2018) y *El honor de Preston* (2018).

Web: [www.miasheridan.com](http://www.miasheridan.com)



Facebook: [Mia Sheridan](#)



Twitter: [@MSheridanAuthor](#)



MIA SHERIDAN  
EN PHOEBE ROMÁNTICA

## LA VOZ DE ARCHER



Cuando Bree Prescott llega a Pelion, un pequeño pueblo en el condado de Maine, anhela contra toda esperanza que ese sea el lugar donde finalmente pueda encontrar la paz que busca con desesperación. El primer día en su nuevo entorno se tropieza con Archer Hale, un hombre silencioso que vive aislado por un dolor tan intenso como el de ella.

Bree y Archer empiezan a sentirse atraídos el uno por el otro. Un deseo irresistible que los empuja a acercarse sin remedio. Pero su historia encuentra barreras que pueden ser insalvables...

Un hombre solitario, la mujer que lo ayuda a encontrar su voz y una pasión dulce que esconde historias pasadas de secretos por desvelar. Una historia de amor, destino y sufrimiento, pero, sobre todo, de su poder para transformarlo todo.

Captura en el código  
los primeros capítulos de *La voz  
de Archer*



## LA DECISIÓN DE STINGER



Grace Hamilton tiene un plan. Ha organizado su vida a la perfección y se siente orgullosa de lograr siempre sus objetivos. Sabe quién es, cómo va a vivir, jamás da un paso en falso, y nunca se ha parado a considerar lo que desea en realidad, se limita a tratar de complacer a los demás. Hasta que lo conoce a él...

Carson Stinger no conoce más reglas que las suyas. Aunque trabaja en la industria del entretenimiento para adultos, no le importa lo más mínimo lo que piensen al respecto los demás. Vive al día, sin rumbo ni planes. Tiene muy claro lo que las mujeres quieren de él y siempre ha pensado que solo hay una cosa que puede ofrecerles. Hasta que la conoce a ella...

Inesperadamente, las circunstancias los obligan a pasar varias horas juntos, y ocurre algo que los hace cambiar. Sin embargo, son dos personas que no deberían haberse conocido, que pertenecen a mundos distintos y no pueden luchar contra la realidad que envuelve sus vidas... O, por lo menos, no está escrito en el destino que lo hagan en el momento en que se encuentran...

Captura en el código  
los primeros capítulos de *La decisión de Stinger*



## LA PROMESA DE GRAYSON



Kira Dallaire está desesperada, con poco dinero en el bolsillo y todavía menos opciones de conseguirlo. Grayson Hawthorn atraviesa una situación límite: al salir de prisión, se encuentra con que los viñedos de los que es propietario y que prometió a su padre sacar adelante están al borde de la ruina.

Cuando Kira aparece en el despacho de Grayson con una descabellada propuesta que podría resolver los problemas de ambos, a él no le queda más

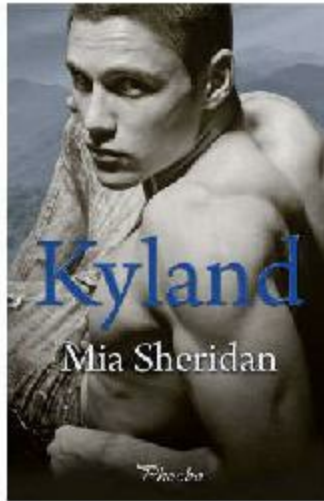
remedio que aceptar.

Sin embargo, lo que en principio parecía un matrimonio de conveniencia abocado al fracaso se convierte muy pronto en un choque de voluntades que dará pie a una incontenible pasión capaz de demostrar que algunas promesas deben romperse y que por otras vale la pena arriesgarlo todo..., hasta el corazón.

Captura en el código  
los primeros capítulos de *La promesa de Grayson*



## KYLAND



Tenleigh Falyn debe luchar cada día para sobrevivir en el humilde pueblo minero de Dennville, Kentucky, en los montes Apalaches, donde vive con su hermana y su madre, quien padece una enfermedad mental. Su sueño es ganar la beca para la universidad que otorga la dirección de la mina de Dennville cada año a un estudiante de la localidad. Tenleigh sabe que esa es su única oportunidad para escapar de una vida de pobreza y escasez de oportunidades.

Kyland Barrett también vive en el pueblo, y siempre ha trabajado sin descanso para no morir de hambre. Se ha centrado en el objetivo de ganar la beca de la mina para salir del lugar en el que tanto dolor ha sufrido desde que era un niño.

Ambos están decididos a no mantener ninguna relación entre ellos, pero aunque se resisten con todas sus fuerzas, acaban enamorándose. ¿Qué ocurrirá ahora? Solo uno puede triunfar. Solo uno podrá marcharse. ¿Qué le pasará al que quede atrás?

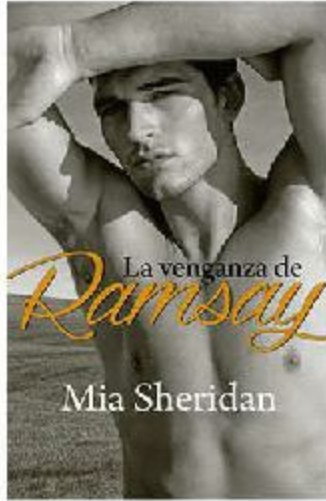
Esta es una historia de esperanza y sacrificio, de dolor y perdón, pero también de un amor profundo y eterno a pesar de las adversidades.

Captura en el código  
los primeros capítulos de *Kyland*





## LA VENGANZA DE RAMSAY



Brogan Ramsay ha vuelto a la vida de Lydia De Havilland, y ya no es aquel muchacho sensible y tranquilo que ella recuerda; se ha convertido en un hombre poderoso..., un hombre que busca venganza: Brogan no olvida que Lydia es la chica que lo engañó de la forma más cruel, dejando su corazón destrozado y a su familia en la calle..., pero tampoco olvida que es la única mujer capaz de quitarle el aliento, la única que sigue firmemente afincada en su alma. La única a la que puede amar.

Lydia De Havilland ya no es la princesita que por un capricho adolescente sedujo a Brogan Ramsay cuando este era uno de los peones del rancho de los De Havilland..., aunque ella nunca olvidó el escalofrío que experimentaba cuando él estaba cerca. Ahora Lydia tiene que enfrentarse al reencuentro con Ramsay y no se imagina qué podrá sentir en su presencia.

*La venganza de Ramsay* es una historia de traición e ira que nos habla de lo delgado que es el velo que separa el odio del amor, de la fuerza que puede llegar a tener el arrepentimiento y de lo poderoso que es el perdón. Porque cuando intentamos infligir dolor a los demás, invariablemente, es nuestro corazón el que sale más herido.

Captura en el código  
los primeros capítulos de *La venganza de Ramsay*



## EL HONOR DE PRESTON



«Había una vez dos hermanos, gemelos idénticos, y aunque yo los quería a los dos, mi alma pertenecía solo a uno...».

Annalia se ha criado en la granja de los Sawycr, y ha crecido junto a los hijos gemelos de los dueños: a Cole le dio su primer beso, pero con Preston le une algo más, algo mucho más intenso, y ella sabe que es amor puro.

Preston ama profundamente a Annalia desde siempre, pero su sentido del honor, por su familia, por su gemelo, le impide conquistarla... Hasta que no puede resistirse más, y durante una calurosa noche de verano en la que sus mundos —y sus cuerpos— impactan, se desencadena una serie de acontecimientos que alterarán sus vidas para siempre y que provocan que Annalia desaparezca.

Pero Annalia regresa a la granja pasado un tiempo para reclamar lo que tanto ansia su corazón, y se encontrará a un Preston que no sabe si puede perdonarla y que no quiere arriesgarse a volver a sufrir.

¿Impedirán el orgullo y la amargura que Preston se abra a lo único que ha anhelado siempre? ¿Podrá Annalia arreglar algo que está irremediablemente roto? ¿Se puede perdonar lo imperdonable?

Captura en el código  
los primeros capítulos de *El honor  
de Preston*



FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



Mia Sheridan

Más  
de  
ti





Mia Sheridan

Más  
de  
ti





FUE COMO UN DOLOROSO  
DISPARO AL CORAZÓN,  
UNA SENSACIÓN DE ANHELO  
QUE INCLUÍA LA MISMA  
CANTIDAD DE REMORDIMIENTOS.

Más de ti  
Mia Sheridan